



**BRIAN
FREEMAN**
**ADIÓS
A LOS
MUERTOS**

Lectulandia

El recuerdo de Cindy, su primer amor, nunca ha dejado de estar presente en el corazón del detective Jonathan Stride. Para Serena, su compañera actual, no ha sido fácil competir con la sombra de aquel primer amor trágicamente terminado. Pero ahora el recuerdo se ha convertido en presente, cuando Serena es testigo de un brutal asesinato que, al investigar, hunde sus raíces en los sucesos del último año de vida de Cindy.

Lectulandia

Brian Freeman

Adiós a los muertos

Jonathan Stride - 07

ePub r1.0

Titivillus 23.09.16

Título original: *Goodbye to the Dead*
Brian Freeman, 2016
Traducción: Begoña Prat Rojo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Marcia

Solo nos curamos de un sufrimiento
cuando lo experimentamos plenamente.

MARCEL PROUST

Prólogo

EL PRESENTE

Serena divisó el Grand Am aparcado a media manzana del bar de Duluth. Alguien esperaba dentro del coche.

Los mosquitos revoloteaban en una nube frente a los faros. Las trompetas de una sinfonía rusa —una pieza estruendosa y triste de Shostakóvich— atronaban a través de las ventanillas abiertas. Serena aspiró el olor acre del humo de un cigarrillo de liar que le trajo la llovizna. Más allá del coche, a través de la neblina, vio las luces blanquecinas de Superior Bridge que se arqueaban sobre el puerto.

En la oscuridad nocturna de la calle veraniega solo estaban ellos dos. Ella y el desconocido tras el volante del Grand Am. No podía ver al conductor, pero no importaba quién estuviera dentro. Todavía no.

Había ido allí por otra persona.

Se trataba de una zona industrial, en el extremo oriental de Raleigh Street, no muy lejos de las dársenas de carbón y la fábrica de papel. El tendido eléctrico chisporroteaba en lo alto. Bajo sus pies, el suelo tembló al paso de un tren que se dirigía hacia el sur. Se aseguró de que el Mustang estuviera cerrado con llave, con la Glock a salvo dentro de la guantera, y luego cruzó la calle mojada hacia el Grizzly Bear. El bar era un tugurio sin ventanas y con un apartamento encima para el dueño.

Cat estaba dentro.

Serena se sentía culpable por haber instalado un *software* de seguimiento en el móvil de la adolescente, pero pronto se dio cuenta de que la expresión dulce de Cat no implicaba que pudiera confiar en ella.

Al abrir la puerta del bar, un olor dulzón a cerveza salió hacia el exterior. Oyó voces de borrachos que gritaban en idiomas que no entendía y el gangueo de una canción de George Strait en la gramola. Los hombretones jugaban al póquer en dos hileras de mesas de madera.

Una vez dentro, escrutó los rostros en busca de Cat. La descubrió cerca de la pared, de pie, hombro con hombro con otra chica, ambas con la cabeza inclinada sobre sus *smartphones*. Hacían una pareja insólita. Cat era una belleza de corte clásico, con una melena castaña lisa y un rostro hispano que parecía esculpido. Su escuálida compañera llevaba un gorro de lana del que salían mechones en punta teñidos de naranja, y su cara de porcelana estaba tachonada de *piercings*.

Serena tecleó un mensaje en su propio teléfono y lo envió. «Mira a la puerta».

La cara de Cat se alzó en cuanto recibió el mensaje. Abrió los ojos de par en par, y Serena leyó en los labios de la chica: «Oh, mierda».

Cat se apresuró a susurrar algo al oído de su amiga. Serena vio que la otra chica la examinaba como un científico que observara la actividad frenética en el otro extremo de un microscopio. La chica delgada llevaba una camiseta de rejilla escotada con unos sujetadores negros debajo, y una minifalda tejana que le llegaba hasta medio muslo. Cogió una bandeja para copas —era una de las camareras— y le dedicó una sonrisita a Serena mientras se dirigía hacia la barra y dejaba a Cat sola ante el peligro.

Serena se acercó a la mesa alta junto a la que estaba Cat. La sonrisa de la joven se había evaporado, igual que todo su aire de adulta. Los adolescentes se debatían con suma facilidad entre la madurez y la inocencia. Ahora volvía a ser una niña, pero también era una niña embarazada de cinco meses.

—Lo siento muchísimo... —empezó a decir, pero Serena la interrumpió.

—No te esfuerces. No me interesan tus disculpas.

Se contuvo antes de decir algo de lo que después pudiera arrepentirse. Estaba demasiado enfadada incluso para mirar a Cat. En lugar de eso, por costumbre, inspeccionó a los clientes del bar. Era un grupo de gente curtida, en nada parecido a los universitarios o los turistas de clase media que llenaban los bares de Canal Park. Los marineros más aguerridos iban al Grizzly Bear al bajar de los cargueros y compensaban los días de sequía pasados en el lago con alcohol a espuestas. Oyó risas roncadas y discusiones que subirían de tono hasta convertirse en peleas. Los musculosos antebrazos de aquellos hombres estaban repletos de cortes y cicatrices, y docenas de botellas de cerveza vacías lucían la marca de sus grasientas huellas dactilares.

En la esquina opuesta del bar, Serena distinguió a una mujer que no encajaba con el resto. Estaba sentada sola, con una sonrisa nerviosa en su rostro redondeado. La larga melena rubia, peinada con raya en medio, le colgaba como si los cabellos fueran espaguetis lacios. Tenía un aspecto típicamente estadounidense, con ojos azules y piel tersa, igual que una animadora sacada de un anuario universitario. Debía de tener unos veintidós años. No paraba de consultar su móvil, que descansaba frente a ella, sobre la mesa, y cada vez que se abría la puerta dirigía una rápida mirada hacia allí.

Algo en esa joven hizo disparar todas las alarmas en la cabeza de Serena. Aquel sitio no era adecuado para ella. Le entraron ganas de acercarse y decirle: «¿Qué haces aquí?».

Pero no lo hizo, porque esa era la pregunta que tenía que hacerle a Cat.

—¿Qué haces aquí, Cat?

—Quería ir a algún lado. Me aburro.

—Eso no es una respuesta.

—Anna trabaja aquí —explicó Cat—. Las dos conocemos al dueño.

Cat señaló con la cabeza a la camarera que había estado con ella junto a la mesa. Anna jugueteaba con su móvil mientras esperaba al camarero de la barra junto a los grifos de cerveza. Uno de los marineros alargó el brazo y trató de agarrarle el culo, y Anna interceptó su mano sin apenas dedicar una mirada al rostro del hombre.

—Antes vivía en la calle, como yo —le contó Cat a Serena—. Pasábamos mucho tiempo juntas. Si encontraba un sitio para dormir, me dejaba quedarme con ella.

—Lo entiendo, pero ese ya no es tu mundo.

—Tengo derecho a tener amigas —insistió Cat, que adelantó el labio inferior en un mohín desafiante.

—Claro que sí, pero nadie de tu antiguo mundo es tu amigo.

Serena era consciente de la lucha interior que mantenía la joven. Menos de tres meses atrás, Cat Mateo era una fugitiva, una prostituta adolescente. Cuando alguien empezó a acecharla en el cementerio de grafitis de la ciudad, había acudido al teniente de la policía Jonathan Stride en busca de ayuda. Serena y Stride llevaban cuatro años juntos y ella sabía que él sentía debilidad por las mujeres con problemas. Ambos habían colaborado en la captura del individuo que perseguía a Cat y, una vez la chica estuvo a salvo, Stride tomó una decisión que sorprendió a Serena. Le propuso que la chica viviera con ellos, que tuviera el bebé allí y creciera en un hogar con adultos que se preocuparan por ella.

Serena aceptó, pero nunca creyó que fuera a ser fácil para ninguno de ellos. Y no lo era.

—Eres un regalo para la vista en este sitio —anunció una voz masculina.

Un hombre con una camisa azul arrugada y una corbata con el nudo flojo se detuvo junto a la mesa. Su mirada se dirigió alternativamente al rostro de Serena y a los turgentes pechos que sobresalían por debajo de su camiseta mojada por la lluvia. Se secó las manos en un trapo de Budweiser.

—Es Fred —explicó Cat—. El dueño del bar.

El hombre tendió una mano y Serena se la estrechó. Tenía los dedos pegajosos de azúcar y lima.

—Fred Sissel —se presentó en tono alegre.

Sissel tendría unos cincuenta años, el pelo entrecano engominado hacia atrás y un bigote cuidado. Lucía la sonrisa demasiado entusiasta de un hombre que ha tratado de librarse de todas las cosas malas de la vida con una sonrisa. Peleas. Deudas. Conducir ebrio. Los puños de la camisa estaban gastados y la corbata y la camisa, llenas de lamperones de comida. Su rostro exhibía un marrón moteado propio de haberse excedido tomando sesiones de rayos UVA.

—Y bien, ¿cómo te llamas y dónde has estado toda mi vida? —preguntó Sissel.

Los dientes que llenaban su sonrisa eran artificialmente blancos.

Serena se sacó la placa del bolsillo de los tejanos.

—Me llamo Serena Dial. Trabajo en la oficina del *sheriff* del condado de Itasca.

El bigote de Sissel descendió como un gusano en un anzuelo de pesca. Los marineros del bar tenían un radar para detectar el brillo dorado de una placa, y el ambiente del local cambió de inmediato. «Poli a la vista».

—Lo siento, agente. ¿Hay algún problema? —preguntó Sissel ya sin aquella sonrisa postiza.

—¿Conoce a esta chica?

—Claro, es amiga de Anna.

—¿Sabe que tiene diecisiete años?

Sissel maldijo por lo bajo.

—Eh, yo no quiero problemas —replicó.

—Pues ya los tiene, y si vuelvo a encontrarla aquí, aún tendrá más.

—Vale. Entendido. Lo que usted diga.

El dueño del bar levantó los brazos en un gesto de rendición y retrocedió hacia la barra. Serena vio como las emociones se sucedían en el rostro de Cat, igual que piedras lanzadas al agua. Bochorno. Culpa. Vergüenza. Rabia.

—Fred es buen tío —dijo la chica—. No tenías por qué tratarlo mal.

—¿Te sirve alcohol?

—No —contestó Cat, pero la expresión de su cara no inspiró ninguna confianza a Serena.

Se inclinó hacia la chica y, aunque el aliento no le olía a alcohol, detectó en su pelo olor a humo de cigarrillo, como un perfume rancio.

—Has fumado.

—Solo uno.

A Serena le entraron ganas de gritarle, pero controló el tono de voz.

—Estás embarazada. No puedes fumar. No puedes beber.

—Ya te he dicho que ha sido solo uno.

Serena no contestó. Era incapaz de enfrentarse a la lógica adolescente. Como policía, llevaba toda la vida viendo a buenas chicas tomar malas decisiones. Sabía lo fácil que era cruzar la línea. A la edad de Cat, ella también se había escapado de casa y vivido con una amiga en Las Vegas, donde no había dicho que no a ninguna tentación: apostar, comprar drogas, robar o venderse por el dinero que necesitaba. Se sentía afortunada, pues el único vicio que arrastraba de esa época era el que sobrellevaba como alcohólica en recuperación. Pero al final todo se reducía a suerte. Una mala elección en un mal día, y su vida habría tomado un rumbo distinto.

En la otra esquina del bar, Serena vio a la joven rubia —la que parecía una animadora pija— agarrar el móvil de pronto y ponerse en pie. Se la veía nerviosa y emocionada, y parecía incapaz de reprimir su sonrisa. Se pasó la mano por la larga melena lisa y se humedeció los labios. Si hubiera habido un espejo, habría comprobado su reflejo en él. Respiró hondo y se le hinchó el pecho. Se dirigió hacia la puerta del bar, pero retrocedió para coger una maleta azul celeste de detrás de la mesa.

A Serena le dio mala espina. Los turistas no iban a Duluth y acababan en aquel bar en su primera noche. Todos sus instintos le decían que parara a aquella mujer y le formulara algunas preguntas. Que interviniese. Que la protegiera.

«¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?».

—¿Se lo vas a contar a Stride? —quiso saber Cat.

Serena volvió a centrarse en la adolescente. Sabía que Cat temía la desaprobación de Stride más que ninguna otra cosa. Para ella, él era como un padre y le aterrorizaba decepcionarle.

—Sí —contestó—. Ya sabes que tengo que contárselo.

A Cat se le llenaron los ojos de lágrimas. Se comportaba como la típica adolescente que se vale de las lágrimas para salirse con la suya, y Serena tuvo que esforzarse por mantener la expresión del rostro pétrea como una roca. Mientras tanto, la puerta del bar se abrió y se cerró, dejando entrar el tamborileo de la lluvia del exterior.

La chica rubia se había marchado.

—No importa lo que le digas —dijo Cat mientras se secaba la nariz en la manga—. Tarde o temprano me dará la patada.

Su voz sonaba ahogada por la autocompasión. Era lista y bonita, y siempre estaba dispuesta a pensar lo peor de sí misma. Cualquier razón era válida para creer que no merecía la pena salvar su vida. Para sabotear la segunda oportunidad que se le había ofrecido. Eso formaba parte de su sentimiento de culpa por lo que había sido en el pasado.

—No tiene nada que ver con eso —repuso Serena con calma—, y lo sabes.

—Cuando estaba casado con Cindy, Stride no quería tener hijos —protestó Cat—, así que, ¿por qué iba a quererme a mí ahora?

—Te equivocas, pero incluso aunque fuera cierto, eso ahora no importa. Stride te acogió, Cat. Quiere que te quedes. Los dos lo queremos. Lo que sucedió en el pasado, lo que le sucedió a Cindy, no tiene nada que ver con lo que él es hoy.

—Ya te gustaría —le espetó la chica.

Las palabras salieron disparadas de su boca como una flecha envenenada. Resultaba curioso cómo los adolescentes eran capaces de encontrar siempre el punto débil y meter el dedo en la llaga. Si había algo en la vida de Serena que la hacía sentirse como una niña insegura, era pensar en Cindy Stride. La sospecha de que Jonny seguía enamorado de su primera mujer.

Enamorado de la mujer que había muerto de cáncer ocho años atrás.

Cat era consciente de lo que había dicho. Ahora estaba arrepentida de sus palabras.

—Lo siento. No quería decir eso.

Pero sí había querido. Y tenía razón.

—Vamos —dijo Serena tragándose las emociones—, larguémonos de aquí.

Agarró con fuerza a Cat del brazo, pero algo hizo que se quedara paralizada. El grito de una mujer. Provenía de la calle, sofocado por el vocerío del local. Casi le pasó desapercibido. El grito cesó tan rápidamente como había empezado, interrumpiéndose como una ventana que se cerrara de golpe, pero Serena sabía con exactitud quién era. Se maldijo por no haber hecho caso a sus instintos cuando había tenido la ocasión.

La chica rubia del bar necesitaba ayuda.

Le indicó a Cat que se quedara donde estaba, se abrió paso a empujones y salió a la calle. Fuera, la llovizna se había convertido en un aguacero que caía al bies por el viento. El Grand Am que había visto antes seguía estacionado a media manzana, con los faros blancos y brillantes, echando vapor bajo la lluvia. Justo frente al sedán estaba la chica del bar, que se revolvía como si tratara de liberarse de un hombre que la sujetaba con una llave de cabeza.

Serena gritó y la mujer la vio. En silencio, embargada por el pánico, le suplicó que la rescatara. Serena se dirigió hacia ellos para detener la agresión, pero apenas había dado un paso cuando un disparo retumbó en la noche. Un tiro. Sonoro y letal. El bello rostro de la chica rubia, retorcido por el pánico, se convirtió en una mezcla de hueso, cerebro, sangre y piel. Las rodillas se le doblaron y su cuerpo se desplomó sobre el suelo mojado. Aturdida, Serena se lanzó de lado hacia la pared exterior del bar.

La puerta del local se abrió y Cat gritó con curiosidad:

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué pasa?

Serena chilló con la furia protectora de una madre:

—¡Cat, vuelve dentro ahora mismo!

Luego echó a correr casi sin ser consciente de ello. Vio la espalda de un hombre alto con una sudadera con capucha que huía. El asesino. No se detuvo a ocuparse de la mujer que yacía en la calle. No podía hacer nada por ayudarla. Se lanzó tras el hombre afanándose por mantener su ritmo, pero el dolor del esfuerzo le atenazaba el pecho. La lluvia le empapaba el pelo negro y enturbiaba su visión. El asfalto estaba resbaladizo. El individuo apretó el paso hacia la oscuridad de una calle lateral que acababa en un denso grupo de árboles, mientras Serena le seguía a unos tres metros de distancia. En las pequeñas casas de ambos lados se encendieron las luces mientras la gente se acercaba a las ventanas. Un perro encadenado se puso a ladrar furioso.

Serena redujo la distancia aprovechando que el hombre había resbalado y perdido pie. Los árboles se erguían amenazantes justo delante de ellos. Serena sabía dónde se encontraban: la calle terminaba en unos abruptos escalones que bajaban hacia un arroyo que cruzaba los campos de hierba de Irving Park. Decidió arriesgarse y dio un salto. Su cuerpo golpeó al hombre en el centro de la espalda, lo lanzó hacia delante y ambos acabaron en el suelo. Él se deslizó sobre el musgo que cubría los escalones de cemento. Ella se puso en pie y se lanzó a por él, pero el hombre la estaba esperando: se revolvió en la oscuridad y le pegó un puñetazo en el estómago. Luego le agarró la cabeza y dirigió su barbilla hacia la barandilla oxidada que bordeaba la escalera, donde el hueso golpeó el metal. A Serena le castañetearon los dientes, como si se los hubieran clavado hacia arriba. El mundo empezó a dar vueltas mientras ella caía de rodillas.

Él giró sobre sus talones y bajó a saltos el resto de la escalera. Serena oyó sus pasos chapoteando en el agua que borboteaba abajo. Había logrado huir y ahora

corría hacia los campos abiertos del parque. Ni siquiera le había visto la cara.

La gente del bar se acercó corriendo y gritando. En medio de la multitud Cat gritaba su nombre una y otra vez, asustada. Serena trató de incorporarse, pero estaba demasiado mareada, cayó hacia delante y el sabor de la sangre le llenó la lengua. Ahora estaba a gatas. Tanteó a ciegas los escalones embarrados buscando la barandilla para que le sirviera de apoyo al levantarse. Notó piedras y ramas y hojas comidas por los insectos bajo los dedos, y al final rozó el metal de la barandilla.

Salvo que... no.

Lo que había bajo la piel mojada de su mano no era la barandilla que se erguía junto a la escalera. Era otra cosa. Un objeto metálico y letal, y que seguía caliente al tacto.

Cuando logró ordenar sus pensamientos, se dio cuenta de que era una pistola.

ENTONCES

Nueve años antes

Cindy Stride tomó nota de la hora que señalaba el reloj del salpicadero de su Subaru Outback: las 9.32 de la noche.

Más adelante todo el mundo le preguntaría al respecto. Jonny la acribillaría a preguntas, no como marido sino como policía. ¿Qué hora era? ¿A qué hora te fuiste de la fiesta del Radisson? El fiscal del condado, Dan Erickson, la interrogaría en el estrado de los testigos meses después. «Señora Stride, ¿recuerda exactamente qué hora era cuando llevó a la acusada a su casa esa noche?».

No sabía por qué se había fijado en la hora, o por qué la recordaba, pero así era. Las 9.32 de la noche. Viernes. Veintiocho de enero.

Cindy miró a la mujer que se sentaba a su lado, en el asiento del acompañante. La doctora Janine Snow. Era incapaz de mirarla sin sentir una punzada de celos. Si una mujer era baja, deseaba ser alta. Si tenía el pelo moreno, quería ser rubia. Si era fisioterapeuta, como Cindy, quería ser cirujana.

Janine era todas estas cosas.

—Siento que hayas tenido que marcharte tan pronto de la fiesta —se disculpó su amiga, con un leve dejo de sus raíces texanas—. No me encuentro bien, así que he pensado que era mejor que no condujera.

Cindy se encogió de hombros.

—No te preocupes. Le he deseado feliz cumpleaños al jefe y le he dado un beso en la mejilla. He cumplido con mis obligaciones.

Entrecerró los ojos para mirar por el parabrisas de su Outback. Detestaba conducir de noche y la larga cuesta que subía hasta casa de Janine la ponía nerviosa. Duluth era una ciudad sin ninguna razón de ser en invierno, cuando el hielo convertía las calles empinadas en pistas de luge^[1]. Janine tenía una mansión de estilo Frank Lloyd Wright en la parte alta de Skyline Parkway, con vistas de un millón de dólares y escarpas que te hacían contener la respiración mientras tratabas de escalar las resbaladizas calles para llegar allí. Cada vez que tomaban una curva por encima de las copas de los árboles, las calles glaseadas adquirían el aspecto de una escalera que se escurriera entre las nubes.

—¿Puedes parar? —le pidió Janine de pronto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por favor. Voy a vomitar.

Cindy pisó el freno y el Outback coleó. Janine abrió de golpe la puerta y trató torpemente de desabrocharse el cinturón. El aire gélido entró rugiendo en el coche e hizo estremecer a Cindy. Vio a Janine tambalearse en el arcén, donde la tierra helada descendía en picado a sus pies.

—¿Estás bien? ¡Ten cuidado!

Janine cayó de rodillas y vomitó todo el contenido de su estómago. Trató de levantarse pero los tacones le resbalaron y estuvo a punto de caerse. Se agarró a la portezuela del coche mientras volvía a entrar, despidiendo olor a vómito. Tenía la blusa color lavanda, que llevaba por fuera, y los tejanos Paige manchados de tierra, nieve y restos regurgitados de las gambas del banquete. Apoyó los puños cerrados sobre las rodillas y echó hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados.

—Lo siento mucho —se disculpó en un murmullo.

—No pasa nada —contestó Cindy—. Últimamente es como si todo lo que como también me diera náuseas.

Los neumáticos del Outback empezaron a rodar en busca de tracción cuando Cindy aceleró. A veces tenía pesadillas con las calles de Duluth, en las que ella pisaba una y otra vez el acelerador pero no conseguía subir por una cuesta increíblemente empinada. Echó un vistazo al barranco que se erguía junto a la carretera. De las salientes rocosas colgaban algunos témpanos, restos de un breve deshielo de principios de mes. En algún lugar por encima de ellas se encontraba la casa de Janine. La estructura de la vivienda sobresalía de la ladera, como si flotara en el aire. Era un sitio demencial para vivir. Cindy prefería la casa llena de corrientes de aire que Jonny y ella poseían en la franja de tierra que se abría entre el lago Superior y el puerto interior. Le gustaba vivir al nivel del mar.

A su lado, Janine tenía la piel blanca como un fantasma. Lo más irritante de Janine es que podía encontrarse mal y aun así tener buen aspecto. Su pelo rubio natural ondeaba sobre sus hombros como olas de luz solar. No importaba si lo llevaba recogido o despeinado; de alguna manera, siempre le quedaba bien. Tenía el peso y la complejión perfectos, y con treinta y nueve años, daba la sensación de que no le costaba esfuerzo mantenerse así. Exasperante. Cindy no perdía la esperanza de que Dios hubiera cometido un error en alguna parte, pero incluso el diminuto lunar que tenía junto a la boca parecía obra de un artista. Sus finos y alargados dedos eran capaces de lograr resultados mágicos cuando operaba corazones palpitantes. Sus ojos azul claro casi nunca parpadeaban, y cuando te miraban resultaban perturbadores y te hacían tartamudear como un idiota, por hallarte frente a alguien tan hermosamente constituido.

Sí, Cindy le tenía cierta envidia a Janine Snow.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Janine—. Me sorprende que se haya perdido la fiesta del jefe.

—Jonny y Maggie se han quedado atrapados en lo alto de Bong Bridge cuando volvían de Superior. Un semirremolque volcó sobre el hielo y lo bloqueó todo. Un completo caos.

Janine le dedicó una leve sonrisa.

—Y qué, ¿su pequeña compañera china sigue enamorada de él?

—¿Maggie? Pues sí. Ahí sigue.

—¿No te preocupa? Pasan mucho tiempo juntos.

—No, no me importa. Tal vez Maggie esté enamorada de él, pero Jonny está enamorado de mí.

Janine frunció los labios como si quisiera añadir algo más, pero se mordió la lengua. No siempre hacía gala de buenos modales. Si otra persona hubiera insinuado una relación entre Jonny y Maggie, Cindy le habría parado los pies de inmediato, pero con este aspecto espinoso del carácter de Janine tenía manga ancha.

Hacía cinco años que eran amigas, desde que el hospital Saint Anne's había contratado a Janine de Texas para ocupar el puesto de cirujana cardíaca jefe. Cindy trabajaba como fisioterapeuta en un edificio adyacente y se habían conocido en la cafetería. A Janine le costaba hacer amigos, sobre todo si eran mujeres, pero Cindy se enorgullecía de no caerle mal a nadie. No tardaron en hacerse íntimas. O tan íntimas como puede serlo un médico de alguien.

Janine no ocultaba su libido del tamaño de Texas, pero era una de esas mujeres que siempre parecían elegir el hombre equivocado. Ya se había divorciado dos veces antes de mudarse a Duluth. Uno de los matrimonios había sido un amor de adolescencia, ingenuo y condenado al fracaso; el otro, mercenario, para pagarse la Facultad de Medicina. En ambos casos había mantenido su apellido, Snow, y como la nieve,^[2] era una mujer fría, resuelta y deslumbrante.

Dos años después de llegar al Saint Anne's, Janine había vuelto a casarse. Esta vez con un columnista del *News-Tribune* llamado Jay Ferris, y bien podía decirse que uno era de Venus y el otro, de Marte. Jay era negro y Janine, blanca. Él era un demócrata de las cordilleras de hierro de Minnesota y Janine, una republicana del estado de la estrella solitaria, Texas. Sus diferencias incrementaban la atracción mutua. Janine había admitido sin tapujos a Cindy que su interés por Jay estaba más relacionado con la lujuria que con el amor, pero después de que la llama entre ellos se apagara, su pasión derivó al otro extremo. A Cindy no le hacía falta preguntar por qué Jay no había acompañado a su mujer a la fiesta del hotel Radisson. Janine y Jay no iban nunca juntos a ningún lado. Ya no. Desde hacía meses.

Cindy giró hacia casa de Janine. La última cuesta era la más empinada. Había tres casas en lo alto de un callejón sin salida, construidas para absorber las vistas de la ciudad y el lago. La casa de Janine era la más reciente, la más moderna y la más cara. Los techos eran planos, con calefacción para fundir la nieve. La parte de atrás de la vivienda, construida sobre columnas ancladas en la loma, estaba provista de una pared con ventanales del suelo al techo. El pórtico redondeado se extendía sobre el camino de entrada semicircular, como un platillo volante.

Las luces estaban encendidas. Jay Ferris se encontraba en casa. La puerta del garaje estaba abierta, dejando a la vista el nuevo Hummer de Jay y un espacio vacío allí donde Janine solía aparcar su Mercedes, que había dejado en el estacionamiento del Radisson.

Cindy detuvo el coche en el camino de entrada.

—Ya hemos llegado.

—¿Te importa entrar conmigo? Estoy un poco mareada.

—Claro.

Cindy bajó. El viento de la cima de la colina le enredó la larga melena morena y le tiñó de rojo las mejillas. Se acercó al otro lado del Outback y ayudó a Janine, que le pasó a Cindy el brazo por los hombros para apoyarse. Janine seguía arrastrando una leve cojera a raíz de una dolorosa caída sobre el hielo el año anterior. Cindy no entendía por qué su amiga insistía en llevar tacones, pero para una rubia de Texas, dejarse los tacones en casa era como si le propusieras ir desnuda a una fiesta.

—¿Tienes la llave? —preguntó Cindy.

—Sí.

Pero a Janine no le hacía falta la llave. A través de la puerta de cristal, Cindy vio a Jay Ferris, que se acercaba a ellas. Notó una reacción visceral en el cuerpo de su amiga al ver a su marido. No había nada que tensara tanto a aquella mujer fuerte como el hombre con el que se había casado. Cindy se preguntó cuánto tiempo podía alguien vivir así antes de hacer algo al respecto.

—Entraré contigo —se ofreció Cindy.

—No. —Janine habló en un susurro agitado—. No, no hace falta. Puedo arreglármelas. Gracias por traerme a casa.

—¿Estás bien?

—Quiero lanzarme de cabeza al cañón —contestó su amiga.

—Janine.

—Era broma. Estoy bien.

—Ven a casa conmigo. No tienes por qué quedarte aquí con él.

Janine negó con la cabeza.

—Sí que tengo.

La puerta principal se abrió y se oyó un clarinete de *jazz* que sonaba desde unos altavoces ocultos. Jay sostenía una copa de vino tinto en la mano. Era delgado y ocho o diez centímetros más bajo que su mujer. Llevaba una camisa de seda blanca por fuera de unos pantalones de traje grises e iba descalzo. Dirigió una mirada fulminante a Janine sin prestarle ninguna atención a Cindy.

—Mírate. ¿Eso es vómito? Qué bonito.

Janine se irguió y lo apartó al pasar a su lado. Él cerró la puerta sin saludar a Cindy. A través del cristal, esta vio a Janine sacarse los zapatos en el recibidor de mármol. También oía sus gritos; ya estaban discutiendo. Jay alargó la mano hacia su mujer y Cindy vio como su amiga se lo sacaba de encima con violencia. Pensó en llamar al timbre e intervenir, pero Janine volvió la cabeza, miró por la ventana y articuló con los labios: «Vete».

Cindy regresó a su Outback y se armó de valor para un viaje de vuelta a casa largo y resbaladizo. Dio las gracias en silencio, no por primera vez, por el marido que tenía y la vida que llevaba.

Las calles estaban vacías. Nadie era tan insensato como para salir en una noche como aquella. Ese era uno de los detalles que más tarde le pedirían que recordara.

«Al irse de la casa esa noche, señora Stride, ¿vio a alguien más?».

«No, allí no había nadie. Estaba sola».

Cindy se despertó y percibió el olor del humo de un cigarrillo.

El pequeño dormitorio estaba a oscuras. No sabía qué hora era. A través de la ventana entreabierta oyó el rugido del lago Superior a unos centenares de metros de la puerta trasera. Se estremeció por el frío al sentarse en la cama en camisón, y la manta se deslizó por su pecho. Se apartó unos mechones de pelo de la cara.

Allí donde la luna dibujaba un triángulo de luz sobre el suelo vio la silueta de su marido. Era alto, medía casi metro noventa. Fuerte y en forma. Con el pelo negro ondulado e indómito. Su cuerpo esbelto estaba cubierto de ropa cuando en realidad debería estar desvistiéndose. Se llevó un cigarrillo a la boca, un hábito que ella odiaba, pero que él había sido incapaz de dejar.

La cama estaba fría. Él aún no se había acostado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él se dio cuenta de que estaba despierta y se sentó a su lado. Accionó el mechero con un gesto rápido y la llama se encendió. Ahora ella podía verle los ojos. Adoraba aquellos ojos. Oscuros, seductores, fieros, divertidos y llenos de amor siempre que los miraba.

Pero en ese momento sus ojos no reflejaban alegría.

—Malas noticias —dijo Jonathan Stride—. Tengo que irme.

—¿Qué ocurre?

—¿Has visto a Janine en la fiesta del jefe esta noche?

—Claro. La he llevado a casa. No se encontraba bien.

Stride le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Has llevado a Janine a casa? ¿Qué hora era? ¿A qué hora te has ido de la fiesta del Radisson?

La hora le vino a la cabeza.

—Las nueve y treinta y dos.

—Hace casi una hora y media —murmuró Stride—. ¿Viste a Jay?

—Un momento, sí. ¿Por qué?

Stride la besó en la frente y volvió a levantarse.

—Jay está muerto. Janine ha llamado a emergencias hace unos minutos. Dice que alguien le ha disparado.

2

—Lo que tienen en común los maridos muertos y las mujeres muertas es que los casos son siempre como un chiste de esos de toc, toc —dijo Maggie Bei.

Jonathan Stride miró a su menuda compañera china, que lo observaba desde detrás de su negro flequillo. Le siguió el juego.

—¿Y eso?

—Toc, toc —dijo ella.

—¿Quién es?

—Lo sabemos.

—¿Sabemos quién? —preguntó Stride.

Maggie le apuntó con el dedo como si fuera una pistola.

—Sí, lo sabemos.

Stride ahogó la risa. Maggie tenía razón. Le resultaba difícil recordar un cónyuge muerto en casa al que no hubiera disparado, apuñalado o apaleado su amoroso marido o su amorosa mujer. Por lo general, las investigaciones no tardaban mucho en reunir pruebas suficientes que presentar ante un jurado. No obstante, la doctora Janine Snow no era una sospechosa corriente.

Era una mujer rica.

Era una heroína local que salvaba vidas en la mesa de operaciones.

Era una de las mejores amigas de su mujer.

Stride se pasó las manos por el pelo ondulado y parpadeó para no dormirse. Estaba cansado y tenía frío. La temperatura se mantenía en torno a los cero grados, y allí en lo alto de la colina el viento del lago le acuchillaba la piel como si fuera ácido. Aquella noche ya habían pasado dos horas fuera, en el arco de Bong Bridge que conectaba Duluth con su ciudad portuaria gemela en Wisconsin: Superior. Un semirremolque había volcado sobre la calzada helada, así que habían tenido que cerrar el acceso al puente y los coches se habían quedado atascados durante horas. A una mujer le había entrado pánico debido a la altura y había amenazado con lanzarse al agua. Una típica tarde de enero.

Apenas había tenido tiempo de darse una ducha caliente en casa cuando Maggie le había llamado para informarle del asesinato de Jay Ferris. Ahora volvía a tener frío, aunque lo cierto era que en Duluth el frío del invierno no desaparecía nunca. Uno vivía su vida en medio del frío. Incluso debajo de una manta de lana, los huesos nunca olvidaban el frío. Y te lo recordaban con un pequeño escalofrío involuntario.

Stride estaba con Maggie junto a su Ford Bronco, cubierto de tierra y sal de carretera. Examinó la calle y la casa. Su equipo ya había precintado el escenario, y el lugar estaba lo bastante alejado del centro y era lo bastante tarde —pasada la medianoche— como para que la noticia del asesinato se hubiera filtrado ya a los medios. Aquello no duraría mucho, sobre todo teniendo en cuenta la prominencia del marido y la mujer implicados en el crimen.

Desde donde había aparcado, la calle descendía abruptamente. En la calzada no había nieve, pero las máquinas habían amontonado casi dos metros en las cunetas. Había tres casas, todas en el risco que daba al lago y las tres de un valor superior al millón de dólares. Stride conocía a las familias propietarias. Janine y Jay. A su lado, otro cirujano que vivía con su pareja gay y sus tres hijos adoptados. Y, tras una verja de hierro forjado, los dueños de una exitosa cadena de restaurantes ubicada en el corazón turístico de la ciudad, en Canal Park. La flor y nata de Duluth constituía una comunidad pequeña, y el jefe ponía especial empeño en que tanto él como sus tenientes mantuvieran buenas relaciones con ellos.

—Quiero que interrogues a los vecinos tú sola —le pidió a Maggie.

—Vale.

—Sé educada.

—¿Yo? Si siempre soy educada.

Stride le sonrió. Otra broma. En realidad, Maggie era malhablada y sarcástica. A Stride le sorprendía lo mucho que había cambiado en los años que llevaban trabajando juntos. Maggie era una sagaz inmigrante china licenciada en criminología por la Universidad de Minnesota, pero Stride se había mostrado reacio a contratarla porque daba la impresión de ser demasiado conservadora para su equipo de policías pendencieros. Eso no duró mucho. Ella acabó por soltarse, aprendió a proferir tacos y a mangonear a colegas que le sacaban por lo menos treinta centímetros. Vestía ropa moderna de la sección juvenil, llevaba ridículos tacones de bloque cuyo ruido al andar hacía que pareciera un bailarín con zuecos y constantemente tenía que apartarse de los ojos el flequillo de su abundante pelo negro.

—Venga —dijo Stride—, vamos adentro.

La casa de Janine Snow tenía tres pisos, pero la entrada se encontraba en la planta superior y las otras dos estaban construidas debajo, sobre la ladera de la colina. Avanzaron por el camino semicircular y pasaron junto al garaje abierto de tres plazas. El suelo estaba cubierto de gravilla y sal. Al llegar a la puerta, custodiada por un agente uniformado, se pusieron guantes y se cubrieron los zapatos con fundas de plástico. El vestíbulo de mármol daba a un salón de techos altos decorado con cuadros de temática africana y esculturas de ónice abstractas. Sobre el sofá blanco y negro había colgado un tríptico con el retrato de Malcolm X, y las sillas modernas parecían incómodas. La sala se extendía hasta la parte de atrás de la casa, donde desde unos altos ventanales podían contemplarse las luces de la ciudad y la masa oscura del lago Superior.

Las vistas eran imponentes, pero en ese preciso momento quedaban empequeñecidas por el cadáver de Jay Ferris, que yacía tumbado de espaldas sobre una alfombra de rayas grises. Una herida circular le había quemado el centro de la frente y debajo de su cabeza el suelo estaba empapado de sangre. Esta no le había manchado la camisa blanca, que relucía inmaculada en contraste con su piel negra. Con independencia del agujero en su cabeza, seguía siendo un hombre apuesto. El

cráneo rasurado. Una perilla bien recortada.

—Jay Ferris —murmuró Stride para sí mismo.

Tenía que ser sincero. Nunca le había gustado aquel hombre.

Jay había vivido toda su vida en Duluth, igual que Stride. Había crecido en la zona de Lincoln Park y de adolescente se había metido en líos con la policía por asuntos de drogas y robos. Aun así, Jay era un chico listo y ambicioso. Había estudiado en la UMD con una beca, se había licenciado en periodismo con honores y había ido escalando puestos en el *News-Tribune* de Duluth, desde la mesa de corrector de textos hasta su trabajo actual como columnista diario. Sabía que la controversia vendía periódicos, y él la alimentaba con abundancia. En una ciudad que trataba de limar asperezas con su pasado racista, Jay era un cruzado contra la élite blanca. A Stride eso no le importaba —en todos los armarios de la ciudad había esqueletos que era mejor sacar a la luz—, pero le molestaba la indiferencia con la que Jay usaba su púlpito amenazante para destrozar a la gente corriente.

Uno de sus policías había acabado en el punto de mira de Jay. Un joven agente llamado Nathan Skinner se había emborrachado en Wisconsin Dells y lo habían parado por conducir bajo los efectos del alcohol. Por si eso no fuera suficiente, Skinner había utilizado un desagradable epíteto racista en el curso de su detención. Hizo gala de un comportamiento intolerable, en estado de embriaguez, y Stride lo suspendió durante un mes y lo envió a un curso de formación en diversidad cultural en Minneapolis. Aquello no satisfizo a Jay, que se dedicó a darle bombo al arresto de Skinner en su columna. Convirtió al joven agente en la viva imagen del racismo entre las filas policiales de la ciudad, y finalmente el jefe ordenó a Stride que lo despidiera para que así la historia desapareciera de los periódicos. Stride no disculpaba lo que había hecho Skinner, pero no creía que el error justificara el hecho de acabar con la carrera de un hombre joven.

Y lo mismo pensaban el resto de sus agentes. Jay Ferris no era un personaje popular en el departamento de policía de Duluth.

Stride examinó el cadáver. El informe completo lo enviaría más adelante el forense del condado de Saint Louis, pero él había visto bastantes víctimas por arma de fuego para reconocer los detalles obvios. La pólvora tatuada en la frente indicaba una herida infligida a una distancia intermedia: el tirador se hallaba más o menos a medio metro de Jay al dispararle. Por la posición del cuerpo, el tirador se había colocado entre Jay y la puerta principal.

Junto a él había una copa de vino volcada que dejaba su propia mancha roja sobre la alfombra. Otra copa, manchada de pintalabios, descansaba sobre una mesita de centro de caoba.

—No hay pistola —explicó Maggie—. Seguimos buscándola.

—Buscad más a fondo —repuso Stride—. Necesitamos esa pistola. ¿Dónde está Janine?

—Abajo, en su estudio. Archie Gale está con ella. Ha declarado que no diría nada

hasta que tú llegaras. Es lista.

Maggie puso los ojos en blanco.

—Hablaré con ella —dijo Stride, e insistió—: Encontrad la pistola.

Bajó por las escaleras de caracol al siguiente piso de la casa. La escalera era moderna, de cromo y piedra. Janine y Jay habían construido la casa hacía menos de un año, pero según Cindy, era la niña de los ojos de Janine. Su sueño. Había trabajado en el diseño con un arquitecto durante meses. La mansión en la colina era uno de los beneficios de ser cirujana.

El estudio de Janine tenía más o menos los mismos metros cuadrados que toda la casa de Stride. Cerca de la ventana había un escritorio grande e impecablemente limpio. A lo lejos vio brillar el puente levadizo de Canal Park. Una pared entera estaba dedicada a estanterías empotradas surtidas de volúmenes médicos, y otra de las paredes estaba llena de fotografías de gente corriente. Eran sus pacientes. Gente cuyas vidas había salvado. Stride no creía que estuviera esperando allí a la policía por casualidad. Quería recordarle quién era y lo importante que era para la ciudad de Duluth.

Tampoco era casualidad que no estuviera sola. Archibald Gale la acompañaba, y Gale era el mejor abogado penalista del norte. Al entrar Stride en el estudio, se levantó de un salto del sofá de piel. Para lo corpulento que era —metro ochenta, unos ciento veinticinco kilos—, se movía con ligereza. Tenía el pelo ralo y canoso, rizado y corto, y unos ojos azules que centelleaban detrás de unas pequeñas gafas redondas. A pesar de la hora, llevaba un traje de tres piezas perfectamente planchado, con una corbata cuyo impecable nudo le apretaba el grueso cuello.

—¡Teniente! —exclamó en tono jovial, como si fueran viejos amigos.

Y, en cierta medida, lo eran. Se hallaban en lados opuestos del juego y a menudo se enfrentaban en el estrado de los testigos en los tribunales, pero Gale también era alguien a quien resultaba difícil no apreciar.

—Archie —saludó Stride—. Bonito traje.

Él se había aflojado el nudo de la corbata y había cogido una camisa Oxford del cesto de la ropa sucia. Seguía llevando su vieja chaqueta de cuero, con más de una década de vida y un agujero de bala en una manga.

—Aún estaba en el despacho —explicó Gale—. Teniente, creo que conoce a la doctora Janine Snow.

Stride saludó a la cirujana con la cabeza.

—Doctora Snow.

—Teniente Stride.

Le resultaba extraño mostrarse tan formal con ella. Por lo general solían tutearse. Ella había estado en su casa. Comía o jugaba al golf con su mujer un par de veces al mes. Habían asistido juntos a eventos para recaudar fondos. Aun así, ahora ella era la víctima de un crimen. Y una sospechosa. Ambos lo sabían.

La primera cosa en la que reparó fue que el pelo rubio de Janine estaba mojado.

Se había duchado. Eso era lo que uno hacía cuando llegaba a casa después de una fiesta, mareado y desaliñado. O era lo que uno hacía si acababa de disparar a su marido y quería asegurarse de que no quedaran residuos químicos en la piel y las manos.

Se sentó en el sofá junto a ella, en el sitio que hacía unos instantes ocupaba Gale. El abogado apoyó sus amplias posaderas en la esquina del escritorio de Janine y los contempló con la melindrosa preocupación de una madre superiora. Janine aguardaba las preguntas de Stride, y era exactamente tal y como él la recordaba. Lista, hermosa, emocionalmente distante. No había lágrimas en sus ojos. Ninguna simulación de tristeza. Para ella se trataba de un ejercicio práctico. Su marido había sido asesinado. Fuera inocente o culpable, ella debía asegurarse de que aquel incidente no la despojara del resto de su vida.

—Me sorprende que haya sentido la necesidad de llamar a un abogado tan pronto —señaló Stride.

—Oh, ¿por qué no nos ahorramos esas observaciones tan trilladas? —intervino Gale antes de que Janine pudiese contestar—. Si hiciera senderismo en la Alaska salvaje por primera vez, me imagino que querría usted un guía, ¿no es así, teniente? Siempre hay osos acechando en las sombras.

Stride se encogió de hombros. Janine sabía que contratar a un abogado la hacía parecer culpable. Era lo bastante perspicaz como para que eso no le importara.

—Dígame exactamente qué ha pasado esta noche —le pidió.

Janine miró a Gale, que le hizo un gesto de asentimiento.

—Cindy me ha traído a casa pronto de la fiesta —explicó—. No me encontraba muy bien. De hecho, hemos tenido que pararnos durante el trayecto para que pudiera vomitar. Después de que me dejase, he hablado un rato con Jay. Más bien hemos discutido. Será mejor que sea sincera con usted.

—¿Por qué han discutido?

—Nada importante. Jay y yo podíamos discutir por cualquier cosa, y por lo general lo hacíamos. Probablemente, el señor Gale quiere que finja que todo iba a las mil maravillas entre nosotros, pero usted no me creería si le dijera eso. Estoy segura de que Cindy le ha contado que la relación entre Jay y yo era tirante. Usted conocía a mi marido, teniente. Si cree que como periodista era difícil, créame, era incluso más difícil vivir con él.

—¿Cuánto ha durado la discusión? —quiso saber Stride.

—No tengo ni idea. ¿Diez minutos? ¿Quince? He bebido un poco de vino.

—¿A pesar de encontrarse mal?

—Vomitarse hace que tu perspectiva mejore —repuso Janine.

—¿Y luego?

—Me he duchado.

—¿Dónde se encuentra la ducha? —preguntó Stride.

—En el piso inferior, junto al dormitorio principal. Jay y yo tenemos baños

separados. El mío lo construí como una especie de *spa* para refugiarme. Los maridos tienen cuevas para hombres. Yo tengo mi baño.

—¿Y al salir?

—Me he dado cuenta de que había algo extraño.

—¿El qué?

—Los cajones del estuche de joyas del dormitorio estaban abiertos. Yo no los había dejado así. Al mirar he visto que habían desaparecido varias joyas caras. He llamado a Jay, pero no me ha contestado. He vuelto arriba y ha sido entonces cuando lo he encontrado.

No era una historia muy convincente, pero ella la contaba como si fuera el evangelio.

—Entonces debo entender que en el rato que ha estado usted en la ducha alguien ha entrado en la casa, disparado y matado a su marido, ha bajado dos pisos, encontrado su habitación, robado unas joyas y luego se ha escapado.

—Así es —confirmó Janine.

—Debe de darse unas duchas muy largas —observó Stride sin rastro de humor.

—La verdad es que sí.

—¿Cómo de largas?

—No me he cronometrado, teniente. Me he quedado bajo el chorro durante mucho rato.

—¿Ha oído algo? ¿Ha oído el disparo?

—No.

—¿Qué ha hecho al encontrar el cuerpo de Jay? —preguntó Stride.

—Me he quedado conmocionada —contestó Janine—. La puerta principal estaba abierta. He corrido hacia allí y he oído el ruido de un coche calle abajo, pero eso es todo. No he visto nada ni a nadie.

—¿Y después? Cuéntemelo todo.

—Me he asegurado de que Jay estaba muerto, aunque por la herida resultaba obvio.

—¿Y luego ha llamado a emergencias?

Janine vaciló.

—Creo que ha pasado un rato.

—¿Un rato? ¿Cuánto rato?

—Una vez más, no lo sé. En mi casa no hay relojes. Cuando estoy aquí no me interesa la hora que es. Me he sentado en el sofá y me he quedado mirando a Jay. Como he dicho, estaba conmocionada. En cuanto me he recompuesto, he llamado a la policía.

—Y al señor Gale —indicó Stride.

—Sí, así es.

—¿A alguien más? ¿Algún vecino? ¿Amigos?

—No.

—¿Ha ido a alguna parte? ¿Ha salido de la casa?

—No.

Un rato. El suficiente para esconder una pistola. El suficiente para esconder joyas. El suficiente para elaborar una historia.

—¿Tiene usted una pistola, doctora Snow?

—No —contestó ella.

—¿Y su marido?

—Antes tenía una, pero le pedí que se deshiciera de ella al casarnos. No me gustaba que hubiera un arma en casa.

—¿Qué me dice de enemigos? ¿Amenazas? Tanto hacia usted como hacia su marido.

Janine se encogió de hombros.

—Usted sabe quién era Jay. Cómo era. Coleccionaba enemigos como si fueran sellos.

—¿Dónde está su ropa? —quiso saber Stride.

—¿Disculpe?

—La ropa que llevaba al volver de la fiesta. ¿Dónde está?

—En la lavadora.

—¿Ya ha puesto la ropa a lavar?

—¿Después de vomitarme encima? Sí.

—La tomaba por la clase de mujer que solo lava la ropa en la tintorería, doctora Snow.

—¿En Dallas? Tal vez. ¿En Duluth en enero? No.

He aquí una mujer que tenía una respuesta para todo. Eso era lo que preocupaba a Stride. Le hablaba con la misma superioridad e impaciencia que un cirujano haciendo la ronda con sus residentes.

—¿Jay era violento? —preguntó—. ¿La pegó alguna vez?

Gale intervino con brusquedad.

—No siga por ese camino, teniente. No estamos debatiendo su relación.

—No pasa nada, Archie —dijo Janine con tranquilidad—. No, no era físicamente violento. Jay era muchas cosas, pero nunca me puso la mano encima.

Stride observó su rostro, esperando atisbar una grieta en su fachada. En lugar de eso, se la veía serena e inmutable.

—¿Alguna otra cosa que quiera contarme? —preguntó.

—Creo que eso es todo.

Él se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Janine, si ha pasado algo entre vosotros... si os habéis peleado y las cosas se han salido de madre... lo mejor es que me lo cuentes ahora. Podemos solucionar las cosas si sabemos la verdad. Mentir no hará más que empeorarlas.

Gale volvió a abrir la boca, pero Janine alzó la mano y le hizo callar con la más leve de las sonrisas. Su bata se abrió dejando al descubierto una V de piel desnuda. El

pelo rubio y húmedo le acariciaba la cara. Stride aspiró el aroma de su gel y su champú.

—Ya te he contado la verdad, Jonathan —contestó—. Yo no he disparado a mi marido. No he sido yo.

—Ha sido ella —anunció Carol Marlowe a su marido.

Al principio Howard Marlowe no oyó a su mujer. Tenía los ojos pegados al monitor Gateway de su escritorio, donde había ampliado una foto de Janine Snow en la pantalla. Finalmente miró a Carol, que había entrado en su estudio del sótano al salir de la habitación de la colada en zapatillas.

—¿Qué? —dijo distraído.

—Esa doctora rica. Ella mató a su marido. Eso es lo que estás mirando, ¿no? Más historias sobre ella. Hace días que no hablas de otra cosa.

Howard se encogió de hombros a la defensiva. Carol tenía razón, pero él no pensaba reconocerlo. Tenía el ratón preparado para cerrar la ventana de su pantalla si ella se acercaba más.

—No sabes si lo mató. Nadie sabe lo que pasó. Ella asegura que es inocente.

Carol se dejó caer en el andrajoso sofá del otro extremo de la habitación, bajo unos pósteres de la Gran Muralla china y de las estatuas de la isla de Pascua. Sitios a los que él nunca había ido pero que siempre había deseado visitar. Su mujer sacó una lima y empezó a limarse las uñas.

—¿Crees que si fuera culpable lo admitiría?

—No —convino él.

—Bueno, ahí lo tienes. En el Super One todo el mundo habla de ella. Y todos creen que lo mató.

El Super One era un supermercado local. Carol había trabajado allí como cajera desde que iba al instituto. Se habían conocido en la tienda cuando Howard trató de colarse en la cola de un máximo de diez artículos con al menos quince y Carol se negó a dejarle pasar.

Harold se dio cuenta de que empezaba a irritarse.

—Vaya, así que los detectives de la tienda lo han descubierto. Llamaré a la policía y les diré que habéis resuelto el caso.

Carol puso los ojos en blanco.

—Venga ya, Howard. ¿Un misterioso desconocido se cuela en la casa mientras Doña Perfecta está en la ducha? ¿Se carga a su marido y luego se escapa? Seguro que se cree que somos imbéciles. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Esto demuestra que una doctora blanca y rica casada con un hombre negro... Nada bueno puede salir de eso.

—No hables así —le espetó Howard—. Es ofensivo.

—Solo digo lo que todo el mundo piensa.

—Bueno, pues no lo digas.

—Como quieras.

Carol se encogió de hombros y siguió limándose las uñas. La secadora retumbaba en otra parte del sótano, y Howard oyó una cremallera que restallaba contra el tambor

metálico. Su mujer llevaba una camiseta de manga larga de los Minnesota Vikings y unos pantalones de chándal grises. Siempre vestía ropa ancha para ocultar los cinco kilos de más de los que no paraba de quejarse. Llevaba el pelo castaño claro recogido detrás de las orejas. Cogió un pañuelo de papel para sonarse la nariz, un poco grande en comparación con el resto de la cara. Tenía los ojos marrones y unas cuantas pecas en su piel blanca invernal.

—He hecho una reserva en los Dells para las vacaciones de julio —informó a su marido.

Howard cogió el trofeo de bolos del instituto que tenía encima del escritorio y quitó un poco de polvo de la base con la manga de la camisa.

—¿Tenemos que ir otra vez? Hemos ido tres años seguidos.

—A mí me encanta, y a Annie también.

—Vale, pero ya hemos estado —se quejó Howard—. Deberíamos ir a otro sitio.

—Bueno, ¿qué te parece Branson?

Howard frunció el ceño y no contestó. También habían ido tres veces a Branson. Todo lo relacionado con su vida era tan predecible como una cadena de montaje. Las mismas vacaciones. Los mismos programas de televisión. Las mismas comidas. Aquel día era miércoles, y el miércoles tocaba pastel de carne. Semana tras semana, todo el año. Para Carol, la rutina era como una armadura protectora contra el cambio. El cambio era malo. El cambio daba miedo. Ella quería que su mundo fuera siempre igual.

Él entendía el porqué de su comportamiento. A los doce años, Carol había entrado en el garaje de su casa y había encontrado a su padre colgado de una viga del techo con el cinturón. Eso había acabado con su infancia de clase media. Y no iba a permitir que volviera a suceder.

Howard dejó su trofeo con un pequeño golpe de frustración. Janine Snow le miraba desde la pantalla del ordenador. Doña Perfecta.

—Vale, podemos ir a los Dells si te apetece —se resignó con un suspiro.

La rendición era la mejor forma de que hubiera paz.

—Nos los pasaremos bien. Podemos ir a ese club de lujo que te gusta. El que está junto al lago.

—Ajá.

Carol se levantó del sofá. Se la veía satisfecha de sí misma.

—¿Vienes a la cama?

—Quiero prepararme la clase de mañana —contestó él.

—Howard, eres profesor de historia de noveno. Y es la misma del año pasado. Te daré una pista: el Norte ganó la guerra.

Él sabía que Carol no pretendía ser desagradable cuando le pinchaba por su trabajo. Para ella no había nada de qué avergonzarse por el hecho de ser un profesor corriente en una escuela corriente. Aun así, sus bromas le molestaban. Le recordaban todo lo que no había hecho con su vida.

—Subiré luego —murmuró.

—Vale. Buenas noches —dijo ella, y se despidió de él agitando los dedos.

Carol estaría dormida cuando él se metiera en la cama. Eso era lo que ocurría normalmente. Mantenían relaciones sexuales un par de veces al mes. Ella se mostraba entusiasta, pero Howard sabía que para ella el sexo era más una obligación marital que algo que hiciera porque disfrutaba con ello.

Volvió a dirigir la mirada a la fotografía de Janine Snow. Pelo rubio, largo y seductor. Ojos de un azul claro que te hacían estremecer. Rica. Manos que devolvían la vida a la gente sobre la mesa de operaciones. ¿Qué se sentiría al ser alguien así?

¿Qué se sentiría al *estar* con alguien así?

Howard apagó el monitor, porque su rostro le impedía pensar en nada más. Abrió el libro de texto del instituto y trató de escribir preguntas para el examen, pero era incapaz de concentrarse. Carol tenía razón: la historia no cambiaba. Al final, utilizaría el mismo examen que había empleado el año anterior y el anterior a ese.

Cogió un lápiz del escritorio y, enfadado, lo lanzó al otro extremo del estudio, donde cayó sobre la moqueta verde claro. Se levantó y se puso a andar de un lado a otro frente al póster de la isla de Pascua. Las cuencas vacías de una de las estatuas gigantes le devolvían la mirada. Aquel sí que era un buen sitio para ir de vacaciones: la costa barrida por las tormentas de una isla desierta, donde pudiera estudiar las pistas de uno de los grandes misterios de la historia. De pequeño, se había imaginado a sí mismo como un arqueólogo que realizaba excavaciones por todo el mundo.

En lugar de eso, se dedicaba a dar clase a chicos aburridos sobre cosas que tan solo había leído en los libros. Nunca había hecho nada por sí mismo. En realidad no. A los treinta y dos años, se había quejado al encargado del Super One acerca de la exasperante cajera de la caja rápida que se había negado a marcar sus compras, y el encargado la había obligado a disculparse con él. Carol había llorado tanto que Howard la invitó a tomar un café para compensárselo. Un año después, se casaron. Y al año siguiente tuvieron a su hija, Annie, que ahora tenía seis. Y eso era todo.

Nada iba a cambiar en su vida. El cambio era malo. El cambio daba miedo. Esa era la filosofía de Carol.

Sacó un brik de zumo de la mininevera de debajo del mueble bar con fregadero. Se miró al espejo mientras sorbía a través de la pajita y se le hacían hoyuelos en las mejillas. «No estoy mal», se dijo a sí mismo. Metro setenta y cinco, ni alto ni bajo. Pelo castaño rizado con raya en medio, todavía sin canas. Cara alargada, barbilla alargada. Gafas de Clark Kent, que ahora volvían a estar de moda. Llevaba un polo Kohl a rayas y no se le marcaba la barriga.

Se acercó al armario archivador y cogió una copia del examen del año anterior sobre la guerra civil.

Esta batalla, que se libró en Maryland el 17 de septiembre de 1862, también se conoce como la batalla de Sharpsburg.

A) Gettysburg

- B) Antietam
- C) Bull Run
- D) Saratoga

Después de tantas semanas de estudio, le deprimía la cantidad de estudiantes que elegía la respuesta D. Ya era bastante malo equivocarse de batalla, pero ¿equivocarse de guerra? No los culpaba. Enseñar a los chicos era su trabajo, y decididamente lo realizaba de una forma mediocre.

Howard sabía por qué estaba deprimido. Seis días atrás, había cumplido cuarenta años. Cuarenta: el cementerio de todos sus sueños de juventud. Lo celebró regodeándose en la autocompasión. «Bienvenido a la Edad Media», escribió Carol en su tarjeta de felicitación, otra broma que a él no le hizo gracia. Había recorrido la mitad de su vida, y era febrero, y parecía que el gris invierno de Duluth fuera a durar siempre. Desafiaba a cualquiera a que no se sintiera deprimido con esas perspectivas.

Se sentó a su escritorio y volvió a encender el monitor. Janine Snow le devolvió la mirada. Si uno tenía una cara como la suya, si tenía esa cantidad de dinero, si uno vivía en una gran casa en la colina, sería como si nunca fuera invierno. Según los periódicos, ella también tenía casi cuarenta años. No lo parecía.

Alargó la mano, tocó su rostro en la pantalla y pronunció en voz alta la pregunta que todo el mundo se hacía en Duluth:

—¿Fuiste tú?

Una semana después del asesinato de Jay Ferris, el equipo de Stride seguía sin encontrar la pistola.

—Hemos rastreado la casa de arriba abajo —le informó Maggie—. Tengo hombres buscando por la nieve y trepando por los acantilados de ambos lados. Hemos registrado todos los contenedores en un kilómetro y medio a la redonda. Nada. La pistola ha desaparecido.

Stride se echó hacia atrás en la vieja silla de vinilo. Se hallaban en el sótano del ayuntamiento, en el centro de Duluth, sede de las operaciones de la Brigada de Investigación. Era tarde y el resto de la oficina estaba a oscuras, pero sobre sus cabezas resplandecían unos cuantos fluorescentes. Uno de ellos parpadeaba como una luz estroboscópica. La mesa estaba cubierta de latas vacías de Coca-Cola, bolsas de patatas Lays y servilletas manchadas de salsa que olían a albóndigas de Subway. En todas las sillas había carpetas abultadas llenas de papeles y fotografías, y cajas de pruebas apiladas junto a las paredes de la sala de reuniones. Era su centro de operaciones para todo lo que sabían —y no sabían— sobre Jay Ferris y Janine Snow.

Stride contempló el techo y pensó en la pistola desaparecida.

—Imagina que has matado a tu marido —elucubró—. Tenéis una discusión, vas a buscar una pistola, le disparas. Ahí estás, con su cadáver en el suelo, y tienes que decidir qué hacer a continuación. No dispones de mucho tiempo. ¿Quince minutos? ¿Media hora? No puedes estar segura de que ningún vecino haya oído el disparo, y si dejas pasar demasiado tiempo antes de llamar a emergencias la gente se preguntará por qué.

—Nadie oyó el disparo —señaló Maggie.

—Cierto, pero Janine no lo sabe. Tiene que deshacerse del arma y coge un puñado de joyas para que parezca un robo. ¿Y luego qué? ¿Lo lanza todo por el cañón? Alguien podría encontrarlo cuando se fundiera la nieve. ¿Se sube al coche de Jay y va a alguna parte? Quizá, pero ¿y si alguien la ve mientras conduce?

—Entonces ¿qué crees que hizo? —preguntó Maggie.

Él meneó la cabeza.

—No lo sé. Lo más probable es que Janine ya tuviera un plan. No es la clase de mujer que hace las cosas sin pensar. Seguramente llevaba semanas dándole vueltas.

—O bien es inocente —apuntó Maggie.

—Sí. O bien es inocente.

Era una posibilidad... pero Stride no lo creía. Esa noche había mirado en el fondo de los ojos de Janine y había visto la verdad. Era culpable. Había matado a su marido.

Se levantó y atravesó la oscura oficina hacia la máquina dispensadora, de la que sacó otra lata de Coca-Cola. La abrió y se la bebió casi entera de un trago. Un conducto de la calefacción vibraba ruidosamente sobre su cabeza, aunque apenas contribuía a caldear el sótano atravesado por corrientes de aire. Apoyó la espalda en

la pared esperando el subidón de azúcar y cafeína.

Stride tenía casi cuarenta años y, la mayoría de los días, seguía sintiéndose joven. Los inviernos de Duluth habían curtido su rostro, pero cuando esbozaba su sonrisa rápida y fácil tenía un aspecto juvenil. Su cabello era negro azabache, corto por los lados, alborotado y con remolinos por arriba. No tenía unos rasgos perfectos. Nunca sería un modelo de piel tersa y cabello inmaculado. Cindy afirmaba que le gustaban sus imperfecciones porque no trataba de ocultarlas. Decía que era posible mirar a su marido y saber exactamente qué clase de hombre era: honesto, obstinado, melancólico y valiente. Un hombre que daría su vida tratando de hacer lo correcto y cuyos fracasos se le clavarían en el alma.

Gracias a su trabajo, conocía a la mitad de la ciudad, pero no invitaba a mucha gente a entrar en su vida. No tenía hermanos. Sus padres habían muerto. Había perdido a su padre en el lago cuando era un niño y su madre había fallecido diez años atrás. Desde entonces, su mundo se había limitado casi exclusivamente a Cindy y él, pero tampoco necesitaba a nadie más. Aparte de su mujer, solo tenía unos pocos amigos íntimos. Su médico y amigo de la universidad, Steve Garske. Y Maggie.

Stride sonrió al pensar en Maggie. Como policías, como amigos, formaban un buen equipo. Estaban tan unidos como pueden estarlo dos personas que nunca se han acostado juntas. Que era algo que nunca iba a permitir que sucediera.

Regresó a la sala de reuniones y se sentó.

—Bueno, ¿tú qué crees, Mags?

—Ha sido ella —contestó Maggie—, pero ojalá encontráramos esa pistola.

—Lo haremos. Mientras tanto, tenemos que localizar a cualquiera que tuviera un motivo. No quiero dejarle ningún margen de acción a Archie Gale cuando esto llegue a juicio.

Maggie asintió.

—Mañana he quedado con Nathan Skinner. No me gusta la idea de que un expolicía pueda ser el responsable de esto, pero...

—No, tienes razón, habla con Nathan. Asegúrate de que tiene una coartada. Yo tengo una cita con Clyde, el hermano de Jay. Quiere saber por qué no hemos detenido todavía a Janine. ¿Qué más tenemos?

Maggie cogió su libreta de la mesa, aunque en realidad no le hacía falta consultarla. Tenía mejor memoria que casi todos los policías que Stride había conocido.

—Aún esperamos los registros telefónicos y del banco, y estamos revisando las cintas de los cajeros y de las cámaras de las tiendas de la zona, por si Janine salió con el coche para deshacerse de la pistola. Guppo está examinando todo lo que nos llevamos de la casa. Jay recibía muchos correos amenazantes debido a sus columnas del periódico. Tardaremos un tiempo en comprobar a todo el mundo.

—¿Qué hay de los vecinos de Skyline? —preguntó Stride—. ¿Y sus colegas del periódico y del hospital?

—Según ellos, el matrimonio de Jay y Janine no iba bien. Muchas peleas. Muchas discusiones. La mayoría no entendía por qué seguían casados.

—¿Sabemos si existe un acuerdo prematrimonial? —preguntó Stride.

—Por desgracia, sí —le explicó Maggie—, y bueno. Si Janine y Jay se divorciaban, él se quedaba sin blanca. Y sus amigos dicen que a Jay le gustaba mucho el dinero. Si alguien tenía un motivo para preferir el asesinato al divorcio, era Jay, no Janine.

Stride frunció el ceño.

—¿Qué más?

—Tenemos una llamada de un buen samaritano —continuó Maggie—. Un adolescente y su novia iban por la calle Ocho Oeste hacia Skyline el viernes por la noche. Dicen que pasaron junto a un monovolumen blanco aparcado en el arcén. No ha podido decirme dónde estaba exactamente, pero si era cerca del cruce con Skyline no se encontraría muy lejos del espolón que lleva a casa de la doctora.

—¿A qué hora fue?

Maggie negó con la cabeza.

—No lo tenía claro. Cree que pasadas las diez, pero no miró el reloj.

—¿Vio a alguien?

—No, está bastante seguro de que el coche estaba vacío.

—¿Bastante seguro?

—Sí. Claro que estaba oscuro, así que en realidad no lo sabe. Es de gran ayuda, ¿eh? También está bastante seguro de que el monovolumen no tenía matrícula de Minnesota, aunque no podría asegurarlo al cien por cien.

—Supongo que no sabría qué clase de monovolumen era.

—De hecho, de eso sí estaba seguro. Al chico le chiflan los coches. Dijo que era un Toyota Rav4. Reconoció la absurda rueda de recambio de la parte de atrás.

—Bueno, no puede haber más que unos miles de coches de ese modelo en el norte —suspiró Stride.

—Sí, es como buscar una aguja en un pajar, pero vale la pena echar un vistazo por si Janine cuenta la verdad y se trata de un robo. Le pedí a nuestra colega Lynn Ristau de Cheesehead, al otro lado de del puente, que cruzara los registros de dueños de Rav con los de delincuentes. No le ha hecho mucha gracia. Cuando tenga los resultados le deberás una hamburguesa en el Anchor.

Stride sonrió.

—Bueno, ya se la debo. Nos ayudó mucho con el cierre del puente el viernes.

Maggie y él se volvieron hacia la puerta de la sala de reuniones al oír el timbre del ascensor que llegaba al sótano. Las puertas deslizantes se abrieron y el sargento Max Guppo avanzó hacia ellos con sus andares de pato, un portátil en las manos y una bolsa gigante de Fritos sujeta con fuerza entre los dientes.

—Tistinisqivirst —dijo al entrar en la oficina.

Stride le dedicó una sonrisita.

—¿Disculpa?

Guppo abrió la boca y los Fritos cayeron sobre la mesa de reuniones. Luego enchufó el portátil.

—Tíos, tenéis que ver esto —repitió.

Guppo era apenas más alto que Maggie y tenía la constitución de un muñeco de nieve. Su perfecta cabeza redonda lucía un emparrado moreno que ondeaba como una bandera pirata cada vez que soplaba la más leve brisa. También lucía un bigote lápiz debajo de una nariz aplastada contra la cara. Llevaba incluso más tiempo que Stride siendo policía en Duluth y, a pesar de su corpulencia, era uno de los investigadores más versátiles del equipo.

—Hemos encontrado un montón de tarjetas de memoria SD en el escritorio de Jay en el *News-Tribune* —les explicó Guppo—. He revisado las fotos que sacó con su cámara.

Resoplando, Guppo se sentó como pudo en una de las sillas con ruedas y volvió el monitor para que Stride y Maggie pudieran verlo. Luego cogió un puñado de porciones de maíz crujientes, se las metió en la boca hasta que se le hincharon los carrillos como a una ardilla y las masticó ruidosamente.

Stride observó mientras el grueso dedo de Guppo se desplazaba a través de una serie de fotos tomadas en un parque durante el otoño de Minnesota, cuando los colores de los árboles estaban en su apogeo. Reconoció la zona; no se encontraba muy lejos de las pistas de esquí de Spirit Mountain. Al inclinarse hacia delante Stride vio a un hombre en las imágenes, pero estaba demasiado lejos para identificarlo. Fuera quien fuese llevaba pantalones de camuflaje y una camiseta negra. Mientras las fotos se desplazaban por la pantalla, Stride se dio cuenta de que Jay se había acercado sigilosamente al individuo. Parecía joven, de veintitantos años, y en la mejor de las imágenes Stride distinguió algunos detalles en su perfil. Llevaba la cabeza afeitada, una barba perfectamente recortada y un montón de tatuajes en el cuello y los brazos desnudos. Resultaba difícil calcular su estatura, pero parecía escuálido y desnutrido. Un hombre menudo.

También sostenía un fusil de asalto en los brazos.

—¿Jay hizo estas fotos? —quiso saber Stride.

—Sí.

—¿Sabemos quién es este tipo?

Guppo negó con la cabeza.

—No. Por lo que parece descubrió a Jay y se largó.

—¿Sabes cuándo se tomaron las fotos? —preguntó Stride.

—El pasado mes de octubre.

—Esto parece Ely's Peak —observó Maggie.

—Sí, yo también lo pensé —confirmó Guppo—. Se me encendió una lucecita en el cerebro, así que repasé los informes policiales de otoño. Figura una llamada de Jay del 5 de octubre. Informaba de que había salido de excursión por los bosques cerca de

Ely's Peak y que había oído disparos. Siguió al tipo y sacó fotos, y nos mandó un par. Asignamos el caso a una agente uniformada, pero fue incapaz de identificar al hombre con ropa de camuflaje. Mantuvo la localización vigilada durante unos días, pero quienquiera que fuese no volvió. Ahí acabó todo. Sin embargo, según su informe, Jay estaba en lo cierto acerca de los disparos. Hubo muchos. La agente siguió el rastro y encontró centenares de casquillos en un claro del bosque. Alguien se había embarcado en una orgía de tiros.

Stride llegó tarde a casa, lo cual no era inusual.

Cindy y él vivían en una franja de tierra detrás del puente levadizo de Duluth conocida como The Point. Eran propietarios de la vivienda desde que se habían casado, una casita de dos habitaciones que parecía sacada de un tablero de Monopoly. Con garaje independiente, camino de entrada de arena y pintura desconchada. El jardín trasero lindaba con las dunas del lago Superior. Todo el mundo les decía que tenían que mudarse a una casa más grande en Miller Hill, pero a los dos les encantaba vivir tan cerca del agua, y a Cindy lo que más le gustaba era que la casa fuera tan antigua. Siempre decía que un sitio como aquel se compartía con todos los que habían vivido y muerto allí antes que uno.

Aparcó el Bronco en la nieve y el hielo del camino. Dentro, colgó la chaqueta de cuero en el gancho que había junto a la puerta de entrada y se dirigió a su diminuto dormitorio, que correspondía a la primera puerta del angosto pasillo. Encontró a Cindy en la postura de loto sobre una colchoneta en el suelo de madera. Tenía los ojos cerrados y solo llevaba puestas unas braguitas. Sabía que él estaba ahí, pero no reaccionó, y él se limitó a contemplarla con una sonrisa. Cindy era como un elfo: apenas pesaba cincuenta kilos. Su pelo negro, peinado con raya en medio, le caía largo y perfectamente lacio a ambos lados de la cara, hasta cubrirle los pequeños pechos con sus hermosos pezones rosados. Tenía la cara delgada y la nariz tan afilada como la aleta de un tiburón.

Stride oyó correr el agua en la ducha del baño. No tenía mucha presión y tardaba una eternidad en calentarse.

—Hola —la saludó.

—Hola, cariño —dijo ella con un tono de voz alegre.

Él ya no se disculpaba por llegar tarde o por perderse la cena. Formaba parte de sus vidas.

Ella descruzó las piernas y se puso en pie con agilidad. Luego se acercó a él y, como la frente solo le llegaba hasta su barbilla, se puso de puntillas para besarle. Deslizó los brazos alrededor de su cintura. Tenía unos ojos marrones enormes, con el iris tan grande que apenas quedaba sitio para la esclerótica.

—Me voy a la ducha —anunció.

—¿Quieres compañía? —preguntó él.

—Me encantaría, pero esta semana no.

—Ah.

—Sí, otra visita de la tía María. Qué sorpresa.

Stride percibió la frustración en su voz. Llevaban dos años intentando tener un hijo, sin éxito. Cindy casi nunca estaba deprimida, pero el primer día del período siempre despertaba su autocompasión. Había pasado tanto tiempo que él había empezado a preguntarse si Dios no les estaba mandando un mensaje, aunque no pensaba decirlo en voz alta. Tener hijos era tan importante para Cindy que Stride no quería aguarle sus sueños pintados con tiza. Ella provenía de una familia pequeña y su única hermana había sido asesinada cuando era una adolescente. Si fuera por ella, ya tendría tres o cuatro hijos.

Stride la siguió al cuarto de baño, donde ella se cepilló los dientes y se recogió el pelo en una coleta. Luego se sacó las bragas y él la observó mientras se metía en la ducha y corría la vieja cortina de plástico.

—¿Algún progreso con la muerte de Jay? —gritó ella.

—La verdad es que no puedo hablar contigo de eso.

—¿Por qué? Siempre me hablas de tus casos.

—Tú llevaste a Janine a su casa. Cuando esto llegue a juicio serás una testigo.

Cindy se quedó un buen rato en silencio dentro de la ducha. Él se preguntó si hasta entonces ella no se había dado cuenta de que formaba parte de aquel caso, le gustara o no. Al final, ella asomó su cara mojada por el borde de la cortina de la ducha y frunció el ceño en un gesto de enfado.

—Eso si va a juicio —replicó—. Y si lo hizo ella. Cosa que no es así.

—Cin —dijo él, pero ella volvió a correr la cortina con un tirón despectivo.

Stride salió del baño; no tenía ganas de discutir con ella. Aún tenía hambre, así que fue a la cocina y se cortó un trozo del brownie de chocolate blanco de la bandeja que Cindy había preparado el fin de semana. Se lo comió en dos bocados.

Su casa tenía una ventosa terraza con mosquitera que daba al lago. Técnicamente era un porche para primavera, verano y otoño, sin calefacción, pero él también lo utilizaba en invierno. No se molestó en encender las luces. Se sentó en uno de los divanes y contempló las ventanas. Los copos de nieve punteaban el cristal, dibujando vetas heladas. Debió de adormilarse, porque sus ojos se cerraron y, al abrirlos, Cindy estaba tendida en el otro diván, a su lado.

Tenía los ojos abiertos. Llevaba una camiseta y unos bóxers por pijama, y sus pequeños pies estaban enfundados en unas zapatillas tipo mocasín. Como a él, el frío no la afectaba.

—No lo entiendo —murmuró.

—Estuviste con Janine... —prosiguió él, pero ella negó con la cabeza.

—No me refiero a eso.

—Ah.

Entonces él cayó en la cuenta. Niños. Hijos. Se levantó de la tumbona, se

arrodilló a su lado y le cogió la mano, cálida después de la ducha.

—Ya llegará.

—No —replicó ella—. Creo que no llegará.

No tenía sentido tratar de convencerla. Ninguno de los dos lo sabía. Así que rodeó aquel pequeño cuerpo con sus brazos, como había hecho durante la mayor parte de su vida, desde que eran adolescentes. Al principio ella permaneció inmóvil, sin reaccionar. Luego empezó a temblarle el cuerpo y rompió a llorar en su pecho.

A la mañana siguiente, Cindy Stride estaba enfadada con Cindy Stride.

No tenía tiempo para autocompadecerse y estaba irritada consigo misma por dejarse llevar por las emociones negativas. Se levantó de la cama antes de amanecer y dejó a Jonny durmiendo. A pesar del frío y del glaseado resbaladizo de la calle, se fue a correr y volvió a casa con la cara enrojecida y como nueva. Preparó una cafetera, se bebió una taza de café y dejó el resto para su marido.

Cuando se marchó, Jonny aún dormía. Era lo habitual, teniendo en cuenta que se acostaba tarde. A veces ella lo despertaba para hacer el amor, pero no esa semana. De camino al trabajo, se detuvo en el horno Amazing Grace en Canal Park y habló con los universitarios que atendían en el mostrador mientras se comía una madalena de arándanos y nueces. Todos la conocían. Ella metía las narices en sus vidas y les daba consejos. Lo más probable era que los chicos pusieran los ojos en blanco en cuanto ella se iba, pero no le importaba. A diferencia de su marido, Cindy era una persona extrovertida a la que el contacto con la gente la llenaba de energía.

Llegó a la clínica antes que nadie, lo cual formaba parte de su rutina. Encendió las luces. Preparó más café. Sentada a su escritorio, se puso al día con el papeleo de los seguros. Aquel era su momento de paz, cuando estaba a solas para pensar. Leyó un rato el periódico y luego echó un vistazo a las fotografías colgadas en la pared de tela de su cubículo. De Jonny, por supuesto. De su vecino y amigo, Steve Garske. Del jefe de Jonny y amigo de Cindy, el subcomisario jefe Kyle Kinnick, con un aspecto ridículo ataviado con su equipo para jugar al golf.

Laura, la hermana de Cindy.

Solo tenía una foto de ella de adolescente, porque la habían matado con apenas dieciocho años. No estaban especialmente unidas, pero a veces se descubría mirando su cara y preguntándose cómo habría sido de adulta. No era que Cindy se sintiera sola. En absoluto. Tenía a Jonny y montones de amigos. Aun así, le habría gustado que su relación con Laura hubiera sido más estrecha cuando ambas eran niñas.

Aquella mañana, tenía la agenda llena de sesiones de fisioterapia. Atendió a una mujer de setenta y dos años que se recuperaba de un implante de cadera. Le enseñó algunos ejercicios a un hombre de treinta y tantos que tenía un pinzamiento en las cervicales. Una chica de dieciséis que se había roto el tobillo jugando a fútbol fue a ejercitarse con las pesas y recibió un extenso sermón sobre el sexo seguro por parte de Cindy.

A la hora del almuerzo, se acercó a la esquina de la calle Tres con Saint Anne's para comer en la cafetería, pero al ver el cartel del ala de cardiología del hospital, decidió en un impulso dar un rodeo y se dirigió al despacho de Janine Snow. No había visto a su amiga desde la noche del asesinato.

Cindy le pidió a la recepcionista que avisara a Janine y se sentó a esperar. Era la típica consulta médica. Revistas viejas. Cuadros relajantes en la pared. Libros y

juguets para niños. En la sala de espera solo había una mujer negra y su hijo. El niño tenía unos diez años y la cara pegada a un acuario, donde dejaba la huella de su nariz mientras miraba los peces tropicales de vivos colores.

—Sherman —llamó la mujer negra a su hijo. Debía de estar cerca de la treintena pero tenía los ademanes cansados y la tos seca de una mujer mayor. Al ver que el chico no respondía, le habló con más brusquedad—: Sherman, mírame ahora mismo.

El niño se volvió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué?

—Mira a ver si esta mujer tan guapa quiere una taza de café.

Cindy sonrió.

—Oh, estoy bien, gracias.

—No, es lo que hay que hacer —insistió la mujer—. Tiene que ser educado. Sherman Aloysious, ¿qué acabo de decir?

Con un suspiro exagerado, el chico se acercó a una cafetera que había en una mesa esquinera y llenó un vaso de poliestireno. La mujer le guiñó un ojo a Cindy.

—Le pusimos los nombres de sus abuelos, pero la verdad es que no le gusta ninguno de los dos.

Sherman le llevó a Cindy una taza de café y ella le dio las gracias profusamente. El niño se encontraba en esa etapa en la que las orejas le habían crecido más rápido que el resto de la cabeza, y sus delgados brazos y largas piernas estaban desproporcionados. Aun así, era un niño guapo. Ella se lo cameló lo suficiente para conseguir una tímida sonrisa, y luego el chico volvió a su tarea previa de estudiar los peces.

—¿Ha venido a ver a la doctora Janine? —preguntó la mujer con un dejo de preocupación.

Por lo general, la gente que iba a ver a Janine tenía problemas serios.

—Sí, pero no soy una paciente. Janine es amiga mía.

—Oh, me alegro de que tenga amigas. Lo que le ha pasado es muy desagradable. Es una buena mujer.

—Sí que lo es —convino Cindy.

—La policía tendría que dejarla en paz —declaró la mujer en un tono de voz desafiante— en lugar de molestarla. Malditos policías.

Cindy no le dijo quién era ella ni su marido.

—La policía tiene que hacer su trabajo. Estoy segura de que todo el mundo quiere saber la verdad.

La mujer negra meneó la cabeza. Tenía una cara estrecha con demasiado maquillaje en los ojos, una buena mata de pelo negro y una figura con curvas y rechoncha.

—Ojalá pudiera creerlo —dijo—, pero ya sabe cómo funcionan estas cosas. Cuando una mujer se vuelve demasiado orgullosa, los hombres quieren acabar con ella. Ese marido suyo no es una gran pérdida, la verdad.

—¿Conocía a Jay? —preguntó Cindy.

Ella negó con la cabeza.

—Conozco a los hombres como él, eso es todo. Creen que una mujer blanca los convierte en un regalo del cielo.

—Bueno, todo el asunto es una tragedia —comentó Cindy.

—En eso tiene razón.

Cindy se levantó y cruzó la pequeña sala para sentarse al lado de la mujer.

—¿Es su único hijo? —preguntó señalando al niño con la cabeza.

—Dios, no, tengo tres más en casa. Tres chicas. Él es el mayor. Mi marido está cuidando de las otras. He pensado que a la doctora Janine no le hacía falta tener a todo el clan correteando por aquí. Mi chico tiene un problema cardíaco de nacimiento; el año pasado empeoró. Pensamos que se moría, pero la doctora Janine le salvó la vida. Créame, quiero a esa mujer hasta las trancas. Me pone de los nervios ver cómo hablan de ella la policía y los periódicos. Si a alguien se le ocurre hablar mal de la doctora Janine en mi presencia, le parto la cara.

Junto al acuario, el niño soltó una risita al oír el vocabulario de su madre. Al mirarlo, Cindy vio el comienzo de una cicatriz quirúrgica en su piel, donde la ancha camiseta le colgaba sobre el pecho.

—¿Quiere saber la verdad? —continuó la mujer—. No me importa demasiado si la doctora Janine mató o no a su marido. ¿Lo que hace esa mujer por la gente? ¿Todas las vidas que salva? Para mí, que entierren a ese hombre y a otra cosa mariposa. Tendrían que darle una medalla a la doctora por ser quien es. El mundo necesita que siga haciendo lo que hace.

Cindy le dedicó una débil sonrisa pero no contestó. El problema era que incluso la gente que defendía a Janine creía que había apretado el gatillo. Aquella mujer no pensaba que Janine fuera inocente, simplemente no le importaba que fuera culpable.

—Cindy —dijo una voz de Texas—. Qué sorpresa.

Janine estaba en el marco de la puerta con una bata blanca que llevaba encima de una blusa y una falda. Tenía mejor aspecto que la noche de la fiesta. Se la veía serena, fuerte, como una profesional, no como una mujer sospechosa de asesinato.

—Siento no haber avisado —se disculpó Cindy—. ¿Tienes cinco minutos?

—Supongo. —Janine hizo un gesto hacia la mujer sentada junto a Cindy—. ¿Te importa, Toiana?

La mujer hizo un gesto con la mano.

—Es su amiga; hablen todo el tiempo que quieran. Nosotros estaremos bien.

Janine la llevó a su despacho. Cindy había estado allí en numerosas ocasiones, pero esta vez le resultaba distinto y se sentía fuera de lugar. Janine se sentó detrás de su escritorio y dijo en voz alta lo que Cindy estaba pensando.

—Ya sabes que probablemente no deberías estar aquí. No tendríamos que hablar. Tu marido y mi abogado no estarán muy contentos con nosotras.

—A mí no me importa —repuso Cindy—. ¿Y a ti?

Janine se rio y por un momento recordó a la persona que era antes.

—La verdad es que no.

—Bueno, ¿cómo estás?

—Intentando seguir con mi vida como si nada hubiera sucedido —contestó Janine—. Lo cual es imposible, por supuesto.

—Ya. —Cindy se mordió el labio y añadió—: Solo quería decirte que te creo. Le he dicho a Jonny que tú no lo hiciste.

—Te lo agradezco. La mayoría de la gente ya parece haberse formado una opinión sobre mí.

—Tienes muchos defensores.

—No estoy tan segura. Vaya donde vaya, la gente deja de hablar de repente. Sé que es porque están cotilleando sobre Jay y sobre mí. Y no precisamente porque crean que soy inocente.

—Esa mujer de ahí fuera piensa que eres una santa.

A Janine, eso no pareció reconfortarla.

—Ya, claro, los pacientes. Salvas una vida y te quieren para siempre. Eso sí, si te equivocas, te odian en la misma medida. Ninguna de las dos cosas me hace sentir cómoda.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. Apoyó una mano en el cristal y, al apartar los dedos, el calor dejó un rastro de vaho.

—No me muero precisamente de ganas de enfrentarme a un jurado de mis semejantes —añadió—. No tengo semejantes. Sé lo arrogante que suena, pero es así. No estoy segura de que una persona corriente pueda entender mi vida.

—La cosa no llegará tan lejos —le aseguró Cindy.

—Sí que lo hará. No nos engañemos: en mi futuro hay un tribunal.

—Jonny no ignorará las pruebas que te exoneren.

—Tal vez no, pero resulta difícil sacarle a alguien una idea de la cabeza una vez que se le ha metido.

Cindy iba a añadir algo más, pero Janine levantó una mano para atajarla. Su amiga se acercó. Por un momento, Cindy pensó que Janine la abrazaría, pero esta se detuvo. Janine no era una mujer que demostrara sus afectos. Rehuía los sentimientos.

—Oye, creo que deberías irte —le pidió—. Aunque te agradezco que hayas venido a verme. De verdad. Ahora ya nadie viene si no es por necesidad. Soy una paria.

—Estoy aquí para lo que te haga falta. Siempre. Si puedo ayudarte de alguna manera, lo haré.

—Gracias.

Janine la miró de un modo extraño, como si la viera por primera vez. Cindy se preguntó qué vería. Pese a que por lo general era una mujer segura y feliz con su vida, Cindy sentía una desagradable sensación de inferioridad siempre que estaba con Janine Snow.

—¿Sabes? Te envidio —continuó Janine.

Cindy se sorprendió tanto que se echó a reír.

—¿A mí?

—Del todo.

—¿Por qué?

Janine alargó la mano y tocó el largo pelo de Cindy. Se trataba de un gesto muy significativo para una mujer tan extremadamente cuidadosa con los muros y las distancias.

—Ante todo eres una mujer. Una esposa. Eres más que tu trabajo.

—Tú también.

—Oh, no —repuso Janine negando enfáticamente con la cabeza—. Yo no lo soy en absoluto. No pienso en mí misma como mujer. Y definitivamente, tampoco como esposa. Nunca se me ha dado bien. No, hace mucho tiempo que tomé una decisión. Soy una doctora. Una cirujana. Esa soy yo. Eso es lo que hago, lo que me define. No hay nada más. —Abarcó el despacho con un gesto de la mano como si fuera su hogar, su santuario—. Todo esto —añadió—. Para esto es para lo que vivo.

6

—Y bien, ¿por qué no está esa bruja ya en la cárcel? —le preguntó Clyde Ferris a Stride—. Venga, hombre, si fuera negra ya habrían cerrado el caso y se estaría pudriendo entre rejas. Los dos lo sabemos.

—Aún estamos en las primeras fases de la investigación —contestó Stride.

Clyde cogió un cigarrillo encendido de un trozo arrugado de papel de aluminio que había sobre el suelo de cemento del garaje. Ambos hombres estaban fumando, y el olor acre del humo pendía sobre sus cabezas. La puerta de madera del garaje estaba abierta y por ella entraba el aire frío y el ruido del motor de un camión en Grand Avenue. El hermano de Jay Ferris estaba sentado sobre las piezas desmontadas de un soplador de nieve oxidado. Regentaba un pequeño taller en el exterior de su casa en West Duluth, donde reparaba sopladores de nieve en invierno y cortacéspedes en verano. Las paredes del garaje estaban cubiertas de piezas de motor de repuesto colgadas de ganchos.

—¿Me está diciendo que no fue ella? —preguntó Clyde—. ¿O es solo que es una doctora blanca y rica, así que tienen que tratarla como si fuera la reina?

—Lo que digo es que aún estamos recopilando pruebas, y eso lleva tiempo. Tenemos que descartar a muchos sospechosos potenciales.

—Incluido algún policía —señaló Clyde.

Stride no respondió a la pulla, aunque era verdad.

—Jay se ganó muchos enemigos con las cosas que escribía.

Clyde trataba de sacar un tornillo muy apretado con una llave inglesa que había visto demasiados inviernos. Vestía un mono lleno de manchas de aceite y grasa, y calzaba unas Converse. Los genes de Denzel Washington que le habían tocado a Jay no habían llegado a su hermano pequeño. Clyde era más bajo y más flaco. Su frondoso peinado afro parecía un vestigio de los ochenta, así como su barba desaliñada y sin recortar. Tenía una marca de nacimiento rojiza en la mejilla, con forma de tortuga con la cabeza y las patas fuera de la concha.

—Sí, Jay era sincero y eso asusta a la gente —comentó Clyde—. Y a la gente de por aquí no le gusta que un hombre negro se meta en sus pequeñas y privilegiadas vidas.

—No creo que mucha gente de Duluth se considere privilegiada —señaló Stride.

—Bueno, de eso se trata, ¿no? Jay lo explicaba tal como es. Como ese poli, Skinner. Jay sabía de qué palo iba ese tío.

—Nathan Skinner cometió un error —replicó Stride—. Nunca he dicho que no fuera así.

—Su error fue que lo pillaran. Sabe que Skinner fue a por Jay después de que usted lo pusiera de patitas en la calle, ¿verdad? ¿Que intentó darle un puñetazo cerca del Saratoga?

—Sí, lo sé. Nathan estaba borracho. Pasó una noche en el calabozo.

Clyde escupió en el suelo.

—Una noche.

—Hemos hablado con Nathan —explicó Stride—. De hecho, estamos hablando con todos los que pudieran tener algo contra Jay. ¿Cree que hay alguien que quería ver muerto a Jay?

—¿Aparte de la bruja de su mujer? Sí, vale, la lista es muy larga. Jay ponía el dedo en la llaga. Conseguía que todo el mundo se cabreara; era su trabajo. ¿Recuerda la columna que escribió en julio sobre los drogadictos de los barrios residenciales?

Clyde se levantó y se frotó las manos con el trapo antes de dirigirse a un tablón al fondo del garaje. Stride se dio cuenta de que Clyde guardaba muchas de las columnas de su hermano colgadas allí con chinchetas. El hombre buscó entre los recortes amarilleados, cogió uno y lo arrancó, dejando un trozo en el tablón. Se lo llevó a Stride.

—La gente se pasó semanas hablando de este —dijo.

Stride empezó a leerlo y recordó la columna.

¿Crees que estás a salvo? No lo estás.

¿Crees que sabes a quién deberías temer? No lo sabes.

Caso concreto: Esta semana estaba haciendo cola detrás de una mujer en una farmacia. Me encantan los filetes de Nueva York, y si eso significa que he de tomarme 40 mg de Lipitor al día, que así sea. A la mujer que tenía delante la llamaremos Holly. No es su nombre real, pero no importa. Tú sabes quién es. Podría ser tu vecina de al lado. Tu mujer. Tu jefa. Es una Mujer Cualquiera.

Holly tenía una receta de Vicodin. El analgésico que evita que sientas dolor alguno. Lo raro es que no parecía tener ningún dolor, pero supongo que nunca se sabe. Holly pagó en efectivo. A veces sabes que hay algo que no cuadra, y mi radar me dijo que Holly no estaba bien. Ping, ping, ping, así es cómo funciona. Compré mi medicina para-después-de-comer-toda-la-carne-que-puedas y luego seguí a Holly. Hasta el aparcamiento. Hasta su coche. Y luego la seguí por toda la ciudad hasta otra farmacia.

Así es. Habéis acertado. Otra receta. Vicodin. Efectivo.

Sí. Holly, la típica mujer estadounidense de rostro dulce, es una adicta. No te sorprendas tanto. Hay Hollys por todas partes. Pero dirás, ¿a quién le importa, no? Si es una adicta a las pastillas, no hace daño a nadie más que a ella misma. Todos tenemos nuestros vicios.

Oh, pero me he dejado la mejor parte. Adivina cómo se gana la vida Holly. Conduce un autobús escolar. Cada día dejas a tus hijos en sus manos, y ella es una adicta. Podría quedarse dormida al volante. Podría olvidarse de parar en un paso a nivel. A lo mejor ya lo ha hecho.

¿Cómo te sientes ahora?

Muy bien, pongamos las cartas sobre la mesa. He mentido. No sé quién es Holly. O a qué se dedica. A lo mejor es secretaria. O camarera. O piloto. O policía. Esa es la clave: solo ella lo sabe.

Pero te he tomado la matrícula, Holly. Puedo delatarte cuando quiera. Busca ayuda, hermana.

Clyde se rio.

—Me apuesto lo que quiera a que la mitad de las adictas a las pastillas de la ciudad empezaron a mirar por encima de su hombro en Walgreen después de que

publicaran esta columna.

—¿Jay le contó alguna vez quién era Holly?

Clyde negó con la cabeza.

—No, nunca me habría explicado algo así.

—¿Su hermano y usted estaban muy unidos? —quiso saber Stride.

El hombre se secó el sudor de la frente y cogió una lata de cerveza abierta de un estante metálico. Se la terminó, aplastó la lata y la lanzó como si fuera un tiro libre al cubo de basura de al lado de la puerta abierta.

—¿Jay y yo? No mucho, la verdad. Le veía cada dos meses o así. Él tenía cosas mejores que hacer que quedar conmigo.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Justo después de Año Nuevo. El tío casi me mata.

Stride ladeó la cabeza.

—¿Y eso?

—Jay me llevó a pescar en el hielo, en el puerto. A mí no me parecía seguro, pero Jay quería ir. Los primeros días del invierno fueron bastante cálidos, ¿se acuerda? Pues de repente el hielo empieza a rajarse y la choza se hunde. Nos salvamos por los pelos. Él perdió la furgoneta y su cabaña de pesca, pero así era Jay. Le gustaban los riesgos, le gustaba apostar todo. De pequeño era igual. Listo como el demonio, mucho más que yo, pero todos los polis como usted conocían su nombre por la mierda que mangaba. Casi le echaron de la UMD media docena de veces, pero les daba miedo que escribiera sobre ellos en el periódico de la universidad.

—Jay hizo algo con su vida —observó Stride—. No le fue fácil.

—Oh, claro, Jay tenía ambición. Tenía el aspecto adecuado, el cerebro, el duende.

—¿Qué hay de la doctora Snow? —preguntó Stride.

—¿Qué pasa con ella?

—Me da la sensación de que no le cae bien.

—Joder, claro que no. No es más que una zorra ricachona sureña. Le advertí sobre ella cuando empezaron a salir, pero pasó de mí. La he visto solo una vez y me trató como si fuera una mierda que tuviera que sortear en la calle.

—¿Y qué veía Jay en ella?

—¿No se lo imagina? ¿Esa cara, ese cuerpo? Jay decía que en la cama era una fiera. Siempre ligaba con tías blancas; no tenía tiempo para las nuestras. Y, seamos realistas, había pasta gansa. A Jay le gustaba el dinero. Todo el mundo sabía quién era por el periódico, pero hasta que la conoció no tenía ni un centavo.

—Me han dicho que su relación era tormentosa —comentó Stride.

—Vaya que sí; esos dos sabían pelear.

—Pero Jay firmó un acuerdo prematrimonial, ¿verdad? Si se largaba, se quedaba sin nada.

—Jay no iba a largarse —repuso Clyde—. Ni de coña. El hecho es que a pesar de toda la mierda, él la quería. O a lo mejor solo le gustaba restregárselo a todo el

mundo por la cara: una doctora blanca con su semental negro. No quería divorciarse. Ni hablar, colega. No la habría dejado nunca. Si acaso, ella era un caballo salvaje que él estaba decidido a domar.

—¿Qué hay de la doctora Snow? ¿Quería ella acabar con su matrimonio?

—Sí, se ofreció a comprarle con un acuerdo succulento. Él no lo aceptó. Yo le dije que pillara la pasta y se largara, pero era testarudo. Los dos lo eran. Ninguno quería perder al otro, ¿sabe? Supongo que al final ella se dio cuenta de que solo había una manera de librarse de él.

Stride frunció el ceño.

—Ya sabe que no hemos encontrado el arma del crimen.

—¿Y? Es una mujer lista. Seguro que la tiró en un buen sitio.

—La doctora Snow dice que no había armas en la casa.

—Miente.

—¿Lo sabe con certeza? —preguntó Stride.

—Vaya si lo sé. Jay tenía un arma. Un viejo revólver grande. Hacía años que lo tenía.

—Ella dice que lo obligó a deshacerse de su pistola cuando se casaron.

—No sé qué le dijo Jay —contestó Clyde—, pero no se deshizo de ella. Ni hablar. La llevaba siempre encima. No le gustaba ir a ciertas zonas de la ciudad sin algo de protección.

—¿Sabe qué clase de pistola era?

—Ya se lo he dicho, un revólver. Aparte de eso, ¿quién sabe? Tal vez no lo crea, pero no todos los negros saben de armas.

Stride sonrió.

—De acuerdo.

Clyde volvió a acercarse al tablón, cogió una fotografía, se la llevó a Stride y se la puso en las manos.

—Quiero que me la devuelva, pero por ahora puede quedársela. No quiero que nadie crea a Janine y no a mí sobre lo de la pistola. ¿Ve a qué me refiero?

Stride observó detenidamente la imagen. Era una foto de Clyde y Jay en un bar de Duluth, junto con otra media docena de hombres. Jay le pasaba el brazo por los hombros a su hermano pequeño y, en el punto donde se le abría la chaqueta *sport*, Stride distinguió la culata negra de un revólver que asomaba de una pistolera de hombro. Clyde no mentía.

—¿Cuándo se tomó esta foto? —preguntó.

Clyde se encogió de hombros.

—¿En octubre, quizás? No hace mucho. Era la despedida de soltero de uno de los chicos. Ya se lo he dicho, nunca vi a Jay sin su pistola.

Maggie estaba sentada en su Apalache a la sombra de Ely's Peak.

La escarpada cumbre que se cernía sobre la carretera estaba punteada de árboles que se agarraban a la tierra contra el viento cortante, que era salvaje e intenso, como casi todos los días de invierno. En la estación fría, Duluth era una película en blanco y negro, como si todos los colores del mundo se hubieran desvaído. Los árboles negros se fundían con el lechoso cielo gris y el hielo blanco de los lagos se fusionaba con las colinas cubiertas de nieve. La escarcha sofocaba los racimos de agujas de los pinos, convirtiendo el verde en plata. La mayor parte del tiempo, el sol no se atrevía a asomar la cara.

Maggie llevaba despierta desde antes del amanecer, aunque por lo general no se iba a la cama hasta la una o las dos de la madrugada. Hasta ahora, ese ritmo no había podido con ella. Lo único que hacía era trabajar, pero no echaba de menos la vida social. Desde que se había trasladado a Duluth había tenido un par de rollos de una noche, y dos años antes había mantenido una relación que duró tres meses antes de romperse y estallar. Eso era todo. La mayoría de los hombres no soportaban su horario demencial. Tampoco soportaban su devoción por Stride. Cualquiera que la escuchara hablar durante diez minutos sobre él se daba cuenta de que sus sentimientos eran profundos.

Stride le había dado una oportunidad al acabar la universidad, cuando ella era una chica estirada que sabía mucho de libros y muy poco de la gente. Maggie le agradecía la oportunidad que le había dado, pero no estaba segura de cuándo la gratitud se había transformado en otra cosa. La mayoría de los días alejaba esos pensamientos de su mente. Stride era el jefe. Cindy era su mujer. Punto. Se trataba de una de esas fantasías que era mejor dejar en el fondo de un armario perdido.

Maggie vio una camioneta abollada que se acercaba por Becks Road y apagó la radio, por la que sonaba Aerosmith. La furgoneta redujo la velocidad y giró para entrar en el aparcamiento que había cerca del paso elevado del túnel del tren donde esperaba Maggie. La puerta del vehículo se abrió y Nathan Skinner bajó de él.

Maggie y Skinner nunca habían sido amigos. La mayoría de los polis se sentían intimidados por ella, a pesar de su tamaño. Era más lista que ellos y tenía una lengua viperina. Uno de los novatos, Ken McCarty, había llegado a afirmar que una reunión con ella era como meter un dedo en agua hirviendo. Nathan era diferente. Era un héroe del equipo de *hockey* de la UMD y desde que lo conocía siempre lo había visto malhumorado y resentido. Los políticos y hombres de negocios de la ciudad le adulaban por sus victorias sobre el hielo. Era miembro del club de chicos y Maggie le molestaba porque era menuda, joven, mujer y china. Para él, si no eras un hombre blanco escandinavo no formabas parte de Duluth.

Cuando Jay Ferris filtró un vídeo del arresto de Nathan en la carretera cerca de Wisconsin Dells, a Maggie no le sorprendió su diatriba de borracho. En realidad,

Nathan no era un racista contumaz, pero resumaba privilegios, que era la peor clase de arrogancia para un policía. Se creía con la libertad de hacer y decir cualquier cosa sin tener que pagar peaje por ello. Cuando al final Stride lo despidió, Maggie se alegró de verlo marcharse.

Nathan lo sabía.

Se metió en el coche vestido con un uniforme gris de guardia de seguridad; el descenso de categoría no le había borrado la sonrisa presuntuosa. Nada hacía mella en el ego de Nathan. Maggie jamás lo admitiría ante nadie, pero experimentaba la atracción de su magnetismo físico. Era un capullo, pero un capullo guapo. Seguía teniendo la complexión de un deportista universitario, con músculos que tensaban las costuras del uniforme. Llevaba el pelo rubio corto y en su rostro se veían las marcas de los palos de *hockey* en la nariz y la barbilla, aunque el efecto realzaba su dureza. Porque era un tipo duro. Su sonrisa despreocupada no escondía sus deseos, y aunque Maggie nunca se habría acostado con él, conocía a muchas mujeres que se habrían lanzado de cabeza si hubieran tenido la oportunidad.

—Vamos al grano, Nathan —le dijo—. Ya sabes por qué estás aquí.

—Claro, me imaginaba que me llamaríais. Qué pena lo de Jay, ¿eh? —El tono de su voz dejaba claro que al bueno de Nathan no le apenaba en absoluto la muerte de Jay—. ¿Por qué has querido quedar aquí, en medio de la nada? ¿Te da miedo que la gente cotillee si nos ve juntos?

—No te lo creas tanto. Jay denunció un tiroteo cerca de aquí y he estado comprobándolo. Además, me imaginaba que no querrías que nadie supiera que la policía te había interrogado. No querrás que tu nombre vuelva a salir en los periódicos, ¿no?

—La verdad es que no me importa. Si la gente cree que disparé a Jay, igual me dan una medalla.

—¿Lo hiciste? —preguntó ella.

—¿El qué, dispararle? No. Por desgracia, no tengo coartada para el viernes. Lo siento.

—¿Qué hiciste?

—Estaba enfermo. Gripe. Pasé la noche solo en mi apartamento.

—¿Fuiste al médico?

—No.

—¿Puede confirmar alguien que estabas en casa esa noche?

—Pedí una *pizza* de Sammy's a domicilio —contestó él—. La repartidora se acordará de mí. Era guapa.

—¿A qué hora fue eso?

—Demasiado pronto para que sirva de nada. Podría haber salido más tarde y haberle volado los sesos a Jay. Pero no lo hice.

—¿Cuándo viste a Jay por última vez? —preguntó Maggie.

—¿Verle? Cuando su cara estaba en el otro extremo de mi puño en el Saratoga, en

abril. Después de eso pidió una orden de alejamiento, así que me mantuve a distancia. Mira, mi pistola está en la furgo. Si quieres analizarla, adelante. Yo no le disparé.

—Muy bien —dijo Maggie—. Ve a buscarla.

Nathan no ocultó su sorpresa y su enfado. Bajó del Apalache, regresó a su camioneta pateando la nieve y cogió de la guantera un revólver Magnum Smith & Wesson .357 con la culata de madera. Vacío los cartuchos y se los metió en el bolsillo. Al regresar al Avalanche, Maggie sostuvo abierta una bolsa de pruebas y él metió la pistola.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedártela? —quiso saber Nathan.

—Hasta que terminen de analizarla. Entre unos cuantos días y un par de años.

Nathan maldijo por lo bajo mientras ella introducía la bolsa de pruebas con el arma en la guantera. Maggie cogió del salpicadero una copia de una de las fotografías tomadas con la cámara de Jay y le enseñó a Nathan el hombre vestido de camuflaje.

—¿Alguna vez has visto a este tío por la ciudad? —preguntó.

Él entornó sus ojos azules.

—No.

—¿Cuando estabas en el cuerpo? ¿Después?

—Ya te lo he dicho: no. —Nathan consultó su reloj—. ¿Hemos terminado, Maggie? Mi turno empieza en breve. Nada como el salario mínimo y ningún beneficio. Vivo la vida a lo grande.

—¿Dónde trabajas?

—Allí donde me mandan.

—Sí, hemos acabado —contestó Maggie.

Nathan regresó con paso airado a su camioneta y dio marcha atrás haciendo girar las ruedas con violencia. Maggie contempló como la furgoneta desaparecía hacia el norte, en dirección a la Interestatal 35. Sabía que el resultado de los análisis de la pistola de Nathan sería negativo. Él no se la habría ofrecido si fuera el arma del crimen. Aun así, las calles de Duluth estaban un poco más seguras ahora que él iba desarmado.

Bajó de la furgoneta y se cambió los zuecos de tacón por un par de botas de invierno. Se subió la cremallera de la chaqueta granate, que no le proporcionaba demasiada protección contra el frío. No se molestó en ponerse gorro. Al cerrar la puerta, vio las abolladuras y las rascadas que tatuaban la pintura amarilla del Apalache. Era una conductora horrible.

Maggie salió del aparcamiento y subió la leve cuesta cubierta por una buena cantidad de nieve. Las hierbas muertas asomaban de los ventisqueros. Pasó por debajo de unas líneas de alta tensión, una zona del bosque donde habían despejado de nieve una franja de tierra, y se dirigió a la siguiente hilera de abedules, cuyos troncos blancos y negros estaban moteados como la piel de una serpiente. La oscura montaña se cernía sobre los árboles como un oso dormido. Oyó el silbido de un tren más abajo, cerca del río. Tenía la piel de la cara cortada por el viento.

Cuatro meses antes, Jay Ferris había estado allí. Había seguido a un hombre con ropa de camuflaje y un fusil de asalto. Maggie había comprobado otras llamadas a la policía después de eso. Se habían recibido dos denuncias más sobre tiroteos en esa zona. Una se había registrado hacía solo tres semanas. Quienquiera que fuese aquel individuo, seguía por la zona. Ahora era más cuidadoso, pero seguía volviendo allí.

Se abrió paso entre los árboles. La nieve se le metió en las botas y le mojó los calcetines. Metió la mano en el bolsillo para coger una de las fotografías tomadas con la cámara de Jay y, al compararla con el paisaje que la rodeaba, decidió que estaba en el sitio adecuado. Examinó el suelo y los árboles, pero no vio nada fuera de lo normal.

Siguió subiendo durante diez minutos. No sentía los pies ni los dedos. Estaba a punto de dar media vuelta cuando vio de reojo algo de color rojo que aparecía y desaparecía entre los árboles blancos y negros. Se adentró en la parte más densa del bosque y, al acercarse, oyó el sonido de un plástico al agitarse. Lo que vio fue una diana roja laminada clavada al tronco de un abedul. En el centro había un agujero dentado, fruto de las numerosas balas que habían impactado allí, y la madera del tronco de debajo estaba astillada y rota.

Miró hacia las profundidades del bosque y vio más dianas rojas. Había seis, ocho, diez. Las revisó una a una y comprobó que todas tenían las marcas de un cazador que las había utilizado para practicar. Mientras caminaba, también vio casquillos sobre la nieve. Docenas de ellos, como puros dorados desparramados a sus pies. Las docenas se convirtieron en centenares.

Aquello no le gustaba. Ni pizca.

Tras seguir las dianas durante trescientos metros, llegó a un pequeño claro. Allí se encontró con el cadáver de un ciervo. Era una hembra, congelada y rígida sobre la nieve, con la lengua colgando de la boca. Llevaba varios días muerta. Su piel beis era una masa de sangre oscurecida, y el animal estaba rodeado por más casquillos. El cazador le había disparado y luego se había acercado y había seguido tiroteándola. Y tiroteándola.

Maggie empezó a contar las heridas de bala de la cierva, pero al llegar a la veintena se detuvo.

Alguien estaba muy enfadado.

—¿Un ciervo? —preguntó Stride.

Se apoyó sobre el mango metálico de la pala. Había despejado veinte centímetros de nieve del camino de acceso a su casa en The Point y estaba sudando. A trescientos metros, la torre del puente levadizo de Duluth brillaba sobre el canal navegable como un monstruo de metal gris. Los persistentes copos de nieve se deslizaban entre las luces. En febrero, el puente permanecía casi siempre anclado a tierra, así que durante varias semanas glaciales los residentes de The Point disfrutaban de un respiro y no se quedaban atrapados por las idas y venidas de los cargueros.

—Sí. Un ciervo. Destrozado a balazos.

Stride no contestó enseguida. Mientras se enjugaba el sudor de la frente con la manga, vio pasar el sedán de su amigo Steve Garske por detrás del *Avalanche* de Maggie. Ambos hombres se saludaron con la mano. El Chrysler de Steve levantó la nieve medio derretida y, al alcanzar el tablero metálico del puente, las ruedas emitieron un chirrido parecido al de una bandada de avispas. Eran las nueve de la noche. Stride se imaginó que Steve, que además de médico era músico, iba a dar un concierto con su grupo en el *Amazing Grace*.

—No estoy seguro de que podamos hacer nada aparte de notificarlo al Departamento de Recursos Naturales —observó Stride al fin.

—Ya lo he hecho —repuso Maggie—, pero no es eso lo que me preocupa.

—¿Qué es entonces?

—No fue obra de alguien que estuviera cazando. Fue un acto llevado por la ira.

Stride frunció el ceño. Cazar fuera de temporada no era raro, y tampoco lo eran los ocasionales cazadores que usaban su arma para vivir una fantasía tipo Rambo en el bosque. Aun así, había trabajado con Maggie el tiempo suficiente como para confiar en su instinto.

—¿Qué más has encontrado? —quiso saber.

—Había dianas de plástico distribuidas con un patrón extraño. Los pesos variaban. Era lo que uno esperaría de alguien que atravesara una multitud y fuera eligiendo blancos. —Tras una pausa, añadió—: Blancos humanos.

—Eso es mucho suponer, Mags.

—Solo te digo lo que me pareció a mí. Después de lo de Columbine todos estamos más sensibilizados...

—Ya lo sé. ¿Se te ocurre quién podría ser ese tipo?

Maggie negó con la cabeza.

—He hecho circular las fotos de Jay y nadie lo ha reconocido. Sea quien sea, ha pasado desapercibido.

—Bueno, asegurémonos de que los nuestros mantienen los ojos bien abiertos por la ciudad.

—¿Quieres más malas noticias? —preguntó Maggie—. Jay escribió sobre el tipo

en su columna.

—¿El del camuflaje?

—Sí. En noviembre publicó una columna sobre el control de armas y el fin de la prohibición de armas de asalto. Mister Camuflaje era la Prueba Número Uno. Jay hablaba sobre esos locos por las armas que recorren nuestros parques con armamento militar. Hablaba de seguir al tío y denunciarlo a la policía. Y por supuesto, aseguraba que la policía no había hecho nada al respecto.

Stride se apoyó en el Avalanche amarillo junto a Maggie y encendió un cigarrillo. Contempló con disgusto el paquete que sujetaba en la mano y luego se lo metió en el bolsillo trasero de los pantalones.

—¿Crees que este tipo es un posible sospechoso del asesinato de Jay?

—Probablemente no, pero si no lo descartamos, será una perita en dulce para Archie Gale. Además, quiero encontrarlo y ver qué le motiva. Ese hombre me preocupa.

—Muy bien. Lo investigaremos. Hablando de las columnas de Jay, ¿qué hay de esa adicta a los medicamentos sobre la que escribió el verano pasado? La mujer a la que llamó Holly. ¿Tenemos forma de saber quién es? Jay amenazó con destrozarle la vida en su columna. Sin duda se trata de un móvil, si ella creía que iba en serio.

—A menos que él se lo inventara todo —señaló Maggie.

—¿Lo crees probable?

—Jay escribió que había ido a comprar Lipitor a una farmacia cuando vio a la tal Holly. El caso es que lo he comprobado y no hay ningún cargo de una farmacia en su tarjeta de crédito el año pasado. En su historial médico no se refleja que tomara ningún medicamento recetado. No tomaba Lipitor. Así que si quieres saber mi opinión, Holly no existe. Se la inventó para dar su opinión sobre el abuso de medicamentos recetados.

—Vale. Bueno, entonces podemos tacharla de la lista. —Stride exhaló el humo del cigarrillo en el aire nocturno—. ¿Cómo está Nathan?

—Ya sabes lo que pienso de él —contestó Maggie.

—Sí, ya lo sé. ¿Tiene coartada?

—Más o menos. He encontrado a la repartidora de Sammy's y ha confirmado que esa noche le llevó una *pizza* al apartamento. Fue demasiado pronto para que le sirva de coartada, pero la chica asegura que se le veía medio muerto y que no paraba de toser y echar flemas. Pese a todo Nathan le tiró la caña, cosa que a ella le dio bastante asco.

—Hay cosas que no cambian —comentó Stride—. ¿Y la pista del Toyota Rav blanco? ¿El que afirmó ver el chico en Skyline Parkway?

—Tenemos una lista de propietarios de Rav del norte con algún tipo de antecedentes delictivos. Estamos revisándola, pero hasta ahora no hemos encontrado nada prometedor. También he vuelto a entrevistar al chico. Ha admitido que esa noche se fumó unos cuantos porros en Enger Tower. No estoy segura de que podamos

fiarnos de su memoria respecto a los detalles.

—Genial.

—También he comprobado los informes de robos en casas de todo el estado, y no he encontrado ningún *modus operandi* parecido. La idea de que se trate de un robo con asesinato se antoja poco probable. Hemos consultado en las casas de empeños, pero no ha aparecido ninguna de las joyas desaparecidas.

—Creo que si encontramos la pistola, también encontraremos las joyas —señaló Stride—. Dondequiera que Janine las escondiera.

—Estoy de acuerdo —convino Maggie—, pero por mucho que crea que Janine lo hizo, encontramos sospechosos a más velocidad de la que los eliminamos.

—¿Como quién?

Maggie metió la mano en el bolsillo de su chaqueta roja y sacó una bolsa de pruebas con un trozo de papel con algo escrito a mano.

—Mientras Guppo estaba revisando los papeles de la mesa de Jay encontró esto. Es una carta para Janine, de mayo pasado. Jay la guardaba en el cajón superior.

Stride observó el papel. La caligrafía era impecable, pero estaba demasiado oscuro para poder leerla.

—¿Qué dice?

—Es de una mujer llamada Esther Rose. En resumen, acusa a Janine de asesinar a su marido.

Stride arqueó las cejas.

—¿Disculpa?

—El marido de Esther, Ira, tenía un problema cardíaco y pasó por el bisturí en Saint Anne's. No sobrevivió a la operación. Janine era la cirujana, así que Esther la culpa de la muerte y, a pesar de su elegante caligrafía, lanza amenazas como un mafioso. De hecho, dice específicamente que le gustaría ver morir al marido de Janine para que ella sepa lo que se siente.

—¿Qué sabemos de Esther Rose? —preguntó Stride.

—Ira y ella tienen una casa en la orilla norte. Cara. Ira era abogado especializado en propiedad intelectual en las Cities, así que ganaba un dineral. En los archivos del permiso de conducir aparece una mujer de sesenta años de aspecto muy correcto.

—No es exactamente el prototipo de pistolero asesino, pero hablaré con ella —dijo Stride.

—Tal vez te convendría llevar refuerzos. Las típicas abuelas pueden sorprenderte. Stride sonrió y aplastó el cigarrillo con el zapato.

—Hoy ha llamado Dan Erickson.

—Qué suerte.

Dan Erickson era el fiscal del condado de Saint Louis. No llevaba mucho en el cargo, pero ya había contraído la enfermedad más común entre los fiscales del condado: la ambición. Tenía aspiraciones políticas y veía el puesto de fiscal como un trampolín para un cargo de mayor relevancia en Minnesota. Su aspecto era cortés y

afable, el propio de un político: pelo rubio impecable gracias al fijador, trajes oscuros y zapatos lustrosos, bronceado de Florida incluso en febrero. Se mostraba firme y efectivo ante los jurados, pero Stride no confiaba en él. Dan veía todos los juicios bajo la perspectiva de cómo afectaría un triunfo o una derrota a su carrera.

Un juicio a Janine Snow sería un circo mediático. Meterla en la cárcel supondría un tremendo impulso publicitario en todo el estado.

—Quería saber si habíamos avanzado para poder presentar un caso contra Janine —explicó Stride.

—¿Qué le has dicho?

Stride se encogió de hombros.

—Gracias a Clyde, podemos situar una pistola en poder de Jay. Y el hecho de que no la hayamos encontrado puede llevar a un jurado a preguntarse dónde está. Al fin y al cabo, si su pistola no fue el arma del crimen, debería haber estado en su casa o en su coche, ¿no?

—Seguro que Dan se ha alegrado al enterarse.

—Sí. También resulta obvio que la relación de Janine con Jay estaba en las últimas. Según Clyde, Janine quería el divorcio pero Jay no. Así que es posible que un jurado considere que ella no vio otra solución que el asesinato.

—Guppo se ha enterado de un par de cotilleos más sobre ellos —añadió Maggie—. Ha interrogado a los amigos de Jay y uno de ellos le ha contado que el verano pasado Janine se hartó de los gastos extravagantes de Jay. Le cortó el grifo; le anuló las tarjetas de crédito sin advertirle de ello. El 3 de julio, Jay comió en un restaurante del centro y rechazaron su tarjeta. Los peces gordos locales que había allí fueron testigos. Jay se sintió humillado. Y furioso.

—Interesante.

—Sí, aunque raro. Un par de semanas después Janine volvió a activar las tarjetas. Después, Guppo dice que Jay se dedicó a gastar aún más que antes. Y otra cosa más. Hemos revisado sus registros telefónicos y en diciembre, justo después de Acción de Gracias, Jay efectuó una llamada a una abogada del despacho Stanhope Law Firm, en el centro. Una mujer llamada Tamara Fellowes.

—¿En qué está especializada? —quiso saber Stride.

—Derecho de familia. Lo cual incluye divorcios.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, pero es abogada. No ha soltado prenda.

Stride hundió las manos en los bolsillos.

—Clyde insistió en que Jay no quería divorciarse. Dice que Janine se ofreció a pagarle mucha pasta, pero él no aceptó.

—A lo mejor cambió de idea.

—Quizás, pero si fue así, no había razón para que Janine lo matara —observó Stride, que meneó la cabeza, sacó el paquete de cigarrillos y volvió a metérselo en el bolsillo sin coger otro—. Estoy convencido de que ella lo mató, Maggs, pero nada de

esto tiene sentido. ¿Qué demonios pasaba en realidad entre ellos dos?

Al salir del hospital, Janine se aseguró de que nadie la seguía.

Giró a la izquierda al abandonar el aparcamiento con su Mercedes. Miró el retrovisor en busca de faros detrás de ella, pero no vio ninguno. Estaba oscuro; eran más de las diez. Se dirigió hacia el centro, dejando atrás los edificios viejos de la ciudad. La Union Gospel Mission. Anticuarios y casas de empeño. Licorerías. Un restaurante cantonés. Las calles bordeadas por edificios de ladrillo estaban resbaladizas debido a la nieve fresca. En las calles laterales, los coches se afanaban en subir y bajar con cuidado por las empinadas cuestas.

En Sammy's Pizza, en pleno centro, giró a la izquierda. No era la dirección en la que quería ir, pero comprobó si alguien la seguía. Nadie lo hizo. Volvió a girar en la siguiente esquina, sin apartar la vista del retrovisor, y luego aparcó y esperó con el motor encendido. Paranoia.

No vio aparecer a nadie. Estaba sola.

Janine deshizo el camino hasta la calle Uno y recorrió unas cuantas manzanas antes de girar y bajar por Michigan Street, más industrial que el resto de calles del centro. Se detuvo en el aparcamiento desierto de un banco y subió por la rampa hasta el piso superior descubierto, donde aparcó en un rincón.

Bajó del coche. A pesar de la oscuridad, unas gafas de sol le cubrían casi todo el rostro. Una gran bufanda le tapaba la barbilla, y se bajó sobre la frente la capucha forrada de pelo de su abrigo. Tenía el mismo aspecto que cualquier otro habitante de Minnesota que se protegiera del frío, así que nadie la reconocería. Últimamente, fuera donde fuera todo el mundo la miraba. Era la mujer que salía en las noticias de la tele.

La mujer que había disparado a su marido.

Al llegar a la calle, Janine avanzó con dificultad sobre la nieve. Llevaba botas negras de media caña y caminaba con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos. Los espasmos en la pierna le recordaban la caída del invierno anterior, en la que se había roto el tobillo y desgarrado los ligamentos. Jamás se desharía de la leve cojera que marcaba sus pasos. El dolor la acompañaba siempre.

Pasó por debajo del paso elevado que llevaba al centro de convenciones y volvió a comprobar la calle. Una vez convencida de que nadie la observaba, cruzó hasta llegar a una puerta negra de acero sin ninguna señalización en un edificio de ladrillo de cuatro pisos. Abrió la pesada puerta con una llave y entró. El interior olía a pintura y polvo. No había ascensor, solo escaleras. Subió al último piso y atravesó otra puerta para entrar en un recibidor alfombrado. Dio dos pasos hasta un apartamento sin señalizar y utilizó otra llave para abrirlo. Se deslizó en el interior y cerró la puerta con firmeza a su espalda. El dolor del tobillo era insoportable.

Janine regularizó la respiración. Fue a la cocina y se sirvió una copa grande de vino. Se la llevó a la sala, cuyas ventanas daban al lago. Las luces y la nieve se

cruzaban por detrás del cristal. Se bebió el vino en tres largos tragos. Fue al baño y regresó para llenarse otra vez la copa. Se acomodó en un sillón blanco y cerró los ojos.

Hacía varios días que no iba allí. Su escondite. No había querido arriesgarse sabiendo que alguien podía seguirla. Una parte de ella sabía que lo más inteligente era mantenerse alejada para siempre, pero era incapaz. La necesidad de estar allí la atraía irresistiblemente. Sobre todo en ese momento. El piso era acogedor, limpio, elegante. No era grande, pero ella no necesitaba espacio. Tan solo le hacía falta un lugar que nadie conociera. Ni Jay ni nadie. Las escrituras estaban a nombre de una empresa fantasma. La correspondencia llegaba a un apartado de correos. Solo otra persona conocía su existencia, y no tenía ningún motivo para admitirlo ante nadie.

Janine sonrió mientras se relajaba. Hacía días que no sonreía. Y entonces se rio. Y luego lloró. La vida era una locura. No se hacía ilusiones de poder esconderse de la verdad para siempre.

Pensó en Texas. La cálida, atrasada, maravillosa, horrible Texas. Veinte años antes, ella era una adolescente que vivía en las afueras de Austin y servía bebidas en un bar de *country* con el fin de ahorrar dinero para la universidad. Su primer marido, Donny, que no era mucho mayor que ella, había bajado la vista hacia su blusa y se había enamorado. No era particularmente guapo, pero era tan trabajador y leal como un cachorro. Donny la adoraba. A ella le sabía mal verlo más bien como un trampolín hacia otra parte. Las cosas que él quería —un rancho de caballos, tres hijos, vacaciones en Orlando— no formaban parte del ADN de ella. Cinco años después, Donny desapareció con el corazón roto y Lionel ocupó su lugar.

Lionel era un empresario con un fondo de capital riesgo para pagar la carrera de medicina de Janine. Desde el primer día dejaron claro lo que necesitaban el uno del otro. Lionel se agenciaba una esposa *sexy* e inteligente capaz de cautivar a su junta. Ella se convirtió en doctora sin acumular ni un céntimo de deuda. ¿Quién podía decir lo mismo?

Entre ellos había pocos sentimientos, pero Lionel entendía sus sueños mejor que la mayoría. Él sentía lo mismo por su *start up* de tecnología médica. La mayoría de la gente no tenía una pasión como esa, algo que los consumía y se comía todas las horas del día sin dejar nada a cambio. Desde que era una niña, Janine Snow se había concentrado en una única meta: ser médico. Ser la mejor cirujana que había existido nunca. Salvar vidas.

Y lo había conseguido.

Pero el precio era renunciar a una vida normal.

Pasó dos horas sola en el piso de Michigan Street. Dos dichas horas en un silencio absoluto. Eso era lo que le hacía falta. Cuando al fin se marchó, cantaba mentalmente y las manos habían dejado de temblarle. El dolor del tobillo había desaparecido. Había vuelto a recuperar la confianza en sí misma. Podía hacer cualquier cosa, vencer a cualquiera, ganar cualquier batalla. Después de los días de

oscuridad posteriores a la muerte de Jay, en los que solo había sentido desesperación, volvía a flotar en el aire y, por un momento, creyó que tal vez no lo perdiera todo. Casi podía ver un futuro para ella después de la tormenta.

Su Mercedes estaba donde lo había dejado, en el piso superior del aparcamiento. Los copos de nieve danzaban a su alrededor. Una farola proyectaba sombras en el suelo. Era una noche hermosa. Janine caminaba con el corazón ligero, respirando el aire frío, hasta que se dio cuenta de que alguien la esperaba.

Un hombre apareció cerca de su coche y se dirigió hacia ella. Janine se quedó petrificada.

—No se preocupe, doctora Snow —dijo él.

Ella no se movió. No tenía ningún arma ni un silbato antiviolaciones, y tampoco se podía permitir usarlos. No si eso significaba tener que responder preguntas. «¿Qué hacía en el centro a esas horas de la noche?».

El hombre parecía ser consciente de su dilema.

—Solo quiero hablar con usted —dijo.

Se detuvo a tres metros de ella con las manos enguantadas en el aire.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Melvin Wiley.

—¿Qué quiere?

—Aquí fuera hace bastante frío —observó él con una voz atiplada que resultaba difícil de oír por encima del viento—. ¿Prefiere que hablemos en su coche?

—Hablares aquí. Eso si hablamos.

Wiley se encogió de hombros, pero no se amilanó. Era la clase de hombre que pasaba desapercibido en medio de una multitud. Podías cruzarte con él en el supermercado y no recordarlo. No era ni bajo ni alto, ni gordo ni delgado. Tenía el pelo castaño despeinado por el viento, la frente alta y un bigote poblado. Llevaba gafas de montura metálica que podría haber llevado cualquier hombre de la calle. Vestía pantalones de pana marrón chocolate, unas viejas zapatillas de deporte y un plumón azul con la cremallera medio bajada. Por debajo asomaba una camisa de franela. Janine le echó cuarenta y tantos años.

—¿Qué quiere? —repitió.

—Conocía a su marido —explicó Wiley—. Hice un trabajillo para Jay.

—¿Qué clase de trabajo?

—¿Seguro que no estaría mejor en su coche? —insistió él.

Janine no dijo nada. Esperó.

—La gente como Jay acude a mí cuando tiene preguntas —continuó Wiley.

—¿Preguntas?

—Sí. Por lo general la pregunta es: ¿a quién se está tirando mi mujer?

Janine sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies.

—Es detective privado.

—Yo lo llamo investigación matrimonial. Es gracioso, ¿no cree? En este trabajo

hay que tener sentido del humor. Antes trabajaba para Hacienda, pero deseaba tener una carrera en la que pudiera sentirme bien conmigo mismo.

Se rio de su propio chiste. La cara de Janine era como una máscara.

—La mayoría de la gente son blancos fáciles —prosiguió Wiley—. Les sigues un día o dos y ¡bingo!, los pillas besándose fuera de la habitación del motel o en el coche. Qué estupidez. Usted es mucho mejor. Créame, es un cumplido. Para ser doctora, se le daba muy bien despistar. Creo que tardé un mes en descubrir la casa del otro lado de la calle. E incluso entonces, parecía que siempre estaba sola. Muy lista: usted entraba por detrás y él, por delante. Muy lista. Así que tuve que recurrir a mi creatividad. Coloqué una cámara en el conducto de ventilación de su dormitorio. Esta nueva tecnología de alta definición es cara pero increíble. Una vez instalado el aparato, las cosas se pusieron interesantes.

Janine avanzó dos pasos y le dio un bofetón en la cara. Él lo aguantó sin pestañear y se frotó la marca roja que le quedó. Janine no creía que fuera la primera vez que le abofeteaban.

—¿Se ha quedado a gusto? —preguntó Wiley. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un sobre de papel de Manila—. Aquí tiene, eche un vistazo; son sus grandes éxitos. He impreso algunos fotogramas, pero también tengo el vídeo.

Janine abrió el sobre y sacó una hoja. Reconoció su propia piel desnuda. Y la de su amante. Su cara con los ojos cerrados. La espalda desnuda y sus piernas alrededor de él.

—Es usted repugnante —le espetó Janine—. ¿Qué quiere? ¿Dinero?

—Bueno, lo cierto es que estoy un poco indeciso, doctora Snow. Le enseñé a Jay lo que conseguí con la cámara de su nidito de amor. Puesto que la policía no lo ha encontrado, supongo que él destruyó lo que le di. O a lo mejor lo hizo usted, quién sabe. En fin, me imagino que mi obligación cívica es hacer algo con esto. Jay está muerto y yo debería entregar a la policía cualquier cosa que haya descubierto, ¿sabe? Aunque qué demonios, si yo fuera un mercenario, también podría venderlas. Hay tabloides que pagarían una pasta gansa por algo así.

—¿Cuánto quiere? —preguntó Janine. Su voz estaba desprovista de vida.

—Oh, no lo sé. Estoy seguro de que podemos alcanzar un acuerdo. Tal vez quiera contratarme. Un salario mensual por investigar para usted. Se sorprendería de lo útil que puede resultar tener a un detective en nómina.

—Me voy —dijo Janine.

—Claro. Sin problemas. Llévese el sobre. Tengo más como esas. —Wiley metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una tarjeta de visita—. Piénselo, doctora Snow, y luego llámeme, ¿vale? Ya encontraremos una solución.

Ella no dijo nada.

Wiley se alejó y desapareció en medio de una nube de nieve. Ella oyó como sus pasos descendían por la rampa. Estaba sola de nuevo. La ligereza de su corazón se había convertido en plomo que había vuelto a arrastrarla a un agujero negro. Habían

pasado veinte años desde que era una rubia de Texas que soñaba con hacer algo con su vida. Veinte años, y nada de lo que había pasado en ese tiempo parecía importar.

Cindy se levantó pasada la medianoche. Estaba empapada de sudor y se estremeció porque la casa estaba tan fría como un granero con corrientes de aire. Jonny dormía como un tronco, con una pierna desnuda por fuera de la manta. Siempre se sumergía en un sueño pesado después de hacer el amor. Normalmente ella también, pero no esa noche. Estaba inquieta, aunque no estaba segura de por qué.

Fue al armario y cogió una bata, con la que se cubrió el cuerpo desnudo. Tenía la larga melena morena hecha un revoltijo. Se fue a la cocina descalza y encendió la luz de encima del fregadero. Sin hacer ruido, vació el lavavajillas, poniéndose de puntillas para alcanzar algunos de los armarios de la cocina. Por alguna razón, un lavavajillas vacío le proporcionaba una sensación de realización.

Se sentó a la pequeña mesa de la cocina. No le apetecía nada de comer ni de beber. Ni té, ni café, ni vino. Nada salado y nada dulce. Alargó la mano por encima de la encimera, sintonizó en la radio la emisora Duluth MPR y escuchó música clásica a un volumen apenas más alto que un susurro. Era algo evocador y suave. Lo escuchó junto con el persistente tictac del reloj de encima de la nevera.

La vieja chaqueta de cuero de Jonny estaba tirada encima de una de las sillas. Cindy movió la cabeza con una sonrisa. Llevaba años pinchándole para que se deshiciera de ella, pero Jonny nunca renunciaba a nada del pasado. Vio el agujero de bala en la manga. Todavía recordaba la noche en que el mentor de Jonny, un policía llamado Ray Wallace, se había pegado un tiro en una cabaña de un bosque del norte para no enfrentarse a una acusación por corrupción. Ray había disparado a Jonny antes de meterse la pistola en la boca. Cindy recordaba la llamada del hospital. La cara cenicienta de su marido. Aquellas eran las llamadas que más temías cuando te casabas con un policía. Te levantabas cada mañana y te preguntabas si esa sería la noche en que te acostarías sola, sola y llorando.

Le resultaba difícil imaginarse su vida sin él. Y aun así vivía con esa sombra perpetua.

Jonny había llevado a casa unos papeles de la Brigada de Investigación. Documentos. Archivos. Pruebas. Solía hacerlo. Su intención era trabajar por la noche, pero ella había interrumpido aquellos buenos propósitos al sentarse en su regazo. De ahí se habían ido a la cama y él se había quedado. Las pruebas del asesinato de Jay estaban diseminadas sobre la mesa, y aunque por lo general ella no acostumbraba a curiosear... Bueno, ¿a quién quería engañar? Se pasaba la vida curioseando.

Cindy cogió el papel de encima y le dio la vuelta. Era una fotografía tomada en algún lugar de los bosques de Duluth. En ella se veía la figura de un hombre, borrosa debido a la distancia. Era joven, esquelético, tatuado, vestido de camuflaje y sujetaba lo que parecía un fusil de asalto. En la primera imagen estaba de perfil, pero al coger la segunda le vio los ojos. Completamente vacíos. No feroces como los de un lobo de cacería. Ojos desprovistos de vida. Ojos que no veían nada más que la gris oscuridad

del agua.

Jonny había escrito en un pósit pegado a una de las fotos: «¿Quién es este tipo?».

Y en otra: «Encontrarlo».

Cindy volvió a dejar las fotos bocabajo. No quería volver a mirarlas. Había algo en la cara del hombre que le suscitaba un vacío de ansiedad en el estómago.

Se levantó de la mesa, fue al armario del recibidor y cogió su pesado abrigo y las botas de piel. Luego se dirigió al porche de la parte de atrás de la casa y salió por la puerta. Su jardín trasero apenas consistía en una duna de arena. Avanzó entre la nieve y las hierbas, subió hasta lo alto de la loma y después bajó hasta la playa del gran lago.

La ciudad resplandecía a su izquierda. Las luces blancas señalaban los edificios y las rojas parpadeaban en el campo de antenas ubicado en lo alto de la colina. Vio huellas de perro a sus pies y las marcas paralelas de los esquíes de fondo que se deslizaban arriba y abajo por la orilla cubierta de nieve. El ruido del lago era estruendoso, pero este resultaba invisible detrás de una pared de hielo más alta que ella. Cada invierno, las olas construían una cadena montañosa. Eso hacía que el lago resultara aterrador, porque no podía verlo. De alguna manera, cada vez que rugía un trueno Cindy esperaba que un tsunami se alzara por encima del muro y se la llevara.

Se quedó allí con las manos metidas en los bolsillos. Los pocos centímetros de piel de las piernas que le quedaban al descubierto le escocían. La playa, la ciudad y la noche eran solo suyas. Había algo hipnótico en el volumen del viento y las olas. Pensó en todo. Su mente era como un saltamontes que iba de una cosa a otra.

Pensó en Jonny. Aún podía sentirlo dentro de ella, podía sentir sus manos sobre su cuerpo después. Entre ellos había una gran intimidad. Aun al cabo de todos estos años, él seguía mostrándose un tanto recatado respecto al sexo, pero para ella era tan natural como respirar o llorar. Aún recordaba perfectamente su primera vez, en una noche de verano, junto a un pequeño lago en un parque de la ciudad. Ellos dos, adolescentes, desnudos en el agua. Y luego haciendo el amor con arena en el cuerpo y mosquitos picándoles en la piel. Mágico.

Había pasado tanto tiempo. Era curiosa la forma en que uno cogía cada día y lo ponía sobre el anterior y, antes de darse cuenta, había transcurrido una vida.

Cindy pensó en su familia. Aunque apenas eran una familia. Su madre, que había muerto joven y los había dejado solos. Laura, que le había sido arrebatada aquella noche de verano en la que se enamoró de Jonny. Su padre, un viejo beato hipócrita que ponía a Dios como excusa para su maldad hacia todos los que estaban unidos a él. Le costaba decir que no lo echaba de menos, pero la verdad era que no.

Pensó en Janine. Hacía cinco años que se conocían. Era imposible que su amiga hubiera cogido una pistola y disparado a su marido. No se lo creía. Pese a todo, Jonny siempre afirmaba que nunca se podía conocer de verdad a otra persona. Cada individuo era insondable y vivía dentro de su propia alma, que no compartía con nadie. Aunque Cindy nunca lo habría reconocido, se preguntaba si estaba siendo una

ingenua.

¿Se equivocaba con Janine?

Apartó las dudas de su mente. Tenía fuerza de voluntad, algo que su fe le había proporcionado. Uno podía elegir ser feliz o infeliz. Era una decisión propia. Jonny no compartía su devoción por la religión, pero a ella tampoco le hacía falta. Sus creencias eran para ella sola.

Cindy se puso a pensar en cosas mejores. El golf. Aunque todavía estaban en invierno, en breve se encontraría en una calle verde esmeralda enfilando un hoyo con una madera tres en la mano. Reflexionó sobre sus clientes y sus problemas, y lo que ella podía hacer para ayudarlos con su rehabilitación. Siempre se podían probar cosas nuevas. Pensó en música *country* y en el entrañable encaprichamiento de Jonny con Sara Evans. Pensó en su Outback, que necesitaba un lavado. Pensó en la *pizza* de salchicha de Sammy's. Todas ellas eran pequeñas cosas que no significaban nada y construían una vida.

Y entonces, sin saber de dónde, llegó el dolor.

Aunque no era dolor. Cindy había experimentado dolor con anterioridad.

Era como una estaca catapultada hacia arriba entre sus piernas que la levantó del suelo, arrancó un grito de su pecho y la hizo caer sobre la nieve. Si hubiera podido morir en ese preciso instante para anular el blanco y ardiente dolor que partía en dos sus entrañas, habría elegido la muerte. El sufrimiento la golpeó sin avisar. Simplemente se lo encontró allí, y luego desapareció sin dejar rastro, como si hubiera sido un fantasma. Cindy se encontró de rodillas, sudando, tratando de entender qué acababa de ocurrirle.

Lo extraño era que lo sabía.

En lo más hondo del armario de sus terrores, lo sabía.

Howard Marlowe oyó el ruido de un cristal al romperse.

Provenía de arriba, de la parte delantera de la casa. No era un ruido menor, como el que hace un vaso al romperse en el fregadero. Algo se había hecho añicos, algo grande. Se puso en pie de un salto frente al escritorio y se sintió asustado y ridículo, vestido tan solo con sus calzoncillos blancos. Se le erizó el vello de los brazos.

Las cuencas vacías de los ojos de las estatuas de la isla de Pascua le contemplaban desde el póster de la pared. «Haz algo», le decían.

Howard avanzó de puntillas por la alfombra verde de pelo largo, como si tuviera que ser silencioso en su propia casa. Llegó a la puerta; el pasillo del sótano estaba frío y húmedo. Las luces, apagadas. Se dijo que quizás se lo había imaginado, pero en ese momento oyó más cristales que se rompían, como si fuera lluvia. Alargó la mano por detrás de la puerta del despacho y cogió un bate de *softball* de aluminio rojo. Con el bate apoyado sobre el hombro, se deslizó trastabillando por el pasillo enmoquetado hasta la escalera que llevaba a la planta principal de la casa. La escalera de madera no estaba acabada y la pared era una placa de escayola sin pintar. Subió dos escalones y escuchó.

Había alguien arriba, moviéndose por su sala de estar.

—¡Eh! —gritó tan alto como pudo y en el tono más grave que fue capaz de emplear—. ¡Eh! Lárgate ahora mismo, joder. ¡La policía está en camino! ¡He llamado a emergencias!

Lo cual era mentira. En el sótano no había teléfono y su móvil estaba en el dormitorio. Agarró el mango de goma del bate con manos sudorosas y avanzó dos pasos más hacia la puerta cerrada que tenía encima.

—¿Me has oído? ¡Lárgate!

Carol chilló desde arriba. La voz de su mujer estaba teñida de miedo.

—¡Oh, Dios mío, Howard! ¿Qué está pasando? ¿Dónde estás?

Alcanzó el escalón superior y cogió el pomo de la puerta de madera contrachapada, pero se dio cuenta de que era incapaz de reunir el valor necesario para girarlo. Escuchó y oyó pasos a apenas dos metros al otro lado del endeble pedazo de madera. También voces. Más de una. Los pasos resonaron con fuerza y Howard oyó abrirse la puerta delantera; la casa pareció agarrotarse con el cambio de presión atmosférica. Una corriente de aire helado sopló por debajo de la puerta y le congeló las piernas.

—¡Howard! ¡Howard!

Aparte del sótano a medio terminar, la casa tenía una sola planta. De la sala salía un pasillo que llevaba a los tres dormitorios. Carol estaba atrapada en uno de ellos, a escasos metros de las personas que se habían colado en la casa. Su hija de seis años se encontraba en otro de los cuartos.

—¡La policía está a punto de llegar! —gritó—. ¡Será mejor que os marchéis!

Los ruidos habían cesado. Ya no se escuchaban voces, nada excepto las ráfagas de aire procedentes de la puerta principal. Apoyó una oreja en la puerta y, al cabo de un minuto de silencio, hizo girar el pomo y entreabrió la puerta del sótano. Las luces estaban apagadas, pero el resplandor de la farola revelaba una granizada de cristales que semejaban diamantes sobre el parqué. No vio a nadie, pero percibió el olor a sudor que habían dejado tras de sí los desconocidos. Activó el interruptor de la luz y parpadeó. La casa estaba vacía y la puerta principal, abierta de par en par, dejaba entrar la nieve y el viento. Dio unos pasos vacilantes hacia el centro de la sala mientras volvía la cabeza de un lado a otro para mirar en todas direcciones y escalofríos de miedo le recorrían la espalda.

De encima de la mesa del comedor había desaparecido el portátil de Carol. Su mujer lo había utilizado antes de irse a la cama. Los tres cajones de la mesa auxiliar ovalada de su abuela estaban volcados y tirados por el suelo. En ellos guardaba casi cien dólares en efectivo para pedir *pizzas*, y el dinero había desaparecido. Junto al sofá de la sala, alguien había pateado hacia dentro dos de sus altas ventanas con bisagras, dejando esquirlas en los marcos.

—Se han ido —le gritó a su mujer—. Todo en orden.

Cogió el teléfono y marcó el número de emergencias. Al colgar, se dio cuenta de que Carol no había salido de su cuarto. Fue a comprobar si estaba bien, pero la habitación estaba vacía y las sábanas, arrugadas. Sintió un aguijonazo de preocupación en el corazón. Se apresuró hacia la puerta cerrada del siguiente dormitorio, que pertenecía a Annie, y la abrió de golpe. La luz de la mesita de noche estaba encendida y vio a Carol sentada en una mecedora con Annie dormida entre sus brazos, impertérrita.

La cara de su mujer era una máscara de lágrimas y mocos, y tenía los ojos abiertos como platos y enrojecidos. El labio inferior le temblaba y agarraba a su hija con tanta fuerza que Howard temió que fuera a asfixiarla. Conocía a Carol, y lo entendía. La burbuja había estallado. El lobo había venido. Carol apreciaba su vida ordinaria y predecible, y ahora su santidad había sido violada. Algunas cosas, una vez te las habían quitado, nunca regresaban.

—Se han ido —repitió.

Ella abrió y cerró la boca, y se secó la nariz con la muñeca.

—No estabas en la cama. No estabas ahí.

—Lo siento; estaba trabajando en el despacho. No tenía sueño.

Carol apoyó la mejilla en el pelo de Annie.

—Podrían habernos asesinado.

—Carol, probablemente solo fueran unos chavales —la calmó Howard—. Se han llevado tu portátil.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿El portátil? ¿Podrían haberme violado! ¡Matado! ¡Podrían haberse llevado a Annie!

—Lo sé. La policía llegará enseguida. Voy a ver si falta alguna cosa más.

Howard salió de la habitación de Annie, regresó a la sala helada y se dio cuenta de que esa misma noche tendría que cubrir las ventanas rotas con cartón. La temperatura rondaba los cero grados. Fue a la puerta delantera, que seguía abierta. Al mirar a través de la contrapuerta vio las huellas de alguien que se había alejado corriendo sobre la nieve de su jardín. Chicos, se dijo a sí mismo.

Cerró la puerta.

Howard volvió a su dormitorio vacío y se puso unos pantalones de chándal y una camiseta blanca. Comprobó las otras habitaciones y se aseguró de que no faltaba nada más. Solo el ordenador y el efectivo. Sus gritos los habían interrumpido antes de que pudieran seguir por el resto de la casa.

Solo chicos.

«Podrían haberme matado».

Howard rememoró la voz de su mujer mientras permanecía delante de la ventana rota y esperaba a que las luces de la policía aparecieran en la calle. ¿Y si la hubieran matado?, se dijo a sí mismo. ¿Y si hubiera entrado en su cuarto y se hubiera encontrado allí el cuerpo de su mujer?

Con un disparo. O estrangulada. O apuñalada.

Howard pensó en Janine Snow.

Era la misma historia que la suya. Ella se había duchado y al salir del baño se había encontrado a su marido muerto en el suelo del salón. Un intruso había entrado y se había ido. Había asesinado a Jay Ferris. Se había llevado joyas del dormitorio. Eso decía ella.

Un abismo separaba la pequeña casa de Howard de la mansión de la colina. Él no tenía nada en común con una mujer como Janine Snow. Salvo que ahora sí. Cualquiera podía ser víctima de un robo. Pensó en la fotografía de ella, el pelo rubio, el aspecto cuidado, aquella belleza arrogante que resultaba tan embriagadora. Y entonces se la imaginó de pie ante el cadáver de su marido.

Nadie la había creído.

¿Le creería alguien a él?, se preguntó Howard.

¿Y si esos chicos hubieran matado a su mujer? Uno vive su vida y de repente un acto aleatorio de violencia lo cambia todo. La gente empieza a destripar todo tu mundo. La policía. Los medios. No tardan en descubrir tus secretos. Detalles que te hacen parecer culpable, aunque en realidad no lo seas. Todo el mundo tenía cosas así en su vida. Cualquiera podía coger la vida cotidiana de alguien y convertirla en algo oscuro y criminal.

Mirad a Howard Marlowe. Asesinó a su mujer.

Mirad a Janine Snow. Asesinó a su marido.

Oyó movimiento a su espalda. Ahí estaba Carol, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el aspecto de alguien que hubiera abierto la puerta de un armario y visto al demonio escondido dentro.

—Quiero comprar una pistola —anunció.

Howard ladeó la cabeza. Su mujer odiaba las armas. Le había dicho una y otra vez que, si metías un arma en casa, tarde o temprano la usarías y alguien resultaría muerto. Los accidentes ocurren. Las discusiones ocurren. Los niños juegan.

Nada de armas.

—¿Estás segura? —preguntó Howard—. Creía que tú...

—¿No me has oído? —le gritó Carol. Howard apenas la reconocía—. ¡No pienso volver a vivir una situación como esta nunca! Consígueme una pistola, Howard. ¡Quiero una pistola!

La casa de Esther e Ira Rose en la orilla norte tenía un cartel de «En venta» clavado en la nieve. En el camino de entrada había un camión de mudanzas aparcado, y Stride vio a dos hombres esforzándose por meter una vitrina de roble en el interior del camión. Mientras se dirigía a la puerta de la vivienda, vio cajas de mudanzas a través del ventanal.

El hogar de los Rose tenía una ubicación perfecta en el cinturón de la orilla norte. El amplio jardín descendía hacia la ruta turística, y toda la casa daba a la extensión azul del lago Superior. Cada día les ofrecía un amanecer sobre el agua. Sin embargo, resultaba obvio que Esther había decidido mudarse con su familia a otra parte, después de que su marido muriera a manos de Janine Snow en la mesa de operaciones.

Esther recibió a Stride en la puerta. No tenía aspecto de asesina, pero tampoco el de una mujer capaz de enviar una carta amenazante con una caligrafía exquisita, que era lo que había hecho. «Se quedó usted allí mirando como Ira moría. Usted lo mató. Espero que pueda sentir algo en ese corazón helado que tiene en el pecho. Espero que algún día sufra el mismo destino: quedarse mirando impotente el cadáver de alguien a quien ama».

Tenía sesenta y tantos años. Aunque era media mañana, la ropa que llevaba habría resultado adecuada para una cena en el club de campo: blusa de seda, falda y zapatos de tacón. Era bajita, casi como un pajarillo. No tenía canas; llevaba el pelo teñido de un atractivo tono cobrizo y recogido en un elegante moño. Iba muy bien maquillada. El anillo de diamantes de su dedo era de un tamaño llamativo y sus pendientes centelleaban.

—Le agradezco que haya robado tiempo para hablar conmigo en medio de su mudanza —le dijo Stride.

La expresión de Esther no era cordial, pero tampoco arisca.

—Sí, bueno, ya sé por qué está aquí.

—¿Ah, sí?

Ella le invitó a entrar y, con un leve gesto de la mano, envió a los hombres de las mudanzas a que se fumarán un cigarrillo al sol. Stride la siguió al salón que daba al lago y donde, a pesar de las cajas desperdigadas, había algunas sillas en las que sentarse. Esther se acomodó en el extremo de un sofá amarillo colocado para disfrutar al máximo de las vistas. Sobre la mesa auxiliar había una taza de porcelana rosa. La mujer tenía las rodillas apretadas y se sentaba adoptando una postura rígida.

—Supongo que han encontrado mi nota —dijo, y parecía avergonzada.

—Así es.

Esther miró hacia el agua. La orilla estaba cubierta de hielo blanco y el agua con reflejos solares era tan azul que parecía casi negra.

—Obviamente, me arrepiento de lo que le dije a la doctora Snow después de la

operación. Fue una estupidez dejarme llevar así por mis emociones. Sin embargo, entiendo su recelo, teniente. En la nota le decía que deseaba que experimentara el mismo dolor que yo al perder a mi marido. Y ahora ha pasado. Eso hace que surjan preguntas.

—¿Por qué no me cuenta lo que sucedió? —sugirió Stride.

Ella echó un vistazo a la casa con una mirada triste y nostálgica. Cada una de las superficies acumulaba recuerdos.

—Se suponía que esta sería nuestra casa de veraneo después de la jubilación. Ira y yo adoramos... adorábamos... Duluth. A mis hijos les gustaría que me la quedara. Ellos todavía la ven como un sitio para que se reúna la familia. Y a mis nietos les encanta venir. Pero no; ahora viviré en nuestro piso del centro de Minneapolis. La ciudad tiene una energía y una emoción que me ayudan. Ya no necesito un refugio solitario junto al lago. Estar sola, con tiempo para pensar... bueno, es lo último que quiero en este momento.

—Lo entiendo. —Stride miró hacia la repisa de la chimenea y vio una fotografía que aún no habían empaquetado. En ella se veía a un hombre con esmoquin con pelo rizado entrecano, un rostro curtido y con arrugas, y nariz y barbilla prominentes. La sonrisa del hombre era blanca y amplia. Parecía feliz—. ¿Es Ira? —preguntó.

—Sí. —Esther se levantó y cogió la foto, y le costó mucho apartar la mirada—. Ira necesitaba una operación para reemplazar una válvula cardíaca. Como puede imaginar, el dinero no era un problema para nosotros. Podríamos haber ido a la clínica Mayo o a cualquiera de los mejores hospitales del condado. Pero teníamos amigos aquí que expresaron su absoluta confianza en la doctora Snow. Depositamos nuestra confianza en ella. Trágicamente, esta era innecesaria.

Stride permaneció en silencio. Había visto muchas veces cómo la gente buscaba alguien a quien culpar. Por crímenes. Por accidentes.

—Siempre hay riesgos en una operación, ¿no? —dijo con delicadeza—. Sobre todo si es algo tan delicado como la cirugía cardíaca.

—Por supuesto. Ambos lo sabíamos. Pero en este caso fue una negligencia. La operación en sí se desarrolló sin contratiempos, pero hay pruebas de que hubo una hemorragia en el postoperatorio. Las enfermeras se percataron. La doctora Snow no le dio importancia y tardó en tomar medidas. Cuando fue evidente que se trataba de un problema serio, finalmente decidió intervenir, pero para entonces ya era demasiado tarde. Ira no sobrevivió a la segunda operación.

—Lo lamento.

Esther puso la fotografía bocabajo sobre su regazo.

—Estaba enfadada. Resentida. Esa mujer nos había robado el futuro. La operación debería haber sido un nuevo comienzo para Ira, y en lugar de eso fue el final. Debo admitir que no supe asumirlo. Dije cosas... escribí cosas... que no eran adecuadas. Al llegar julio ya me había calmado. Ahora dejo que mi abogado hable por mí.

—¿Va a demandar a la doctora Snow? —preguntó Stride.

—Por supuesto. No es una cuestión de dinero; no lo necesito. Se trata de justicia. De asegurarme de que nadie volverá a sufrir como sufrimos Ira y yo. —Esther contempló el lago y luego se volvió hacia Stride—. Créame, lamento lo que le ha pasado a la doctora Snow, lo de su marido. Nadie debería perder a su esposo de esta manera. ¿Está usted casado, teniente?

—Sí.

—¿Y ella es la luz de su vida?

Stride sonrió.

—Lo es.

—Así debería ser. Ira y yo estábamos muy enamorados y lo habíamos estado durante décadas. Mucho antes de tener ni un centavo. Claro que si hay que creer lo que se lee en los periódicos, la doctora Snow y su marido tenían una relación mucho más problemática. Es una lástima.

—¿La doctora Snow habló con usted sobre su matrimonio? —quiso saber Stride.

Esther negó con un gesto firme de la cabeza.

—Oh, no. Nuestra relación no era personal; solo estrictamente profesional. Para ser franca, tanto Ira como yo teníamos la sensación de que la doctora era una mujer excepcionalmente fría. No sabía tratar a la gente. Si nuestro objetivo hubiera sido encontrar a alguien que se mostrara cariñoso, sin duda habríamos buscado en otra parte. Pero uno elige a un cirujano por sus manos, no por su calidez humana, ¿verdad? Consideramos que era la mejor.

—¿Cuándo se realizó la operación? —preguntó Stride.

—En mayo pasado. Desde entonces lo he ido asimilando. Hace muy poco que tomé la decisión de vender esta casa.

—Y ¿cómo se enteró de la muerte del marido de la doctora Snow?

—En las noticias de la mañana, como todo el mundo.

—¿Se encontraba usted en Duluth?

Esther se permitió una leve sonrisa.

—¿Sabe, teniente? No hace falta que dé rodeos. Puede ir directo al grano y preguntarme si le disparé. Pero de verdad, ¿le parezco la clase de mujer que se pasearía por las calles de Duluth de noche con una pistola?

—No.

—No. Y no estaba en Duluth. Estaba en Minneapolis, en el Guthri, viendo *Lear* con tres amigas. Estarán encantadas de confirmarlo. Incluso tenemos fotos de las tres juntas. Me enteré del asesinato al día siguiente en la WCCO.

—Necesitaré los nombres de sus amigas —apuntó Stride.

—Sí, por supuesto. ¿Alivia eso su preocupación?

—Bueno, sin duda es usted una mujer adinerada, señora Rose.

—Cierto —convino ella—. ¿Eso es relevante?

—Significa que dispone de recursos para contratar a gente que haga las cosas por

usted. Cosas que tal vez usted no haría.

—¿Sugiere que contraté a un sicario? —preguntó Esther, y soltó una risita, sinceramente divertida—. Bueno, no niego que podría permitírmelo. O por lo menos asumo que es así, puesto que desconozco las tarifas actuales para esta clase de asuntos. No obstante, las mujeres de mi condición no suelen entrar en contacto con asesinos a sueldo. La gente así no se anuncia en los tabloneros de anuncios, ¿no? E Ira era abogado de propiedad intelectual, no de la mafia. No nos codeábamos con criminales.

—Entiendo —dijo Stride.

—No tengo ningún problema en que revise mis finanzas, si eso lo tranquiliza. Solo para asegurarse de que no saqué grandes sumas de dinero de mis cuentas con propósitos aviesos.

Stride sonrió mientras se ponía en pie.

—De hecho, me sería muy útil. Solo para tachar cosas de mi lista.

—Delo por hecho. Puede hablar con mi abogado y él se lo entregará todo. Trabaja aquí en Duluth. Peter Stanhope.

—¿Como el Stanhope del bufete?

—Sí, se encargan de todos mis asuntos. ¿Hay algún problema?

Stride volvió a sentarse y se inclinó hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas.

—Disculpe, pero debo preguntárselo, señora Rose. ¿En alguna ocasión tuvo contacto con Jay Ferris?

Ella se encogió de hombros.

—No, no lo conocía. Sabía quién era, por sus columnas en el periódico. Para ser sincera, parecía un hombre bastante ruin. Muy guapo, pero sin demasiada clase. ¿Por qué?

—Jay Ferris se puso en contacto con alguien del bufete Stanhope poco antes de ser asesinado. ¿Sabe algo de eso?

—Peter nunca no me comentó nada.

—Jay llamó a una abogada llamada Tamara Fellowes. ¿La conoce?

—No. Como le he dicho, trabajo exclusivamente con Peter. Es el propietario del bufete y lleva la mayoría de los asuntos personalmente. Peter es el abogado que demandará a la doctora Snow en mi nombre.

Stride tenía pensado llamar a Archie Gale al volver a su oficina en el ayuntamiento, pero descubrió que no hacía falta. Gale ya le esperaba en una sala de reuniones de la policía. Con Janine Snow.

El abogado, tan atildado como siempre, se puso en pie enseguida.

—Ah, teniente, le ruego que nos disculpe por colarnos de esta manera. Su ayudante nos ha dicho que estaba de camino a la oficina.

—Me sorprende un poco encontrarlos aquí —admitió Stride.

Gale ladeó la cabeza.

—Bueno, hay algo que la doctora Snow quiere compartir con usted.

Stride se sentó. Janine, en el otro lado de la mesa, tenía un aspecto sumiso, algo poco habitual en ella. Tenía la vista fija en la mesa y no miró a Stride. Sus manos estaban cruzadas y algunos mechones rubios le cruzaban la cara.

—¿Qué quería contarme? —preguntó él.

Por fin ella alzó la vista; su mirada azul estaba vacía.

—No es algo de lo que me sienta orgullosa. Sinceramente, si no fuera porque un detective privado ha amenazado con chantajearme, me lo habría guardado.

Stride frunció el ceño.

—¿Cómo se llama ese detective?

—Melvin Wiley.

—Y ¿por qué trata de chantajearla?

—Yo tenía una aventura —declaró Janine.

Stride no dijo nada. Miró a Janine y luego a Gale.

—¿Con quién? —preguntó al final.

—Alguien a quien mi marido odiaba —contestó ella—. Y a quien usted conoce muy bien. Un expolicía llamado Nathan Skinner.

Maggie aparcó en un terreno cubierto de hielo y bajó de su *Avalanche* amarillo. Un tren de mercancías repiqueteó por debajo del paso elevado de la autovía 2, treinta metros más allá. Los vagones estaban cubiertos de óxido y grafitis. Maggie se encontraba cerca de un polígono industrial arenoso en Superior, Wisconsin, en un barrio residencial. A su alrededor se acumulaba un montón de nieve gris apilada por las quitanieves.

Vio en la esquina la casa que iba a visitar, protegida por una tuya inmensa, dos veces más alta que el tejado. Era una vivienda pequeña, de dos pisos, con estructura de madera pintada de verde turquesa. Una valla alta protegía el patio, así que Maggie no podía ver el interior. La contrapuerta tenía barras.

En la calle lateral había un Toyota Rav blanco aparcado.

Durante las últimas semanas, había hablado ya con más de dos docenas de propietarios de Rav en los Twin Ports. Y Guppo también. Las entrevistas no habían proporcionado información de utilidad. La noche del asesinato había un Rav blanco aparcado cerca del pie de la colina que llevaba a casa de Janine Snow, pero seguían sin haber podido averiguar quién era el dueño o si el coche tenía alguna relación con la muerte de Jay Ferris.

Maggie cruzó la calle hasta la casa. Los escalones del porche estaban resbaladizos por el hielo, y se agarró a la endeble barandilla para no caerse. Sabía que sus tacones de bloque no estaban hechos para el invierno, pero no le importaba.

Un hombre negro cerca de la treintena abrió la puerta.

—¿Seymour Pugh? —preguntó Maggie.

Él la escrutó con sus ojos de carbón.

—¿Quién lo busca?

—El Rav que hay en la calle es suyo, ¿verdad?

—¿Y? —preguntó él.

Maggie se presentó.

—Me gustaría hacerle un par de preguntas.

Pugh no dijo nada, pero dio un paso hacia el frío exterior. Regla número uno, pensó Maggie: nunca dejes que la policía entre en tu casa. Aunque se enorgullecía de poder establecer si un acusado era culpable o inocente en tan solo unos segundos, el rostro de Seymour Pugh no transmitía nada excepto una desconfianza serena. No constituía ninguna sorpresa, pues había tenido que tratar con la policía en numerosas ocasiones a lo largo de su vida.

Era alto y delgado, y llevaba unos pantalones cargo rojos que le quedaban anchos y una camiseta de tirantes blanca manchada de salsa de espaguetis. Tenía una nariz ancha y chata con narinas abiertas, y la barbilla cubierta de pelos largos y rizados. Las trenzas africanas le caían hasta más abajo de las orejas. Sus manos eran grandes y con dedos largos, y lucía un pendiente en la oreja izquierda y una sencilla cadena con

una cruz alrededor del cuello.

—¿De qué va esto? —quiso saber Pugh.

—¿Conoce a un hombre llamado Jay Ferris?

—No.

Maggie metió la mano en el bolsillo de la chaqueta color burdeos y extrajo una fotografía.

—Esta es una foto del señor Ferris. ¿Lo reconoce?

—No.

—Lo asesinaron hace unas semanas. Vivía en una casa grande en lo alto de la colina de Duluth. Escribía una columna en el periódico.

—No compro periódicos —replicó Pugh—. Solo traen malas noticias.

Maggie le recitó la fecha de la muerte de Jay.

—¿Recuerda lo que hizo esa noche? Era viernes.

—Bromea, ¿verdad? Para mí todos los días son iguales.

—¿Tiene usted una pistola, señor Pugh?

—Tengo hijos; en mi casa no hay armas. ¿Para qué quiere hablar conmigo en concreto?

—Es usted propietario de un Rav —explicó Maggie—. Un testigo vio un Rav blanco no muy lejos de la casa donde se cometió el asesinato.

Pugh soltó una risita y meneó la cabeza.

—Ya. ¿Y cuántos hay por aquí? ¿Han revisado todos los carnés y han elegido las caras negras?

—Hemos elegido a las personas con antecedentes criminales —repuso Maggie—. Jay Ferris recibió un disparo, y se llevaron joyas de su casa. Usted arrastra una serie de condenas en la última década por allanamiento de morada y robo de coches, señor Pugh.

—Vaya que sí. ¿Me ha visto usar una pistola en alguna de ellas?

—No.

—Claro que no. Nadie salió herido. Y el hecho es que la última vez que estuve en la cárcel fue hace tres años. Ahora estoy limpio. Tengo trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Conduzco un camión. Transporto piezas de maquinaria por todo el Medio Oeste. Illinois, Wisconsin, Iowa, Nebraska, las dos Dakotas... La mayoría de los días estoy a miles de kilómetros de aquí. Es duro estar lejos de casa, pero me sirve para ganarme la vida. De manera honesta. Tengo un trabajo, una mujer, hijos. Jesús me ha bendecido.

—Me alegro por usted. —Maggie echó un vistazo a la casa, que necesitaba reparaciones—. Aunque parece que un poco de dinero extra no le vendría mal.

—Sí, y si me dedicara a colarme en casa de los ricos supongo que me iría mejor, ¿no cree?

—A veces la gente desesperada es capaz de cualquier cosa —observó Maggie.

Pugh la señaló con el dedo. Se mordía las uñas y las cutículas hasta hacerse sangre. Maggie percibió movimiento en la ventana delantera y vio la cara de un niño que miraba hacia fuera con los ojos como platos. Había retirado la cortina, que parecía un hule de plástico. El brazo de una mujer lo arrastró más allá del cristal.

—Mire, señora, no me eche en cara mi pasado —le espetó Pugh—. Sí, he cometido errores. Era un chaval estúpido. Todos lo somos a veces. El hecho es que cuando robé esa mierda fue para poner comida en la mesa, ¿vale? Puede que usted y yo no tengamos los mismos valores, pero no piense que eso significa que yo no tengo ninguno. Si mi familia necesita algo, yo me aseguro de que lo tengan, pero ya no me dedico a robar. Nos apañamos con lo que gano.

Maggie asintió.

—Volvamos a ese viernes por la noche —dijo.

—Ya le he dicho que no tengo ni idea de dónde estaba o lo que hice. O estaba en la carretera o en casa, con mi familia. Puede llamar a mi jefe y averiguarlo. Para mí, el viernes es solo otro día del calendario.

—Fue la noche del accidente múltiple en Bong Bridge. El puente estuvo cerrado durante horas. ¿Le ayuda eso a recordar?

—No presto atención al tráfico a menos que esté metido en él. Bueno, ¿hemos acabado?

—Hemos acabado. Gracias por su tiempo.

Seymour Pugh se retiró al interior de su casa. Maggie oyó como cambiaba el tono de su voz y cómo se dirigía a sus hijos con los típicos gritos emocionados de padre. Eso la hizo sonreír.

Volvió a cruzar la calle hasta su Avalanche y entró en el vehículo. Mientras regresaba en dirección al puente, pasó de nuevo junto al Rav blanco aparcado en la calle y se dio cuenta de que aquella línea de investigación no llevaba a ninguna parte. La mayoría de los casos tenían callejones sin salida que había que seguir. El coche visto en la calle cerca de casa de Janine era uno de esos hechos aislados que se interponían en el camino para descubrir la verdad.

Seymour Pugh era propietario de un Rav, alguien con antecedentes criminales y, a menos que esa noche hubiera estado conduciendo un camión entre allí y Milwaukee, no tenía coartada. Aun así, no existían informes de violencia o uso de armas en ninguno de sus delitos. No confiaba en un poli que se presentaba en su puerta, pero Maggie no podía culparlo por ello. Los hombres negros y los policías no se amaban precisamente.

Por encima de cualquier otra consideración, Maggie se dio cuenta de que el tipo le caía bien.

Era un buen hombre, y los hombres buenos no eran asesinos.

—¿Nathan Skinner? —preguntó Stride.

Vio como el rubor cubría el rostro de Janine mientras asentía. Había dicho que estaba avergonzada, pero Stride pensó que su expresión también traslucía excitación sexual. Cindy le había contado en más de una ocasión que el hombre que pudiera derretir la gélida coraza de Janine Snow encontraría debajo un verdadero volcán.

Durante unos instantes, no dijo nada. En lugar de eso, valoró la credibilidad de ella. Y la de Archie Gale. Gale no ofrecía nada gratis. No daba nada a la policía o a los fiscales sin una contrapartida. Si Janine estaba dispuesta a confesar libremente una aventura extramatrimonial, por fuerza obedecía a una estrategia. O bien Gale deseaba crédito por proporcionar información que la policía habría averiguado de todos modos, o bien quería enturbiar los hechos ofreciéndoles un nuevo y reluciente sospechoso para el asesinato de Jay.

Nathan Skinner.

—¿Se acostaba usted con un hombre que había perdido su trabajo por culpa de su marido? —dijo Stride.

—Sí.

—Bueno, cuénteme cómo empezó la aventura.

Janine recuperó parte de su compostura y arrogancia. Cruzó su mirada azul con la de Stride, se humedeció los labios y se apartó los mechones sueltos del rostro.

—Nathan trabajó de guarda de seguridad nocturno en el Saint Anne's el pasado mayo. Yo trabajo a menudo hasta tarde, y así nos conocimos.

—¿Sabía usted quién era él?

—Sí, claro que lo sabía.

—Y aun así entabló una relación con él —observó Stride.

—Fue él quien se acercó a mí, no yo a él. No es tan difícil de entender, teniente. Los motivos de Nathan eran cristalinos. Buscó una relación conmigo porque... ¿cómo decirlo? Le interesaba pasarme por la piedra como una forma de devolvérsela a Jay por haberlo pasado a él por la piedra.

—Los motivos de él los entiendo. Son los de usted los que no tengo tan claros.

—¿Tan ciegos son los hombres guapos que son incapaces de reconocer a otro que también lo es? Usted es muy atractivo, teniente, cosa que obviamente ya sabe, como así se lo dije a Cindy. Nathan Skinner también es un hombre extremadamente atractivo. Así que sí, dejé que me sedujera.

—Empezar una relación con Nathan Skinner me parece mucho más complicado de lo que usted lo pinta —señaló Stride.

Janine se encogió de hombros.

—El pasado mayo fue un mes difícil para mí. Jay yo no parábamos de pelearnos. Yo sufría dolores intensos la mayor parte del tiempo porque me había roto el tobillo en invierno. Así que para ser sincera, las atenciones de Nathan me resultaron halagadoras. Era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

—¿La relación todavía continúa?

—No, la terminé en diciembre.

—¿Por qué?

Janine vaciló.

—Jay se enteró y me pidió explicaciones. No me di cuenta de que había contratado a un detective privado, pero el hecho es que estas cosas siempre acaban por saberse. Era solo cuestión de tiempo.

—¿Cuál fue la reacción de Jay?

—Estaba enfadado, por supuesto. Quería que rompiera con Nathan y yo estuve de acuerdo. Sinceramente, la relación se estaba volviendo incómoda para mí de todas formas. Nathan había desarrollado una atracción emocional. Se estaba enamorando. Para mí, se trataba tan solo de sexo. Él quería más.

Stride escuchó el tono monótono de su voz y no le gustó.

—Hace que el enfrentamiento parezca bastante inocuo, doctora Snow. Me cuesta de creer. Tratándose de un tema así, habría esperado una discusión mucho más subida de tono. Sobre todo dado lo que Jay pensaba de Nathan Skinner.

—Creo que Jay se guardaba su ira para Nathan —repuso Janine.

Stride percibió el énfasis en su voz.

—¿Cree que Jay se enfrentó con Nathan por esa relación?

—No tengo ni idea, pero Jay no se tomaba las humillaciones a la ligera.

Era una historia conveniente. Imposible de demostrar. Fácil de negar. Proporcionaba la base para una pelea explosiva entre dos hombres que ya se odiaban de antes. Jay conocía la relación. Nathan estaba enamorado de Janine y no quería separarse de ella. Las situaciones como esa tendían a acabar con un hombre muerto en el suelo.

—Ha dicho que Jay y usted no paraban de pelearse —le recordó Stride—. ¿Quería usted divorciarse?

—No creo que ese tema sea relevante en esta conversación... —empezó a replicar Gale, pero Janine alargó la mano y la colocó sobre la de su abogado.

—No pasa nada, Archie. ¿Qué sentido tiene negarlo? Sí, Jonathan, quería el divorcio. Lo de Jay y yo fue un error desde el principio. Ahora resulta doloroso decirlo, pero es verdad. Cuando nos conocimos, entre nosotros saltaron chispas. Soy la primera en reconocer que fue algo extremadamente físico. Nos dejamos llevar por la pasión y nos casamos antes de bajar de las nubes. Pero caímos desde muy alto y muy rápido. Las cosas que nos atraían del otro se convirtieron en las que más odiábamos. Jay era un libro abierto. Yo no. Él se fue desesperando cada vez más por conseguir sacarme algo, obtener una reacción.

—Acostarse con Nathan Skinner parece una reacción —observó Stride.

—Supongo que tiene razón.

—El pasado julio también anuló las tarjetas de crédito de Jay sin comunicárselo. Eso también parece una reacción.

—De acuerdo. Me comporté como una bruja.

—No tardó mucho en volver a abrir el grifo. ¿Por qué?

—Decidí que era una niñería. Estábamos jugando al ojo por ojo, y esa no era manera de solucionar nuestros problemas. La manera de solucionarlos era acabar con nuestra relación. —Y añadió con rapidez—: Divorciándonos.

—Clyde, el hermano de Jay, asegura que él no quería divorciarse.

—En un principio no, es cierto —reconoció Janine—. Jay disfrutaba jugando. Sinceramente, creo que le gustaba hacerme sentir desgraciada. Pero al final se hartó de las peleas. Él también quería dejarlo.

—Si se hubieran divorciado, Jay no se habría llevado nada. ¿No le interesaba más seguir casado con usted?

Janine negó con la cabeza y dijo con firmeza:

—Hubiera o no acuerdo prematrimonial, ya habíamos llegado a un acuerdo financiero. No tenía ninguna intención de dejar que se muriera de hambre, teniente. Le compré un Hummer nuevo cuando su furgoneta se hundió en el hielo. Ambos queríamos un final amistoso.

—Lo que está diciendo es que Jay estaba dispuesto a concederle el divorcio. A pesar de lo que Clyde me ha contado.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo —insistió Janine—. Pidió asesoramiento a una abogada matrimonialista. Una mujer llamada Tamara Fellowes.

—Sabemos lo de su llamada a la señora Fellowes. No ha querido decirnos de qué hablaron Jay y ella, aunque estoy seguro de que usted lo sabe.

—Bueno, se lo acabo de decir. Jay quería hablar sobre el divorcio.

—La señora Fellowes trabaja en el bufete de Stanhope. Van a presentar una demanda contra usted, ¿no? Por la muerte de uno de sus pacientes, Ira Rose.

—Sí, es cierto. ¿Y?

—Interesante coincidencia —observó Stride.

—En realidad no. Jay y Tamara eran compañeros de clase en la universidad.

—¿En qué punto se encuentra la demanda de la señora Rose contra usted? —quiso saber Stride.

Janine se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Tengo mis propios abogados que se ocupan de estos temas. Me sentí fatal por lo que le pasó a Ira Rose. Por desgracia, la cirugía cardíaca implica riesgos. Se ha vuelto tan común, que los pacientes no siempre sopesan bien el peligro que entraña. Aunque me encantaría poder garantizar un resultado positivo, solo soy un ser humano, no un dios. No estoy molesta con Esther por demandarme. Es parte del sueldo. Hoy en día las demandas legales son una desgraciada realidad para la profesión médica. Mi aseguradora llegará a un acuerdo y la prima de nuestro seguro subirá. Así es la vida sin reforma judicial por responsabilidad extracontractual.^[3]

Stride contempló a aquella mujer y trató de comprenderla. Era lista. Sosegada. Hermosa. Sexual. Tenía respuesta para todo. Eso era lo que le preocupaba. El asesinato era un asunto desagradable, y aun así ella era capaz de dar explicaciones a cualquier pregunta como si no tuvieran ninguna importancia.

Stride no la creía. Ni por un segundo.

—Hablemos de pistolas —dijo.

—¿Disculpe?

Janine no se esperaba que él dijera eso. Archie Gale se inclinó hacia delante con expresión preocupada.

—Pistolas —repitió Stride—. Usted dijo que Jay no tenía ninguna.

—Así es.

Stride metió la mano en un archivador y sacó una copia de la fotografía que le había dado Clyde Ferris.

—Salvo que aquí tengo una foto de Jay con una pistola, doctora Snow. Fue tomada hace solo unos meses.

El color se evaporó del hermoso rostro de Janine.

—Jay debió de mentirme —murmuró, y adoptó una expresión severa—. No se deshizo del arma cuando se lo pedí. O se compró otra sin decirme nada. No sabía que la tenía.

—La bala extraída de la cabeza de su marido coincide con la munición utilizada para el revólver que lleva Jay en la imagen.

—No sé nada al respecto —insistió ella.

—¿Dónde está la pistola de la fotografía? —preguntó Stride.

—No tengo ni idea.

—Es extraño, ¿no cree? Jay tenía una pistola, lo mataron con una pistola... pero usted no tiene ni idea de dónde está esa pistola. No está en la casa. No está en su coche. Simplemente, se ha desvanecido. —Stride abrió los brazos—. Puf.

Gale se puso en pie.

—La entrevista ha terminado, teniente. La doctora Snow se ha mostrado muy colaboradora con un asunto personal embarazoso. No tenemos nada más que decir en este momento. Sinceramente, si tanto le interesan las armas, debería hablar con Nathan Skinner. Ahí tiene a un hombre que aprecia las armas en extremo. Y hay otra cosa que debería saber con respecto a su expleado.

—¿Y cuál es? —preguntó Stride un tono de voz sereno.

Gale hizo un gesto con la cabeza a Janine. Ella aspiró hondo y pareció recuperar el control de la situación. Como si estuviera a punto de tomar la delantera.

—Una vez, Nathan y yo lo hicimos en mi casa —explicó. Luego se inclinó hacia delante y miró fijamente a Stride, haciendo hincapié en cada palabra solo para él—. Follamos en mi casa. Jay estaba de viaje. Creo que a Nathan le puso muy cachondo; formaba parte de su fantasía de venganza.

—¿Y de la suya?

Janine sonrió y no contestó directamente.

—El caso es que me desnudé para él, teniente. Le hice un *striptease*. Me saqué las joyas para él. ¿Lo entiende? Él vio exactamente dónde guardaba los objetos de valor en mi habitación. Si quería robar algo después de disparar a Jay, si quería que el

asesinato pareciera un robo, sabía exactamente adónde ir.

Howard Marlowe se bajó la cremallera de su pesado abrigo. El aire cálido del interior del centro comercial Miller Hill le hacía sudar. Dejó caer las pesadas bolsas de la compra de Gap, Sam Goody y Maurice's en el suelo embaldosado, a sus pies. Era sábado y el centro comercial estaba abarrotado, aunque Carol y él estaban solos. Su mujer había insistido en que disfrutaran de un fin de semana sin niña, así que Annie se había quedado con su suegra.

—Una aventura —anunció Carol un tono de voz perentorio, mientras se sentaban en un banco delante de la tienda de Barns & Noble—. Cómo no.

Howard la miró.

—¿De qué hablas?

Ella señaló a un hombre mayor que leía el *News-Tribune* de Duluth. El titular informaba de la relación de Janine Snow con Nathan Skinner.

—Doña Perfecta engañaba a su marido —dijo Carol meneando la cabeza.

—Que tuviera una aventura no quiere decir que matase a su marido —replicó Howard.

La boca de Carol se frunció en una mueca parecida a la que hubiera adoptado de estar comiendo un caramelo amargo.

—Vaya, ¿estás colado por esa bruja ricachona o qué? Ya puedes ponerte de su parte todo lo que quieras, que a mí no me despierta ninguna compasión.

—Nunca has tenido mucha —señaló él.

Carol no contestó, pero lo taladró con una mirada de resentimiento. La relación entre ambos se había enfriado desde el allanamiento de su hogar, como si de alguna manera el robo hubiera sido culpa de él. Con Carol las épocas de enfado no se extendían mucho, pero cuando estaba en una de ellas, era mejor dejarla sola. O dejar que agotara el crédito de la tarjeta en compras.

Su mujer no había cambiado de opinión respecto a comprar una pistola para guardarla en casa. Howard había solicitado el permiso de armas en la oficina del *sheriff* del condado de Saint Louis. No tenía ni idea de qué pistola comprar, pero se imaginaba que el dueño de una armería podría ayudarle. Luego tenía que pensar en prácticas de tiro para los dos. El mantenimiento. Entrenar con la diana. No quería admitir delante de Carol que le aterrorizaba la idea de poseer un arma de fuego.

La gente con armas acababa perdiendo la cabeza demasiado a menudo. O bien disparaba a alguien o bien a sí misma. Jay Ferris tenía una pistola. Si no hubiera habido una pistola en la casa, ¿seguiría vivo?

—Hay un escritor de libros infantiles firmando libros en Barnes & Nobles —le informó su mujer—. Voy a comprar uno para Annie.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó él.

Carol se encogió de hombros sin contestar, que era tanto como decir que no. Luego le dio la espalda y entró en la librería.

—Voy a comprar una porción de *pizza* en Sbarro —gritó él a su espalda—. Nos vemos en la zona de restaurantes cuando acabes.

Howard reunió todas las bolsas de la compra. No disponía de mucho espacio para maniobrar y la gente chocaba con él mientras caminaba. Los niños entraban y salían de la muchedumbre. Unas adolescentes del instituto que mascaban chicle y hacían globos lo saludaron con risitas tontas. Un par de chicas llevaban unas bolsas pequeñas de Victoria's Secret, y se preguntó qué habrían comprado. Braguitas. Sujetadores finísimos. Tal vez su novio las viera con ellos puestos. O sin ellos.

Le deprimía tener cuarenta años.

Howard pasó junto a más tiendas. Suncoast. Gymboree. Wilson's Leather. Se detuvo en un quiosco de Rocky Mountain Chocolate y se compró una barra de chocolate con leche y almendras. Después de la *pizza* le apetecería un postre. Avanzó a trompicones con las bolsas en dirección a la zona de restaurantes, prestando atención al suelo, resbaladizo por las pisadas mojadas de las botas.

Delante de él vio un escaparate vacío. Una cola de padres e hijos salía por la puerta y se extendía por el pasillo del centro comercial. Al acercarse vio que el local desocupado se había convertido en una clínica de fin de semana gratuita para familias, financiada por el Saint Anne's. Vacunas. Análisis de estreptococos. Inyecciones antigripales. Masajes. La clínica era un hervidero de actividad. Las enfermeras se ocupaban de las inscripciones y daban globos a los niños. Una mujer guapa y menuda con el pelo moreno y largo enseñaba a hacer estiramientos musculares a una niña con el brazo en cabestrillo.

Y en medio de todo el barullo... estaba ella.

Janine Snow.

Howard se detuvo. La gente se afanaba alrededor de Janine, pero para él ella era la única persona que había allí, como si estuviera debajo de un foco. Estaba de pie junto a una cortina portátil, hablando con un paciente que quedaba oculto detrás de una sábana blanca. Howard no la había visto nunca en persona. Real. Viva. Ella no se dio cuenta de que la observaba, lo cual era de agradecer, porque él era incapaz de apartar la mirada. Eso le hacía sentirse como un *voyeur*, espiando en medio de la multitud. La gente susurraba al pasar junto a él.

«Es esa».

Desprendía un magnetismo distinto al de cualquier otra persona. Sí, era hermosa y rubia, con un cuerpo rotundo y con curvas debajo de la bata blanca, pero para Howard, la atracción iba más lejos. Se trataba de su vida, del drama que suponía ser ella. Era famosa, infame, inteligente, fría, erótica. Estaba tan lejos de la vida de Howard como una estrella distante, y aun así tan cerca que él podría haber dado unos pasos y haberla tocado.

De algún modo, al cabo de un rato, ella notó que estaba siendo observada. Alzó la vista de su tarea y le vio, y sus miradas se cruzaron.

La reacción física de él fue inmediata. Una tremenda erección se abrió paso en el

bolsillo de sus calzoncillos. A su edad, aquello no era un acontecimiento habitual. Ya no se le ponía dura porque sí. No recordaba la última vez que había experimentado algo tan íntimo con una mujer. Ella le miraba, y él le devolvía la mirada. Bien podría no haber habido ni una sola alma más en todo el centro comercial.

La doctora se concentró de nuevo en su paciente. Y él volvió a no ser nada para ella. Un desconocido. Aun así, habían compartido un instante de conexión. Algo había ocurrido entre ellos. Tan solo había durado eso, un instante, pero a él lo había dejado sin aliento.

—Ahora todo el mundo me mira —reflexionó Janine.

Cindy bajó la tabla sujetapapeles y miró a su amiga, que había hablado en voz baja a un par de metros de distancia. Janine señaló con la cabeza en dirección al centro comercial, y Cindy miró hacia la multitud y vio a un hombre de mediana edad que contemplaba a su amiga como un fan que persiguiera a un famoso. Estaba un poco fofo y se afanaba bajo el peso de un montón de bolsas de la compra. Tenía la cara alargada y unos ojos de cachorro que se ocultaban tras unas anticuadas gafas negras. Su abrigo, la camisa de cuadros escoceses y los tejanos constituían el uniforme clásico de un marido suburbano.

Al darse cuenta de que Cindy lo miraba, el hombre apartó la vista, abochornado, y avanzó penosamente hacia la zona de restaurantes.

—Es inofensivo —comentó Cindy.

Janine se encogió de hombros.

—Ya, ya lo sé.

Su amiga se sacó los guantes de látex e hizo un gesto con la cabeza al niño que estaba con ella, indicándole que habían terminado con la temida inyección. El pequeño puso pies en polvorosa para reunirse con sus padres. Cindy lo siguió con los ojos y experimentó el mismo y antiguo anhelo que la embargaba siempre que veía a una madre con su hijo. Como si se hubiera perdido algo en la vida. A Janine no parecía afectarle de la misma forma. Una vez terminaba con un paciente, esa persona desaparecía de su conciencia. Cindy no lo entendía, pero había visto a los médicos actuar así una y otra vez.

—¿Quieres un poco de limonada? —le preguntó a su amiga.

—Claro.

Cindy llenó sendos vasos de cartón de una jarra grande de plástico que había cerca del mostrador de admisiones. Se lo bebió y volvió a llenarlo, y se comió una galleta de mantequilla rancia. Llevaban ya cuatro horas en marcha, y estaba agotada.

—Toma —le dijo a Janine mientras le tendía el vaso.

—Gracias. —Su amiga bebió un trago de limonada y contempló a los mirones del centro comercial—. Es raro. Llevo años salvando vidas y nadie tenía ni idea de quién era. Ahora la gente cree que disparé a mi marido y me conocen allí donde voy.

—Duluth sigue siendo una ciudad pequeña —observó Cindy.

—Sí, eso es lo que dice Archie. Me aconsejó que viniera aquí hoy. Dijo que el hecho de que la gente me viera poniendo inyecciones a los niños me humanizaría. Supongo que la compasión hacia mí es una estrategia legal. —Bajó un poco más la voz y añadió—: Sabes lo que eso quiere decir, ¿verdad?

Cindy la miró con expresión confundida.

—No.

—Archie ya está pensando en el grupo de jurados potenciales.

A Cindy le sorprendió, pero se dio cuenta de que Janine tenía razón. Archie sabía que los juicios se preparaban meses antes a través de la percepción pública de un acusado. Los prejuicios iniciales, fueran buenos o malos, eran difíciles de vencer. El abogado de Janine quería que la gente de Duluth la viera como una doctora. Alguien que curaba. No como una fría y rica adúltera capaz de apuntar a su marido con una pistola y apretar el gatillo.

—Vuelvo dentro de un minuto, ¿vale? —dijo Cindy—. Necesito echarme un poco de agua en la cara.

Se retiró al baño de la parte de atrás de la tienda vacía. Estaba habilitado para discapacitados y olía a desinfectante de pino. Dejó la puerta abierta y no se preocupó de encender la luz. Se lavó las manos, luego la cara, y se secó con toallas de papel del dispensador.

Mientras contemplaba su reflejo oscuro en el espejo, volvió a suceder.

Dolor, como un relámpago entre sus piernas.

Cindy fue incapaz de reprimir un grito. Se agarró a la pila de porcelana para soportarlo y cerró los ojos con fuerza. Las náuseas le subieron por la garganta y estuvo a punto de lanzarse hacia el váter. Era como si le estuvieran partiendo el cuerpo en dos. Sintió deseos de volver a gritar pero la oleada de dolor subió y desapareció igual que había llegado. Respiró hondo y despacio para relajarse. Tenía el cuerpo húmedo y pegajoso de sudor.

Al abrir los ojos vio a Janine mirándola atentamente desde la puerta del baño.

—¿Algún problema? —preguntó—. Te he oído gritar.

—No pasa nada.

—¿Te encuentras bien?

Cindy ensanchó su sonrisa.

—Claro. Solo son retortijones.

Los pacientes acostumbraban a mentir siempre a sus médicos, y estos lo sabían. Janine no la creyó.

—El dolor parecía intenso. ¿Te ha pasado muchas veces?

—De vez en cuando.

—¿Has ido al médico? —preguntó Janine—. Porque deberías.

—Lo haré. Tengo cita para una revisión dentro de un par de meses. Ahora estoy demasiado ocupada.

Janine frunció el ceño. «Demasiado ocupado» era la excusa tipo de todos los pacientes.

—Seguro que no es nada —añadió Cindy; una estupidez cuando quien la pronunciaba era un paciente a un médico.

Su instinto le decía que sí era algo, pero no estaba preparada para enfrentarse a lo que pudiera ser.

Una estupidez.

Una estupidez.

Pero eso no cambiaba cómo se sentía.

—Tómame un descanso —le dijo Janine—. Ve a sentarte un rato en la zona de restaurantes.

—Sí, a lo mejor lo hago. —Cindy cambió de tema y añadió—: Estoy segura de que Archie solo se está cubriendo las espaldas con los posibles jurados.

—Muy considerado por tu parte, pero no. —Janine miró por encima del hombro para asegurarse de que estaban solas—. Ahora tu marido puede poner una pistola en mi mano. Jay, el muy idiota, me ocultó que tenía una. No importa que la policía no pueda encontrarla. Jay tenía una pistola, así que el jurado dará por hecho que yo lo maté con ella.

Cindy contempló a su amiga.

—No hables así.

—Es lo que hay. El hecho es que no les hace falta mucho más para condenarme. Archie ya me ha explicado cómo están las cosas. Jay y yo estábamos solos en casa. Nos odiábamos. Mi versión de lo ocurrido es cuanto menos improbable. Eso basta para que la mayoría de los miembros del jurado den un veredicto de culpabilidad.

—Si sucedió otra cosa, Jonny lo averiguará —insistió Cindy.

Janine sonrió.

—Si...

Cindy se ruborizó.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. —Janine abrió y cerró el bolso, y señaló el váter con la cabeza—. Bueno, yo tengo que ir al lavabo y tú tienes que sentarte y tomarte un respiro.

—Vale.

La incomodidad era palpable entre ellas.

Cindy se marchó y oyó a Janine cerrar con pestillo la puerta del baño a su espalda. Se abrió paso entre la gente que abarrotaba el centro comercial hacia la zona de restaurantes, donde se sumó a la cola y se compró un granizado Mister Misty de uva en el Dairy Queen. Se sentó a una mesa y tarareó por lo bajo la canción de Alan Jackson que sonaba de fondo. Sobre su cabeza, la claraboya dejaba pasar la luz grisácea de la tarde. Se encontraba mejor. Mientras sorbía la bebida helada, intentando que no se le congelara el cerebro por el frío, observó a la gente. Hombres y mujeres mayores tomando café. Niños jugando a pillapilla. Adolescentes en grupo,

los chicos mirando a las chicas y las chicas a los chicos. Vio al hombre que había mirado a Janine en la clínica, y que ahora estaba con su mujer. Ella le hablaba y parecía como si sus palabras cruzaran la cabeza de su marido sin detenerse.

Cindy casi se había terminado la bebida y ya empezaba a notar el subidón del azúcar cuando divisó a otra persona. No estaba segura de por qué su mirada se había detenido en él, pero una vez lo vio, no pudo apartarla.

Era un joven de veintitantos años. Ni alto ni musculoso. Un chico flacucho. Vestía una chaqueta de camuflaje y tejanos azules, y tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Llevaba un gorro de lana azul hundido hasta la frente, y lucía gafas de sol de mosca con cristales reflectantes. Se encontraba a unos cinco metros, apoyado en una columna cerca del Burger King. Inspeccionaba todo lo que había en el centro comercial sin que pareciera que observase nada. Su cabeza apenas se movía, pero a lo largo de diez minutos cambió de posición de manera periódica para inspeccionar toda la zona de restaurantes. Cada local. Cada mesa. Cada entrada y salida.

Cindy no lo conocía, pero su cara le sonaba de algo. Lo había visto antes.

¿Dónde?

Se estrujó los sesos pero fue incapaz de ubicarlo. Entonces, el chico sacó la mano tatuada del bolsillo de la chaqueta y se quitó las gafas para frotarse los ojos con la manga. Cuando acabó, Cindy miró fijamente al fondo de aquellos ojos y cayó en la cuenta de quién era. Había visto su rostro en las fotografías de la mesa de su cocina. Fotografías que formaban parte de las pruebas que Jonny había reunido sobre la muerte de Jay Ferris.

Un joven vestido de camuflaje en el bosque portando un fusil de asalto. Un joven de ojos grises sin vida que le recordaban a los de un tiburón que solo veía las aguas negras.

Era él. Ese era el hombre que Jonny estaba buscando.

Se dio cuenta de que seguía mirándolo. Él también se dio cuenta. El joven se colocó las gafas de sol y se alejó a paso ligero, fundiéndose con la multitud del centro comercial. Dejándose llevar por su instinto, Cindy se puso en pie y lo siguió. Distinguió su espalda con la chaqueta de camuflaje; avanzaba como si fuera un soldado empujando a la gente, que se apartaba para dejarlo pasar. Chocó con algunas personas sin pedir disculpas, y mantuvo la barbilla baja. Las cámaras no captarían su cara. Era menudo, pero caminaba deprisa y Cindy tuvo que apresurarse para no perderlo de vista.

Él volvió la vista hacia atrás y la vio.

Ella fingió mirar escaparates, aunque no creía haberlo engañado. Él giró bruscamente a la derecha y abrió una puerta con un cartel que decía: «Solo para empleados». La puerta se cerró y el joven desapareció.

Cindy corrió hacia la puerta y se detuvo con los dedos rodeando el pomo metálico. A su alrededor la gente iba y venía, ajena a su ansiedad. Buscó un guarda de seguridad del centro comercial pero no vio a nadie que pudiera ayudarla. En unos

segundos el hombre se habría marchado. Vaciló —¿qué estaba haciendo?—, pero al final abrió la puerta y se encontró frente a un pasillo vacío y sin acabar. Cruzó la puerta y dejó que se cerrara a su espalda, ahogando la mayor parte del ruido del centro comercial.

Estaba sola. Oyó un zumbido de máquinas. Las paredes de ambos lados del angosto espacio eran de pladur y el suelo estaba sucio. Una única hilera de fluorescentes se extendía por el techo hacia una puerta iluminada con una señal roja de «Salida».

Trató de oír las pisadas del chico pero no percibió nada. Corrió hacia el otro extremo del corredor, se detuvo y miró con atención más allá de la esquina. Él ya se había ido. La recorrió un escalofrío, como si el aire del exterior se hubiera colado en el interior por alguna parte. Avanzó por el nuevo pasillo, hecho de ladrillos, que la llevó a un pequeño almacén. Allí el zumbido de las máquinas sonaba más alto. Las tuberías del gas y del agua formaban un laberinto en la pared. Vio una puerta alta de acero que subía y bajaba con guías. Estaba cerrada. Otra puerta con una barra antipánico daba al exterior.

Cindy se estremeció y empujó la puerta para salir al aire frío. Ahora se encontraba fuera del centro comercial, cerca del aparcamiento. La lluvia y el viento le azotaron la cara. No vio al hombre y hundió los hombros, pero entonces oyó una voz a su espalda.

—¿Qué crees que haces?

Cindy ahogó un grito y se dio la vuelta. Allí estaba, detrás de un contenedor. Esperándola. No le vio los ojos, solo las gafas de sol. El gorro calado. No había nada que ver, nada que reconocer, solo la línea dura y amarga de su boca. A pesar de su falta de estatura, su cuerpo desprendía una sensación de amenaza. Cindy notó cómo el miedo la atenazaba desde la cabeza hasta los pies.

—¿Por qué me sigues? —preguntó el chico.

—No te sigo.

—Y una mierda —siseó él.

—Te parece a alguien que conozco, pero supongo que me he equivocado. — Quiso pasar junto a su lado para volver dentro, pero él la agarró del brazo. Ella se revolvió y gritó—. ¡Suéltame!

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy la mujer de un poli, ¡así que será mejor que me sueltes ahora mismo!

Él obedeció. Ella se frotó el brazo y supo que le saldría un morado allí donde le había clavado los dedos. Para ser un hombre de complexión pequeña, era fuerte.

—La gente no debería meter las narices en los asuntos de los demás —la advirtió. Luego se apartó la solapa de la chaqueta de camuflaje y Cindy vio la culata de una pistola que asomaba de una funda de hombro—. A esa clase de gente le pasan cosas malas. ¿Sabes a qué me refiero?

Cindy tenía la boca seca. No dijo una palabra.

Él pasó junto a ella y entró en el aparcamiento a paso rápido y nervioso. Ella lo siguió con la vista, pero no lo vio subir a un vehículo. Tras perderlo de vista, regresó corriendo al almacén y luego a la calidez, la multitud y los dulces olores del centro comercial.

La gente la miraba y ella se dio cuenta de que las lágrimas le rodaban por la cara.

Stride avanzó sobre el hielo del pequeño lago que había frente a Tree Farm Road, en Midway Township. Las coníferas y los abedules dibujaban una corona alrededor de la orilla. La lluvia formaba charcos en la superficie helada y resbaladiza bajo sus pies. La primavera se acercaba. La gente de la localidad ya había retirado la mayoría de sus cabañas de pesca del agua, pero algunos impenitentes esperaban a que el hielo estuviera prácticamente derretido antes de renunciar al invierno. En ocasiones, esperaban demasiado.

Vio una vieja camioneta a unos cien metros, aparcada junto a una pequeña choza no mucho más grande que una letrina exterior. Incluso en la distancia, reconoció a Nathan Skinner, que transportaba provisiones de la choza a su furgoneta. Nathan también lo vio; el expolicía le dedicó un saludo poco entusiasta.

Stride encendió un cigarrillo y dejó que le calmara los nervios. A continuación siguió avanzando con dificultad bajo la deprimente llovizna.

Hacía años que conocía a Nathan, desde su época de jugador de *hockey* en la UMD. La mayoría de los hombres de Duluth lo conocían. Nathan era una estrella genuina, que había traído a casa un campeonato de la NCAA para los Bulldogs. La gente de Duluth no olvidaba esa clase de cosas. Era una pena que el chaval se hubiera destrozado la rodilla antes de tener la oportunidad de demostrar que podía convertirse en profesional. Nathan nunca se había quejado al respecto, pero Stride no se creía que no le importara. Uno no podía acercarse tanto a la fama y el dinero, y no sentirse amargado por haber perdido el anillo de oro.

Un día estás a punto de convertirte en el delantero de los Blackhawks.

Al siguiente eres un patrullero de la policía.

Y poco después, te expulsan del cuerpo y acabas haciendo sustituciones como segurata en centros comerciales y hospitales.

Stride sabía que a Maggie no le caía bien Nathan, y no podía reprochárselo. Nathan tenía la arrogancia chauvinista de un hombre al que las mujeres llevaban adulando toda la vida. Stride sabía que Nathan era sexista y probablemente racista. No aprobaba su actitud, pero si uno rechazaba a cada hombre de las tierras blancas del norte que no entendía a las mujeres o a los negros, no le quedaba mucha gente a la que contratar. El trabajo de Stride consistía en purgar esas actitudes y ayudar a sus agentes a enfrentarse a la compleja realidad del mundo que patrullaban. A veces funcionaba. A veces no.

Se había mostrado reacio a despedir a Nathan después de que Jay Ferris filtrara el arrebato racista del policía, en parte porque creía que Nathan era lo bastante listo para tener potencial a largo plazo y en parte porque no le gustaba que Jay provocara juicios públicos contra su equipo. Se dio por vencido cuando el jefe le comunicó su decisión de que Nathan debía irse, pero era lo bastante tozudo para creer que podría haber convertido a Nathan Skinner en un agente responsable con el tiempo y el

entrenamiento suficientes.

Maggie no estaba de acuerdo. Y no se callaba su opinión.

—Hola, Nathan —dijo Stride mientras se acercaba a la camioneta.

El expolicía lo saludó con la cabeza. Tenía la cara mojada y el pelo rubio aplastado.

—Teniente.

Stride expulsó el humo.

—Deberías alejarte del hielo.

—Estoy recogiendo.

Stride asintió.

—Te he estado buscando.

—Me lo imaginaba. No estaba de humor para que me encontraran. He leído los periódicos.

—¿Es cierto? —preguntó Stride—. ¿Lo de la aventura con Janine?

—Claro que es cierto.

Nathan se encogió de hombros, como si la información no revistiera importancia. Tenía un radiocasete de cedés portátil en las manos, cubierto por una funda de plástico, y lo metió detrás del asiento del conductor de su furgoneta. Regresó a la pequeña choza de pesca y Stride le siguió al interior. Apenas había espacio para los dos hombres. Junto al agujero perforado en el hielo, que dejaba ver el agua negra y turbia, había una silla de madera.

—Maggie habló contigo hace unos días. No mencionaste tu relación con Janine.

—¿Y? No creo que tenga ninguna obligación de debatir mi vida sexual con Maggie Bei. Ella no me lo preguntó. Yo no le di la información.

Stride lanzó la colilla al agua.

—No te hagas el listo, Nathan.

El expolicía se sentó en la silla destartada y estiró las piernas. Llevaba tejanos azules y un chaleco con relleno de plumón, y los brazos desnudos.

—Vale. No le conté nada porque ya teníais a Janine en vuestro punto de mira. No sentí la necesidad de convertirla en más sospechosa de lo que ya era.

—O de convertirte a ti mismo en sospechoso —señaló Stride.

—Sí, a mí también. Lo pillo. La verdad es que no creía que nadie descubriera lo nuestro; fuimos bastante discretos. Y tenía muy claro que Janine no lo proclamaría a los cuatro vientos.

Stride se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. La lluvia repiqueteaba en el tejado metálico y las gotas se filtraban al interior. Una ráfaga de aire golpeó el metal corrugado.

—Dice que estabas enamorado de ella.

—¿Estás de broma? No, no lo estaba.

—Entonces ¿por qué iba a decir ella algo así? —quiso saber Stride.

—¿A ti qué te parece? Para dar la impresión de que yo tenía otra razón más para

cargarme a su marido. Que la quería solo para mí. Muy bonito. Supongo que entre los infieles no existe el honor.

—Has dicho «otra» razón para matar a Jay —observó Stride.

—Oh, vamos, teniente. No emplees esos truquitos conmigo. Los dos sabemos que yo odiaba a Jay. Perdí mi trabajo por su culpa y dedicó todos sus esfuerzos a arruinarme la vida, así que yo dediqué todos los míos a follarme a su mujer. Y lo hice. Ya me había vengado de Jay; no me hacía falta matarlo.

—No tienes una coartada muy sólida para esa noche.

—Tal vez no, pero estaba enfermo. La repartidora os lo dijo. Además, han analizado mi arma y está limpia.

—¿Es tu única pistola? —preguntó Stride—. Archie Gale parece creer que tienes más.

Nathan se encogió de hombros.

—Vale, tengo más. ¿Queréis analizarlas todas? ¿Queréis registrar mi casa? Adelante. Mira, no importa. No soy imbécil. Si lo hubiera matado, cosa que no hice, habría lanzado la pistola por este agujero en el hielo. Nunca la encontraríais. Probablemente eso es lo que hizo Janine.

—¿Crees que ella lo mató?

—Claro que fue ella.

—¿Sabías que Jay Ferris tenía una pistola? —preguntó Stride.

—Sí, Jay la blandió delante de mi cara cuando fui por él en el Saratoga.

—¿Alguna vez le hablaste a Janine de la pistola de Jay?

Nathan no contestó enseguida. Se frotó los brazos desnudos para quitarse el frío. Stride pensó que estaba decidiendo si iba a mentir y se dio cuenta de que no podía confiar en nada de lo que Nathan soltaba por la boca. Y eso valía también para Janine. Hasta que llegaran a juicio, la cosa iba a ser un «él dijo/ella dijo» entre ellos.

Porque hacia allí era a donde se dirigía todo aquello.

—Sí, claro que se lo conté —contestó Nathan.

—Solo para que quede claro —insistió Stride—. Dices que le contaste a Janine que Jay llevaba pistola. Ella lo sabía.

—Así es. Una vez bromeé sobre ello. Dije que era mejor que tuviéramos cuidado si Jay se enteraba de lo nuestro, por si decidía liquidarnos.

—¿Cuándo fue eso?

—No me acuerdo. Hace meses.

—¿Qué dijo Janine?

—No pareció sorprendida. —Nathan sonrió. Si era un mentiroso, se le daba muy bien, aunque a Janine también. Estaba claro que el expolicía era consciente de que Stride dudaba de su historia, así que añadió—: Janine también sabía usar una pistola. Yo le enseñé. Una vez fuimos juntos a un campo de tiro. Fue en Superior, donde supuse que nadie nos vería. —Metió la mano en el bolsillo de su chaleco para sacar su móvil—. De hecho tengo una foto. La hice mientras ella disparaba. La escena era

bastante sexy; Janine lo dio todo.

Pulsó varias teclas del teléfono y lo giró hacia Stride para que pudiera ver la pequeña pantalla. Este reconoció a Janine Snow, con unos auriculares protectores en la cabeza, unas gafas protectoras en los ojos y un revólver Smith & Wesson en el extremo de su brazo estirado. Estaba apuntando a un blanco y su expresión era dura y de concentración. Cuando Janine Snow hacía algo, lo hacía a conciencia.

—Te mandaré una copia de la imagen —añadió Nathan.

Stride asintió.

—Háblame más de vuestra relación.

—No hay mucho que contar. La conocí mientras trabajaba de guarda de seguridad en mayo. Decidí jugar mis cartas para llevármela a la cama. No me costó mucho.

—¿La veías muy a menudo?

—No mucho. Un par de veces al mes. Es una mujer ocupada.

—¿Dónde os veíais?

—Al principio en hoteles. Luego se compró su lugar de relax y quedábamos allí.

Stride ladeó la cabeza.

—¿Su qué?

—Tiene un piso en el centro. Es su escondite cuando no quiere estar en casa con Jay. —Nathan percibió la confusión en el rostro de Stride y esbozó una sonrisa—. No lo sabías, ¿verdad? ¿Cómo se te ha podido pasar, teniente? Bueno, dudo que esté a su nombre, así que no te flageles demasiado.

Nathan recitó una dirección del centro y Stride la anotó. Conocía el lugar, y estaba enfadado por no haber descubierto el piso antes. Se hallaba a solo diez minutos de la casa de Janine en la colina. Si quería ocultar una pistola y joyas después del asesinato, era un sitio fácil para hacerlo. Y ahora había dispuesto de tiempo para deshacerse de todo definitivamente.

—Janine dice que una vez os acostasteis en su casa —continuó Stride.

Nathan negó con firmeza.

—No. Ni hablar.

—¿Nunca fuiste allí?

—Nunca.

—Janine fue muy concreta al respecto. Dice que te hizo un *striptease* en su dormitorio y que viste dónde guardaba sus joyas.

—Bueno, hay que reconocer que es una mujer muy lista. Supongo que cuando tratas de eludir una acusación por asesinato haces lo que haga falta. Pero vamos, teniente, ¿de verdad crees que se arriesgaría a que sus amigos o vecinos me vieran en su casa? Ni en un millón de años.

—¿Cuándo terminó vuestra relación? —quiso saber Stride.

—En diciembre. Poco después de Acción de Gracias.

—¿Quién decidió romper?

—Ella.

—¿Por qué?

—No me dio ninguna razón y yo no pregunté. Solo dijo que se había acabado. Es un témpano de hielo. En realidad, yo no esperaba nada más.

—¿No querías continuar la relación?

—No me importaba. El sexo me gustaba, pero puedo tenerlo cuando y con quien quiera. Le di las gracias por los recuerdos. Lo hicimos una última vez y eso fue todo. Lo nuestro no era algo emocional.

—Janine cree que Jay tenía pensado enfrentarse a ti por la relación.

—¿Enfrentarse a mí? Ni hablar, joder. ¿De verdad crees que Jay Ferris admitiría en mi cara que sabía que me había estado tirando a su mujer? Él no. Nunca me habría dado esa satisfacción.

—Sin embargo, sabía lo que hacíais —observó Stride—. Contrató a un detective.

—Vale, pues sabía lo de la aventura. Estoy seguro de que obligó a Janine a dejarme. Debió de volverse loco pensando en ella y yo juntos, y habría hecho cualquier cosa para que ella acabara con eso. Vaya, Janine siempre me decía que ella y Jay jugaban al control.

Stride entornó los ojos.

—¿Y eso?

—Ese matrimonio era una guerra y Jay quería ganarla. Pretendía mandar sobre ella como una especie de rey, ¿sabes? No pensaba renunciar a ella nunca. Yo le dije que debía darle pasta y divorciarse de él, pero ella me aseguró que él le destrozaría la vida antes de marcharse. Janine no podía huir. Esas fueron las palabras que utilizó, teniente. Dijo que Jay tendría que morir antes de permitir que ella se fuera.

Cindy estaba sentada con Jonny y Maggie en la sala de reuniones del sótano de la Brigada de Investigación. Sostenía una taza de café entre las palmas, mientras Jonny picoteaba las virutas de un donut de chocolate y Maggie, cuyo apetito contradecía su tamaño, se zampaba una hamburguesa de cuarto de libra de McDonald's. A través de los conductos de ventilación se oía el ruido de la caldera en funcionamiento. Habían pasado varias horas desde su enfrentamiento con el tipo del centro comercial Miller Hill, pero Cindy aún estaba muy nerviosa. Las manos le temblaban, y el café se agitaba entre sus dedos. Sus ojos iban de su marido a su compañera china, y los largos silencios los incomodaban a todos.

En el tablero de la pared, Maggie había colgado con chinchetas fotos de la cámara de Jay Ferris en las que se veía al hombre vestido de camuflaje con el fusil de asalto. Al lado de las imágenes estaba el retrato robot que habían dibujado con la descripción de Cindy. Ella estaba segura de que el individuo de las fotografías era el mismo al que ella había seguido en el centro comercial.

Casi segura. Quizás.

No podía poner la mano en el fuego.

—He hablado con Colin, del servicio de seguridad del centro comercial —comentó Maggie entre bocado y bocado de hamburguesa—. Le he enseñado las fotos de Jay y el retrato robot, pero no ha reconocido al tipo. Sea quien sea, no es un habitual del centro. Colin le pasará las fotos a su equipo, por si alguien lo conoce o el tipo vuelve.

Otro largo silencio. Cindy se alisó la larga melena con la mano. Trató de llamar la atención de Stride, pero él evitó mirarla. Cindy sabía que estaba furioso.

—También he conseguido la cinta de las cámaras de seguridad —añadió Maggie—. En la mayoría de los ángulos no se le ve la cara y, cuando se le entrevé, va con gorro y gafas de sol, así que no hay nada que pueda servirnos. El tío es listo.

—¿Por qué se esconde? —preguntó Cindy—. Quiero decir, ¿qué trama?

No hubo respuesta. Cindy volvió a concentrarse en su café, que se estaba enfriando.

Jonny se levantó y se quedó frente al tablero, contemplando al hombre de las fotos con mirada plomiza. Cindy conocía a su marido; estaba enfadado, y concentrado. Llevaba el pelo moreno más despeinado de lo habitual, ya que cuando se sumía en sus pensamientos se lo revolvía como si fuera un tic nervioso.

—Bueno, ¿de qué va esto en realidad? —preguntó, sobre todo a sí mismo—. Jay ve a un tío con un fusil de asalto cerca de Ely's Peak. Saca unas cuantas fotos y lo denuncia a la policía. Recibimos un par de denuncias más de un tiroteo en esa zona y el tipo deja unas dianas tras de sí como si jugara a los soldados. Y ahora mi mujer intenta convertirse en una heroína y sigue a un desconocido armado que podría o no ser el mismo tipo.

Cindy frunció el ceño.

—He dicho que lo siento, Jonny.

Él no la miró.

Maggie se concentró en sus patatas fritas. Se echó hacia atrás en la silla y le dedicó a Cindy un guiño de complicidad femenina.

—¿Tú qué crees? —preguntó mientras señalaba las fotografías con un gesto de la cabeza—. ¿Es el tipo al que viste?

—Creo que sí —contestó Cindy—, pero no puedo estar segura al cien por cien.

—Bueno, ahora tenemos un retrato robot. Eso debería ayudarnos a encontrarlo.

—Ojalá pudiera daros una descripción mejor, pero solo le vi la cara sin gafas durante unos segundos.

—Es más de lo que teníamos antes —observó Maggie.

Jonny cogió una copia del retrato robot de la mesa de reuniones y se sentó.

—Hasta ahora, todo esto no sirve de nada —comentó.

—Ha sido algo más que nada —le soltó Cindy—. Tú no estabas allí. No lo has visto.

Una vez más, Stride se comportó como si ella fuera invisible. Cindy notó que se le encendían las mejillas, como siempre que se ponía de mal humor. Cuando se enfadaba, tenía que desahogarse enseguida.

—¿Vas a mirarme en algún momento?

Había subido el tono. Demasiado. Jonny se volvió y la miró, y ella también percibió su enfado. Esperaba que Stride se le tirara a la yugular, pero en lugar de eso se levantó y salió de la sala de reuniones sin decir palabra. Su silencio al pasar junto a ella fue helado como la escarcha matutina. Cindy estaba que echaba chispas.

—Está enfadado porque tiene miedo —dijo Maggie.

Cindy repiqueteó con los pies en el suelo, nerviosa. Su enfado se mezclaba con una sensación de vergüenza.

—Lo sé.

Maggie se terminó un vaso de Coca-Cola extra grande con un sonoro sorbido e intentó sin éxito disimular un eructo.

—Lo siento. No es por putearte, pero tiene razón. Lo que has hecho ha sido bastante estúpido.

—¿Acaso crees que no lo sé? —repuso Cindy.

—Entonces ¿por qué lo has hecho?

—No lo sé. Me ha parecido reconocer al tipo y yo solo... No quería que se largara. Sabía que tratabais de encontrarlo.

Maggie se apartó el flequillo de la cara con un soplado.

—Desde el punto de vista de un policía, Stride tiene razón. Esto no ha servido de nada. Aun así, me gustaría saber quién es este tío. Hay algo en él que me da mala espina.

Cindy sabía que se había comportado como una estúpida, pero al oír a Maggie

verbalizar miedos parecidos fue como si parte de aquella sensación de humillación se desvaneciera.

Maggie le gustaba. Eran amigas, aunque no íntimas. Maggie era *rock* duro y Cindy, *country*, y eso las resumía a las dos. La compañera de Jonny era casi diez años menor que ella y, a su edad, diez años eran muchos. A Cindy le preocupaba cumplir cuarenta, mientras que la preocupación de Maggie eran los treinta. Una gran diferencia.

Además, estaba lo del enamoramiento. Maggie estaba colada por Jonny. Por lo que respectaba a los policías, el amor y la adoración a un héroe resultaban difíciles de diferenciar. Jonny había sido el mentor de Maggie y la había ayudado a salir de su caparazón, y en cierta medida ella se alimentaba de eso. Cindy confiaba en Jonny y no creía que Maggie diera nunca un paso respecto a sus sentimientos, pero valía la pena andarse con cuidado. Cuando estaba con la joven agente se mostraba precavida, y en más de una ocasión había advertido a Jonny sobre los sentimientos de su compañera.

Como la mayoría de las esposas, tenía una aguda percepción de las fortalezas y debilidades de su marido. Respecto a las mujeres, Jonny sentía la necesidad de salvarlas. No siempre comprendía el torrente de emociones que provocaba al hacerlo, y tampoco era del todo inmune a sus propios sentimientos. El año anterior se había enfrentado a un caso que los había puesto a prueba a ambos. Jonny había tenido que encargarse de proteger a una mujer llamada Michaela Mateo de su exmarido, que era un maltratador. Michaela era guapa y vulnerable, una combinación peligrosa para Jonny. Cindy enseguida se había dado cuenta de que Michaela se sentía atraída por su marido y, aunque podía asegurar que no había pasado nada entre ellos, sabía que los sentimientos de Jonny eran más profundos de lo que él admitía. Cuando mataron a Michaela, la pérdida le afectó más que cualquier otra cosa que ella hubiera visto en todos los años que él llevaba en la policía.

Pensar en Michaela Mateo la llevó a recordar a la hija pequeña de la mujer. Catalina. Cat. Tenía seis años cuando sus padres murieron. Cindy incluso había llegado al extremo de proponer a Jonny que la adoptaran, pues cada vez era más evidente la dificultad de que alguna vez sus sueños de tener hijos se hicieran realidad. Jonny se había negado. Era demasiado. Y demasiado pronto. Eso hizo que Cindy se preguntara si, en el fondo de su corazón, él quería tener hijos.

Alzó la vista. Su marido estaba en la puerta de la sala de reuniones. No había dicho nada.

Maggie pilló la indirecta, se puso en pie y los dejó solos. Él cogió una silla, la colocó a su lado y se sentó a horcajadas. Sus brazos se rozaban. La mirada de Jonny era distante.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó en voz baja.

—No pensaba —contestó ella.

Sabía que él tenía ganas de gritarle, aunque no lo hizo. Alargó la mano, la pasó

por encima de sus hombros y tiró de ella para acercarla a él. Ella se hizo un ovillo entre sus brazos y notó su fuerza. Y su preocupación y su alivio por tenerla entre sus brazos.

—No vuelvas a asustarme así —le pidió.

—Lo siento, pero supongo que te das cuenta de que yo vivo con esto cada día, ¿verdad? —murmuró ella.

A Stride aquello lo pilló por sorpresa, aunque sabía que era cierto. No la soltó.

—El tipo del centro comercial —continuó ella—. Sí que es algo, Jonny.

—No ha cometido ningún delito —le recordó él.

—Que tú sepas.

Se quedaron en silencio y la cosa podría haber derivado fácilmente en otro enfrentamiento entre ellos. Él le gritaría. Ella le gritaría. Ambos sabían discutir, pero Cindy no quería hacerlo. No en ese momento. No merecía la pena.

—Oye, he estado pensando —dijo—. Bobbie, el de la agencia de viajes, me ha dado un folleto. Cruceros especiales de última hora. ¿Qué te parece si nos vamos a Alaska en junio? Puede salirnos barato.

Jonny se apartó de ella y sonrió.

—¿Vacaciones? ¿Yo?

—Cada dos años tengo que arrastrarte lejos de Duluth.

—Lo sé, pero ¿por qué ahora?

—Por nada en especial —respondió ella, lo que de hecho no era cierto. Se sentía extraña. Percibía sombras a su alrededor, y eso hacía que le entraran ganas de combatir las con cosas más felices—. Ya sabes que siempre he querido hacer un crucero.

Dio la impresión de que él iba a protestar, pero en esta ocasión se dio por vencido.

—Vale.

—¿En serio?

—Sí. Resérvalo. Claro.

Cindy lo besó, y no era una mujer que creyera en los besos al aire en la mejilla. Sus besos siempre eran húmedos y profundos. A ella le gustaban así.

—Gracias, cariño —dijo—. Significa mucho para mí.

Él se levantó y le cogió la mano.

—Venga, vámonos a casa.

Cindy vaciló.

—Janine también estaba hoy en el centro comercial. Hemos ido las dos a la clínica.

—No deberías hablar con ella.

—Lo sé. —Cindy se interrumpió, pero luego añadió—: Cree que vas a detenerla.

Jonny no hizo ningún comentario; se limitó a meter papeles en una cartera. No lo confirmó ni lo desmintió, pero ella lo conocía lo bastante bien como para interpretar que su silencio era un sí. Estaba construyendo una jaula de pruebas alrededor de su

amiga y no tardaría en meterla dentro. Y cerrarla con llave.

A lo mejor era lo correcto. Cindy no era una ingenua; probablemente, Janine era culpable de asesinato. Jay y ella habían discutido esa noche en casa, después de que Cindy la acompañara. Y luego Janine había disparado a Jay en la cabeza. No había otra explicación que tuviera sentido. Aun así, Cindy quería encontrarla. Quería creer que Janine era inocente.

—El tío de hoy en el centro comercial me ha puesto los pelos de punta, de verdad —comentó.

Jonny se detuvo y la miró. No volvió a reprenderla.

—Lo sé. Lo siento.

—Es peligroso. Lo he notado cuando lo tenía delante.

—No digo que te equivoques.

—Me ha amenazado —continuó Cindy—, y no me ha sonado como una amenaza fuera. Me ha dicho que a la gente que mete las narices en sus asuntos le pasan cosas malas. Eso era lo que hacía Jay para ganarse la vida, Jonny, meter las narices en la vida de la gente. ¿Y si Jay averiguó quién era ese tío?

Ross Klayman llegó a casa de su madre después de anochecer.

El viejo televisor RCA de la salita estaba encendido. Siempre estaba encendido, y eso le volvía loco. La misma basura de programas de *reality show*. Furcias con la cabeza hueca que metían sus tetas siliconadas dentro de un bikini. Niñatas forradas jugando a juegos para beber. Famosos que posaban para las cámaras y fingían tener vidas corrientes. Estaban destrozando el país. Destruyendo sus cimientos ladrillo a ladrillo, hasta el punto que no tardarían todos en vivir en un estado de anarquía. A menos que las buenas personas trataran de detener todo aquello.

—¿Cómo puedes mirar esta mierda? —preguntó Ross a su madre.

Jessie se encogió de hombros y no contestó. Estaba tirada en el sofá con una camiseta de cuello abierto y bragas de abuela. Iba descalza. Bebía una lata de Miller Lite y ya había dos vacías una encima de la otra en la mesita de centro, junto a una bandeja vacía de plástico de una cena precocinada de Lean Cuisine. No apartaba los ojos del televisor.

—¿Dónde has estado hoy? —preguntó ella.

—Por ahí.

—¿Por ahí dónde?

—En el centro comercial.

Se sentó a su lado. La televisión provocaba un ruidoso zumbido en sus oídos. Ella apoyó los pies en las piernas de él.

—¿Has comido? —preguntó.

—Una barrita energética.

—¿Quieres una cerveza?

—No.

Ross no bebía casi nunca. El alcohol era veneno. Le nublabla la mente, y él quería tener todos los sentidos alerta. Si eras soldado y cazador, tu única arma real era la lucidez de tu cerebro. Tu arma era una extensión de tu brazo, que a su vez era una extensión de tu mente. Tenías que saber cómo concentrarte. Planear. Ejecutar. Las drogas que contaminaban la cabeza de otras personas eran el enemigo.

—Mañana tengo un empleo temporal en un concierto en el centro de convenciones —dijo su madre.

—Ajá.

—A lo mejor me sale algo más.

—Me alegro —dijo él.

Pero no sería así. Nunca lo era. Su madre era incapaz de mantener un trabajo.

Se descubrió mirándole los pies. Tenía las uñas pintadas de rojo y del dedo gordo le sobresalía un callo. Él sabía lo que ella quería, así que le masajéó los puentes, presionando con fuerza con los pulgares hasta que ella se revolvió, al borde del malestar. Era su ritual vespertino. Cuando ella trabajaba, se pasaba horas de pie y al

llegar a casa tenía sus pies planos destrozados.

Jessie le dedicó una sonrisa torcida y medio ebria. Llevaba el pelo de color rojizo, con vetas grises en las raíces, recogido hacia atrás, y le enmarcaba su cara ovalada. Su voz sonaba achispada, demasiado alegre.

—Eres el mejor hijo del mundo, ¿lo sabes, verdad?

Ross siguió frotándole los pies sin contestar.

—Según la báscula he perdido medio kilo —lo informó ella.

—Me alegro por ti.

No creía que medio kilo supusiera ninguna diferencia. Tal vez diez kilos sí, pero eso no iba a suceder. Jessie se empeñaba en hacer dietas para perder cinco kilos y luego se lanzaba a comer comida basura para ganar ocho. No estaba gorda, pero las bragas y la camiseta eran una talla demasiado pequeña para su peso actual.

Ambos estaban solos. Solamente Ross y Jessie. Así había sido desde que él tenía ocho años, cuando su padre tomó ejemplo de una canción de Springsteen y se fue a dar un paseo en coche para no volver nunca. Desde entonces habían transcurrido quince años. Con Jessie aceptando y dejando trabajos. Con Ross entrando y saliendo de escuelas. Habían pasado la mayor parte de esos años en un pequeño apartamento de Fargo. Su madre era guarda de seguridad en el centro comercial local y su jefe era un exentrenador de instituto confinado en una silla de ruedas. Ella pasaba casi todo el tiempo sentada a horcajadas en su regazo. Las sillas de ruedas no convertían a las malas personas en ángeles.

Cuando la mujer del jefe descubrió la aventura, despidió a Jessie. Esta encontró un abogado de los que se anuncian en los bancos de la parada del autobús y logró sonsacarle un acuerdo al dueño del centro comercial. Jessie y Ross utilizaron el dinero para marcharse de Fargo y comprar una casita en la pequeña localidad de Gary, al suroeste de Duluth. Eso había sido un año antes. Jessie aceptaba trabajos de seguridad a tiempo parcial cuando se los ofrecían. Algunos meses iban bien de dinero. Otros no.

Ross había solicitado trabajos, pero en las entrevistas era incapaz de borrar el desdén de su cara y, al cabo de un tiempo, desistió. Pasaba casi todos los días andando por los bosques. A veces se alejaba hacia el norte, casi hasta llegar a Canadá, y solo se llevaba consigo lo que podía cargar en su mochila. Vivía de la tierra y de los animales durante muchos días. Así era como se suponía que debía ser. El hombre. La naturaleza. Los valores.

Retiró los pies de su madre de sus piernas y se puso en pie. Se sacó la chaqueta de camuflaje y la colgó en el gancho que había tras la puerta principal. Jessie reparó en la pistolera y en el revólver sin hacer ningún comentario. Su propia filosofía era que había que asegurarse de tener un arma a mano en todo momento.

Él se dirigió al cuarto de ella, al final del pasillo, donde la cama individual estaba sin hacer. La caja fuerte para las armas estaba junto a la pared. Abrió el cerrojo con combinación y metió la pistola en un estuche de la puerta. Había seis más. La caja

tenía espacio para más de una docena de rifles. Estaba llena.

Con la caja abierta y el armamento frente a él, Ross oyó que llamaban a la puerta principal.

Era el momento que siempre había temido. La llamada a la puerta. Pensó en la mujer del centro comercial. La mujer del poli. Parecía imposible que lo hubiera reconocido, o que hubieran encontrado su rastro tan deprisa. En Duluth, era un fantasma. El único que había logrado acercarse a él era el capullo negro del periódico que se había metido en su campo de prácticas. Ahora ya no era un problema.

Aun así, había que estar preparado.

Otra llamada.

—Ross —llamó su madre.

—¿Quién es?

—No lo sé. No estoy presentable.

Ross no tenía manera de saber si aquel era el momento. Tal vez fuera el principio del fin.

Dejó la caja abierta y se deslizó hasta la puerta de la salita, desde donde podía ver las ventanas que daban al jardín nocturno. No había linternas ni coches en la calle. En ese momento, unos dedos tamborilearon sobre el cristal y vio la cara de una chica. Dos chicas. Le gritaron a través de la ventana.

—¡Eh, hola!

No se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Dejó escapar el aire.

Ross cruzó la estancia hasta la puerta delantera y la abrió con brusquedad. Las dos chicas dieron un salto y soltaron una risita. Eran más altas que él, de unos dieciséis o diecisiete años, probablemente hermanas. Su pelo era demasiado largo, su maquillaje, excesivo y sus tejanos, demasiado ceñidos. Él permaneció impasible y las observó mientras ellas recuperaban el aliento, sonreían con suficiencia, ponían los ojos en blanco y se susurraban cosas al oído. No les daba miedo. Se reían de él y apenas lo disimulaban. Notó un rugido en su cabeza, una furia tan calmada como una ola oceánica que gana fuerza a medida que se acerca a la orilla.

—Hola —saludó la primera chica.

Era pelirroja y llevaba pendientes baratos. Hizo girar un mechón de pelo entre sus dedos.

—Hola —repitió su hermana.

Él no dijo nada. Eran dos desconocidas, pero él conocía a las de su clase. Eran las chicas de la escuela. Las chicas del centro comercial. Las chicas que salían en la televisión. Todas eran iguales. No sabían quién era él, y sentía deseos de gritarles en sus caras pintarrajeadas: YO SOY DIOS.

Soy El Que Decide, soy El Que Otorga la Vida y la Muerte.

Arrodillaos para recibir vuestra sentencia.

Involuntariamente, sus manos se cerraron en sendos puños y se le aceleró la

respiración.

—Esto... —dijo la primera chica.

—Somos tus vecinas del otro lado de la calle —añadió la segunda.

No conocía a los vecinos y ellos no lo conocían a él. YO SOY DIOS. Las chicas miraron más allá de él y vieron a Jessie en el sofá, con la camiseta arremangada por encima de la barriga. Volvieron a reírse, como si los miraran a los dos por encima del hombro.

Arrodillaos.

—Nuestro perro se ha escapado —explicó la primera chica.

—¿Lo has visto? —preguntó su hermana.

Él apenas podía oír su propia voz por encima del latido de la sangre en su cerebro.

—No.

—Es un labrador negro.

—Se llama *Ducks*. Es un perro de caza. Papá caza patos.

Ross vio una silueta alta en la casa de enfrente. Había un hombre en la ventana, mirando, vigilando a las chicas.

—No lo he visto.

—Bueno, si lo ves, ¿podrías llamar a...?

Les cerró la puerta en las narices. Detrás del marco oyó el silencio y luego un estallido de carcajadas. Los talones de sus zapatos saltaron sobre el cemento. Cerró los ojos y midió cada respiración, dentro, fuera, lentamente, con cuidado. Contó hasta diez. La relajación se extendió por su cuerpo. La única arma real era la lucidez mental.

Ross volvió a sentarse en el sofá y su madre le ofreció sus pies para que les regalara sus atenciones. Él empezó a masajearlos de nuevo, pero ella no tardó en soltar un grito irritado quejándose porque él apretaba demasiado.

En el televisor, dos chicas de un *reality* discutían sobre el tamaño de los genitales de un hombre que vivía en la residencia universitaria con ellas.

Repugnante.

—¿Es el perro que se cuela en nuestro jardín trasero? —preguntó Jessie cuando el programa se interrumpió para dar paso a la publicidad.

—Sí.

—¿Ha desaparecido?

—Supongo.

En el rostro de Jessie se dibujó una expresión curiosa.

—¿Te has llevado a ese perro en una de tus salidas?

—No.

—Me pareció oír ladridos cuando saliste.

—Te equivocas.

—Ah. Bueno, si tú lo dices...

Ross se levantó del sofá.

—Me voy a mi cuarto.

—Vale. —Su madre lo abrazó por la cintura—. Te he dicho que eres el mejor hijo del mundo, ¿verdad?

—Sí.

Ella quería que él le dijera que era la mejor madre del mundo, pero no lo hizo.

Ross se apartó de ella y enfiló el pasillo. La puerta de su habitación era la primera a la izquierda. Estaba pintada de negro, y sacó una llave del bolsillo para abrir la cerradura de seguridad que había instalado. Entró, cerró la puerta a su espalda e hizo girar de nuevo la llave.

En plena noche, Jessie Klayman se despertó en el sofá. Había seis latas vacías de cerveza desparramadas sobre la mesa; la pirámide que había construido se había caído al darle una patada mientras dormía. El televisor seguía encendido, y lo apagó con el mando a distancia. Estiró la pierna desnuda para mitigar un calambre. Le dolía la cabeza. Al ponerse en pie, se sintió mareada.

Era una estupidez beber tanto el día antes de un trabajo. Esperaba poder dormir unas cuantas horas más antes de que sonara el despertador por la mañana. Jessie se dirigió a su dormitorio haciendo eses y apoyándose en la pared para mantener el equilibrio. Al pasar frente al cuarto de Ross, vio una rendija de luz por debajo de la puerta. Aún estaba despierto. Del interior le llegaron los ruidos que solía oír siempre. Tiroteos. Explosiones. Gritos. Ross estaba matando zombies o extraterrestres o mutantes o lo que fuera en los estúpidos videojuegos a los que le gustaba jugar. A veces se quedaba toda la noche despierto, librando sus guerras.

Dan Erickson olió la sangre.

Hacía poco que Stride conocía al nuevo fiscal del condado de Saint Louis, pero en cambio reconocía el patrón de Dan. Cuando estaban cerca de realizar una detención en un caso importante, la implicación de Dan en la investigación subía enteros; apartaba a la policía a un lado y acaparaba espacio en las noticias. Como la mayoría de los políticos, tenía un radar para las cámaras.

Dan se dirigió personalmente al juez para conseguir la orden de registro para entrar en el piso de Janine en Michigan Street. También agilizó un trato para conseguirle la inmunidad a Melvin Wiley, de modo que el detective pudiera hablar sobre su seguimiento a Janine Snow y Nathan Skinner. Stride no habría soltado tan rápido a Wiley del anzuelo. El detective era culpable de allanamiento de morada, intromisión en la intimidad y chantaje, y Stride hubiera preferido dejar que aquel tipo se retorciera y conseguir la información en otra parte.

Dan no era del mismo parecer.

Los tres hombres se quedaron en el pasillo, fuera del piso de Janine, mientras el equipo de Stride realizaba el registro dentro. Wiley bebía Perrier proporcionada por Dan y se secaba el bigote después de cada trago de la botella verde. Llevaba una gorra de los Twins, una sudadera gris y tejanos azules. En su rostro se dibujaba una sonrisa petulante. Estaba disfrutando de su momento de gloria bajo los focos. No había nada que le gustara más a un detective privado que el hecho de que la policía y los fiscales acudieran a él en busca de información.

Dan hizo él mismo la pregunta. El fiscal del condado no era un hombre alto, pero sin duda tenía presencia. Cindy, a quien no le caía nada bien, lo denominaba «carisma». Era rubio y hábil, y sabía cómo conectar con el jurado igual que haría un actor. Rezumaba éxito, confianza y dinero, aunque el dinero no era suyo. Estaba casado con una de las promotoras inmobiliarias con más éxito de la ciudad, que había financiado su carrera y sus trajes de mil dólares. Dan y Lauren tenían una propiedad junto al lago. Un Lexus. Lo que les importaba era el premio final: él tenía ambiciones políticas en el estado.

—Es necesario que nos ciñamos a los hechos —le explicó Dan a Wiley mientras iba de un lado a otro entre las estrechas paredes del pasillo. Tenía la clase de personalidad hiperactiva que hacía que fuera incapaz de quedarse quieto—. Archie te describirá como un vil mirón cuando subas al estrado. Al jurado no le gustarás. Será mejor que estés preparado.

—Son gajes del oficio —repuso Wiley—. Nadie me paga para gustarle a la gente.

—Háblame del vídeo que grabaste en el dormitorio. ¿Qué se ve exactamente?

—Como le dije a la doctora, se la ve manteniendo relaciones sexuales con Nathan Skinner —contestó Wiley. Dio otro sorbo a la Perrier y añadió—: Ferris y yo lo miramos juntos. No deja nada a la imaginación.

—¿Cómo fue su reacción?

—Fría —afirmó Wiley, meneando la cabeza—. Fría como el hielo. He visto a muchos maridos en el momento de enfrentarse a la desagradable verdad, ¿sabe? La mayoría se quedan hechos polvo. Tipos enormes y fuertes que gimotean «cómo ha podido hacerme esto a mí, bla, bla, bla...». Ferris no. Él solo mostró una ira gélida.

—¿Cuándo fue eso?

—La semana de Acción de Gracias. En noviembre pasado.

Stride pensó en el momento en que había tenido lugar la revelación de Wiley. La semana de Acción de Gracias. Tanto Janine como Nathan habían dicho que la aventura había terminado poco después. No resultaba difícil atar cabos. El vídeo de Wiley aterrizaba como una bomba en la vida de Jay. Ya era bastante malo enterarte de que tu mujer tenía una aventura, pero aún era peor saber que se acostaba con alguien a quien aborrecías.

Según Janine, Jay se moría de ganas de enfrentarse a Nathan Skinner, pero este decía que eso nunca había sucedido.

Nathan afirmaba que Jay habría hecho cualquier cosa para mantener a Janine bajo su yugo, pero esta aseguraba que estaban en trámites para una separación amistosa.

¿Quién mentía?

Stride dejó a los dos hombres en el pasillo y entró en el apartamento. Era pequeño y estaba escasamente amueblado. Janine no había dedicado mucho tiempo a decorar su espacio secreto. Su equipo estaba registrando las habitaciones y revisando las superficies en busca de restos de sangre, por si Janine había traído algo allí desde su casa la noche del asesinato. Maggie se hallaba junto a la ventana del apartamento, contemplando Canal Park más allá de Michigan Street.

—Digamos que tienes una enorme mansión en la colina —dijo cuando Stride se reunió con ella—. ¿Para qué comprarte un apartamento de una habitación como este?

—Por lo que parece, le daba mucho uso a la habitación —señaló Stride.

—Sí, bueno, es un nido de amor. Tiene un colchón Tempur Pedic. Ideal para un poco de acción.

—¿Por qué no descubrimos antes que existía este sitio? —quiso saber Stride.

—Janine tiene una razón comercial empresarial para derivar asuntos del laboratorio. Un chanchullo para que el sistema sanitario le reembolse dinero. Como propietario figura la razón comercial. No hay nada que lo relacione con ella. No hace mucho que tiene este sitio, solo desde julio pasado. ¿Crees que esa noche ocultó aquí la pistola y las joyas?

—Habría sido sencillo y rápido —dedujo Stride—, y así habría ganado tiempo para luego deshacerse de ellas.

—Bueno, hasta ahora no hemos encontrado nada. Ni pistola ni sangre. A lo mejor esto solo es lo que Nathan dijo que era. Un lugar de relax. Un sitio donde descansar después de las operaciones quirúrgicas. Sin trabajo, sin papeles, sin marido. Una cama cómoda cuando quieres follarte a un expoli.

Stride negó con la cabeza.

—No. Estamos pasando algo por alto. Aquí hay alguna cosa más.

—Pareces bastante seguro.

Stride echó un vistazo al apartamento, pero las paredes no le desvelaron ningún secreto.

—Conozco a Janine y conozco a Archie. Si no hubiera nada que encontrar aquí, nos habrían hablado de ello hace semanas. Janine lo ha mantenido oculto. Este sitio es algo más que un nido de amor.

Se dio cuenta de que el detective privado, aun tratándose de un tipo nauseabundo, tal vez tuviera más respuestas. Regresó al corredor e interrumpió la conversación entre Wiley y Dan Erickson.

—Oye, Wiley, cuando te encontraste con la doctora Snow en el aparcamiento del otro lado de la calle, ¿te dijo por qué estaba allí? —preguntó Stride al detective.

Wiley se encogió de hombros.

—No.

—¿Cómo la encontraste? ¿La seguiste?

—No me hizo falta. Viene aquí muy a menudo. Varias veces a la semana, hijo. Lo único que tenía que hacer era esperar.

Stride recordaba lo que Nathan Skinner le había contado. Janine era una mujer ocupada. Solo se veían para acostarse un par de veces al mes. Y pese a ello, ella acudía regularmente a su piso secreto.

—¿Cuándo sacaste la cámara del dormitorio? —quiso saber Stride.

—El día de Acción de Gracias. Después de informar a Jay de lo que había descubierto, canceló la investigación. Tenía lo que quería y yo necesitaba recuperar mi equipo. Los días festivos son buenos para esta clase de trabajos. No hay nadie cerca para ver lo que haces.

—Debes de haber grabado vídeos de la doctora Snow cuando estaba aquí sola —observó Stride—. No solo con Nathan Skinner.

—Claro. Todo el tiempo.

—¿Había algo fuera de lo normal en el resto de los vídeos?

—Nada extraordinario. Cuando Skinner no estaba por aquí, no pasaba mucho rato en el dormitorio. Aunque Jay me hizo la misma pregunta.

Stride alzó la vista.

—¿Qué?

—Jay quiso ver los vídeos de su mujer cuando estaba sola —explicó Wiley.

—¿Dijo por qué? ¿O qué buscaba?

—No.

—¿Se los enseñaste? —quiso saber Stride.

—Sí. Estuvimos una hora más o algo así mirando vídeos. De la doctora sola.

—¿Qué viste?

—No mucho —contestó el detective—. Entró en la habitación con una copa

grande de vino. Se desnudó hasta quedarse en cueros. Salió del cuarto y probablemente se dio una ducha, porque al volver tenía el pelo mojado. Puso música, bailó un poco, se tomó una pastilla, leyó un rato en la cama. Eso es todo.

—¿Eso fue lo que vio Jay?

—Sí.

—¿Qué hizo luego?

—Me dio las gracias y una generosa bonificación. Fin del contrato. Para ser un tío que acababa de descubrir que le ponían los cuernos, parecía estar de mejor humor cuando acabamos. Creo que incluso se lo comenté. Le dije: «Eh, ¿no estás enfadado?».

—¿Qué contestó Jay?

—Se rio. «Yo no me enfado, Melvin», dijo. «Ajusto cuentas».

Stride regresó al apartamento, que parecía el epicentro de todos los problemas entre Jay y Janine. La mujer con una mansión en la colina necesitaba un sitio para relajarse. Para tener una aventura pero... ¿para qué más? Se pasó las manos por el pelo negro y cruzó los dedos en la nuca. Le apetecía un cigarrillo.

—Julio —le dijo a Maggie—. Janine adquirió este apartamento el julio pasado, ¿no? ¿Qué pasaba entre Jay y ella ese mes?

Maggie encontró la respuesta en su excelente memoria.

—Ella cerró el grifo de las tarjetas de crédito de Jay justo antes del Cuatro de Julio.

—Y luego volvió a abrirlo un par de semanas después —concluyó Stride.

—Sí, ¿y? ¿Qué tiene eso que ver con el piso?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé.

Stride sacó unos guantes del bolsillo y se los puso. Atravesó la habitación y entró en el dormitorio de Janine, donde Guppo dirigía el registro. Vio que su equipo había retirado la falsa placa de la ventilación de la pared, dejando al descubierto el hueco en el que Melvin Wiley había colocado su cámara espía. La ubicación ofrecía una perspectiva perfecta de la cama.

Pensó en Janine allí, pasando un rato a solas varias veces a la semana. Vio el contenido de su mesilla de noche diseminado encima de la cama, sobre una sábana de plástico, y examinó los objetos sin ver nada fuera de lo normal. Pañuelos de papel. Condones. Maquillaje. Cedés de música celta de Clannad. Una novela romántica de Lorraine Heath, de su trilogía de Texas. Nada relacionado con la medicina.

Stride se dio cuenta de que, en aquel lugar, Janine no era doctora.

Entró en el baño contiguo. En su mansión de la colina, el baño era su *spa* y su templo, un sitio para escaparse. Aquí no. Estaba limpio pero era pequeño, con un inodoro, un pequeño armario, la pila, un armario empotrado y una combinación de ducha y bañera. Comprobó el contenido del armario: toallas de baño de lujo y artículos de ducha de L'Occitane. Dentro del armarito, encontró un cepillo y pasta de

dientes, y medicamentos sin receta para afecciones estomacales.

Nada especial.

Fue entonces cuando Stride reparó en la pintura de la pared.

El armarito estaba enmarcado por cuatro paneles de roble. Junto al panel de la derecha había leves arañazos en la pintura blanca, en dos lugares. Eran la clase de arañazos que dejarían unas uñas. Con la mano enguantada, presionó la placa de pladur e introdujo un dedo entre la placa y la pieza de roble.

Esta se desprendió de la pared.

Debajo del reborde había un conjunto de goznes.

—Mags —llamó.

Su compañera se reunió con él en el baño y silbó al ver los goznes. Stride comprobó el ribete de roble del otro lado del botiquín y quitó el panel correspondiente. Debajo, el borde de armario estaba fijado a una guía de acero que lo sujetaba con firmeza en su sitio contra la pared. Dos pequeños tiradores permitían separar todo el armarito de la guía y hacerlo girar sobre los goznes.

Stride quitó los otros dos paneles de roble. Sin tocar los tiradores para los dedos —habría que buscar huellas dactilares en ellos—, separó el botiquín de la guía de acero y, al abrirlo, quedó al descubierto un pequeño compartimento construido en el panel de yeso.

—Uau —exclamó Maggie.

Stride meneó la cabeza. La verdad nunca le hacía feliz, porque siempre era oscura.

—Por esto es por lo que mató a Jay —dijo.

Stride encontró a Janine en su consultorio quirúrgico en el Saint Anne's. La ventana de detrás de su escritorio daba a la extensión del lago Superior. Fuera a donde fuese, la doctora disfrutaba de buenas vistas. Su casa, su piso y su despacho daban al lago. Stride se preguntó si ella era consciente siquiera de que este estaba allí, día tras día en toda su mutable gloria.

Janine le indicó con la mano una silla que había frente a su escritorio, aunque no se alegró de verlo. Él vio una exploración por TAC ampliada en la pantalla del ordenador, frente a ella, y dedujo que estaba revisando el historial de un paciente. Su hermoso rostro tenía una expresión intensa y llevaba el pelo rubio, por lo general suelto, recogido en una coleta. Aquel era su trabajo. Era cirujana, y él la había interrumpido.

—No es un buen momento, teniente —le indicó con brusquedad—. No me puedo permitir distracciones. Esta tarde tengo una operación delicada.

—Lo sé.

Ella arqueó las cejas en un gesto de irritación.

—¿Disculpa? ¿Lo sabes?

—He comprobado tu agenda.

En el lapso de un solo parpadeo, Janine se lanzó a hacer cálculos mentales. Él vio como la preocupación se mezclaba con la curiosidad.

—Deberías consultar cualquier cosa que necesites con Archie. Si tienes preguntas, habla con él, no conmigo. Ya sabes cómo va esto.

—Así es.

—Entonces, si me disculpas, teniente... —le espetó ella.

Stride no se levantó de la silla. Le entristecía haber llegado a aquel punto. Desmantelar la vida de alguien era una tarea que aborrecía, incluso cuando no tenía otra opción.

—Se trata de una situación excepcional, Janine. No tengo tiempo de conseguir una orden judicial, así que confío en que hagas lo correcto.

—Y ¿qué quieres decir con eso? —preguntó ella.

—Cancelar la operación —declaró Stride.

—¿Cancelarla? Jonathan, he sido paciente contigo por repeto a Cindy, pero a lo mejor no eres consciente de quién soy o de qué hago aquí. No realizo operaciones opcionales a las que puedo hacer un hueco entre vacaciones y partidas de golf. La vida de un hombre está en juego. Cada día cuenta. Cada minuto.

—Sí, lo sé. Por eso me gustaría hacer esto sin necesidad de enfrentamientos. No quiero alarmar a un paciente o a su familia hablando con ellos, pero lo haré si es necesario.

—¿Y qué les dirás? ¿Qué ocurre? ¿Piensas detenerme?

—Aún no tenemos una orden oficial de arresto —reconoció él—, pero está en

curso. Hablaremos con el señor Gale para decidir cuándo te entregas. Sin embargo, esta decisión no puede esperar. Debes cancelar todas las operaciones programadas en tu agenda.

—Bueno, a menos que tengas pensado sacarme a rastras y esposada del hospital, no veo por qué...

—Por favor, Janine —la interrumpió—. No lo pongas más difícil, ni para ti ni para tus pacientes. Ya sabes por qué.

Ella se echó hacia atrás en su silla con los dedos unidos. A Stride, aquella expresión le recordó a la de un maestro de ajedrez que estuviera evaluando movimientos y contramovimientos. ¿Acaso la abertura de Stride era un farol para que ella dijera alguna estupidez? ¿O de verdad lo sabía? Stride no tenía ningún interés en jueguecitos, no cuando un hombre cuya vida corría peligro necesitaba un nuevo médico. Se metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y extrajo una bolsa de pruebas que dejó encima del escritorio impecablemente ordenado, frente a ella.

No era un farol.

Los ojos de Janine lo vieron y se cerraron. La bolsa de pruebas contenía un frasco de analgésicos Vicodin que se compraban con receta.

—Estoy seguro de que sabes dónde los he encontrado —comentó Stride—. Este y unos quince botes más de Vicodin, Percocet y Oxycontin. Estás enganchada a los calmantes, Janine. No puedo dejarte entrar en un quirófano.

Janine no dijo nada. Contempló el frasco con una mezcla de amor y odio. Él se imaginaba que a todos los adictos les ocurría lo mismo, ya fuera al contemplar una botella de *whisky*, un vídeo porno o, como en su propio caso, un cigarrillo. Uno podía ansiar aquello que odiaba. Incluso en ese momento, ella habría abierto alegremente la bolsa de pruebas delante de él para tomarse una pastilla y notarla en la lengua.

Sabía que no tenía ningún sentido protestar o negar la evidencia. Sabía de quién eran las huellas que encontrarían en los frascos. Si hubiera tenido fuerzas, se habría deshecho de ellos hacía semanas, pero había sido incapaz.

—Tal vez te sorprenda saberlo, pero los médicos no son superhombres ni supermujeres —comentó Janine—. Somos humanos. Después de romperme el tobillo el invierno pasado, necesité calmantes para el dolor. Pensé que podría manejar los riesgos, porque los conocía mejor que cualquiera. Fui una ingenua. Para cuando me di cuenta, era demasiado tarde.

Alargó la mano para coger la bolsa y Stride la apartó.

—Hoy estoy limpia —añadió ella—. Siempre me aseguro de estarlo antes de entrar en el quirófano. Es mi norma.

—Eso apenas importa, aunque sea verdad.

Ella se encogió de hombros. Stride tenía razón, y lo sabía.

—Sí, claro.

—¿Qué hay de Ira Rose? El paciente que murió.

—Ese día también estaba limpia —insistió ella—. Mi problema no tuvo nada que

ver con su muerte. Aunque a nadie va a importarle.

Janine era realista sobre lo que venía a continuación. Su adicción bastaba para acabar con todo lo que tenía. No cabía duda de que había mentido en el formulario sobre la negligencia para la aseguradora, así que la póliza quedaría sin validez. El juicio en litigio por la muerte de Ira le costaría millones. Su fortuna. Su casa. Su licencia para ejercer la medicina no tardaría en esfumarse.

Todo aquello por lo que vivía, todo, desaparecido.

—Jay lo sabía —dijo Stride—. Te amenazó con revelar tu adicción, ¿verdad? Esa era su arma secreta contra ti.

Ella no contestó. Sus cálculos mentales ya habían pasado a la siguiente batalla de su vida. Su carrera estaba acabada; lo único que quedaba era la culpabilidad o la inocencia en un juicio por asesinato. No pensaba facilitarle el trabajo a Stride.

—Has recorrido las farmacias de todo el norte —continuó él—, pero el nombre de la paciente en las recetas era siempre el mismo. Holly Jorgenson. Holly. Ese era el nombre de la adicta a las pastillas de la columna de Jay de julio pasado. Fue una amenaza contra ti, ¿verdad? Una amenaza muy pública. Tú cortaste el crédito de las tarjetas y ese fue el medio de Jay de hacerte saber que si no volvías a abrir el grifo del dinero, le contaría tu secreto al mundo.

—Jay —dijo ella, y él percibió la honda amargura de su voz.

—Fue entonces cuando compraste el apartamento —continuó Stride—. ¿Le contaste a Jay que estabas dejando las pastillas? En lugar de eso, lo único que hiciste fue convertir tu adicción en clandestina. Encontraste una forma de ocultársela.

Ella no se derrumbó. No lloró. Janine Snow albergaba muy pocas lágrimas.

—¿Qué me dices de Acción de Gracias? —preguntó él—. Jay contrató a Melvin Wiley para que te siguiera, pero ¿se le había ocurrido que pudieras tener una aventura? ¿O solo sospechaba que seguías tomando pastillas y quería pruebas? Siento curiosidad; ¿qué dijo exactamente Jay cuando se enfrentó contigo? ¿Llamó a su amiga Tamara Fellowes del bufete Stanhope y le dijo que estaba dispuesto a ofrecer información perjudicial relacionada con la demanda de Esther Rose? ¿Amenazó con destruir tu vida si no cortabas tu relación con Nathan Skinner? ¿Qué más? ¿Quería una esclava, Janine? ¿Finalmente te diste cuenta de que con Jay no había otra salida que no fuera que acabara muerto?

Su tono era elevado pero tranquilo.

—Debe de ser agradable ser tan perfecto, Jonathan.

—Sin duda, no lo soy. Siento compasión por tu situación, Janine, pero tienes que tomar algunas decisiones difíciles. Es el momento de que hables con Archie sobre una declaración de culpabilidad para reducir la condena. Si Jay y tú discutisteis esa noche, si perdiste el control y le disparaste, será mejor que lo admitas. Esa extravagante historia de que alguien entró en vuestra casa no colará.

—Yo nunca pierdo el control —repuso ella—, y no disparé a Jay.

—Nadie te creerá. Archie será incapaz de vendérselo a un jurado. ¿Habías

tomado pastillas esa noche? ¿Por eso tuviste que pedirle a Cindy que parara el coche para vomitar?

Janine descolgó el teléfono, como si él no estuviera allí. Ya lo había despachado.

—Patty, ¿en qué habitación está el señor Fernández? —preguntó a su ayudante—. Tengo que hablar con él y su familia sobre la operación de hoy. Me temo que tenemos que cancelarla. Y ¿podrías llamar a Archie Gale? Dile que tengo que verle enseguida. Están a punto de arrestarme.

Howard Marlowe paró el coche en el camino de entrada al final de la jornada escolar.

En su clase de derechos civiles de noveno hablaban de los años sesenta. Disturbios. Revueltas. El asesinato de JFK y la ley de derechos civiles del año siguiente. Kennedy era el héroe de Howard. Siempre había deseado haber nacido antes para poder vivir cuando Kennedy era presidente. Era una época en que la gente aún podía cambiar las cosas.

Al salir del coche seguía dándole vueltas al comentario que había hecho una de sus alumnas. Howard les había mostrado los titulares del día posterior a la muerte de Kennedy, y una de las chicas de catorce años había levantado la mano para preguntar:

—¿Por qué se armó tanto revuelo?

Alguien cogió un rifle y mató al presidente de Estados Unidos.

Poca cosa.

Nunca se había sentido tan impotente y sin propósito en la vida. Estaba absolutamente seguro de que su propia estancia en el planeta no supondría ningún cambio. Sumido en un humor sombrío, cogió el correo del buzón del extremo del camino, lo llevó dentro y se sentó a la mesa de la cocina. Carol estaba en casa haciendo la cena. Pollo asado y brócoli, porque era lunes. Silbaba una canción pop de Kelly Clarkson que sonaba en la radio, como si fuera un día maravilloso. El enfado por la incursión en su casa había quedado atrás.

Todo en su vida había vuelto a la normalidad, que era justo lo que Carol deseaba. Todo era como siempre había sido y como siempre sería.

En ese momento, Howard deseó gritar.

—¿Qué hay en el correo? —preguntó Carol.

—No lo sé.

Howard fue pasando las cartas y revistas que tenía delante. Una factura de la tarjeta de crédito de Kohl's. Un ejemplar de la revista *People*. A Carol le gustaba leerla. Un folleto sobre el reciclaje y la recogida de basura. Otro con cupones del restaurante local. Cinco dólares de descuento para Pizza Hut. Ese lo usarían.

Apartó del montón un sobre con aspecto oficial. Estaba dirigido a él y se lo enviaba el Tribunal del Distrito de Duluth, del condado de Saint Louis.

—¿Qué es eso? —preguntó su mujer desde el fregadero.

Howard sentía curiosidad y desdobló la carta oficial.

—Es una citación —dijo.

—¿Para qué?

Él leyó la notificación que había en lo alto de la página.

Mediante la presente se le notifica que ha sido seleccionado para formar parte de un jurado en el Tribunal del Distrito del Condado.

Llegó el verano.

En Duluth, a veces la gente se preguntaba si el hielo nunca se fundiría y si los árboles seguirían siendo esqueletos desnudos por siempre jamás. A menudo la primavera no era primavera, tan solo una sucesión de días grises y fríos llenos de barro y lluvia. Sin embargo, incluso en Duluth las estaciones tenían que doblegarse finalmente ante el calendario, y hacia mediados de año la ciudad se convirtió en un paraíso. Los meses transcurridos en medio de una gélida nada fueron perdonados y olvidados. El lago Superior resplandecía, un vasto mar de zafiro que atrapaba motas de sol con cada ola. Los cielos azules se fundían con las verdes colinas. Los saltos de agua borboteaban y jugaban a través de las cataratas de Seven Bridges Road. Los turistas inundaban Canal Park y los nadadores corrían por la espuma y la arena mojada que se extendía a lo largo de The Point. El olor a maíz y a sal del mar perfumaba el aire.

Miles de corredores abarrotaban la ciudad para el Maratón de la Abuela. Cada fin de semana se celebraba un festival distinto que se llenaba hasta los topes. *Reggae* y *blues*. Los Tall Ships. The Blue Angels. La música salía flotando por las puertas abiertas de bares y discotecas.

Los días de verano eran tan largos que hacían que el tiempo prácticamente se detuviera, tan perfecto y frágil como un colibrí. El verano en Duluth daba la sensación de ser interminable, como si no pudiera desaparecer con un soplo de aire frío. Y sin embargo, todo el mundo sabía que esa perfección era una farsa. El calor duraba poco. Julio. Agosto. Cada ocaso llegaba con una tarjeta de advertencia para disfrutar del momento mientras durara.

Stride estaba arrellanado en una tumbona en la duna de arena de detrás de su casa, la primera noche después de su regreso de Alaska. Cindy estaba sentada a su lado, a punto de dormirse. Llevaba gafas de sol en la luminosa tarde, que proporcionaban al lago un lustre de medianoche. La gente hacía *footing* y los perros corrían por la arena frente a ellos. Stride estaba cansado después del largo viaje de vuelta desde Vancouver y el trayecto en coche hacia el norte desde Twin Cities, pero no recordaba un momento en que se hubiera sentido tan satisfecho con su vida.

Habían disfrutado de las vacaciones perfectas. Comida suntuosa. Vino. Desprendimientos en los glaciares delante de sus ojos. Hidroaviones que sobrevolaban parajes naturales remotos. Horas pasadas en la cama en un día de mar, haciendo el amor al ritmo tempestuoso de las olas. Stride, que por lo general no llevaba bien las vacaciones, había dejado a un lado Duluth y el trabajo durante siete días enteros. Cindy aseguraba que era cuanto menos un milagro.

Aun así, se alegraba de estar en casa. De estar en Duluth durante el verano. De sentir la brisa del lago, apretar la mano de Cindy, beber cerveza fría de una botella. Su mujer estaba callada y él sabía que una pequeña parte de ella se entristecía por

haber regresado a la realidad, pero a él no le importaba el flujo y el reflujo del mundo. Sabía que era imposible predecir los momentos que permanecerían en tu memoria, pero creía que aquel era uno de ellos.

—¿Puerto favorito? —murmuró Cindy rememorando el viaje.

—Juneau.

—¿Comida favorita?

—Ese restaurante chino en Vancouver. El de los *noodles*. ¿Cómo se llamaba?

—Hon.

—Sí, ese —confirmó.

—¿El mejor día de todos?

Él se subió las gafas de sol con los nudillos, dejó que ella le viera los ojos y se limitó a sonreír. Ella se echó a reír.

—El día de mar —dedujo.

—Sin duda.

Se quedaron un rato callados. El lago inspiraba y espiraba olas. Mientras el anochecer proyectaba sus sombras, la gente comenzó a marcharse de la playa. Alguien encendió una hoguera; el olor a madera llegó hasta ellos y notaron el humo en los ojos. Un carguero de mena centelleó en el cercano canal navegable, rumbo a aguas abiertas. Stride tenía ganas de fumarse un cigarrillo, pero no cogió ninguno.

—El juicio empieza la semana que viene —comentó Cindy.

—Lo sé.

De vuelta a la realidad.

El inicio del juicio del estado de Minnesota, demandante, contra Janine Snow, acusada, estaba programado para el lunes. Acusación de asesinato en segundo grado. Stride sabía que Dan Erickson tenía pensado llamar a Cindy como su primera testigo, y la idea de testificar preocupaba a su mujer. Lo había apartado de su mente durante el viaje a Alaska, pero ahora que el reloj se echaba encima había vuelto.

—Lo harás bien —la tranquilizó Stride, que era todo cuanto podía decir.

Su propio testimonio sería el siguiente. Probablemente Dan la haría bajar del estrado al cabo de una hora, mientras que él pasaría allí casi todo el día. Luego, durante los días siguientes, Dan levantaría su castillo de naipes testigo a testigo y Archie trataría de echarlo abajo.

—¿Crees que la condenarán? —preguntó Cindy al final.

Stride vaciló. Habría sido mejor no decir nada, pero fue incapaz de mantenerse en silencio.

—Con los jurados nunca se sabe.

Era verdad. Los jurados eran muy raros. Era imposible interpretar o predecir su actuación, que siempre podía sorprenderte. Dan decía que los abogados procesalistas eran contadores de historias para un jurado de niños, y el que contaba el mejor cuento para antes de ir a dormir ganaba.

Stride respetaba la dificultad de la labor de los jurados. Se les pedía que dejaran a

un lado toda una vida de parcialidad, pero también eran seres humanos con prejuicios y compasión. Se les pedía que no evaluaran nada más que las pruebas que se mostraban frente a ellos, y sin embargo debían compartir una sala de vistas día tras día con el hombre o mujer cuyo destino estaba en sus manos. No se podía decretar la culpabilidad en un asesinato preterintencional si no se creía de corazón que la persona sentada a tres metros de distancia era capaz de cometer un terrible crimen.

El estado no tenía que establecer un móvil. El acusado no necesitaba una razón para ocasionar la muerte a otra persona. Aun así, cualquier investigador y cualquier fiscal sabía que los jurados ansiaban saber el *porqué*.

¿Por qué la respetada cirujana Janine Snow había asesinado a su marido, Jay Ferris?

Porque vivía bajo la amenaza de que Jay le robara la única cosa que le importaba: su carrera.

—No llegaste a encontrar a ese hombre —señaló Cindy.

—No. —Stride sabía a quién se refería. No habían conseguido identificar al individuo que la había amenazado en el centro comercial Miller Hiller. Era un fantasma—. Guppo vio a un hombre que coincidía con su descripción en el maratón, pero no logró acercarse. Desapareció antes de que Guppo lo alcanzara. Aunque no hemos dejado de buscarlo.

—Han pasado meses —observó ella—. Si todavía no lo habéis encontrado...

Él no contestó, porque no quería discutir con ella. Discutir solo arruinaría aquel día perfecto. Ella sentía lo mismo, porque le apretó los dedos con su pequeña mano y luego tiró del puño hacia su boca y lo besó.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada.

Se quedaron sentados y la tarde se oscureció y el viento arreció un poco mar adentro. Era hora de entrar en casa, de irse a la cama. Ella se levantó primero. Para entonces era prácticamente una sombra. Se inclinó sobre la tumbona de Stride, con su larga melena cayéndole encima, y lo besó en la boca. Un beso intenso. Un beso de los de Cindy.

—Me alegro de haber ido a Alaska —dijo ella.

—Yo también.

—Nadie nos lo podrá quitar nunca.

Stride pensó que era extraño que dijera eso, pero lo dejó correr porque era una hermosa noche de verano, llena de amor y de vida. Uno no cuestiona esa clase de cosas. Aun así, algo en la voz de su mujer le hizo estremecerse y pensar en el invierno.

Jurado n.º 5.

Aquel era el número de identificación de Howard Marlowe. Se puso en pie junto con otros trece hombres y mujeres —doce jurados y dos suplentes— para prestar juramento ante el tribunal. Después de eso, empezó el juicio.

El juez, el honorable Jeffrey R. Edblad, habló directamente al jurado y Howard intentó concentrarse en sus palabras. Edblad tenía la cara redonda, el pelo corto y gris, y llevaba gafas oscuras. Si no hubiera sido abogado y juez, Howard se imaginaba que podría haber sido profesor. Era tranquilo y hablaba de forma lenta y pausada, como un padre que ofreciera sabios consejos a un adolescente a punto de coger el coche por primera vez. Seré justo, seré amable, pero seré firme.

—Miembros del jurado, en este juicio oirán el testimonio de varios testigos. Será tarea suya determinar su credibilidad y decidir cuánta importancia conceder a sus declaraciones. Les pido que tengan paciencia y escuchen con cuidado a cada testigo, y que no lleguen a ninguna conclusión hasta que todas las pruebas no sean presentadas.

Howard estaba inquieto. Resultaba difícil controlar el subidón de adrenalina que le producía estar allí. Su mirada se desplazó rápidamente por la sala de vistas, que era más pequeña de lo que esperaba. Él y el resto de miembros del jurado estaban sentados en sillas azules acolchadas, en la tarima del jurado. Las dos mesas de los letrados estaban situadas una junto a la otra, a apenas dos metros de ellos. Le resultaba extraño ver al fiscal y al abogado defensor sentado uno al lado del otro, como si fueran colegas más que adversarios. El estrado del juez Edblad, situado en un recinto de madera en la parte delantera de la sala, estaba levemente elevado. Había mesas y ordenadores para el secretario y el taquígrafo. Todos estaban muy cerca los unos de los otros.

La sala era estrecha pero de techos muy altos, con paredes de siete metros y medio de altura divididas por paneles de madera oscura y bloques de piedra blancos. El techo segmentado lucía ribetes tallados pintados en oro y verde. Una puerta doble de hojas anchas permitía entrar y salir al pasillo de mármol de los juzgados. Detrás de las mesas de los letrados, había unas cuantas filas de bancos para los espectadores completamente ocupadas por los representantes de los medios.

—Deberán confiar en su propio juicio y sentido común para valorar el testimonio de cada testigo. Tendrán que decidir por sí mismos si son sinceros, si los creen y si lo que dicen es razonable o no.

Sus compañeros de jurado parecían tan corrientes como él. Ocho mujeres. Seis hombres. Doce de ellos blancos, más un hombre negro y una mujer también negra. El jurado más joven no debía de tener más de veinticinco años. La mayor, una mujer con un vestido azul y las manos en el regazo, tenía por lo menos setenta. Howard estaba sentado en un extremo de la fila delantera, cerca de las mesas de los letrados. La

única mujer negra, de treinta y tantos años y vestida con un traje pantalón color burdeos, se sentaba a su lado. Tenía una sonrisa agradable.

—Mientras dure este juicio, hay cosas que no deberían hacer. Recuerden que no son investigadores ni detectives, así que no busquen información sobre este caso. Es probable que sus familias y amigos muestren curiosidad sobre lo que hacen, pero no deben comentar el caso con nadie más. Tampoco leer artículos al respecto en el periódico o en internet, ni mirar las noticias en la televisión.

Janine Snow se encontraba justo frente a él.

Estaba sentada a un extremo de la mesa del letrado, junto a su abogado, Archibald Gale. Si ella hubiera alargado la mano y Howard la suya, podrían haberse tocado. Llevaba un traje chaqueta azul celeste con una blusa rosa debajo. Pelo rubio bien peinado, con cada mechón en su sitio. Un rostro inexpresivo, enigmático. Contempló sus ojos azules mientras ella miraba al juez. Mantenía las manos remilgadamente entrelazadas frente a ella. Harold se hallaba lo bastante cerca para poder apreciar la pequeña marca de nacimiento que tenía cerca de la boca y el tono rosa pálido de su pintalabios. Pese a ser muy hermosa, su belleza no era del todo eterna. Vio minúsculas arrugas en su piel, ocultas con discreción bajo el maquillaje.

Sabía que estaba mirando fijamente y que tenía que apartar la vista. Ella debía de notar cómo la examinaba, porque volvió levemente la cabeza y sus miradas se cruzaron. Él se sintió como aquel día en el centro comercial. Había algo íntimo y extremadamente erótico en aquel intercambio. Los ojos de ella no sonreían ni le suplicaban piedad; simplemente le devolvía la mirada, de humano a humano, de mujer a hombre. Él bajó la vista hacia su regazo, abochornado.

Meses atrás, mientras veía las noticias se había preguntado: «¿Has sido tú?».

Ahora su trabajo era decidir la respuesta. Él. Howard Marlowe, profesor, marido, tenía el destino y el futuro de la doctora Janine Snow en sus manos. Estaba abrumado. Era la tarea más seria e importante que había hecho en toda su vida. De las miles de personas del condado de Saint Louis que en enero se habían despertado con la noticia del asesinato, él era una de las doce que se encontraba allí sentada para juzgar lo que en realidad había ocurrido.

No había mentido en el proceso de selección del jurado. La verdad era que no. Había reconocido que conocía el caso, pero eso era válido para cualquier persona de Duluth. No, no había llegado a ninguna conclusión acerca de la culpabilidad o la inocencia de la doctora Snow, y eso también era cierto. Pese a todo cuanto había leído sobre el asesinato y al tiempo que había dedicado tratando de descubrir la verdad en las fotografías de su rostro, en realidad no tenía ni idea de si había matado a su marido. Howard era un hombre corriente sin relación con nadie involucrado en el crimen. El jurado perfecto.

—Señor Erickson —dijo el juez Edblad—, ¿sería tan amable de hacer el alegato inicial?

—Gracias, señoría —contestó Dan Erickson al tiempo que se levantaba.

El fiscal del condado se quedó detrás de la mesa, pero habló directamente al jurado. Howard lo escuchó mientras presentaba los elementos del caso y qué era lo que tenían que decidir. Las cuestiones legales. Las preguntas sobre las pruebas. Todo empezaba en aquel punto.

«¿Has sido tú?».

—Este juicio trata de una relación que se torció gravemente —les explicó Erickson—. Trata de un matrimonio que la mujer quería terminar, mientras que el marido se negaba a dejarla marchar. Esta mujer, la acusada, Janine Snow, solo vio una manera de librarse de su marido, una manera de escapar: el asesinato. Esa es la historia de este caso. Y los testigos y las pruebas físicas que aportaremos en los próximos días dejarán muy claros los detalles de esa historia. Al terminar, concluirán más allá de cualquier duda razonable que el 28 de enero de este año Janine Snow disparó a su marido, Jay Ferris, en la cabeza y le causó la muerte intencionadamente.

Erickson hablaba con gravedad y desprendía confianza. No sonreía; no era su colega. Llevaba un traje caro, no uno cualquiera, como si quisiera que Howard y el resto de miembros del jurado creyeran que era solo un poco más listo que ellos, que sabía solo un poco más, que ya había pasado por aquello las suficientes veces como para confiar en cualquier cosa que él dijera.

—La mayor parte de lo que ocurrió el 28 de enero está fuera de toda duda —continuó Erickson—. Tenemos un testigo presencial que vio a la acusada y al señor Ferris juntos, y tenemos la propia declaración de la acusada a la policía esa misma noche. La noche del asesinato estaba sola en la casa con su marido. Discutieron. Minutos después, Jay Ferris estaba tendido en el suelo del salón de su casa, muerto por una herida de bala en la cabeza. Eso no da pie a duda alguna.

»¿Qué llevó a estas dos personas a ese terrible momento? Numerosos testigos declararán que la acusada quería poner fin a su matrimonio, pero su marido estaba decidido a no concederle el divorcio. Que la relación entre ellos era volátil y que cada uno trataba de infligir daño psicológico al otro. Que Jay Ferris, el marido de la acusada, conocía la adicción de su mujer a los calmantes y amenazaba con desvelar dicha información y destruir su carrera médica. El señor Ferris tenía el futuro de su esposa en sus manos, damas y caballeros. Esta es la situación a la que se enfrentaba Janine Snow el 28 de enero. Y por eso utilizó una pistola para asesinar a su marido.

»¿Sabía la acusada cómo usar un arma? Sí. Les mostraremos una fotografía de ella disparando una pistola similar a la utilizada para asesinar a Jay Ferris.

»¿Tenía la acusada acceso a una pistola? Sí. Escucharán a un testigo que testificará que la acusada sabía que su marido poseía una pistola y que ella ocultó esa información a la policía. La pistola de su marido no ha aparecido desde entonces.

»¿Tomó medidas la acusada para ocultar la posibilidad de que hubiera disparado un arma el 28 de enero? Sí. Según su propia declaración a la policía, esa noche se duchó y lavó la ropa antes de que llegara la policía. De esta forma evitó la posibilidad de realizar análisis químicos en su cuerpo y en su ropa que habrían confirmado que

disparó un arma.

»Esta historia no es difícil de entender, damas y caballeros. No necesitan nada más que su sentido común para saber qué sucedió esa noche. Janine Snow causó la muerte de Jay Ferris.

Howard notó que la pizarra en blanco de su criterio se llenaba de suspicacia mientras Erickson hablaba. El juez Edblad ya les había advertido de que nada de lo que dijera el fiscal constituía una prueba, pero si las pruebas confirmaban lo que Erickson había prometido, resultaba difícil no creer que el caso era tal y como él había explicado.

En ese momento parecía obvio. Janine era culpable.

Y entonces se levantó Archibald Gale.

Desprendía tanta calidez como frialdad Dan Erickson. Parecía un Papá Noel con traje, con su pelo rizado, la barba canosa y los ojos risueños. Les recordó que Janine, sentada en la silla junto a él, era inocente, y que todo el peso de la prueba recaía en el estado. Con cada una de sus frases, pronunciadas con una triste sacudida de cabeza, arrojó dudas sobre esas pruebas.

—Damas y caballeros, presten atención a lo que *no* escucharán del estado en este caso. No escucharán ninguna prueba de que la doctora Snow poseyera una pistola, porque no existe tal prueba.

»No escucharán ninguna prueba de que la doctora Snow disparara una pistola esa noche, porque no existe tal prueba.

»No escucharán ninguna prueba sobre la pistola utilizada para asesinar a Jay Ferris, porque esa pistola nunca se encontró. Piensen en ello. La persona que mató al señor Ferris se llevó la pistola del escenario del crimen. Solo sobre esa base, es razonable que duden de que la señora Snow pudiese haber cometido ese crimen. Pero hay más.

El abogado defensor bebió un sorbo de agua.

—Descubrirán que Jay Ferris escribió cosas en su trabajo como columnista en el *News-Tribune* de Duluth que ofendieron a muchas personas. Que les indignaron. Cosas que les costaron su puesto de trabajo. Resulta razonable preguntarse si una de esas personas lo mató.

»Descubrirán que un vehículo desconocido estaba aparcado en el vecindario, no muy lejos de casa de Jay Ferris, la noche del asesinato y que la policía nunca localizó dicho vehículo o a quien lo conducía. Resulta razonable preguntarse si esa persona lo mató.

»Descubrirán que Jay Ferris sacó fotografías de un hombre armado mientras estaba de excursión en un parque cerca de Duluth, y que la policía nunca identificó a dicho hombre ni lo interrogó sobre su paradero la noche del asesinato. Resulta razonable preguntarse si ese peligroso hombre lo mató.

Y siguió.

Para cuando Archibald Gale se sentó, Howard volvía a estar en el punto de

partida. Una pizarra en blanco. No tenía ningún criterio acerca de la inocencia o la culpabilidad de Janine. Lo único que podía hacer era mirarla a la cara y pensar. Esta vez, su rostro no era una fotografía en la pantalla de su ordenador en el sótano de su casa. Era real. Ella estaba tan cerca que podía oler su perfume.

Estaba esperando a que él se decidiera.

—Señor Erickson —anunció el juez Edblad—, llame a su primer testigo, por favor.

Sentada en el estrado de los testigos, Cindy se sentía físicamente enferma.

En la mesa del letrado, Janine le dedicó una imperceptible sonrisa. Seguían siendo amigas. No existía rencor, pese a que Cindy era la primera testigo, la que clavaba el primer clavo.

Dan Erickson se puso en pie para dirigirse a ella. A Cindy no le caía bien. Dentro de la sala de vistas, sabía cómo interpretar su papel para llevar al jurado por el camino que quería que siguiera. Fuera de la sala, era vanidoso, egocéntrico y manipulador. Era atractivo, y lo sabía. Aunque estaba casado, se le iban los ojos y las manos detrás de cada mujer guapa que conocía.

Erickson abordó las presentaciones: dejó establecido quién era ella y quién era su marido.

—Señora Stride, ¿dónde estaba la noche del 28 de enero de este año?

—En la fiesta de cumpleaños del subcomisario jefe Kyle Kinnick, en el hotel Radisson.

—¿Se encontraba allí la acusada?

—Sí.

—¿Se encontraba allí Jay Ferris, el marido de la acusada?

—No.

—Durante la fiesta, ¿habló usted con la acusada?

—Sí, hablé con ella.

—¿La vio consumir alcohol?

Cindy vaciló.

—Sí.

—¿Cuánto?

—No lo sé con exactitud. Bebía vino blanco. Tomó varias copas.

—¿Le pidió la acusada con posterioridad que la llevara a casa?

—Sí.

—Señora Stride, ¿recuerda exactamente qué hora era cuando llevó a la acusada a su casa esa noche?

—Recuerdo que el reloj de mi coche marcaba las nueve y treinta y dos. No está muy lejos. Debimos de llegar a casa de Janine unos minutos después.

—Al llegar a casa de la acusada, ¿la acompañó usted hasta la puerta?

—Sí.

—En ese momento, ¿vio a Jay Ferris, el marido de la acusada?

—Sí. Él se acercó a la puerta y la abrió.

—¿Estaba vivo?

Cindy esbozó una leve sonrisa.

—Sí, obviamente.

—¿Vio u oyó a alguien más en la casa?

—No.

—¿Había otros coches aparcados en la entrada o cerca de la casa?

—No.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Janine entró en la casa con Jay. Él cerró la puerta. Yo me marché.

—Antes de marcharse, ¿oyó alguna parte de la conversación entre la acusada y su marido?

—Oí voces fuertes. Sonaba como una discusión.

—¿La describiría como una discusión acalorada?

—Supongo que sí, sí.

—¿Hubo contacto físico entre ellos?

—Sí. Jay le agarró la muñeca y Janine lo apartó de un empujón.

—¿Vio o escuchó algo más?

—No. Después de eso, me marché.

—Al irse de la casa esa noche, señora Stride, ¿vio a alguien más?

—No. Allí no había nadie. Estaba sola.

—¿Qué me dice de otros coches?

—El mío era el único coche.

—¿Vio alguna cosa que despertara sus sospechas?

—No.

—Gracias, señora Stride. Veamos, ¿es adecuado decir que usted considera a la acusada su amiga?

—Sí, lo es.

—¿La ve habitualmente en actos sociales?

—Sí, así es.

—¿Alguna vez la acusada ha compartido con usted información sobre las perspectivas o la situación de su matrimonio?

—Me contó que consideraba que su matrimonio era un error —reconoció Cindy.

—¿Expresó su intención de pedir el divorcio?

—Sí, así es.

—¿En más de una ocasión?

—Sí.

—Señora Stride, en diciembre del año pasado, ¿le preguntó a la acusada sobre la situación de su posible divorcio con el señor Ferris?

Cindy no quería decirlo. Ya antes de que le formulara la pregunta, sabía que aquella era la siguiente. Lo habían repasado todo en su declaración a la policía. Aun así, detestaba tener que decirlo en voz alta, en una sala de vistas, con el jurado escuchando. Con Janine escuchando.

—Sí. Fuimos a comer y le pregunté si iba a seguir adelante con lo del divorcio.

—¿Qué dijo ella?

Cindy abrió la boca, pero tenía la garganta demasiado seca para hablar. Cogió el

vaso de agua y dio un sorbo.

—¿Señora Stride? ¿Qué contestó la acusada cuando usted le preguntó si iba a seguir adelante con el divorcio?

—Dijo que no.

—¿Recuerda sus palabras exactas?

—Me dijo: «Ojalá pudiera, pero Jay me tiene pillada».

Archibald Gale se puso en pie para realizar su contrainterrogatorio.

—Señora Stride, mientras acompañaba a la doctora Snow a casa después de la fiesta el 28 de enero, ¿detuvo el coche en algún momento?

—Sí. Janine no se encontraba bien. Yo me paré y ella bajó del coche y vomitó.

—Entonces ¿estaba hecha un desastre? —preguntó Gale.

—Sí.

—Señora Stride, si usted vomitara a un lado de la calle, ¿qué haría al llegar a casa?

Cindy sonrió.

—Me ducharía.

—¿Y qué haría usted con su ropa?

—La metería en la lavadora.

—Gracias. Bien, cuando llegó a la residencia de la doctora Snow y vio a Jay Ferris, ¿tenía él una pistola?

—No.

—¿No estaba blandiendo una pistola en el aire?

Otra sonrisa. Cindy se dio cuenta de que los miembros del jurado también sonreían.

—No.

—¿Qué me dice de la doctora Snow? ¿Tenía una pistola en la fiesta?

—No, no que yo viera. Vaya, llevaba un bolso, pero era muy pequeño. Si hubiera habido algo tan grande como una pistola dentro, se habría notado.

—Muy bien. Y dice usted que dejó a la doctora Snow en su casa aproximadamente a las diez menos cuarto de la noche, ¿es correcto?

—Sí, más o menos. Un par de minutos arriba o abajo.

—No tiene ni idea de lo que sucedió en la casa tras su marcha, ¿verdad?

—No.

—Si un coche llegó a la casa treinta segundos después de que usted girara hacia Skyline Parkway, no tendría manera de saberlo, ¿no es cierto?

—Así es.

—Gracias. Señora Stride, ¿la doctora Snow amenazó alguna vez a su marido en su presencia?

—No.

—¿Alguna vez le dijo que deseaba matarlo? ¿O que deseaba que muriera?

—No, en absoluto.

—¿Alguna vez le pareció desesperada respecto a su situación matrimonial?

—¿Janine? ¿Desesperada? No.

—Gracias, señora Stride —dijo Gale, que se dispuso a sentarse pero se lo pensó mejor—. Oh, disculpe, podría contarle al jurado... ¿tuvo usted una experiencia aterradora en el centro comercial Miller Hill esta primavera?

Dan se levantó de inmediato.

—Protesto, señoría. Esta línea de interrogatorio excede los límites del interrogatorio directo y es irrelevante para el caso.

El juez Edblad esperó.

—¿Señor Gale?

—Señoría, el incidente sobre el que pregunto tuvo lugar como resultado de la relación de la testigo con el teniente Jonathan Stride de la policía de Duluth, una relación sobre la que el señor Erickson ha preguntado en el interrogatorio directo. Además, el incidente tuvo lugar debido a la investigación del teniente Stride de este caso concreto, lo que sin duda lo convierte en relevante.

—Protesta denegada —decidió el juez.

Gale volvió a dirigirse a Cindy.

—Puede contestar la pregunta.

—Yo... sí, así es —dijo Cindy.

—Por favor, cuéntenos qué ocurrió.

—Seguía a un hombre en el centro comercial, y él se enfrentó a mí y me amenazó. Tenía una pistola.

—¿De qué clase de amenaza se trató?

—Dijo que no debía meter las narices en sus asuntos. Dijo que a la gente que lo hacía le pasaban cosas malas. Y luego me enseñó una pistola.

—Lo lamento —dijo Gale—. Debió de ser una experiencia terrible para usted. Por favor, señora Stride, cuénteles al jurado, ¿por qué decidió seguir a ese hombre?

Cindy notó que se sonrojaba.

—Creí que era el hombre que buscaba mi marido, el teniente Stride.

—¿Qué le hizo creer eso?

—Vi unas fotografías en un montón de pruebas que Jonny... que el teniente Stride dejó en la mesa de nuestra cocina. En las fotos se veía a un hombre en el bosque con un fusil de asalto, y una nota que decía que había que encontrarlo. Me pareció que se trataba del mismo hombre.

—Ese montón de pruebas que el teniente llevó a casa para examinar, ¿sabe a qué caso pertenecían?

—Sí, eran pruebas relacionadas con el asesinato de Jay Ferris —contestó Cindy.

Gale asintió mientras se sentaba.

—Gracias, señora Stride.

—Señora Stride, ¿cuánto rato dedicó a mirar las fotografías? —preguntó Dan Erickson en el turno de repreguntas.

—Supongo que unos segundos.

—¿Diez segundos? ¿Veinte? ¿Treinta?

—Más bien diez —admitió Cindy.

—¿Se trataba de fotos con imágenes claras, nítidas, en alta resolución?

—No, eran borrosas.

—¿Y cuánto tiempo pasó entre que vio esas fotografías y siguió al desconocido en el centro comercial?

—Varios días.

—Vio usted un par de fotos movidas durante unos diez segundos y días después vio a alguien que creyó que podría ser el mismo hombre, ¿es correcto?

—Sí —confirmó Cindy.

—¿Puede asegurar que era el mismo hombre, señora Stride?

—No, no puedo asegurarlo.

—Gracias, señora Stride. Eso es todo.

Stride se había sentado en la misma silla de testigos en esa misma sala muchas veces con anterioridad. Testificar ante un tribunal era una de las pocas tareas para las que se ponía traje. Solo tenía dos, y ese día llevaba el azul marino, recién salido de la tintorería. Había intentado domar su pelo rebelde y se había afeitado. Las apariencias eran importantes. En los juicios se dirimían pruebas, pero también percepciones. Establecer hechos implicaba decidir a quién creer. En quién confiar.

Dan le guio mientras repasaban su experiencia, incluidos sus casi veinte años de servicio en la policía de Duluth y los casi diez a cargo de la Brigada de Investigación. Stride habló de su experiencia en investigaciones por delitos graves, incluidos docenas de casos de homicidio. Todo aquello era solo un prólogo.

—Teniente, ¿le llamaron para que acudiera a casa de la acusada la noche del 28 de enero de este año? —preguntó Dan al final.

—Sí, así es.

—¿Se encuentra esa casa en la ciudad de Duluth, en el condado de Saint Louis?

—Sí.

Stride dio la dirección completa y describió la ubicación de la casa. Dan presentó un mapa ampliado de la zona en cartón pluma y Stride señaló la residencia y describió los accesos de entrada y salida; en concreto, el hecho de que el hogar de Janine se hallaba en una calle sin salida en lo alto de una colina escarpada.

—¿Qué encontraron dentro de la casa? —preguntó Dan.

—Encontramos el cuerpo de Jay Ferris —respondió Stride—. Tenía una única herida de bala en la frente.

—¿Puede describirnos con exactitud dónde se hallaba el cuerpo?

—Al cruzar la puerta hay un gran recibidor de mármol que da a la sala. El cuerpo del señor Ferris se encontraba en la sala, a unos tres metros del límite del vestíbulo.

Dan presentó fotografías del escenario del crimen y un plano ampliado de la casa. Stride identificó las fotos y las ubicó en el plano para el jurado. También indicó el lugar de la copa de vino encontrada cerca del cuerpo de Jay y la otra copa manchada de pintalabios sobre la mesa de centro. Añadió unos zapatos de tacón alto pertenecientes a Janine que esta había dejado en el suelo del recibidor.

—¿Encontraron una pistola cerca del cuerpo o en la casa?

—No. Registramos toda la zona pero no localizamos el arma del crimen.

—Durante sus investigaciones, ¿estableció usted si la víctima, Jay Ferris, tenía un permiso de Minnesota para llevar armas?

—Sí, lo tenía.

—¿Le hizo la acusada una declaración acerca de si su marido tenía o no una pistola?

—Ella aseguró que el señor Ferris había tenido una en el pasado pero que le había obligado a deshacerse de ella cuando se casaron —explicó Stride.

—No obstante, ¿encontró usted durante su investigación pruebas físicas de que el señor Ferris seguía teniendo una pistola después de su matrimonio con la acusada?

—Sí. El hermano del señor Ferris nos proporcionó una fotografía en la que se le veía en posesión de una pistola.

Dan presentó la foto de Jay y Clyde Ferris, junto con una ampliación que mostraba un primer plano de la parte visible del arma en la funda.

—¿Consiguieron localizar la pistola del señor Ferris durante la investigación? —preguntó Dan.

—No.

—Gracias, teniente. Bien, cuando llegó a la casa esa noche, ¿estaba presente la acusada?

—Sí, la doctora Snow estaba allí con su abogado, el señor Gale.

—Y ¿realizó la señora Snow una declaración ante usted en presencia de su letrado?

—Así es. La doctora Snow nos dijo que esa noche había vuelto a casa con mi mujer, alrededor de las diez menos cuarto. Nos dijo que había tomado un poco de vino con su marido, que discutieron y que entonces ella lo dejó solo para ir a ducharse. Su baño está contiguo a su dormitorio, dos pisos por debajo del salón. Estuvo un buen rato en la ducha, afirmó, aunque no fue capaz de concretar exactamente cuánto. Al salir de la ducha, dijo que se había dado cuenta de que dos cajones del joyero de su habitación estaban abiertos y que habían desaparecido varias piezas caras. Nos explicó que luego volvió arriba y encontró el cuerpo de su marido.

—¿Declaró la acusada si en ese momento llamó a emergencias? —preguntó Dan.

—No, dijo que pasó un rato antes de que llamara a la policía.

—¿Dijo la acusada qué había hecho durante ese rato?

—Dijo que tan solo había estado contemplando el cuerpo de su marido —explicó Stride.

—¿Cuánto rato pasó entre la llegada de la doctora Snow a su casa esa noche y la llamada a la policía?

—Aproximadamente una hora. La llamada a emergencias se recibió a las diez y cuarenta y siete. Un coche patrulla llegó al lugar diez minutos después.

—Y ¿existe alguna manera de saber en qué momento exacto de esa hora se efectuó el disparo?

—No.

—Teniente, basándose en las pruebas reunidas durante la investigación y en su vasta experiencia en esta clase de crímenes, ¿se formó usted una opinión sobre la veracidad de la declaración de la acusada?

—Sí. Llegué a la conclusión de que su declaración no estaba respaldada por las pruebas.

—Por favor, explíquenos cómo llegó a esa conclusión —le pidió Dan.

Stride cogió un puntero y lo aplicó a los planos de la casa de Janine Snow.

—La señora Snow afirmó que a su marido lo mataron como resultado de un allanamiento de morada con robo. Sin embargo, no había señales de que hubieran forzado la entrada y la puerta que une el garaje con la casa estaba cerrada con llave. Así que el señor Ferris habría tenido que dejar entrar al intruso voluntariamente. Luego, el atacante habría tenido que asesinar al señor Ferris, bajar dos tramos de escaleras y recorrer un pasillo hasta el dormitorio de la acusada, coger las joyas de su joyero, regresar al piso superior y huir.

—¿Y todo esto habría ocurrido mientras la acusada estaba en la ducha?

—Según consta en su declaración, sí.

—¿Encontraron otras pruebas que refutaran la teoría de que un intruso entró en la casa? —preguntó Dan.

—Sí. No había señales de pelea ni de que el señor Ferris se hubiera resistido. Además, no había pruebas físicas de que un intruso hubiera entrado en la casa. El camino de entrada estaba mojado y cubierto de tierra y grava. En el vestíbulo se encontraron restos de nieve fundida, tierra y grava, pero no hallamos huellas con restos de tierra en la moqueta de la sala, en las escaleras ni en la habitación de la acusada.

—Según su experiencia, teniente, ¿las personas que cometen homicidios y robos a mano armada suelen ser tan atentas como para descalzarse los zapatos antes de entrar en una casa?

Stride reprimió una sonrisa.

—No.

—Teniente, contemplemos otras explicaciones para los sucesos de esa noche. ¿Realizó alguna prueba química para establecer si la acusada había disparado un arma la noche del crimen?

Stride negó con la cabeza.

—No. Ese sería el procedimiento habitual, pero en este caso la acusada nos dijo que se había duchado, lo cual habría eliminado cualquier prueba fiable de residuos químicos en sus manos, cuerpo y pelo. También lavó la ropa que llevaba, que igualmente habría servido para realizar los análisis. A raíz de todo esto, hacer análisis en busca de residuos de pólvora habría resultado inútil.

—Dado que no encontraron el arma del crimen, teniente —continuó Dan—, alguien debió de llevársela de la casa.

—Así es.

—¿Pudo la acusada tener tiempo de esconder una pistola y joyas fuera de la casa antes de ponerse en contacto con la policía?

—Sí —contestó Stride—. Llevamos a cabo simulacros en los que una policía metió la ropa en la lavadora, se duchó y luego condujo desde la casa de la acusada hasta diferentes localizaciones para ocultar pruebas antes de regresar. Realizamos la reconstrucción varias veces y en ningún caso tardó más de media hora. En varias ocasiones, invirtió menos de veinte minutos. Así que sí, le dio tiempo.

—Bien, usted nos ha contado que la acusada admitió haber discutido con el señor Ferris la noche del asesinato.

—Es correcto.

—¿Les dijo por qué discutieron?

—No, pero comentó que discutían por todo.

—¿Dio otras pistas de que hubiera problemas en su matrimonio?

—Sí, en una declaración posterior admitió haber tenido una aventura con un exagente de policía llamado Nathan Skinner.

—¿Interrogó usted al señor Skinner? —preguntó Dan.

—Sí, lo hice.

—¿Y le proporcionó él alguna prueba física relacionada con el uso de pistolas por parte de la acusada?

—Sí, me proporcionó una fotografía de la doctora Snow en un campo de tiro, en la que aparece disparando un revólver.

Dan presentó la fotografía de Janine en el campo de tiro y se la mostró al jurado. Stride sabía que por encima de cualquier otra consideración el impacto de la fotografía residía en la expresión de Janine. Confiada. Segura. Casi excitada. Sabía disparar una pistola, y le gustaba.

—Basándose en su interrogatorio a Nathan Skinner, ¿descubrieron también que la acusada poseía otra propiedad además de la casa donde residía con el señor Ferris?

—Sí, averiguamos que es dueña de un apartamento en Michigan Street, en el centro de Duluth.

—¿Realizaron un registro en dicho apartamento?

—Así es. Encontramos un alijo de calmantes con receta. Había casi quinientas pastillas en quince frascos de medicamentos como Percocet, Oxycontin y Vicodin.

—¿Admitió la acusada con posterioridad que las pastillas eran suyas?

—Sí.

—¿Las recetas estaban a su nombre?

—No, las recetas estaban todas a nombre de Holly Jorgenson. La doctora Snow reconoció que se trataba de una paciente ficticia que se había inventado con el fin de conseguir pastillas para ella mediante un procedimiento ilegal.

—Teniente, ¿le pareció significativo el nombre de esa paciente ficticia?

—Sí. Jay Ferris, el marido de la acusada, publicó una columna en el *News-Tribune* de Duluth en julio en la que hablaba acerca de una adicta a las pastillas con receta llamada Holly. La columna amenazaba con hacer pública esta información.

—Si el señor Harris hubiera revelado la adicción y el comportamiento delictivo de su mujer, ¿habría habido consecuencias para la acusada? —preguntó Dan.

Ante esta pregunta, Archibald Gale intervino.

—Protesto. Se pide al testigo una conclusión que queda fuera de su ámbito de experiencia.

—Se acepta la protesta —decretó el juez Edbald.

Dan no se amilanó.

—¿Las pruebas halladas en relación con el abuso de calmantes por parte de la acusada se han hecho públicas? —preguntó.

—Sí.

—Y que usted sepa, ¿ha habido consecuencias para la acusada en relación con su comportamiento?

Stride asintió.

—Sí. Según una declaración de la Junta de Práctica Médica de Minnesota hecha pública el mes pasado, ha entregado voluntariamente su licencia médica.

Stride miró a Janine Snow mientras lo decía y el jurado hizo lo mismo. Por primera vez hasta donde le alcanzaba la memoria, vio una emoción genuina en su cara. Era como si su mundo se hubiera derrumbado a su alrededor y nada de lo que hubiera en la sala del juicio importara. Una lágrima se escapó de uno de sus ojos azules y, un momento después, Janine lloraba en silencio.

Gale comenzó a interrogar a Stride.

—Teniente, en este caso no recuperaron el arma del crimen, ¿es correcto? ¿Sigue desaparecida?

—Sí, así es.

—¿Alguno de los vecinos de la señora Snow declaró haberla vista abandonando su casa entre las nueve cuarenta y cinco y la llegada de la policía una hora después?

—No.

—¿Han encontrado pruebas que sugieran que el Hummer del señor Ferris se utilizó entre las nueve cuarenta y cinco y la llegada de la policía una hora después?

—No sé qué pruebas podrían confirmar algo así —observó Stride.

—Bueno, ¿revisó usted el capó del Hummer?

—Sí, lo hice.

—¿El motor estaba caliente?

—No —admitió Stride, y añadió con rapidez—: No obstante, lo hice casi una hora después de llegar al escenario del crimen. La temperatura era inferior a los cero grados.

—Teniente, ¿recibió su departamento un informe sobre la presencia de un Toyota Rav4 sin identificar en las proximidades de la casa de la doctora Snow la noche del asesinato?

—Recibimos un informe en el que un conductor adolescente creía recordar haber pasado junto a un Rav4 aparcado en la calle Ocho Oeste esa noche. Más tarde, el chico reconoció que había consumido marihuana, así que consideramos que sus recuerdos eran cuestionables.

—¿El conductor afirmó haber visto el Rav aparcado allí después de las diez?

—Creía que sí, pero no miró el reloj.

—¿La esquina de la calle Ocho Oeste con Skyline se encuentra a unos doscientos metros de la casa de la doctora Snow?

—Sí.

—¿Hablaron con los residentes de la calle Ocho?

—Sí, lo hicimos.

—¿Alguno de esos residentes es propietario de un Rav4 o recibió una visita que tenga uno?

—No.

—¿Lograron identificar al propietario de ese Rav4?

—No.

—Gracias, teniente. Ha testificado usted que no han conseguido encontrar un revólver que supuestamente era propiedad de Jay Ferris, ¿es así?

—Sí.

—Afirma usted que el señor Ferris tenía un revólver por una fotografía proporcionada por Clyde Ferris, hermano de la víctima, ¿es así?

—Sí.

—¿Declaró Clyde Ferris ante usted que su hermano llevaba consigo su pistola de manera habitual?

—Sí, así es.

—¿Declaró también Clyde Ferris que fue a pescar en el hielo con su hermano a principios de enero, menos de un mes antes de que asesinaran a Jay Ferris?

Stride vaciló.

—Sí.

—¿Ha podido confirmar por otras fuentes que en efecto dicha salida tuvo lugar?

—Sí.

—¿Cómo lo confirmó?

—Conseguí la copia de un informe presentado por Jay Ferris al Departamento de Recursos Naturales de Minnesota.

—¿El informe señalaba que, debido al escaso grosor de la capa de hielo, ese día Jay Ferris perdió su camioneta y su cabaña de pesca en las aguas de Superior Bay?

—Sí —confirmó Stride, consciente ya de adónde quería ir a parar Gale.

—Teniente, ¿no es posible que la pistola supuestamente propiedad del señor Ferris, que su hermano aseguró que llevaba consigo habitualmente, se perdiera con su furgoneta o en su cabaña de pesca cuando ambas se hundieron bajo el hielo?

—Es posible —reconoció Stride—, aunque tanto la furgoneta como la cabaña se recuperaron cuando el hielo se fundió en primavera. La pistola no se encontró.

—¿Cabe la posibilidad de que el arma se perdiera en la bahía mientras esos objetos se hundían?

—Supongo que sí.

—Gracias, teniente. También ha testificado que la doctora Snow y un excolega de usted llamado Nathan Skinner tuvieron una aventura, ¿es correcto?

—Sí.

—Usted descubrió esa aventura porque la acusada la puso en su conocimiento, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Jay Ferris tenía una historia de animosidad hacia Nathan Skinner?

—Sí, así es.

—De hecho, Nathan Skinner fue despedido de la policía de Duluth a causa de las columnas escritas por Jay Ferris, ¿es correcto? Columnas en las que citaba los insultos racistas que había proferido Nathan Skinner.

—En parte sí.

—¿Agredió Nathan Skinner a Jay Ferris tras perder su trabajo?

—Sí, hubo un incidente entre ellos.

—En el curso de su investigación, ¿encontró pruebas de que Jay Ferris hubiera descubierto la aventura entre su mujer y Nathan Skinner?

—Sí.

—¿Resulta razonable concluir que esta información debió de molestar al señor Ferris?

—No tengo ni idea.

—La mujer del señor Ferris se acostaba con un hombre al que el señor Ferris describió en su columna como un racista, ¿y no cree que le molestara?

—No puedo especular sobre la reacción del señor Ferris —repuso Stride.

—¿Interrogó al señor Nathan Skinner al enterarse de su relación con la doctora Snow?

—Sí, lo hice.

—¿Admitió Nathan Skinner estar enfadado con Jay Ferris?

—Sí.

—¿Tenía Nathan Skinner una coartada verificable después de las nueve cuarenta y cinco de la noche del asesinato?

—Confirmamos que estuvo en su apartamento gran parte de la tarde, pero no pudimos confirmar en concreto que estuviera allí después de las nueve cuarenta y cinco.

—Gracias, teniente. —Gale dejó un montón de papeles sobre la mesa y cogió otra carpeta—. Por favor, ¿sería tan amable de contarle al tribunal si el pasado 5 de octubre Jay Ferris presentó una denuncia ante la policía en referencia a un individuo con un arma?

—Sí; declaró haber visto a un individuo disparando un fusil de asalto en el bosque, cerca de Ely's Peak.

—El señor Ferris tomó fotografías de ese hombre, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Pudieron identificar a dicho individuo?

—No. Las fotografías no eran lo bastante nítidas.

—Sin embargo, su mujer cree que vio a ese individuo en el centro comercial Miller Hall y que llevaba una pistola, ¿no es así?

—Mi mujer siguió a un hombre con un aspecto similar al de las fotografías. No sabemos si se trata del mismo hombre.

—¿Él la amenazó?

—Sí.

—Pero aún no lo han identificado, ¿no? —preguntó Gale.

—No —reconoció Stride—. No lo hemos hecho.

Heather Hubble era fotógrafa.

Cindy la había tratado el año anterior, después de que Heather se cayera mientras fotografiaba las cuevas de hielo de las islas Apostle. Cindy la había visto un par de veces a la semana durante tres meses y, a lo largo de ese tiempo, había fisgoneado en la historia de la vida de su paciente con su curiosidad habitual. Se enteró de que Heather tenía una hija de cinco años, Lissa, fruto de una aventura efímera. Se enteró de que los padres de Heather no aprobaban su estilo de vida vegano y alternativo. Consideraba a Heather uno de los solitarios excéntricos que punteaban las tierras del norte, que no molestaban a nadie y no querían que nadie les molestase.

Heather vivía en un camino de tierra a medio kilómetro de la autopista North Shore. El denso bosque hacía que su pequeña casa resultara prácticamente invisible, y el camino de acceso estaba lleno de barro y baches. Era la clase de vivienda que se habría construido décadas atrás como un refugio para las tres estaciones buenas, pero Heather vivía allí todo el año. La cabaña era un legado de su padre y necesitaba reformas. Una capa de pintura. Reparaciones en el tejado y el porche. Ventanas nuevas. Cindy sabía que Heather no disponía de mucho dinero para mantenimiento.

—Hola, Cindy —la saludó Heather con sorpresa al abrir la puerta—. ¿Qué haces aquí en medio de la nada?

Cindy sonrió.

—Necesito tu ayuda.

—Claro, pasa.

Dos velas encendidas inundaban la salita de olor a frutos del bosque. Con las ventanas abiertas, una cálida brisa veraniega hacía música con los móviles que colgaban del techo. La casa estaba desordenada y abarrotada de muebles viejos y juguetes infantiles. Las paredes estaban decoradas con fotos de la naturaleza en marcos baratos que apenas dejaban espacio libre. Las fotos eran buenas: Heather tenía un don.

—¿Quieres un té verde? —preguntó Heather.

—No, gracias.

Heather enrolló una colchoneta de yoga que había en el centro de la alfombra.

—Estaba haciendo mis ejercicios diarios.

—Siento interrumpirte.

—No hay problema.

Despejó una butaca reclinable a cuadros para que Cindy se sentara. En los brazos había agujeros causados por el desgaste y entre la tela asomaba pelusa blanca, como montones de nieve en un álamo. Ella se dejó caer en una mecedora y se balanceó adelante y atrás. Llevaba pantalones cortos y una camiseta de tirantes verde y ancha. Su pelo rubio arena le llegaba hasta los hombros y no llevaba maquillaje en la cara pálida y pecosa. Tenía casi treinta años, que ahora a Cindy le parecían pocos. En un

momento de su vida, le habían parecido muchos.

—¿Dónde está Lissa? —quiso saber Cindy.

Heather puso los ojos en blanco y sonrió.

—Mis padres se la han llevado de vacaciones. A Disney World. Volverá con vestidos de princesa y pendientes de Mickey Mouse. No sé cómo me las he arreglado para criar a una niña tan femenina; debe de ser el ADN de su padre. Siempre se preocupó mucho por su aspecto.

Dio un sorbo a su té.

—¿Qué tal el negocio de la fotografía? —se interesó Cindy.

—No va mal. El verano es época de bodas. Las novias son un infierno, pero sus papis pagan bien.

—¿Y qué tal tu espalda?

—Muy bien, gracias. La fisioterapia me fue de lujo. Me he esforzado por hacer los ejercicios y el yoga también me ayuda para la flexibilidad.

—Me alegro.

—¿Y tú qué? —preguntó Heather—. ¿Necesitas a alguien que te haga unos retratos? ¿Fotos glamurosas para tu maridito?

Cindy se rio.

—Creo que Jonny se pondría rojo como un tomate. De hecho, tengo que pedirte un favor un tanto extraño. He hablado con Kon del *Lake Superior Magazine* y me ha dicho que sacaste bastantes fotos del Maratón de la Abuela de este año.

—Ah, sí. Un montón.

—¿Tienes muchas imágenes del público?

—Claro. Fotos del público. De los corredores. Me paré en varios puntos del recorrido y me subí al tejado de las tiendas de Canal Park para poder hacer fotos cuando la gente llegaba a la meta.

—Me gustaría verlas —explicó Cindy—. ¿Son todas digitales?

—Sí, pero hablamos de cientos de fotos. ¿Qué andas buscando?

Cindy comenzó a dar a Heather una breve explicación sobre el hombre de las fotografías de Jay Ferris, pero la explicación se alargó cuando se percató de que Heather no sabía nada del asesinato ni del juicio. No compraba el periódico y su conocimiento de los acontecimientos cotidianos no iba más allá de un boletín ocasional en la emisora de música clásica MPR. Cindy la puso en antecedentes sobre el caso y luego le habló del hombre al que había seguido en el centro comercial y que había sorteado todos los esfuerzos policiales por encontrarlo.

—A uno de los sargentos de Jonny le pareció verlo entre el público del maratón —continuó Cindy—, pero se escabulló.

—Y tú has pensado que a lo mejor aparece en una de mis fotos —dedujo Heather.

—Exacto.

Heather meneó la cabeza.

—Vaya, es como encontrar una aguja en un pajar. No sé, el recorrido del maratón

estaba atestado, debía de haber miles de personas. Te hará falta suerte para encontrar una cara.

—Lo sé, pero es la única opción que se me ocurre.

—Bueno, pues tú misma —dijo Heather.

Se acercó al escritorio de persianilla de la esquina del comedor, hurgó en varios de los cajoncillos y sacó una memoria USB, que depositó en la mano de Cindy.

—Aquí tienes —dijo—. Es una copia de seguridad de todas mis fotos de la maratón. No las vendas, ¿vale?

Cindy sonrió.

—Vale.

—O bueno, si las vendes, quiero una parte —añadió Heather guiñándole un ojo—. Buena suerte con la búsqueda.

—Gracias.

—¿Vas a contarle a tu marido lo que estás haciendo?

Cindy se encogió de hombros.

—Se lo diré si encuentro algo.

—Mentiste para que te aceptaran en ese jurado, ¿verdad? —preguntó Carol Marlowe.

Howard levantó bruscamente la vista de la mesa de la cena, dejó en el plato una porción de *pizza* de Sammy's y miró a su mujer. Annie, su hija de seis años, masticaba un espagueti que le colgaba de la boca y miraba a sus padres con los ojos muy abiertos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Howard.

—¿Les contaste que estás obsesionado con esa doctora? —preguntó Carol.

—No, no se lo conté porque no es cierto.

—¿Ah, no? ¿Eso crees? Me dan ganas de llamar al juez. ¿Cuántos artículos sobre Doña Perfecta encontrarán si buscan en tu ordenador?

—Eso no significa nada. Igualmente puedo ser objetivo.

—Sí, claro. —Su mujer cortó en dos una de las porciones cuadradas y la pinchó con un tenedor—. Annie, deja de jugar con los espaguetis.

Howard volvió a comer en silencio. Carol estaba celosa. Le daba rabia que él estuviera metido en algo importante, que tuviera un papel protagonista en un drama que consumía a la ciudad entera. Howard no creía que ella cumpliera su amenaza de llamar al juez, pero pensar en ello lo ponía nervioso. Si buscaban, sí, encontrarían artículos sobre el caso en su ordenador. Y fotos de Janine Snow que había bajado de internet. Lo echarían del jurado, que era su mayor temor. Aquel era el acontecimiento más importante de su vida.

—Y bien ¿cuál es tu plan, Howard? —continuó Carol sin cambiar de tema—. ¿Tienes la fantasía de que vas a salvarla? ¿Serás tú quien convenza al jurado de que la absuelva y ella te estará siempre agradecida?

—Lo que dices es una locura —replicó Howard—. Hago lo que dice el juez. Mantengo una mentalidad abierta hasta que haya oído todas las pruebas. Y ahora, ¿puedes dejar el tema, por favor? No se me permite hablar del caso, así que deja de preguntarme.

—Mentalidad abierta —murmuró su mujer—. Tú crees que es inocente. Lo has dicho desde el principio. ¿Le has contado eso al juez?

—¡Yo nunca he dicho nada parecido! —protestó él—. Siempre he sostenido que no sé lo que pasó. Eres tú quien la condenó desde el primer día. Tú y tus amigas del súper. ¿Qué tiene ella que te saca tanto de quicio, Carol? ¿Es porque es todo lo que tú no eres?

Las palabras salieron de su boca antes de poder contenerlas y la implicación quedó suspendida en el aire, tan tóxica como un veneno. Janine Snow era rica, guapa y había triunfado. Carol Marlowe no era nada de eso. En lo que duró un parpadeo, su mujer pasó de estar enfadada a estar dolida. Echó atrás su silla, que cayó al suelo a su espalda, y se puso en pie con la rigidez de una estatua. Howard quería disculparse, pero no lo hizo. Ella se dirigió a su dormitorio en silencio y cerró de un portazo,

haciendo que la casa temblara.

—Oh, joder —siseó él.

Annie se inclinó hacia delante y susurró:

—Eso es una palabrota, papá.

—Sí, ya lo sé.

—¿Mamá está enfadada?

—Supongo que sí. —Y añadió—: ¿Has acabado de cenar? Ya puedes ir a ver la tele.

Annie bajó de la silla de un saltito. Él lavó los platos y luego se sentó solo en la sala. Lo más inteligente era ir al cuarto y pedir disculpas, pero sabía que con eso solo conseguiría provocar más enfado y más gritos. No tenía fuerzas para otra pelea con Carol.

Howard salió de casa para aclararse las ideas. Anocheceía en el barrio, pero era verano y oyó los chillidos de los niños en los jardines cercanos. Se sentó en el interior del Chrysler en el camino de acceso, con las ventanillas bajadas. La humedad le dejó el cuello pegajoso. Los insectos volaban dentro del coche. Le llegó el olor de los descuidados matorrales con lilas que había en uno de los costados de su casa.

«Carol se equivoca», pensó. Ella no entendía lo que estaba en juego. No se daba cuenta de lo mucho que se esforzaba por hacer lo correcto. Por apartar de su mente todo lo que sabía del caso. Por ignorar su atracción hacia Janine Snow y la fascinación que sentía por quién era ella. Por no escuchar nada más que las pruebas.

En el juicio habían declarado más testigos.

Habían escuchado a un experto en balística que les había hablado de la bala extraída del cerebro de Jay Ferris y de la pistola que llevaba Jay en la fotografía que su hermano había aportado. Sí, ambas encajaban. No, no podía comprobarse sin la pistola real. Sí, era una de las pistolas más vendidas del país.

Habían escuchado al detective privado, Melvin Wiley. Sí, Jay conocía la aventura y había visto a Janine tomar calmantes en los vídeos. Sí, había jurado vengarse de su mujer.

Habían escuchado a una abogada llamada Tamara Fellowes. Sí, trabajaba para un bufete que iba a demandar a Janine Snow por la muerte de un paciente. Sí, conocía a Jay Ferris y sí, Jay la había llamado en diciembre. No, no accedería a hablar del contenido de esa conversación, pero sí había testificado sobre lo que oyó de fondo en la llamada: la voz de una mujer que le gritaba a Jay.

«¡No me hagas esto, cabrón! ¡No te atrevas a hacerme esto!».

¿Reconoció la voz?

Sí, era la doctora Janine Snow.

Howard dio marcha atrás hacia la calle y echó a rodar. Se dirigió hacia el este y, tras salir del barrio de Piedmont Heights, no tardó en encontrarse en Skyline Parkway, con las verdes calles del campo de golf a su izquierda y la pronunciada pendiente de la colina a su derecha. La torre Enger se erguía sobre él. Giró en Hank

Jensen Drive y subió al aparcamiento que había en la base del monumento. Allí había otros coches que disfrutaban de la tarde de verano. Dentro de un Ford Taurus, dos adolescentes se metían mano y se besaban con la ropa medio bajada. Cuando la chica se dio cuenta de que Howard los miraba, le hizo una peineta. Él apartó la vista.

Todo le hacía pensar en el juicio.

Un adolescente había ido allí en coche con su novia el 28 de enero, igual que el chico y la chica del Taurus. Habían pasado junto a un Rav4 de camino a la torre, pero no podían concretar exactamente dónde o cuándo.

¿Significaba eso algo? A lo mejor sí. A lo mejor no.

Howard siguió conduciendo. Era como si avanzara con el piloto automático, sin trazar un rumbo. Volvía a estar en Skyline Parkway y, un momento después, su Le Baron reducía la velocidad hasta detenerse en una calle que subía en una pendiente pronunciada el risco de su izquierda. En lo alto de la calle se encontraba la mansión de Janine Snow. Howard sabía que no debía estar allí, pero giró el volante y subió lentamente a la cima de la colina.

Ahí estaba la casa de Janine. La reconoció de los reportajes de la televisión y por las fotografías de juicio. Qué lugar tan increíble, como un palacio construido en el techo del mundo. Las luces estaban encendidas. Ella estaba en casa, la acusada en libertad bajo fianza. No había coches a la vista. Se preguntó si estaría sola. Solo ella, sentada entre las ruinas de su vida perfecta. Y Howard a tan solo unos metros.

«No son ustedes investigadores», les había advertido el juez Edblad.

Aun así, Howard era incapaz de contener su imaginación. Se quedó sentado en el coche con el motor en marcha y se dio cuenta de que aquel era el lugar preciso donde todo había sucedido. El 28 de enero, detrás de esa puerta, más allá de las ventanas de cristal, Jay Ferris había sido asesinado. Si Howard hubiera estado allí en ese momento, habría oído el disparo. Habría visto exactamente lo que sucedía a continuación.

¿Qué habría visto? ¿A un desconocido huyendo?

¿O a Janine Snow saliendo del garaje con el Hummer de su marido para esconder la pistola?

Howard se dio cuenta de que lo que deseaba por encima de todo era escuchar la historia de boca de la propia Janine. Deseó poder hablar con ella, mirarla a los ojos y oírla contestar todas las preguntas. Lo más frustrante era saber que eso nunca sucedería. Janine no iba a subir al estrado. Los acusados casi nunca testificaban. Ella era la única persona que conocía realmente la verdad y él nunca la escucharía contarla.

Sin saber cómo, el motor de su coche se apagó y la portezuela se abrió.

No tenía la sensación de que fuera él quien había bajado del coche y se dirigía a la casa. Era otra persona. Notó sus pies en el camino de entrada, avanzando hacia la puerta. Eso era lo que habría hecho un desconocido que hubiera ido a asesinar a Jay Ferris. Si es que existía ese desconocido.

Howard se quedó de pie frente a la puerta. La puerta de Janine. Se sintió mareado. Los dedos le temblaban; sentía deseos de llamar al timbre. Si lo hacía, ella acudiría. La vería aparecer detrás de los cristales. Abriría la puerta...

... y eso sería el final de todo.

Howard habría cruzado una línea sin retorno. Los engranajes se pondrían en marcha. Los abogados hablarían y lo llamarían ante el juez. Le amonestarían y lo descartarían, y uno de los dos suplentes sentados en la tarima del jurado ocuparía su lugar.

Howard Marlowe volvería a ser tan solo Howard Marlowe. Una nota al pie en los periódicos que no tardaría en olvidarse.

Carol se reiría de él.

Sintió como si se despertara de un mal sueño. Dio media vuelta y corrió de vuelta a su Chrysler. Tenía que salir de allí antes de que lo vieran. Antes de que la policía lo localizara. O los medios. Nadie podía saber que había estado allí. Se metió en su Le Baron y salió disparado por la calle empinada.

Janine lo vio irse.

Estaba sentada en su estudio, donde la cámara de seguridad de la puerta principal enviaba las imágenes a su ordenador. Había instalado la cámara hacía meses, cuando un desfile de visitantes no deseados empezó a acercarse a su casa después de que los titulares dieran notoriedad al caso.

Lo había reconocido, por supuesto. Jurado n.º 5. Era el que se sentaba más cerca de ella en la sala. No le había pasado por alto el hecho de que a él le gustaba observarla. Intentaba ser discreto, pero lo había pillado mirándola como quien no quiere la cosa. Al principio lo había atribuido a la curiosidad, pero ahora se daba cuenta de que se trataba de algo más. Toda su vida había entendido a los hombres mucho mejor de lo que había entendido a las mujeres. Aquel hombre estaba enamorado de ella.

Janine sabía que era atractiva. Los hombres se habían colado por ella desde que iba al instituto en Texas y su cuerpo se desarrollaba con rapidez. Esto era distinto. Desde el asesinato, los hombres le enviaban *e-mails*, propuestas de matrimonio y fotografías de desnudos. Toda clase de hombres: casados y solteros, negros y blancos, viejos y jóvenes, de todo el país. Se había convertido en objeto de fascinación para los acosadores. Y por lo que parecía, uno de esos acosadores había conseguido colarse en el jurado.

Era un hombre corriente. Físicamente, no era ni atractivo ni repulsivo. Si se hubiera cruzado con él por la calle, su mirada lo habría atravesado como si no existiera. En otras circunstancias, la única manera de que un hombre como ese hubiera entrado en su círculo habría sido como paciente..., pero ahora las circunstancias eran distintas.

Se sintió tentada. Lo único que tenía que hacer era abrir la puerta. Llamarlo por el interfono. Invitarlo a entrar en su casa. Podría haberle cogido la mano y haber hecho realidad su fantasía con una noche distinta de cualquiera que él hubiera vivido nunca. Para ella el sexo no significaba nada, pero sabía que para él lo habría significado todo. Por el premio de entregarle su cuerpo, ella habría pedido una sola cosa.

Manipular al jurado.

Él lo habría hecho, además.

En lugar de eso, dejó que se marchara.

Janine sabía que debía llamar a Archie para que excluyeran al jurado n.º 5 del caso con rapidez y discreción, pero no lo hizo. Tal vez fuera su salvación. Se preguntó si un hombre que estaba enamorado de ella podía creer de verdad que era capaz de disparar a su marido a sangre fría.

—Señor Skinner —preguntó Dan después de que el expolicía realizara su juramento —, ¿mantuvo usted una relación sexual con la acusada, Janine Snow?

—Sí, así es.

—¿Cómo empezó esa relación?

—La primavera pasada yo trabajaba como guarda de seguridad a media jornada en el hospital donde ejerce Janine. Acabamos por conocernos. Una cosa llevó a otra.

Nathan Skinner ladeó la cabeza con una leve sonrisa, como si fuera una ley natural que dos personas atractivas acabaran en la cama. Las mujeres del jurado percibirían su magnetismo. Stride se dio cuenta de que Skinner estaba mostrando su mejor perfil. Probablemente Dan le había aconsejado que mantuviera a raya su ego y su arrogancia.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—La relación empezó en mayo y acabó a principios de diciembre.

—¿Quién decidió terminarla? —quiso saber Dan.

—Janine. Creo que Jay se enteró y la obligó a ponerle fin.

Archie Gale se puso en pie.

—Protesto. Especulación.

—Se acepta —decidió el juez Edblad.

—Señor Skinner, ¿se conocían usted y Jay Ferris?

—Sí, pero ninguno de los dos habría dicho que éramos amigos.

—¿Puede explicarlo?

Nathan suspiró, como si la desavenencia no fuera más que un triste episodio de su pasado.

—Antes yo trabajaba en la policía de Duluth. Por desgracia, mientras estaba de vacaciones en Wisconsin Dells la policía local me paró con el coche un día que estaba muy muy borracho. Fue una estupidez. Una estupidez conducir bebido, y una estupidez decir las cosas que le dije a la policía. Utilicé un lenguaje ofensivo y racista del que me arrepiento enormemente. Como he dicho, estaba borracho.

—¿Qué pasó después?

—El señor Ferris recibió una filtración sobre mi arresto, que fue filmado por una cámara del salpicadero del coche patrulla. Escribió una columna al respecto, varias, de hecho, pidiendo que se me expulsara de la policía de Duluth. Al final, perdí mi trabajo.

—¿Cuándo sucedió eso?

—En febrero del año pasado.

—¿Culpa usted al señor Ferris de haber perdido su trabajo? —preguntó Dan.

—En ese momento lo hice, sin duda. Estaba enfadado con él y con el mundo. Incluso intenté pegarle en una discoteca un par de semanas después. Sentía que me estaba usando como chivo expiatorio, pero ¿sabe qué? Tenía razón. Me merecía lo

que me pasó. Como he dicho, fui un imbécil.

Si Nathan estaba actuando, Stride estaba impresionado con su actuación.

—¿Fue su aventura con la acusada un acto de venganza hacia Jay Ferris? —preguntó Dan.

—Supongo que al principio sí. Pero al cabo de un tiempo empezamos a disfrutar de nuestra compañía mutua. Creo que Janine necesitaba a alguien con quien hablar.

—Protesto. Especulación —interrumpió Gale.

—Se acepta.

—Durante su relación, ¿la acusada le contó lo que pensaba de su matrimonio con Jay Ferris?

—Sí, me dijo que quería el divorcio.

—¿Le expresó alguna opinión sobre las posibilidades de conseguirlo?

—Dijo que eso no pasaría nunca.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Dijo que Jay quería poseerla, como si fuera una esclava. Que creía que nunca podría alejarse de él mientras siguiera con vida.

Un murmullo se extendió por la sala del juicio y el juez Edblud ordenó callar al público. Dan esperó.

—Señor Skinner, ¿alguna vez mantuvo una conversación sobre armas con la acusada?

—Sí, le dije que sabía que Jay tenía una pistola.

—¿Cómo lo sabía usted?

—Cuando tuve el altercado con Jay, me la enseñó.

—¿Manifestó la acusada algún tipo de sorpresa al saber que Jay tenía una pistola?

—No.

—¿Le dijo usted algo más al respecto?

—Sí, le dije que debía tener cuidado por si Jay se enteraba de lo nuestro.

Stride esperó a que la bomba cayera y una nueva ola de murmullos se extendiera por la sala. Gale, que sabía exactamente lo que se avecinaba, también esperaba. A Stride le pareció ver el esbozo de una sonrisa en los labios de Dan.

—¿Qué dijo la acusada? —preguntó Dan.

—Dijo que a lo mejor tenía que agenciarse una pistola ella también —contestó Nathan—. Me preguntó cómo podía conseguir una que no estuviese registrada.

Archie Gale se levantó, consciente de que tenía un desastre entre las manos.

—Señor Skinner, ¿cuánto dinero gana en su actual trabajo? —empezó.

—Protesto. No es relevante —interrumpió Dan.

—Señoría, el señor Skinner ha testificado que perdió su trabajo en la policía de Duluth debido a los actos del señor Ferris. Es relevante conocer las consecuencias específicas que esos actos tuvieron en su situación financiera.

—Protesta denegada —anunció el juez Edblad.

—Gano el salario mínimo —explicó Nathan, y parte de su seguridad e indiferencia se transformó en resquemor. No le gustaba que lo humillaran.

—¿Perdió usted la casa por una ejecución hipotecaria debido a la reducción de ingresos? —continuó Gale.

—Sí. —La respuesta pareció un siseo.

—¿Tiene usted una deuda sustancial en la tarjeta de crédito?

—No sé qué quiere decir con sustancial...

—¿Más de quince mil dólares?

—Sí.

—Su situación financiera actual, ¿es directamente atribuible a su expulsión de la policía de Duluth?

—Sí, supongo.

—Entonces ¿es apropiado afirmar que odiaba usted a Jay Ferris por lo que le hizo?

—Me imagino que sí, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Las consecuencias económicas siguen siendo muy reales para usted hoy en día, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ha testificado usted que conoció a la doctora Snow porque trabajaba como guarda de seguridad a tiempo parcial en su hospital, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Solicitó usted que lo asignaran para trabajar en el Saint Anne's?

—No... no lo recuerdo.

—¿Considera que debería llamar a su jefe y reclamar sus registros laborales para confirmarlo? —preguntó Gale.

—Vale. Sí, me enteré de que había un puesto allí y lo solicité.

—¿Por qué?

Nathan se quedó callado.

—Señor Skinner —insistió Gale—, ¿solicitó usted ese puesto con el objetivo específico de seducir a la doctora Snow y tener una aventura con ella?

—Es posible que me pasara por la cabeza —admitió Nathan.

El lenguaje corporal de Janine Snow tras la mesa de su abogado fue elocuente. Destilaba desdén. No costaba ver reacciones similares en el rostro de las mujeres del jurado. Pese a su buena presencia, el atractivo de Nathan Skinner tenía un lado oscuro.

—Señor Skinner, ¿le interrogó la policía poco después del asesinato de Jay Ferris?

—Sí. —Su tono era brusco. Impaciente. Quería acabar rápido y bajar del estrado.

—¿Le dijo algo a la policía en ese momento sobre su aventura con la doctora Snow?

—No.

—¿Creía usted que la policía lo consideraría sospechoso del asesinato de Jay Ferris si se enteraba de que había tenido una aventura con la esposa de la víctima?

—Me imaginé que era sospechoso de todas formas —repuso Nathan, y luego hizo una mueca.

—Muy bien, y como sospechoso, ¿le interesaba desviar la atención de la policía hacia otra persona?

—Yo no hice eso.

—La primera vez que lo interrogaron, ¿declaró a la policía que la doctora Snow le había preguntado cómo podía conseguir una pistola?

—No.

—Solo relató esta historia después de que la doctora Snow informara a la policía de su relación con usted, ¿es así?

—Sí, pero es verdad.

—¿Oyó alguien más la conversación? —preguntó Gale.

—No, aparte de Janine. Ella lo sabe.

—Señor Skinner, ¿puede alguien confirmar su paradero después de las 9.45 de la noche de autos?

—No.

—¿Bebió usted esa noche?

—Yo... sí, supongo que sí.

—¿Cuánto bebió?

—No lo recuerdo.

—¿Tiene usted un revólver, señor Skinner?

—Entregué mi pistola a la policía. La analizaron y estaba limpia.

—¿Es la única pistola que tiene?

—Las analizaron todas. Limpias como una patena.

—¿Cuántas pistolas tiene, señor Skinner?

—Ocho.

—Ocho pistolas —murmuró Gale—. Señor Skinner, ¿declaró usted al teniente Stride que si hubiera cometido el asesinato, se habría limitado a arrojar el arma del crimen a través del hielo? ¿Que la policía nunca la encontraría?

—Sí, se lo dije, pero era una broma...

—Eso es todo, señor Skinner. Gracias.

—Lo he encontrado —anunció Cindy a Stride.

Era tarde, y le sorprendió que ella aún estuviera despierta. Había pasado la mayor parte del día en el juicio y luego se había puesto al día con el trabajo en el sótano del ayuntamiento hasta casi medianoche. Su mujer estaba sentada a la pequeña mesa de la cocina con un portátil abierto frente a ella. La única luz encendida era la de encima del fregadero. Cindy llevaba un camisón e iba descalza. Por las ventanas abiertas de la casa se colaban el calor y la humedad, y Stride percibió el olor a café hecho hacía mucho rato. No lejos de su puerta trasera, un viento intenso hacía rugir el lago como un león.

Stride se sentó frente a ella. Igual que él, tenía casi cuarenta años y, sin embargo, a juzgar por su mirada podría haber tenido diecisiete. Seguía siendo la misma adolescente que había conocido en el instituto. Apenas recordaba cómo era su vida antes de que Cindy entrara en ella. Colegio, universidad, carrera: durante todo ese tiempo, habían estado juntos, ella y él.

—Lo he encontrado —repitió su mujer al tiempo que le pasaba una fotografía por encima de la mesa.

—¿A quién?

—Al tipo del centro comercial.

Stride examinó la fotografía y vio una imagen del público del Maratón de la Abuela, tomada en el centro de Duluth y ampliada para mostrar los detalles. Cindy había rodeado a un hombre con un círculo dibujado con rotulador negro, y Stride acercó la hoja y entornó los ojos al ver el rostro. A pesar del *zoom*, la imagen era clara y nítida. El hombre iba demasiado abrigado para el cálido día de junio con una chaqueta de camuflaje.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Conozco a una fotógrafa que cubrió el maratón. Me he pasado las seis últimas horas escudriñando cada una de sus fotos.

Le pasó la imagen original, antes de haber ampliado al público. La fotografía había sido tomada desde una ventana del segundo piso cerca de la esquina de Lake Avenue y Superior Street, de cara al norte. En el centro se veía un enjambre de corredores que llenaba la calle, maratonianos exultantes y agotados, a tres kilómetros de la meta en Canal Park. Unas veinte filas de público los animaban desde las aceras de ambos lados. Cindy había dibujado una flecha para señalar al hombre en la foto original. Apenas era una figura de palo de pie junto a una farola en un parque separado por ladrillos detrás de la riada de gente.

El público observaba a los corredores.

Él observaba al público.

Stride pasó la mirada de una fotografía a otra.

—¿Estás segura de que es él?

Su mujer asintió.

—No sé si es el tipo de las fotos de Jay, pero definitivamente es al que seguí en el centro comercial. No me cabe duda. No me he olvidado de él, Jonny.

—Lo sé.

Al examinar de nuevo al hombre entendió el aura de violencia reprimida de la que había hablado Cindy. A lo mejor era bravuconería, a lo mejor no. Se fijó en la gente que lo rodeaba y distinguió a una mujer pelirroja y corpulenta sentada en un banco a menos de tres metros de la farola. Llevaba un chaleco fluorescente que la identificaba como miembro de la seguridad de la carrera, pero tenía la cara de espaldas a la cámara.

—¿Lo has encontrado en alguna otro foto? —quiso saber.

—En dos más —contestó Cindy—. No las he imprimido, pero te las puedo mostrar en la pantalla.

Pulsó la pantalla táctil del ordenador y lo empujó sobre la mesa hacia Stride. Él aumentó la fotografía y vio al hombre de camuflaje en su lugar original. La mujer pelirroja se había puesto en pie y los hombros de ambos se rozaban. Estaban hablando y daba la impresión de que se conocían. La cara de ella era claramente visible. Stride no la reconoció, pero el día del maratón había un montón de seguridad privada.

—¿Qué te parece? —dijo Cindy—. ¿Crees que las fotos te ayudarán a encontrarlo?

—A él no lo sé, pero sin duda podremos encontrarla a ella. —Señaló con un dedo a la guarda de seguridad de la fotografía—. Le diré a Maggie que se ponga a ello por la mañana.

—Perfecto —dijo Cindy aliviada.

—¿Estás bien? —preguntó Stride.

—Claro. Nunca he estado mejor.

—Muy inteligente por tu parte —la felicitó él—. Buen trabajo.

Ella no dijo nada, pero él sabía que agradecía el halago.

—¿Vienes a la cama? —preguntó Cindy.

—Enseguida.

—Seguramente ya estaré dormida.

—Está bien. —Y añadió—: Sabes que me tomé en serio lo de este tipo, ¿verdad?

—No, no estaba segura, así que me alegra oírlo.

Él no le soltó la mano.

—El juicio está a punto de acabarse —la informó—. Dan ha presentado hoy el alegato final de la fiscalía. A menos que Janine testifique, probablemente mañana cerrarán el caso.

—¿Crees que testificará?

Stride negó con la cabeza.

—No. Dan no cree que Gale le dé la oportunidad de contrainterrogarla.

—¿Y luego?

—Y luego habrá que esperar a lo que decida el jurado.

Cindy frunció el ceño con la mirada clavada en el hombre del maratón.

—Ojalá pudieras encontrar antes a este hombre.

Maggie comía una McMuffin de salchicha y huevo dentro de su Avalanche, cerca del puerto de The Point. Apenas había amanecido, pero el día de julio prometía ser cálido y luminoso. Como era habitual en ella, solo había dormido unas cuatro horas y había ido a comprar el desayuno al *drive-in*. Si había una parte de la cultura estadounidense a la que Maggie era adicta, era el McDonald's. Nunca se hartaba de las patatas fritas y de las hamburguesas de cuarto de libra, y sin saber cómo nada de todo eso se aposentaba en su cuerpo aññado.

A través de los prismáticos, Maggie espío a Troy Grange, que regresaba al puerto en una Zodiac.

Todos los agentes del orden de Duluth conocían a Troy. Era un hombre de confianza. Con valores. Trabajador incansable. A la gente le caía bien. Podría haber sido policía, pero le gustaba trabajar en el agua o cerca de ella, así que había fichado por la empresa que se encargaba de la seguridad del puerto de Duluth para trabajar como inspector de sanidad y seguridad. Maggie imaginaba que tarde o temprano acabaría por ser el encargado de todo el departamento.

Gracias a su reputación, Troy también tenía un trabajo parcial una vez al año coordinando la seguridad del Maratón de la Abuela. Como resultado, conocía a todo el mundo que trabajaba en seguridad a lo largo de la carrera de cuarenta y dos kilómetros.

Maggie hizo una bola con los envoltorios de papel y bajó de la furgoneta. Troy amarró la Zodiac, la vio y la saludó con la mano, y ella le devolvió el saludo. Él era un par de años mayor que Maggie y solo unos centímetros más alto. En su tiempo libre practicaba el levantamiento de pesas y tenía un cuerpo musculado y fornido. Llevaba la cabeza rapada y con su cara nunca habría podido ocupar la portada desplegable de la revista *GQ*: una nariz tosca y grande, una amplia barbilla doble y mejillas rubicundas que sobresalían de su rostro como un par de bolas de caramelo rojas.

Nadie habría dicho que era guapo, pero a Maggie le despertaba algún sentimiento. Le gustaban los buenos tíos. Stride. Troy. Por lo visto, también le gustaban los casados, porque Troy y su mujer Trisha llevaban cinco años casados y hacía poco habían tenido su primera hija, Emma. Era territorio prohibido. Maggie no dedicaba mucho tiempo a la introspección, pero en ocasiones se preguntaba si estaba condenada a perder la cabeza por hombres que no podía tener.

—Sargento —la saludó Troy mientras bajaba a tierra firme—. Por lo general no suele recibirme un comité de bienvenida.

—Hola, Troy.

Troy, igual que Maggie, era madrugador y recorría la zona de los muelles desde el agua varias mañanas a la semana. Su filosofía de la seguridad era que la mejor manera de solucionar los problemas era asegurarse de que estos no sucedieran.

También le gustaba ver las cosas con sus propios ojos, razón por la cual no delegaba tareas básicas como revisar las instalaciones portuarias.

—Bueno, ¿qué McVeneno has desayunado hoy? —preguntó con una sonrisa—. ¿Tortitas? ¿Uno de esos nuevos McGriddle?

Maggie negó con la cabeza. La gente de Duluth conocía demasiado bien sus rutinas diarias.

—McMuffin de salchicha con huevo, muchas gracias.

—Supongo que no me has traído una —comentó él.

—¿Y arruinar tu cuerpo orgánico? Nunca se me pasaría por la cabeza.

Troy soltó una risita.

—Bueno, a ti no parece afectarte demasiado, sargento.

Ella llevaba dos años pidiéndole que la llamara Maggie, pero Troy siempre se mostraba formal con los policías. Para él era una cuestión de respeto, aunque fueran amigos. Una parte de ella también se preguntaba si no sería una forma de mantener una distancia adicional entre ellos. Le gustaba pensar que su atractivo no pasaba por completo desapercibido.

—¿Cómo están Trisha y Emma? —se interesó.

—Ninguna de las dos duerme demasiado.

—Bueno, dormir está sobrevalorado.

—Es lo que le dije a Trisha —convino Troy—, y luego tuve que agacharme porque me tiró un zapato.

Maggie se rio. Se sacó de un bolsillo trasero una copia de la fotografía que le había dado Stride y se la tendió a Troy.

—Oye, a ver si puedes ayudarnos. Es una foto del público de la maratón. ¿Ves a la pelirroja con el uniforme de seguridad? Esperaba que supieras quién es.

Troy le echó un vistazo y le devolvió la hoja.

—Claro. Jessie Klayman.

—¿Y el que está a su lado? ¿El tipo duro con la chaqueta de camuflaje?

Él volvió a mirar la foto.

—No, lo siento. A él no lo conozco.

—¿Qué me puedes contar de Jessie? —preguntó Maggie.

—Es una trabajadora eventual. Se mudó de Fargo a Duluth hace un año. Allí trabajaba en la seguridad de un centro comercial. La he llamado algunas veces cuando hay un exceso de trabajo de baja prioridad. Nada sensible. Entre tú y yo, no la veo apta para trabajar a tiempo completo. No se puede confiar en ella y si me preguntaran, diría que tiene problemas con el alcohol.

—Parece tener unos cuarenta años —comentó Maggie.

—Sí, más o menos. No he pasado mucho tiempo con ella. Es bastante maja, pero me harta oírle hablar de sus armas.

—¿Armas?

—Sí, es una coleccionista recalcitrante de armas. Se pasa la vida yendo a ferias

por todo el país. A estas alturas debe de tener una armería en casa.

Maggie frunció el ceño.

—¿Incluyendo fusiles de asalto?

—Por supuesto. Siempre presume de esos trastos. Aunque no tiene nada que ver con esa mierda antigubernamental ni con las milicias. No la contrataría si me oliera algo así. Creo que solo es una chiflada de las armas normal y corriente.

—¿Dónde vive? —preguntó Maggie.

—Tiene una casa pequeña en Gary. Seguro que tengo su dirección. —Troy sacó una libreta del bolsillo y pasó las páginas—. Aquí está —dijo, y recitó la calle y el número.

Maggie lo anotó.

—Gracias. Y ¿seguro que no conoces al tío que está con ella?

Troy volvió a mirar la foto, tomándose más tiempo.

—No me resulta conocido, pero sé que Jessie tiene un hijo. Yo diría que se parecen, ¿no? A lo mejor es él.

Al llegar el mediodía, el caso quedó en manos del jurado.

Los alegatos finales habían terminado y, para Howard, no habían sido nada más que una regurgitación de lo que ya había escuchado. El juez les había leído las instrucciones sobre la legislación y les había entregado varios formularios para el veredicto. Un delito de asesinato en segundo grado: culpable o inocente. Ya no había más testigos, ni más abogados ni más pruebas, solo ellos doce juntos en la sala del jurado. Doce desconocidos.

Howard se sentó a la mesa de reuniones, nervioso. La sala no era más que un espacio anodino para reunirse contiguo a la sala de vistas. Las doce sillas apenas cabían alrededor de la mesa. Había un sofá de cuero y un armario con una minivera, un microondas y una cafetera. Un reloj anticuado encima del microondas señalaba el paso de los minutos.

Se dio cuenta de que no querían que el jurado se sintiera demasiado cómodo. Haced vuestro trabajo, tomad una decisión y marchaos a casa.

La mujer negra que se había sentado a su lado durante el juicio volvió a escoger una silla junto a él. Cada día llevaba un traje pantalón distinto. El de aquel día era color crema, con encaje en las solapas. Ella fue la primera en hablar:

—Vayamos presentándonos uno por uno, ¿os parece?

Así lo hicieron. Algunos solo dieron su nombre, otros explicaron cómo se ganaban la vida. La mujer con el traje pantalón dijo que se llamaba Eleanor, trabajaba de secretaria en el pequeño despacho de un contable y tenía tres hijos. Desprendía un aire de tranquilidad, cordial pero directo. Tenía manchas en la piel negra, y el pelo corto y aseado.

—Tenemos que elegir a un presidente —anunció un hombre al otro extremo de la mesa una vez acabaron con las presentaciones.

Howard trató de recordar su nombre; creía que era Bruce. Era el único jurado que llevaba corbata y había hecho hincapié en alardear que era el encargado de un hotel del centro. Tenía más de sesenta años, lucía bigote canoso y emparrado en la cabeza.

—Bueno —dijo Eleanor—, ¿quién tiene ganas de ser el presidente? Tal vez deberíamos empezar por ahí.

Bruce alzó la mano de inmediato. Eleanor contempló al hombre con gesto pensativo y luego levantó la mano ella también. Se quedaron los dos solos. Nadie más se ofreció voluntario. Eleanor propuso que cada uno de ellos explicara cómo podía ayudar el presidente al grupo; Bruce habló de su experiencia como encargado, mientras que Eleanor se limitó a decir que quería respetar el proceso y entregar un veredicto justo.

Fueron pasando una hoja de papel por la mesa de conferencias y una vez hubieron votado todos, Eleanor fue nombrada presidenta por diez votos a dos. Bruce no pareció muy contento con el resultado.

—Tenemos que responder cuatro preguntas —les recordó Eleanor al comenzar las deliberaciones—. Creo que tres de ellas son fáciles de decidir. Votemos si el estado ha demostrado que Jay Ferris está muerto.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Y votemos también si la muerte tuvo lugar en el condado de Saint Louis, en el estado de Minnesota.

El mismo resultado.

—Por último, y si alguno de vosotros está en desacuerdo podemos posponer esta cuestión, votemos si quien disparó a Jay lo hizo con el propósito de asesinarlo. Mi opinión es que si apuntas a alguien a la cabeza con una pistola y aprietas el gatillo, tu intencionalidad está bastante clara. Pero es solo lo que pienso yo.

Votaron, y todos coincidieron en que la intencionalidad había quedado establecida.

—Vamos progresando —declaró Eleanor con una sonrisa—. Eso nos deja una sola cuestión, y es la más importante. Tenemos que decidir si el estado ha demostrado más allá de cualquier duda razonable que Janine Snow ocasionó la muerte a Jay Ferris. Creo que es importante que repasemos meticulosamente todas las pruebas sin tener en cuenta lo que cada uno crea en este momento en concreto. ¿De acuerdo? También considero de utilidad que compartamos nuestra opinión preliminar, reconociendo que nuestra opinión puede cambiar al analizar los hechos. ¿Sí?

Howard notó como su cuerpo se tensaba y el sudor se acumulaba en su nuca. Aquel era el momento que había anticipado, pero no tenía ni idea de qué decir.

Duda razonable. El juez les había dicho: «La duda razonable es lo que su propio nombre indica. Es una duda basada en la razón y el sentido común. El estado no tiene que probar su caso más allá de cualquier duda. En la mayoría de las cosas de la vida, siempre existe alguna duda».

—Vayamos uno por uno —indicó Eleanor, y les pidió que contestaran sí o no.

Sí si creían que el estado había probado su caso. Sí si estaban dispuestos a declarar a Janine Snow culpable de asesinato.

El jurado sentado al otro lado de Eleanor fue el primero en contestar.

—Sí.

—Sí —se sumó otro.

Uno declinó responder, igual que el siguiente. Luego:

—Sí.

—Sí.

Howard contempló sus caras. Hacían que pareciera muy sencillo. Habían estado sentados en la misma sala de vistas que él y ya tenían claro el caso. Habían mirado el rostro de Janine y habían visto en él a una asesina.

—Sí.

—Sí.

«No se dejen influir por las emociones o la pasión —había dicho el juez—. Tan

solo deben prestar atención a los hechos del caso».

—Sí.

—Sí.

Le llegó a Howard el turno de votar. Ni una sola persona había votado que no. Ni una sola persona había expresado sus dudas. Solo dos jurados se habían negado a votar abiertamente y el resto ya había tomado su decisión.

Culpable.

—No... no estoy seguro —dijo Howard—. Supongo que tengo que decir que no.

Se hizo un silencio en la habitación. Howard advirtió que todas las miradas se fijaban en él y se le arreboló la piel por la vergüenza. ¿Acaso lo sabían? ¿Sabían lo que sentía por Janine? «No se dejen influir por las emociones o la pasión».

—Muy bien —dijo Eleanor—. Yo voto que sí. Howard, ¿podrías explicarnos qué dudas tienes? Eso nos ayudaría a sopesar las pruebas.

Howard trató de ordenar sus pensamientos. Sí, tenía dudas. ¿Eran dudas razonables? No lo sabía. Una parte de él quería creer que era imposible que Janine hubiera apretado el gatillo. Una parte de él quería salvarla. Otra parte de él, la parte fría, oía la voz de Carol meses atrás: «Ha sido ella».

—No han demostrado que Janine disparara una pistola —señaló Howard—. Ni siquiera que tuviera una.

—¿Janine? —recalcó mordazmente el encargado de hotel, Bruce.

Howard se ruborizó.

—La acusada.

—Creo que deberíamos llamarla doctora Snow —propuso Eleanor—. Es la acusada, pero también es un ser humano y estamos decidiendo cómo va a pasar el resto de su vida. Será mejor que no lo olvidemos.

—No han podido demostrar que la «doctora Snow» disparara una pistola porque se duchó —replicó Bruce—. Qué oportuno, ¿no? Mira por dónde hizo lo único que podía borrar las pruebas de que había disparado un arma.

Varios miembros del jurado gruñeron por lo bajo en señal de asentimiento.

—Además, vimos una foto en la que salía disparando una pistola —intervino otra mujer—. Para mí, eso es significativo. O bien te van las armas o no. Yo no tengo ni idea de cómo disparar una pistola. La doctora Snow sí sabía.

—Nathan Skinner también testificó que la doctora Snow le preguntó cómo podía hacerse con una pistola —señaló Bruce—. En el mercado negro.

—Es cierto, pero ¿podemos creer a Nathan Skinner? —preguntó Eleanor—. Es un testigo importante. ¿Qué opináis de su credibilidad?

—Es una sabandija —dijo una mujer.

—Una sabandija guapa —añadió otra.

—A lo mejor Skinner mató a Ferris —sugirió Howard—. A lo mejor quiere inculpar a la doctora Snow.

Bruce meneó la cabeza.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué? —preguntó Howard—. Skinner no tiene coartada para la hora del asesinato.

—Hemos visto los registros del teléfono —repuso Bruce—. Desde principios de diciembre hasta el 28 de enero, Skinner no llamó a la doctora. No llamó a Ferris. Y ellos no lo llamaron a él. No existió ningún tipo de contacto. Y así de repente, siete semanas después de que la doctora Snow rompa con Skinner, ¿él se presenta en su casa con una pistola? No lo veo. Además, hemos oído el testimonio del bombón de la repartidora, que ha dicho que Skinner estaba en su apartamento la noche del crimen, enfermo y vomitando, viendo el partido entre los Wild y los Ducks, que empezaba a las nueve. ¿Qué crees? ¿Que antes del tercer cuarto de repente se le metió en la cabeza coger el coche, ir a casa de Ferris y pegarle un tiro en la cabeza? Lo siento, no cuela.

Howard no dijo nada. El resto de miembros del jurado asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero ¿y lo que dijo Skinner acerca de que la doctora Snow le pidió que le consiguiera una pistola? —preguntó Eleanor—. Diría que eso no me lo creo. Eran amantes. Sinceramente, si ella quería una pistola, él se la habría conseguido. Y no lo hizo.

Bruce hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Sí. Sí, supongo que en eso estoy de acuerdo.

—Vamos a centrarnos en lo que sí sabemos —continuó Eleanor—. En su declaración a la policía, la doctora Snow admitió que estaba en casa cuando se cometió el asesinato. Admitió que había discutido con su marido, cosa que confirmó el testimonio de Cindy Stride. La señora Stride también testificó que la doctora Snow quería divorciarse, pero no podía porque se sentía atrapada.

—Que se sintiera atrapada no quiere decir que asesinara a su marido —insistió Howard.

—¡Es una yonqui de las pastillas! —vociferó Bruce—. Ferris usaba eso para amenazarla. ¡Claro que estaba atrapada! Y solo tenía una manera de escapar. ¡Bang!

Volvió a hacerse el silencio. Los doce se miraron unos a otros y Howard notó como al final todos lo miraban a él. El hombre que tenía dudas. El único que no estaba preparado para lanzar a Janine a la hoguera.

Stride detuvo el coche en el camino de grava de la casa de Jessie Klayman, en la ciudad de Gary. Se hallaba en Dickson Street, cerca del final de la calle. Era una casa de un solo piso, con un garaje independiente y unos escalones de madera que llevaban a la puerta principal. El gran patio estaba cubierto en su mayor parte de matorrales y malas hierbas, y en la zona de atrás, el terreno lindaba con una hilera de árboles. Vio dos coches en el camino, un Dodge Neon verde y un Pontiac Firebird oxidado.

Stride salió por un lado de su Bronco y Maggie bajó por el otro.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó ella señalando calle Ciento ocho abajo—. Si giras a la izquierda allí y otra vez a la izquierda en Becks...

—Ely's Peak —terminó él.

—Sí.

Stride examinó la pequeña vivienda. Había subido caminos de entrada corrientes hasta casas corrientes demasiadas veces para tomárselo a la ligera. El exterior nunca reflejaba lo que sucedía en el interior.

—Mantente alerta —le pidió a Maggie.

Se dirigieron a la puerta principal, donde él llamó al timbre y oyó la melodía. Pasaron treinta segundos antes de que una mujer acudiera. Abrió la puerta con mosquitera y sonrió, aunque su mirada era recelosa. Si esa mujer trabajaba en seguridad, sabía reconocer a un policía cuando lo veía.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó.

Su voz tenía el gorjeo sobreexcitado de un pájaro al amanecer.

—¿Es usted Jessie Klayman? —preguntó Stride. Al ver que la mujer asentía, continuó—: Me llamo Jonathan Stride y esta es Maggie Bei. Somos de la policía de Duluth.

Le mostró su placa, aunque ella apenas la miró.

—Sí, me lo he imaginado —contestó la mujer, que se alisó el pelo teñido de pelirrojo con unas uñas pintadas de rojo. Era rolliza y baja, y llevaba una camiseta ceñida de los Twins y unos *shorts* tejanos—. ¿Qué desean?

—Nos gustaría hacerle un par de preguntas. ¿Podemos pasar?

—Sí, supongo que sí.

Les indicó que pasaran a la sala con un gesto. En el televisor atronaba un concurso. La habitación olía a cerveza, igual que el aliento de Jessie. Stride vio la cocina contigua a la sala, donde los platos sucios se mezclaban con latas de Budweiser vacías. No había aire acondicionado y el ambiente estancado del interior en sombra de la sala era caluroso.

—Formó usted parte del equipo de seguridad durante la maratón del mes pasado, ¿verdad? —preguntó Maggie.

—Sí.

—Estamos tratando de identificar al hombre que está a su lado en esta imagen.

Jessie cogió la fotografía que le tendía Maggie con dos gruesos dedos. La falsa sonrisa de su rostro flaqueó.

—¿Por qué lo buscan?

—¿Lo conoce? —quiso saber Stride.

—¿Ha hecho algo?

—Señora Klayman, ¿es su hijo? —preguntó Maggie—. A Troy Grange le parece que sí lo es.

La mujer se sentó en el viejo sofá. Sobre la mesita de centro, frente a ella, había una bolsa vacía de Doritos.

—Vale, sí, es Ross. ¿Y qué?

—¿Está aquí? —preguntó Stride.

—No.

Stride echó un vistazo al pasillo que llevaba a los dormitorios.

—¿Su hijo vive con usted?

—Sí. ¿De qué va todo esto?

—Solo nos gustaría hablar con él. ¿Sabe cuándo volverá?

—No, ha salido a dar un paseo. ¿Creen que Ross ha hecho algo malo? Porque no es así. Es un gran chico.

Maggie extrajo otra fotografía de su bolsillo. Correspondía a una imagen borrosa tomada por Ferris cerca de Ely's Peak en la que se veía a un hombre vestido de camuflaje apuntando con un fusil de asalto.

—¿Qué me dice de esta fotografía? —preguntó—. ¿También es Ross?

Jessie la observó detenidamente.

—No lo sé; no distingo la cara.

—¿Tienen usted o Ross un fusil como este?

Ella se encogió de hombros.

—Tenemos armas. Son todas legales.

—¿Incluido un fusil Bushmaster? —insistió Maggie.

—Sí, ¿y qué? Ya le he dicho que todas son legales.

—¿Qué me dice de pistolas?

—Sí, tenemos algunas. Claro. Supongo que no tengo que recordarles la Segunda Enmienda, ¿no? Una persona tendría que estar chalada para no llevar un arma hoy en día. Sin ánimo de ofender a la policía, pero no puedo esperar a que un coche patrulla acuda a paso de tortuga si alguien asalta mi casa.

—¿Le importa que echemos un vistazo al cuarto de Ross? —preguntó Maggie.

Jessie cruzó los brazos sobre su generoso pecho. El gorjeo de su voz se volvió más agudo.

—De hecho, sí que me importa. Entran aquí y me hacen todas estas preguntas sobre mi hijo, pero no me cuentan qué es lo que pasa.

Stride intercambió una mirada con Maggie.

—Bien, muchas gracias por su tiempo, señora Klayman. Le agradeceríamos que Ross o usted nos llamaran en cuanto él vuelva. Tenemos que hablar con él en persona.

Ella se encogió de hombros.

—Vale, pero será una pérdida de tiempo. No ha hecho nada.

Stride y Maggie salieron de la pequeña casa y volvieron al Bronco. Él encendió el motor y una canción de Sara Evans empezó a sonar en el reproductor. «Born to Fly». Puso el cambio de marchas en la posición de desahuyar pero mantuvo el pie sobre el pedal del freno.

—¿Crees que se trata del mismo tío? —le preguntó Maggie—. ¿Que Jay vio a Ross Klayman en Ely's Peak?

—Es probable, pero no creo que podamos demostrarlo. No tenemos suficientes datos para conseguir una orden de registro y analizar sus armas.

—El jurado ya ha salido. ¿Tenemos que contarle todo esto a Dan?

—Sí, se lo explicaré yo, por si sirve de algo —dijo Stride—. Que decida él si quiere contárselo a Gale. No creo que esto cambie nada con respecto al caso.

Maggie contempló la casa; Jessie permanecía de pie en la puerta, observándolos. Cuando la mujer se dio la vuelta, Maggie se puso las gafas de sol.

—¿Este caso no te despierta ninguna duda, jefe?

—¿De qué, de que Janine mató a Jay? —preguntó Stride—. No.

—¿Ninguna?

—Ninguna duda razonable —respondió él—. Eso es lo único que importa.

Una hora después, Jessie dio un respingo al notar una mano que le hacía cosquillas en la nuca. Al volverse, vio a Ross de pie detrás del sofá. Tenía los labios curvados en una sonrisa. Siempre la pillaba por sorpresa.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó ella.

—Lo siento.

Llevaba un gorro militar, con el ala bajada, y gafas envolventes. Una camiseta de tirantes negra dejaba al descubierto sus hombros y sus delgados brazos, con el tatuaje de un esqueleto vestido con ropa de combate. La piel le brillaba por el sudor provocado por el caluroso día, y olía a pino. Llevaba pantalones de camuflaje y botas pesadas de senderismo.

Jessie volvió a concentrarse en el concurso.

—Ha venido la policía preguntando por ti —lo informó.

Ross no dijo nada. Ella se volvió y vio que su hijo la miraba detrás de las gafas de sol. La sonrisa había desaparecido. Su boca no tenía ninguna expresión. Una sacudida recorrió los huesos de Ross.

—¿Me has oído? —dijo ella—. La policía ha preguntado por ti.

—Te he oído. ¿Qué querían?

—No lo sé; no lo han dicho.

—¿Qué les has contado? —quiso saber él.

Ella detectó el tono acusador en su voz, cosa que la irritó.

—¿Qué crees que les he contado? Nada. Les he dicho que nos dejaran en paz.

Ross se acercó a la ventana de la sala y apartó la cortina para contemplar la calle desierta. Lo hacía a menudo, como si esperara a alguien que nunca se presentaba. Oyó el ruido ahogado del motor de un cortacésped en el vecindario. Un típico día de verano.

—Seguro que no es nada —continuó ella—. Alguien debió de verte practicando con el Bushmaster y se asustó.

—¿Eso han dicho? —preguntó él dándole la espalda.

—Tenían una foto tuya con un fusil. Estaba borrosa, así que les he dicho que podía ser cualquiera. Aunque eras tú.

Jessie se levantó del sofá. En el televisor pasaban los créditos del concurso. No estaba segura de por qué lo miraba; solo salía gente que ganaba dinero por saber estupideces. Una vez ella había intentado ir a uno, pero no habían contestado a su carta. No importaba. Tenían dinero suficiente para vivir.

Jessie se acercó a su hijo, lo rodeó con los brazos por la cintura y apoyó la cabeza en su espalda.

—Estás muy tenso —observó.

Él no dijo nada.

—Voy a ducharme —le informó ella—. Una ducha fría. Hace mucho calor.

Él siguió sin contestar y ella no se soltó.

—¿Me quieres? —preguntó.

Pasó un buen rato, pero al final él contestó:

—Sí.

Era todo cuanto necesitaba oír.

La votación estaba once a uno.

Ahora ya se habían manifestado todos, incluidos los dos jurados que al principio se habían mostrado indecisos. Howard era el único disidente. Habían deliberado durante tres horas. Él empezaba a detectar la impaciencia en sus rostros, sobre todo en el de Bruce, que se comportaba como si Howard se interpusiera entre él y una cena de entrecot con una botella de vino. Eleanor, la presidenta, permanecía tranquila mientras el resto gruñía.

—Dudas razonables —dijo, insistiendo en lo que ya habían repasado varias veces—. Howard, entiendes que es algo diferente de no tener ninguna duda, ¿verdad? Eso es lo que nos ha dicho el juez.

—He oído lo que nos ha dicho —replicó Howard—. Y lo entiendo.

—Nadie te pide que cambies de opinión solo porque nosotros opinemos otra cosa —continuó ella—. La decisión es tuya, pero quiero asegurarme de que todos analizamos las pruebas partiendo de los mismos criterios.

Howard hizo rodar en círculos su vaso de agua sobre la mesa de madera. Tenía la vista baja.

—Es solo que no estoy convencido. No lo veo igual que vosotros.

Se levantó y se acercó a la solitaria ventana de la sala del jurado, desde la que se veía la ciudad. No quería estar sentado con el resto. Se sentía aislado y el hecho de estar solo lo volvía más testarudo. Ellos no podían decirle qué debía votar. No podían convencerle de que la hermosa mujer cuyo rostro ocupaba siempre su cabeza había cogido una pistola y le había atravesado el cerebro a su marido con una bala.

Janine era incapaz de hacer algo así.

—¿Howard? —lo llamó Eleanor—. Deja que te haga un par de preguntas, ¿vale? Quiero entender cómo lo estás enfocando.

—Muy bien.

—¿Crees que la doctora Snow se sentía atrapada en su matrimonio y no veía forma de escapar? —le preguntó Eleanor.

—¡Mucha gente es infeliz en su matrimonio! —soltó Howard—. Y no cogen una pistola y disparan a su cónyuge. Las cosas no funcionan así. La gente se divorcia, o lo acepta, ¿sabes?

Bruce abrió la boca, pero Eleanor levantó la mano rápidamente para acallarlo.

—Howard, sí, claro, eso es cierto. La mayoría de la gente que no es feliz con su matrimonio no dispara a su marido o a su mujer. Pero recuerda: Jay Ferris está muerto. Alguien le disparó. Y mi pregunta era: ¿crees que la doctora Snow se sentía atrapada en su matrimonio? ¿El estado lo ha establecido a tu entera satisfacción?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, sí. No es eso lo que discuto.

—Vale. ¿Crees también que Jay Ferris tenía amenazada a la doctora Snow por su

adicción a los analgésicos con receta médica?

Howard recordó la columna del periódico. Holly. Los calmantes con receta del apartamento. Imaginó la presión a la que Janine se había visto sometida. Como cirujana. Como esposa. Sin ningún lugar al que acudir, al que huir, excepto las drogas. Él había tomado morfina una vez, después de que le extrajeran el apéndice cuando era adolescente. Conocía su capacidad de atracción, la forma en que hacía que todo tu cuerpo flotara sobre una nube.

—Sí, creo que sí.

—El hermano de Jay testificó que este no tenía intención de concederle el divorcio a la doctora Snow. ¿Le crees?

Jay Ferris. Menudo hijo de puta. Jugar con su mujer como un niño juega con una mosca metida en un frasco.

—Sí —contestó Howard con brusquedad.

—Pues reflexionemos sobre ello —propuso Eleanor con calma—. La doctora Snow quería terminar con su matrimonio, pero su marido no iba a permitir que lo hiciera. Él conocía un secreto que habría destruido su vida y su carrera. Estés o no convencido de que ella lo mató, ¿crees que tenía un motivo para matarlo? ¿Que en algún lugar de su cerebro, podría haber visto la muerte de Jay como una solución a su problema?

Qué sola debía de haberse sentido, pensó Howard. Tenerlo todo y al mismo tiempo no tener nada. Si Jay vivía, ella permanecería encerrada en una jaula. Si Jay desaparecía, ella sería libre.

—De acuerdo, es probable que sí —reconoció Howard.

—Muy bien. Es un gran paso para nosotros, creer que una cirujana de talento y de éxito como la doctora Snow podría haberse sentido tan desesperada que incluso se le ocurriera que la muerte de su marido era preferible a la vida que vivía. Pero todos estamos de acuerdo en ello. Tú incluido, Howard. ¿Es así?

Él miró por la ventana, pero asintió con la cabeza.

—Bien, si todos coincidimos en eso, pensemos ahora en la noche en que mataron a Jay. Sabemos que la doctora Snow se encontraba en la casa. Sabemos que su marido y ella discutieron. Minutos después, él estaba muerto. El estado nos pide que vayamos un paso más allá y creamos que la doctora Snow lo mató. Quizá lo planeó, quizá perdió el control durante la discusión; no lo sabemos. Quizá compró una pistola, quizá sabía dónde guardaba su marido la suya; no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que estaban juntos, que discutieron y que Jay Ferris acabó muerto de un disparo en la cabeza. Howard, ¿estás de acuerdo en eso?

—Sí, pero yo...

Eleanor lo interrumpió con una sonrisa.

—Espera. Sigue un momento mi argumento. Nadie discute que Jay Ferris esté muerto, así que pensemos qué es lo que tenemos que creer sobre esa noche para concluir que no hay suficientes pruebas de que la doctora Snow lo matara, ¿de

acuerdo? Tenemos que creer que otra persona eligió la misma noche con niebla y con las calles resbaladizas para entrar en la casa de la colina. Si era alguien decidido a robar, como sostiene la doctora Snow, entonces tenemos que creer que vio las luces encendidas y un coche en el garaje y, aun así, decidió seguir adelante con su plan. Tenemos que creer que llamó a la puerta o al timbre, puesto que la entrada no estaba forzada, y que Jay Ferris le dejó entrar. Luego esta persona disparó a Ferris en la cabeza, bajó las escaleras sin dejar rastro de suciedad o restos en la casa, encontró las joyas en el dormitorio, las cogió, volvió arriba y se marchó. Tenemos que creer que todo esto sucedió en el lapso de tiempo exacto durante el que la doctora Snow estuvo en la ducha. También tenemos que creer que quienquiera que lo hizo decidió o bien deshacerse de las joyas a pesar de haber cometido un asesinato para conseguirlas o bien que de alguna manera vendió esas joyas caras e inconfundibles sin que esas ventas hayan salido a la luz. ¿Es así? Howard, ¿he dicho algo con lo que no estés de acuerdo?

Él se encogió de hombros. Planteado así parecía ridículo, pero Eleanor tenía razón.

—No, todo es verdad.

—Muy bien. La pregunta que te hago, Howard, es la siguiente: ¿crees que existe una teoría razonable de lo que pudo suceder? Sí, cualquier cosa es posible, pero ¿se trata de una alternativa razonable en ausencia de pruebas? Porque nosotros vemos el caso de forma diferente. Nosotros vemos a una mujer de éxito con un terrible secreto. Está sola en casa con su marido, que la mantiene atrapada en un matrimonio del que ella quiere liberarse. Discuten y ella le dispara. Luego se ducha y lava la ropa para destruir las pruebas, coge la pistola y algunas joyas y las esconde para que parezca un robo. Esto es lo que creemos que demuestran las pruebas, Howard. Once de nosotros creemos que no existen dudas razonables de que sea eso lo que ocurrió en realidad.

Howard volvió a la mesa del jurado y se sentó. Cogió el vaso de agua y bebió hasta vaciarlo.

—¿Qué pasa con el Rav4? —preguntó.

—El testimonio de la persona que vio el coche no es de fiar respecto a la hora y el lugar —señaló Eleanor—. Es difícil tomarse la historia al pie de la letra. Y seamos serios, ¿un coche aparcado en una calle cercana? ¿Es eso suficiente para generar dudas?

—Había un hombre con un arma —añadió Howard—. Ferris le hizo unas fotos en el parque y escribió sobre él.

Eleanor asintió.

—Es cierto, pero está claro que Ferris no llegó a saber quién era ese hombre. Ya había denunciado el incidente a la policía. Nada indica que volviera a verlo. ¿Por qué de repente se le iba a meter a esta persona en la cabeza que tenía que matar a Jay Ferris? Y la verdad, Howard, ¿no te parece mucha coincidencia que todo ocurriera durante el lapso de tiempo exacto que la doctora Snow estuvo en la ducha y no podía

oír nada?

Howard deseaba darle una respuesta. Quería seguir defendiendo a Janine. Carol tenía razón: fantaseaba con salvarla. Llevaba meses contemplando su rostro en la pantalla del ordenador, hasta el punto de haber memorizado cada rasgo de sus ojos, su pelo y su piel. Ella le emocionaba, le interesaba y le excitaba de una manera que no había hecho ninguna otra mujer. Y ahora ella lo necesitaba. Necesitaba que continuara mostrándose fuerte frente a aquellas once personas que estaban dispuestas a condenarla. Necesitaba que él mantuviera la fe en que las pruebas no eran lo que parecían.

Dudas.

Aunque ¿eran realmente dudas?

Contempló los hechos que veían los demás y supo la verdad. Sí, Janine lo había hecho. Él se agarraba a cualquier razón para creer lo contrario, pero había sido ella. Aun así, ¿sería capaz de ser él quien la condenara? Ella se merecía algo mejor que Jay Ferris. Era una heroína. Alguien que salvaba vidas. Una mujer hermosa. Si no había visto otra manera de escapar de aquel hombre despreciable, ¿podía considerarlo un verdadero crimen?

Una vez el jurado fallara, les preguntarían uno a uno cuál había sido su veredicto. Siempre lo hacían. Howard se vería obligado a pronunciarlo en voz alta. Tendría que hacerlo en presencia de ella y entonces ella sabría que la había traicionado.

¿Era capaz de hacerlo?

Eleanor lo observaba, igual que el resto. Era como si ella pudiera ver las placas tectónicas que se desplazaban por su cabeza.

—Hagamos otra votación —propuso la mujer en voz baja—. Culpable o inocente.

Y eso hicieron. Howard escuchó todas las voces, de hombre y de mujer, de jóvenes y mayores. Culpable. Culpable. Culpable. Fueron avanzando alrededor de la mesa y cada uno anunció su decisión, sin duda ni vacilación. No les agobiaba lo que le estaban haciendo a Janine. No les avergonzaba pensar que una mujer se viera en aquella situación por culpa de un mal hombre.

Culpable.

Culpable.

Igual que las otras veces, le llegó el turno a él. Permaneció sentado en silencio, mientras los demás aguardaban. Trató de abrir la boca, pero a pesar del agua, la tenía seca. La voz no le salía de la garganta. Le pareció que el mundo empezaba a dar vueltas y tuvo náuseas.

—¿Howard? —lo instó Eleanor.

Tenía que decir algo. Culpable o inocente.

Vio la cara de Janine. Sus ojos azules. La curva de sus labios. Solo una persona se interponía entre ella y su destino. Él. Él y su fuerza. Si se doblegaba, no quedaría nadie.

Eleanor lo miró a los ojos.

—¿Howard?

El centro comercial Miller Hill era un hervidero.

Era una tarde de verano. El sol ardiente se colaba por las claraboyas y proyectaba reflejos anaranjados sobre las frías baldosas cuadradas. Cindy oyó cantar a Rick Springfield por los altavoces, aunque las risas juveniles ahogaban la música. La zona de restaurantes estaba abarrotada de adolescentes. Las chicas soltaban risitas y gritos. Los chicos chillaban con sus voces recién adquiridas. Corrían y se perseguían alrededor de su mesa.

Había mucha gente. Duluth era una ciudad pequeña, pero a ella siempre le había parecido concurrida. Siempre se había sentido a gusto entre las multitudes, pero últimamente había descubierto el placer de los espacios remotos y vacíos. Alaska era así. Jonny y ella habían sobrevolado glaciares y bosques donde no había ningún rastro humano, solo miles de kilómetros sin civilización, prístinos e inmaculados. Igual que las zonas salvajes canadienses que quedaban al norte, eran los animales y la tierra los amos de aquel territorio, no los hombres. La soledad y la extensión del lugar la hacían sentirse pequeña, pero a veces era bueno sentirse así. No le importaba ser pequeña.

Le llegó el olor a palomitas dulces mezclado con el ajo de la salsa de tomate y el dulzor del pan recién horneado. El aire acondicionado no podía competir con el calor del día, y Cindy tenía calor vestida con su blusa roja de manga larga y unos tejanos. Su melena morena era como un abrigo por encima de sus hombros, así que se la apartó.

Era incapaz de tragarse su plato de comida china. Iba picando, pero no tenía apetito. Dio un trago a la botella de plástico de Aquafina.

No podía dejar de pensar en Janine. No envidiaba a su amiga su debilidad como ser humano. Había personas que se enfrentaban a la presión tomando pastillas. Otras bebían. Otras sencillamente no se enfrentaban a ella. Al final, todo era lo mismo. Lo triste era saber que Janine tenía un don y que ahora este se desperdiciaría. Recordó a la madre joven con su hijo que había conocido en la consulta de Janine, un niño con una cicatriz quirúrgica en el pecho y un futuro gracias a lo que Janine había hecho por él. La suya era una historia más entre cientos de pacientes que le debían la vida.

Pero ¿cómo afectaba a una persona saber que la gente vivía o moría debido a ella? Cindy sabía cómo había afectado a Janine. La había convertido en una adicta. Y tal vez también en una asesina. Había sentido tantos celos del aplomo Janine que no se había percatado de cuántas grietas surcaban a la reina de hielo.

Acabó mirando a los jóvenes del centro comercial. Siempre la hacían sonreír. Cada generación debía cometer los mismos errores, equivocarse antes de hacer lo correcto. Todos metían la pata, inocentes, felices, ingenuos. Vio a un chico y una chica en una mesa cercana. Ambos parecían tener unos dieciséis años. No cabía duda de que salían juntos. Compartían un Blizzard de Dairy Queen con dos cucharitas y se

inclinaron hacia delante para besarse.

Eran como Jonny y ella mucho tiempo atrás. Dos adolescentes enamorados. Cindy intentó que no se notara mucho que los estaba observando, pero había algo en la dulzura con que se preocupaban el uno por el otro que hacía difícil apartar la vista. Miradas soñadoras. Susurros. Caricias.

El chico miró su reloj y emitió un sonido parecido a «¡Oh, no!». Tenía que marcharse. Se colgó la mochila al hombro, volvió a besar a la chica, la besó varias veces más y luego echó a correr hacia la salida mientras se despedía con la mano. Desapareció en el aparcamiento. La chica se quedó sola, y seguro que ya lo echaba de menos. Tal vez su relación durara, tal vez no. Podía ser un romance de verano o, como en el caso de Jonny y Cindy, algo para toda la vida.

Se preguntó cómo se llamaría la chica y, justo en ese momento, otra adolescente la llamó y la saludó con la mano.

—¡Eh, Laura!

Laura. El nombre de su hermana. El destino siempre jugaba pequeñas bromas como aquella.

Laura, la chica del centro comercial, tenía el pelo castaño dorado y con flequillo. La forma de sus ojos hizo pensar a Cindy que tenía sangre asiática. Llevaba una camiseta blanca que se deslizaba por su piel y dejaba al descubierto un hombro escuálido. Su pintalabios era rosa pálido. Hizo girar un anillo barato en su dedo y Cindy supuso que el chico se lo había regalado. Laura sacó un libro del bolso y se puso a leer. Uno de Harry Potter; era la última moda. Laura se metió un chicle en la boca mientras leía, lo mascó, hizo un globo, lo hizo estallar. Al percatarse de que Cindy la miraba, le dedicó una sonrisa amplia y radiante, y Cindy se la devolvió.

Uno veía a gente y luego no volvía a verla nunca más. Que te vaya bien la vida, Laura.

Mientras contemplaba a la joven, Cindy decidió que llevaba demasiado tiempo evitando algo. Cogió el móvil, marcó y se tapó un oído con la mano. Steve Garske era su médico y esperaba que se pusiera la enfermera, pero contestó él mismo. Steve y Jonny eran viejos amigos. Alto, desgarbado, adorable, un guitarrista extraordinario. Su clínica era pequeña y, si no tenía pacientes, atendía él mismo el teléfono.

—Necesito que me des hora, Steve —le pidió Cindy.

—¿Pretendes que me las apañe yo solo con mi calendario? —preguntó Steve consternado—. Vale, espera un momento. ¿Te va bien la semana que viene? ¿El jueves?

—Perfecto.

Cindy anotó el día y la hora y se sintió mejor.

—¿Va todo bien? —preguntó entonces Steve.

Si todo iba bien uno contestaba enseguida, y al ver que ella no lo hacía el tono de Steve bajó una octava.

—¿Cin?

—No... no lo sé.

—Cuéntame qué te pasa.

—Bueno, a veces siento un dolor. —Bajó la voz y puso una mano delante de su boca—. Un dolor muy intenso entre las piernas. También he tenido náuseas. Y vomito.

—¿Desde cuándo?

—Desde el invierno.

Cindy esperó a que él la sermoneara. «¿Y ahora me llamas? ¿Has dejado pasar el tiempo y no has hecho nada?». No hacía falta que la reprendiera, porque ella ya se lo había dicho todo a sí misma.

—Bueno, nos vemos dentro de unos días —dijo él—. Te echaremos un vistazo.

—Gracias. Ni una palabra a Jonny, ¿vale?

—Por supuesto.

Colgó el teléfono con los ojos anegados en lágrimas. Contempló a la joven del centro comercial, Laura, la chica que se llamaba igual que su hermana. Trató de obligarse a sonreír de nuevo mientras miraba a aquella dulce adolescente que estaba enamorada y descubriendo el sexo y leyendo sobre niños magos. Qué gran vida.

—Veredicto —dijo alguien.

Cindy alzó la vista. El mundo zumbaba a su alrededor, la gente hablaba. Todos se dirigían a una tienda de electrónica con televisores en el escaparate.

Volvió a oírlo.

—Ya tienen un veredicto.

Stride y Maggie caminaban hombro con hombro por el angosto túnel subterráneo que unía el ayuntamiento con el edificio de los juzgados del condado. Las paredes de cemento estaban pintadas de un blanco luminoso, igual que el techo, iluminado con fluorescentes. Los cables de los suministros corrían a su lado en un nudo retorcido.

Las cortas piernas de Maggie tenían que avanzar al doble de su ritmo habitual para mantener el paso de Stride.

—Han ido rápido —comentó—. No me esperaba que decidieran tan deprisa.

—Era un caso fácil —repuso él—. Archie tendió una cortina de humo, pero no ha bastado. El jurado ha visto a través de ella.

—Entonces ¿crees que es culpable?

—Sí.

Cruzaron una puerta y salieron al sótano de los juzgados. Subieron las escaleras hasta el vestíbulo, donde los periodistas abarrotaban el pasillo. Parecía una noche de elecciones. Stride se quedó atrás; no quería conceder entrevistas. Vio a Dan Erickson rechazando preguntas, también, mientras se abría paso entre la riada de gente. Los políticos sabían que no había que vanagloriarse hasta que el trato se había cerrado.

Archie Gale mantenía a los reporteros alejados de Janine. Su expresión era sobria.

Sabía que había perdido. Janine no miraba hacia el suelo como hacían muchos acusados cuando estaban a punto de conocer su destino. Miraba al frente, hacia las cámaras y los *flashes* que se disparaban ante su rostro, y al distinguir a Stride cerca de lo alto de las escaleras, ladeó la cabeza en un saludo casi imperceptible. No se hacía ninguna ilusión.

—Es fría —murmuró Maggie.

—Así es.

Stride se había visto en esta situación muchas veces. En la mayoría de las ocasiones, la justicia ganaba. Aun así, no le producía ningún placer. Todos los asesinatos tenían muchas víctimas. Sentía compasión por Janine Snow, por la olla a presión que había sido su vida y la manera sistemática en que su marido la había empeorado. Se había roto. Incluso la gente guapa e inteligente se rompía.

—Vamos —dijo—. Subamos a la sala.

—Espera un momento —le pidió Maggie.

Su teléfono estaba sonando.

Contestó y trató de escuchar por encima del barullo. Stride vio cómo una expresión de preocupación se extendía por su cara. Ella lo cogió del brazo y tiró de él hacia las escaleras. Una vez quedaron fuera del alcance de los periodistas del vestíbulo, señaló hacia abajo con un gesto de urgencia y ambos se apresuraron hacia el sótano. Al llegar a la puerta del túnel, ella se metió el móvil en el bolsillo.

—Un tiroteo —lo informó—. Tenemos que ir ahora mismo.

—¿Dónde?

—En Dickson Street, jefe. En Gary. Los vecinos han informado de múltiples disparos.

—¿En...?

Ella asintió mientras abría la puerta y ambos echaron a correr por el túnel.

—En la casa de Jessie Klayman.

El Pontiac Firebird que había estado aparcado en el camino de entrada había desaparecido. Por lo demás, la casa tenía el mismo aspecto que dos horas antes, cuando habían interrogado a Jessie Klayman. Dos coches patrulla cerraban Dickson Street a la altura de la calle Ciento ocho, y había otros dos estacionados en la calle sin salida. Una ambulancia esperaba detrás de la barricada. Se había advertido al puñado de vecinos que vivía en la calle que permanecieran en sus casas y se mantuvieran alejados de las ventanas.

Stride llamó al teléfono fijo de la casa. Nadie contestó.

—Creemos que Ross no está —indicó Maggie—. Guppo ha hablado con dos adolescentes que viven enfrente. Dicen que normalmente conduce el Firebird.

—¿Lo han visto marcharse?

—No, pero es posible que haya salido por detrás. En la parte trasera de la casa hay un camino de tierra que atraviesa los árboles hasta Gary Street.

—Distribuye el retrato robot y la foto por toda la ciudad. Y también el modelo de coche y la matrícula.

—Estamos en ello —confirmó Maggie.

Llevaban los chalecos antibalas. A través de los prismáticos, Stride escrutó la pequeña vivienda y no detectó movimiento en las ventanas. Todas las cortinas estaban corridas. La puerta del garaje independiente permanecía cerrada. El sol brillaba con fuerza en el cielo y los deslumbraba.

—Tenemos a dos agentes vigilando la parte de atrás del terreno —informó Maggie—. No hay actividad.

—Muy bien. Vamos a comprobarlo.

Utilizaron el jardín de un vecino para acercarse a la casa desde el este. En la pared oriental no había ventanas aparte de las del nivel del sótano, donde había una puerta y una ventanilla. El garaje independiente quedaba a su izquierda. Mientras cruzaban la casa de los vecinos, Stride vio a uno de sus agentes en posición detrás del terreno de los Klayman, cerca de la hilera de árboles. El policía levantó los pulgares: la parte de atrás de la casa estaba despejada.

Stride sujetaba la pistola en la mano, igual que Maggie. Guppo y otros tres agentes los seguían a unos veinte metros.

Llegaron al camino de entrada de los Klayman. La casa estaba construida sobre una loma, y un muro de contención y un jardín de dos niveles llevaban al patio delantero. Jessie Klayman tenía ninfas de piedra entre la hierba. Stride subió el primer nivel del muro de contención en la esquina del sótano de ladrillo. Las ventanas de la sala estaban sobre sus cabezas, y otra ventana a nivel de suelo daba al sótano.

No había actividad.

Avanzó hacia el patio delantero. Tras pasar por debajo de las ventanas de la sala, subió los escalones de madera hasta la puerta y la golpeó con fuerza con el puño.

—¡Jessie! ¡Ross! ¡Policía!

No obtuvo respuesta. Al mirar a través de la mosquitera, vio que la puerta principal estaba abierta de par en par. La habitación donde se habían sentado con Jessie estaba vacía, pero el televisor seguía encendido. Volvió a gritar y no oyó nada a excepción de las risas de una comedia televisiva. En la sala no había señales de ningún altercado.

Stride abrió la puerta mosquitera y entró, seguido por Maggie.

—¡Jessie! —llamó de nuevo—. Soy el teniente Stride.

Comprobaron la cocina y la sala, que estaban desiertas. Stride apagó el televisor con el mando a distancia y restauró el silencio en la casa, con la excepción del repiqueteo del ventilador de pie. Con las cortinas corridas, el interior estaba sombrío. Señaló hacia el pasillo, donde vio la entrada a dos dormitorios.

La primera puerta, pintada de negro, estaba abierta y dentro había una lámpara de techo encendida. Stride cruzó el umbral y al ver el interior del dormitorio se quedó sin aliento. Maggie entró detrás de él.

—Oh, mierda —dijo.

No había cama, solo un colchón sobre el suelo. Las paredes, como la puerta, estaban pintadas de negro. Habían cubierto el cristal de las ventanas con bolsas de basura de plástico negro pegadas al marco con cinta americana. Encima de un armario para microondas colocado frente al colchón había un televisor y en la moqueta se veían docenas de videojuegos esparcidos. El suelo estaba cubierto de munición dorada, como si fuera maíz. En las paredes había colgadas por lo menos treinta dianas atravesadas por agujeros de bala, junto con pósteres estrafalarios: un esqueleto vestido con un uniforme nazi, una chica desnuda con la cabeza de un chacal y cañones de pistola por pezones, un zombi sin piel con un pañal ensangrentado que le salía de la cara y una calle con casinos de Las Vegas alfombrada de torsos y miembros amputados.

Ocupando toda la pared, Ross había escrito con spray rojo y letras de metro y medio: «YO SOY DIOS».

—¡Jesús! ¿Quién es este crío? —murmuró Stride.

Pero los dos sabían quién era. Lo habían visto antes, en otras ciudades, en escuelas, en centros de trabajo.

Stride había cometido errores en su vida. Había detenido a gente que había resultado ser inocente. Había dejado casos sin resolver. No había conseguido proteger a personas que había jurado proteger. Esto era distinto. En esta ocasión, había pasado por alto una amenaza que Maggie había visto con claridad meridiana. Que su mujer también había visto. Sabía que no existía un criterio infalible para distinguir entre un inadaptado social y un asesino múltiple, pero aquello no lo había visto venir.

Ross Klayman andaba suelto por ahí. E iba a matar.

—¿Dónde están las armas? —preguntó Maggie—. Troy dijo que Jessie tenía armas.

Inspeccionaron la habitación de al lado, que era la de Jessie. Allí estaba el armario de las armas, abierto y vacío. Ningún rifle. Ninguna pistola. Nada de munición. Ross se lo había llevado todo al marcharse de la casa. Si Troy tenía razón, entonces Ross estaba equipado con un arsenal.

Stride vio a Guppo en la puerta, a su espalda.

—Da la alerta a todo el mundo, Max. Canal Park. El centro. El centro comercial. El centro de convenciones. Ross va a ir a alguna parte.

Guppo se dio la vuelta al tiempo que sacaba el *walkie-talkie*.

—Jefe —lo llamó Maggie. El tono de su voz le reveló lo ocurrido.

Se hallaba en el baño de Jessie. Stride se reunió con ella, consciente de lo que iba a encontrar. El baño seguía húmedo de la ducha. Alguien había retirado la cortina de plástico y Jessie Klayman estaba tumbada de espaldas sobre la bañera. Estaba desnuda y con los ojos abiertos, mirando el techo. Mechones mojados de pelo rojo se le pegaban como venas a la cara. La sangre de su cuerpo, de las paredes, del suelo, del techo y de la bañera de porcelana hacía juego con el color de su pelo.

Ross había disparado a su madre por lo menos treinta veces.

Culpable.

Mezclada con el gentío frente al escaparate de una tienda de electrónica, Cindy miraba el boletín informativo en directo de la cadena local. En la parte inferior de la pantalla, un faldón anunciaba el veredicto del jurado. Habían declarado a Janine Snow culpable de asesinato en segundo grado con premeditación por la muerte de su esposo, Jay Ferris.

Se lo esperaba, pero no estaba preparada para un resultado tan definitivo. Para Cindy, era difícil dibujar una línea en su cabeza que la llevara de aquella amarga noche de enero a esa calurosa tarde de verano. Había llevado a Janine a casa. Su amiga. La había visto entrar con su marido. Minutos después, Jay estaba muerto, y ahora, meses después, su amiga había sido condenada por su asesinato. Cindy había estado allí en el momento en que empezó todo.

Los periodistas especulaban acerca de la sentencia. La ley establecía que la condena en los casos de asesinato en segundo grado con premeditación no podía superar los cuarenta años. Las directrices para la imposición de sentencias recomendaban veinticinco años para un acusado sin antecedentes criminales. Archie Gale salía en la televisión anunciando la apelación y proponiendo un ajuste a la baja relevante respecto a la condena de prisión. En cualquier caso, todo el mundo esperaba que el juez sentenciara a la doctora Janine Snow a por lo menos veinte años de cárcel en la prisión para mujeres de Shakopee, en Minnesota.

Veinte años.

Jonny había dicho desde el principio que era culpable. Maggie también. Y todo el mundo en la ciudad, que la había condenado en el juzgado de la opinión pública

desde el primer día. Y ahora un jurado de doce ciudadanos de Minnesota se había mostrado de acuerdo.

Cindy escuchó los murmullos de la gente que la rodeaba. Las opiniones parecían coincidir: que aquello había acabado como tenía que acabar. Se preguntó si se trataría de *Schadenfreude*, ese regocijo que se experimenta al contemplar la caída de alguien que ha llegado muy alto. La televisión mostraba una imagen de Janine con una bata blanca de cirujana, con el pelo rubio perfecto y su cuerpo perfecto. Una trabajadora que obraba milagros. Una millonaria. Una asesina.

Dan Erickson apareció en la pantalla soltando un sermón acerca de que todos somos iguales ante la justicia y que no hay que regodearse en la tragedia.

A continuación apareció Clyde, el hermano de Jay, que expresó su satisfacción con el veredicto pero también recordó a todo el mundo que la condena no le devolvería la vida a su hermano. Lo cual era cierto. Si Janine había hecho aquello, no importaban sus motivos ni las circunstancias: debía pagar por ello.

Si. Si. Si.

¿Lo había hecho?

Los periodistas hablaban sobre el jurado y su inclinación a condenarla pese a que no se hubiera encontrado el arma del crimen. Entrevistaron a la presidenta, una mujer negra llamada Eleanor, que elogió a las once personas que habían prestado sus servicios con ella y al meticuloso trabajo que habían llevado a cabo. Expresó su pesar tanto por la víctima como por la asesina, pero afirmó que el veredicto era la única conclusión razonable que alguien podía extraer de los hechos tal y como se los habían presentado.

Cindy trató de imaginarse en ese jurado. ¿Habría votado a favor de condenarla? Y sorprendentemente se dio cuenta de que sí.

Oyó sonar su móvil y lo sacó del bolso. Jonny la llamaba. Dio por hecho que se encontraba en la sala de vistas durante la lectura del veredicto y que ahora querría limar asperezas con ella. Llevaban meses discutiendo al respecto. No era propio de ella aceptar que se equivocaba y que Jonny tenía razón. Él era un hombre tozudo, pero también tenía una mujer tozuda.

—Vale, lo siento —dijo al contestar el teléfono—. Tú ganas.

—¿Dónde estás? —se limitó a decir Jonny.

—¿Qué?

—Cindy, ¿dónde estás?

—En el centro comercial Miller Hill. Estoy viendo las noticias y...

—Sal de ahí —la interrumpió él.

—¿Por qué?

—Cindy, sal de ahí ahora mismo. No quiero que estés en ningún sitio público.

—¿Qué está...? —empezó a protestar ella, pero entonces se interrumpió.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, igual que el ruido del centro comercial. La música que sonaba por los altavoces. Las risas. La televisión del

escaparate. Se encontró mirando a una guapa mujer de unos treinta años que había comprado ropa en Aeropostale. Agarraba una bolsa grande con la mano y sonreía mientras bromeaba con una amiga, como si cantara una canción de karaoke. Esa era ella en ese instante, pero un momento después la bolsa se le cayó de la mano. La luz se desvaneció de sus ojos. Levantó los brazos en el aire y trastabilló hacia delante, mientras su cuerpo se cubría de manchitas rojas, igual que las piedras que salpican en el lago.

El ruido alcanzó los oídos de Cindy. Ráfagas de explosiones producidas por disparos que sacudían las paredes. El polvo se desprendió, las baldosas se hicieron añicos y el aire se llenó de humo. Cindy perdió fuerza en los dedos y el teléfono cayó al suelo.

La hermosa mujer se desplomó en el suelo, igual que otra mujer. Y luego un señor mayor.

Mientras caían, mientras a su alrededor la gente huía, Cindy lo vio acercarse.

Todo el mundo gritó. Todo el mundo echó a correr.

Howard estaba sentado en el coche con Carol, frente a los juzgados. Una multitud se congregaba en las escaleras. Algunos miembros del jurado se habían quedado a responder a las preguntas de los medios, pero él no quería que lo entrevistaran. Si empezaba a hablar, diría algo equivocado. Había transcurrido una hora y ya se arrepentía de lo que había hecho.

Había dicho, primero en la sala del jurado: «Culpable».

Y luego otra vez, en la sala del juicio: «Culpable».

Janine lo había observado mientras el juez les preguntaba uno por uno. La mirada de ella lo había atravesado. Era como si lo supiera. No le habría extrañado que ella alargara la mano, le tocara con sus fríos dedos y le susurrara: «No me traiciones».

Pero él lo había hecho. Había apretado los ojos con fuerza, había pronunciado la palabra y la había abandonado a su suerte como el resto. Era un hombre débil. Al mirarla de nuevo, ella no le había devuelto la mirada. Howard creía haber visto el asomo de una sonrisa triste en su rostro. Como si lo perdonara.

—Has hecho lo correcto, Howard.

Era Carol la que hablaba.

Contempló a su mujer en el asiento del acompañante de su Le Baron. Lo había ido a recoger vestida con pantalones de chándal blancos y una camiseta de los Dells. Lo miraba como si fuera un héroe y se dio cuenta de que estaba orgullosa de él. Había mandado a una mujer a la cárcel y ella creía que era lo más grande que había hecho nunca.

—Sé que ha sido difícil —continuó Carol—. Si quieres saber la verdad, no estaba segura de que fueras capaz de hacerlo. Eres un blandengue, Howard. No te lo tomes mal, la mayor parte del tiempo eso es bueno, pero hacen falta agallas para condenar a alguien por asesinato, aunque sepas muy bien que es culpable.

—Vámonos a casa —murmuró él.

Ella señaló con la cabeza a los periodistas reunidos cerca del asta de la bandera de los juzgados.

—¿No quieres ir a contestar algunas preguntas? Sé que esto ha sido importante para ti. Te has ganado un poco de fama por haber participado. Yo puedo esperarte aquí.

—No, no quiero hablar con nadie.

Carol puso el coche en marcha. Luego lo apagó y cogió a Howard de la mano.

—Oye, lo siento. Sé que últimamente me he comportado como una bruja. Has pasado momentos difíciles y yo no te he apoyado.

Él se encogió de hombros.

—No importa.

—Bueno, deja que te lo compense. Dentro de un par de semanas nos vamos a los Dells. Será divertido. Podemos pedir una *pizza* para Anna y alquilarle una película

una noche, y jugar un rato tú y yo, ¿no? Hace mucho que no lo hacemos.

Él se obligó a sonreír.

—Claro.

—En cualquier caso, me alegro de que todo haya terminado —continuó Carol—. Se acabó Doña Perfecta. Ahora podremos retomar nuestra vida. Solo tú, yo y Annie. Ya va siendo hora, ¿no crees? Estoy preparada para que las cosas vuelvan a ser exactamente como eran.

Howard no contestó, porque aquel era su peor miedo. Él no quería retomar su antigua vida. No quería volver a ser normal. No soportaba la idea de que las cosas volvieran a ser exactamente como eran antes.

«No se ha acabado», pensó.

Para él, nunca acabaría. Era incapaz de dejarlo correr.

—Vaya —dijo Carol.

—¿Qué?

Ella bajó la ventanilla.

—¿No lo oyes? Escucha todas esas sirenas. Está pasando algo gordo.

Desde su escondite en el interior de una tienda de artículos de cuero, Cindy veía cuerpos que caían muertos en el pasillo del centro comercial. Salvajes regueros de sangre se abrían paso por el suelo embaldosado y las columnas. Manchas. Huellas de manos. Olía las secreciones que acompañan a la muerte, mezcladas como rosas marchitas con el aroma azucarado de la zona de restaurantes y las chaquetas de piel que colgaban frente a ella. Era una incongruencia, pero la música seguía sonando. Alegres canciones pop. Britney Spears. «Oops, I did it again». La ruidosa multitud que por lo general ahogaba la música se había convertido en un coro sofocado de gente que lloraba y rezaba.

Las bolsas de la compra habían diseminado su contenido sobre el suelo allí donde las habían dejado caer. Trajes de baño. Sandalias de tacón con tiras. Botes de loción. Animales de peluche. También vio móviles abandonados en la aglomeración. Una tras otra empezaron a sonar, con tristeza, antes de que saltara el buzón de voz. La noticia había corrido por toda la ciudad en un instante.

Aquellos que habían logrado llegar a las salidas exteriores habían escapado, pero quedaban docenas de personas como ella atrapadas en las tiendas. Por lo menos diez personas se apiñaban junto a ella, escondidas detrás de los burros de ropa y rodeándose las rodillas con los brazos, con la cabeza hundida en la corva de las piernas. Era como si creyeran que si no alzaban la vista se volverían invisibles. Como si la mirada de tiburón del tirador fuera a ignorarlos. O quizás eran incapaces de enfrentarse al final cuando llegara.

Cindy no creía que hubieran pasado más de cinco minutos, pero tenía la sensación de que su encarcelamiento había durado horas.

El hombre los cazaba metódicamente, de tienda en tienda. No podía verlo, pero no se encontraba lejos. Disparaba y se desplazaba, disparaba y se desplazaba, disparaba y se desplazaba, como un soldado que ocupara una playa. Unos segundos de silencio se abrían entre asalto y asalto, proporcionándole una leve esperanza, pero entonces una nueva granizada caía a menos de cinco metros: tiros, escaparates hechos añicos, víctimas gritando, balas individuales que solo podían ser disparos letales dirigidos a aquellos que no tenían adónde huir. Y luego nuevas pisadas de sus botas. Tap tap, tap tap.

Se acercaba a ellos. No les quedaba mucho tiempo. Cada asalto era más cercano y sonaba un poco más fuerte.

Cindy vio a una mujer de cincuenta y tantos años apretada contra la pared de la tienda de pieles, como si fuera una prisionera ante un pelotón de fusilamiento. Su cordura había volado por los aires, convertida en confeti. Tenía la mandíbula caída. Cindy trató de llamar su atención para dedicarle una sonrisa de aliento, pero en el rostro de la mujer no había nada más que un pánico distante. Era un conejo que se enfrentaba a las fauces abiertas de un zorro.

Y entonces se puso a hablar consigo misma. El sonido resultaba discordante.

—Nicky, ven a resguardarte de la lluvia —murmuró la mujer—. ¿Tienes frío, Nicky? Ven a resguardarte de la lluvia.

Lo que decía no tenía sentido. Pronunciaba las palabras en un susurro, pero luego habló más y cada vez más alto. El silencioso centro comercial era como una iglesia que amplificaba su voz.

—Escóndete en el granero, Nicky... no tengas miedo de las arañas... escóndete en el granero.

Su voz sonaba como la de una niña, mucho más joven de lo que era ella.

—Huelo a manzanas. Qué curioso, ¿no? ¡Manzanas!

Cindy hizo gestos encarecidos con las manos para que la mujer parara. Otras personas que había en la tienda le sisearon para que se callara. La mujer no los oía; se limitó a quedarse de pie frente a la pared, temblando incontroladamente mientras se retiraba a un recuerdo lejano.

—Trepa aquí conmigo, Nicky. ¡Ten cuidado! ¡No te caigas!

Otra voz murmuró desde su escondite:

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

Y otra susurró con rabia y miedo:

—Cállate, estúpida zorra. Cállate, cállate, cállate, cállate.

Pero ahora la mujer casi gritaba. Y eso los convertía a todos en un blanco.

—Cuervos. Oigo cuervos. ESCUCHA TODOS ESOS CUERVOS.

Cindy buscó en sus bolsillos, aunque sabía que había dejado caer el móvil. Aun así, tenía que hacer algo; no podía esperar. Vio un teléfono abandonado justo frente al umbral de la tienda, a un metro, en el pasillo. Se inclinó hacia delante entre la ropa colgada detrás de la cual se escondía, lo bastante para ver a través del escaparate. Se

encontrara donde se encontrase, el tirador no estaba a la vista. Abandonó el escondite, arrastrándose hacia la puerta, y se detuvo protegida por el marco.

—NICKY, VEN A RESGUARDARTE DE LA LLUVIA.

Cindy no podía alcanzar el teléfono por muy poco. Aguzó el oído por si podía oír la alarma sonora de las botas del asesino, pero no percibió nada que le indicara su posición. A lo mejor se había largado. A lo mejor recorría otro pasillo del centro comercial en busca de nuevas víctimas.

O a lo mejor la esperaba fuera de la tienda.

Cindy respiró hondo y se lanzó. Recogió el móvil y rodó de vuelta hasta quedar protegida por la puerta. No había tardado más de dos segundos. Su cuerpo se tensó esperando los disparos, aguardando a que el escaparate se hiciera añicos encima de ella. No pasó nada, pero el silencio resultaba casi más ominoso que el ruido de las balas. El corazón se le salía del pecho como cuando volvía de correr por las mañanas.

Pulsó las teclas del número de móvil de Jonny. Oyó la señal pero él no contestó, y Cindy se dio cuenta de que no reconocería el número del identificador de llamadas. Al saltar el buzón de voz susurró un mensaje de una sola frase:

—Soy yo, coge la próxima llamada.

Y volvió a llamar, esperando que él contestara.

Al final, al cuarto intento, lo hizo y soltó la frase de un tirón:

—Aquí Jonathan Stride, ¿quién llama?

—Soy yo —susurró Cindy manteniendo el teléfono muy cerca de su boca y la mirada fija en el escaparate de la tienda.

Tenía todos los sentidos puestos en el centro comercial. Oía el agua que borboteaba en algún lugar: una fuente. Britney había terminado de cantar; ahora se oía a Bono y U2. «With Or Without You». Notaba las frías baldosas debajo de sus rodillas y tenía los brazos pegajosos por la sangre de alguien a quien había arrastrado dentro de la tienda. Olía a cuero y muerte.

—¡Cindy! ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

—Estoy escondida en Wilson's. Tienes que venir ahora mismo. Está matando a todos los que se cruzan en su camino.

—¿Puedes verlo? ¿Sabes dónde está?

—No, pero está cerca. Hace un par de minutos estaba disparando en una tienda de aquí al lado. Hay gente muerta, Jonny.

—ESCÓNDETE EN EL GRANERO, NICKY.

—¿Qué coño es eso? —preguntó él.

—A una mujer le ha dado un ataque. Tienes que darte prisa.

—Métete en la parte de atrás de la tienda y escóndete. Nos estamos distribuyendo por todas las entradas. Estaremos ahí en menos de sesenta segundos.

—NICKY, ESCUCHA LOS CUERVOS.

Cindy esperó desesperada a oír el estrépito de puertas y pistolas mientras la policía tomaba el centro comercial por asalto, pero en su lugar, como el tintineo de

huesos en un cementerio, oyó de nuevo la marcha solitaria de las botas. Las botas del hombre, que taconeaban sobre el suelo a ritmo de sonsonete. Tap tap, tap tap. Se dirigía a la tienda de artículos de piel.

Estaba muy cerca.

—No tenemos sesenta segundos, Jonny —dijo sin alterarse.

—¡Escóndete! ¡Ahora. Vamos!

Cindy colgó. En ese momento no sentía ni pánico ni terror. Si el hombre se abalanzaba sobre ella, si disparaba, moriría en cuestión de segundos, lo sabía. No importaba. La calma se impuso. Ella se convirtió en la calma. Los sesenta segundos se convirtieron en cincuenta. Echó un vistazo a la tienda, cubierta de chaquetas y bolsos, y vio las formas inmóviles de las demás personas que se refugiaban allí. En la parte de atrás, detrás del mostrador, podía ganar algo de tiempo. Unos segundos, pero era todo lo que necesitaba.

Jonny estaba en camino.

Los cincuenta segundos se convirtieron en cuarenta.

Se obligó a moverse y a ponerse a salvo, pero en ese momento todo cambió para ella. En el extremo opuesto del centro comercial vio la puerta de una tienda de Victoria's Secret. En los pósteres del escaparate se veían modelos absurdamente perfectas sin apenas nada encima, aunque las salpicaduras de los cuerpos hacían que parecieran cubiertas de sangre. En la puerta de la tienda, de pie, aterrorizada, había una adolescente.

Era la chica que había visto inocentemente sentada en la zona de restaurantes, haciéndose carantoñas con su novio. La agradable chica medio asiática que leía un libro de Harry Potter. La chica que se llamaba como su hermana. La chica que tenía toda una estupenda vida por delante.

Laura.

La chica —Laura— estaba petrificada a unos seis metros de distancia. Miró a Cindy y Cindy le devolvió la mirada. Laura llevaba una falda que dejaba al descubierto sus largas piernas y sus rodillas prácticamente chocaban entre sí. Llevaba tacones poco adecuados para correr, pero iba a hacerlo. Dirigió sus hermosos ojos ovalados a todas partes buscando una salida. Era un ciervo en la autovía mientras un camión se acercaba, asustado, listo para salir huyendo.

La puerta de salida no se encontraba muy lejos. Laura creía que podía alcanzarla, pero Cindy sabía que no sería así.

Tap tap, tap tap.

Cindy abrió mucho las manos y las levantó en el aire, como si pudiera volver a meter a Laura en la tienda, como si pudiera obligar a la chica a dar media vuelta y esconderse. Movié la cabeza en un gesto frenético; tenía que hacer que la chica la entendiera. Articuló la palabra sin pronunciarla una y otra vez: «¡No! ¡No! ¡No! ¡No!».

Los cuarenta segundos se convirtieron en treinta y cinco. El tiempo se ralentizó

hasta que Cindy casi pudo ver como el mundo se detenía.

«¡No corras! ¡No corras!».

Laura echó a correr.

La adolescente dio seis zancadas desgarradas con sus tacones antes de que la bala la abatiera. Soltó un gemido mientras la cabeza se le disparaba hacia atrás. Su perfecta piel de melocotón se manchó de rojo y las piernas le fallaron. Se desplomó; golpeó el suelo con el hombro y se retorció sobre su espalda mientras se agarraba el muslo.

Tap tap, tap tap.

Ahí estaba. Avanzó hasta quedar a la vista de Cindy, un soldado vestido por completo de camuflaje, un guerrero armado con un fusil de asalto y munición colgada sobre el torso. Sostenía una pistola en el extremo de su brazo derecho extendido. Fue a por Laura, el animal herido, para propinarle el tiro letal. Laura se arrastró para escabullirse y lloró y suplicó. El hombre estaba a tres metros de ella.

Treinta segundos.

Cualquier otro pensamiento se borró de la mente de Cindy. Cualquier pensamiento sobre Jonny o ella se desvaneció. Cindy solo sabía una cosa: se suponía que los adolescentes no tenían que morir. Se suponía que su hermana no tenía que morir.

La chica tendida en el suelo del centro comercial no *iba* a morir.

Cindy embistió. Salió disparada como un velocista y cubrió en un suspiro el espacio que la separaba del tirador. Él la oyó venir, la sintió venir, y al darse la vuelta con la pistola ella saltó por el aire. Era menuda, pero él también, y ambos chocaron con violencia y cayeron sobre las baldosas del suelo. Ella quedó encima, pero él la golpeó con fuerza con el costado de la pistola y el impacto hizo que flaqueara.

Veinte segundos.

En algún lugar de su mente percibía los gritos y el estruendo de la policía. Jonny estaba cerca. Pero no lo bastante.

El hombre la apartó como si ella fuera un juguete. Luego rodó hasta quedar sobre el pecho de Cindy y la retuvo con fuerza. Ella aspiró su aliento agrio y vio sus tatuajes, relucientes por el sudor. Le agarró el antebrazo pero él era más fuerte, así que movió bruscamente la cabeza hacia delante y le clavó los dientes en la muñeca, arrancándole la piel. Él soltó un aullido. La pistola cayó al suelo. Furioso y dolorido, le golpeó la frente con la palma de la mano y el cráneo de Cindy salió despedido hacia atrás y se estrelló contra el suelo de piedra.

Su cabeza se llenó de círculos de luz ardiente que estallaban en ondas, y cada onda la mareaba más. No quedaba tiempo ni cuenta atrás de segundos, solo un tiovivo que no iba a parar. Era vagamente consciente de que lo tenía encima, consciente de un bolsillo de velcro que se abría y de que él sostenía otra pistola en la mano. Tenía una rodilla a cada lado de su torso. Cindy le golpeó, pero su mano era como un mosquito, fácil de apartar.

Golpeteo de pasos. Caos. Ruido. Voces.

Tenía la pistola en la cara.

Sonaron disparos de la policía, pero ninguna bala alcanzó al hombre, como si estuviera protegido. Cindy vio que sus labios se curvaban en algo parecido a una sonrisa. El fin estaba cerca, pero al final podían pasar tantas cosas... El cañón del arma le tocó la mejilla, como un beso. Los dedos del hombre acariciaron el gatillo. Se oyeron más balas, más gritos guturales, pero el tumulto carecía de sentido. Solo había dos personas en el centro comercial. Él y ella.

Él se inclinó hacia delante y susurró:

—Yo soy Dios.

Entonces, con un único y fluido movimiento, hundió el cañón en su propia boca y se voló la tapa de los sesos.

Janine nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en las paredes. Como norma, no le gustaban. Prefería mirar por una ventana. Su despacho tenía grandes ventanales, igual que su casa, y había algo en la amplitud de las vistas que la hacía sentirse libre. Pero no lo era. Ya no. Al contemplar el anodino calabozo en el que se encontraba se dio cuenta de que las paredes estaban a punto de convertirse en una parte muy importante de su vida y tendría que hacer las paces con ellas.

Con la ropa también. El uniforme de las presidiarias en la cárcel de mujeres de Shakopee consistía en unos tejanos, una camisa tejana y zapatillas deportivas. Ya no iba a necesitar los consejos de moda del *Cosmopolitan*. Había decidido donar su ropero a una organización benéfica para que lo vendiera en una subasta. Un ejecutivo de la Asociación Americana del Corazón le había dicho que de ese modo conseguirían mucho dinero. Parecía que le avergonzaba admitir que la gente pujaría cifras astronómicas para hacerse con la ropa de una cirujana convertida en asesina. Janine se preguntó quiénes eran esas personas desconocidas y si de verdad llevarían su ropa en público.

Archie esperó a que volviera a centrarse. Desde el veredicto se sentía incapaz de pensar. Pese a conocer el probable resultado, en realidad no había tenido tiempo para considerar lo que significaba para ella. Y ahora, con todos los cambios a los que se enfrentaba, se daba cuenta de que apenas podía concentrarse. Estaba siendo arrastrada por la corriente de un río que la llevaría a donde él quisiera.

—El proceso de apelación seguirá su curso —le explicó Archie.

Parecía tranquilo, pero ese día no había sonrisas joviales ni bromas. Llevaba su traje a medida bien planchado, que le recordó a Janine que él formaba parte de un club —el del mundo exterior— del que ella ya no era miembro. No le guardaba rencor por ello.

—¿Basándonos en qué motivos? —quiso saber.

—Siempre hay motivos. Analizaremos la transcripción. Los tecnicismos pueden parecer nimiedades, pero en una apelación ganan envergadura.

Ella se permitió una sonrisa.

—Y dime la verdad, Archie, ¿madura esa fruta muy a menudo?

Él se frotó la perilla entrecana y no disimuló la verdad con falsas esperanzas.

—No mucho.

—Ya me lo parecía.

—Sin embargo, el incidente de Ross Klayman podría cambiar las cosas —señaló Archie.

Janine pensó en el centro comercial, donde solía ir a dar una vuelta y comprar. Pensó en Cindy luchando con un hombre armado y salvando la vida de una adolescente. Una heroína. De vez en cuando Cindy había hecho algún comentario sobre los celos que tenía de la vida de Janine y respecto al hecho de que los

fisioterapeutas ayudaban a la gente pero en realidad no la *salvaban*. Lo cual era una equivocación, desde el punto de vista de Janine. Se preguntó si Cindy se sentiría distinta ese día.

—Es terrible —comentó—. ¿Qué lleva a un hombre a hacer algo así?

—No creo que existan respuestas a esa pregunta. Aun así, el hecho de que Jay viera a ese hombre con un arma... y que Klayman haya hecho esto...

—Ross Klayman no mató a Jay. No nos engañemos.

Archie la escrutó con sus penetrantes ojos azules.

—No lo sabes con certeza, Janine, ¿verdad?

Ella captó el mensaje. No se trataba de la realidad, sino de la ley.

—Es que no quiero aprovecharme de esta tragedia.

—Nadie se aprovecha de nada. Se trata de una cuestión razonable teniendo en cuenta los hechos y el comportamiento de Klayman.

—Lo que tú digas, Archie —aceptó ella—. Y ahora ¿podemos volver al mundo real?

El abogado asintió.

—Probablemente el juez Edblad dará a conocer la sentencia en una vista el mes que viene. Las directrices recomiendan entre veintidós y treinta años, y dado tu historial y la ausencia de factores agravantes, creo que podemos esperar una sentencia a la baja. Argumentaré para obtener una condena por debajo de las directrices, pero con franqueza, no espero conseguirla. —Archie vaciló—. Hay algo sobre lo que debes reflexionar, Janine. Una confesión y una declaración de arrepentimiento podrían hacerte ganar las simpatías del tribunal.

Ella sonrió amablemente.

—¿Incluso aunque no le disparara, Archie?

Se miraron uno al otro durante un buen rato antes de que su abogado meneara la cabeza. Era una de las pocas ocasiones en que ella había podido leerle la mente. Él creía que era culpable.

—No —contestó Archie—. No puedo recomendarte que digas algo que no es cierto.

—Bien, pues. ¿Qué significa todo esto en términos del tiempo que pasaré en la cárcel?

—Por lo general puedes esperar cumplir por lo menos dos tercios de tu sentencia antes de que acepten tu petición de libertad vigilada. Así que si la condena es de veinticinco años, eso serían casi diecisiete en Shakopee.

Parte del aplomo de Janine flaqueó. No le había dado muchas vueltas a la realidad, pero diecisiete años era mucha realidad. Lo mejor de su vida, evaporado. Al salir ya no sería joven ni hermosa. Sería una convicta en la mitad de la cincuentena con poco dinero y ninguna profesión. Resultaba casi más duro imaginar su regreso a la calle que pasar todos esos años tras los muros de la prisión.

—Diecisiete años —murmuró.

Archie permaneció en silencio. Sin duda había visto aquel drama interpretado muchas veces.

—¿Cómo será? —quiso saber ella.

—En la cárcel la vida se centra sobre todo en rutinas y normas —explicó él.

—Qué emocionante.

—Puedes recibir visitas.

—No habrá nadie que venga a visitarme —repuso ella.

El abogado no tenía respuesta para eso. Janine no tenía parientes. Ni hermanos. Ni amigos dispuestos a desplazarse para ir a verla. Y obviamente, tampoco tenía marido.

—¿Debo preocuparme por mi seguridad física? —continuó.

—En general no, pero siempre hay riesgos. La mayoría de las internas no son delincuentes violentas, pero Shakopee es la única prisión de mujeres del estado. Las mujeres que cometen crímenes violentos también van ahí.

—Como yo —observó Janine.

Archie detectó el sarcasmo en su voz. Se inclinó hacia delante por encima de la mesa y la cogió de las manos. Ahora interpretaba al abuelo.

—Escucha, Janine, no voy a fingir que esto sea algo distinto a lo que es. Es duro, largo y doloroso. Dicho esto, no es el fin de tu vida. Aunque ahora parezca imposible, tendrás que encontrar una manera de aceptarlo.

—Aceptarlo —repitió Janine, y se alisó el pelo rubio—. ¿Y cómo crees que será eso?

—No tengo ni idea.

—Bueno, eres sincero, Archie. El hecho es que soy doctora. Eso es todo lo que soy. Mi profesión es mi vida entera; nunca he querido ser otra cosa. Y ahora ya no puedo serlo. Así pues, ¿qué sugieres que haga?

—Lo siento, no lo sé. Sin embargo, no eres la única doctora que va a la cárcel. Hay quien encuentra otras formas de utilizar sus conocimientos profesionales. Y otros deciden explorar un aspecto de ellos mismos completamente distinto.

—Estás dando por hecho que tengo uno —señaló Janine.

Archie esperó y luego dijo:

—¿Eres un peligro para ti misma?

—¿Te refieres al suicidio?

—Sí, a eso me refiero.

—No, Archie. Eso es lo bueno de ser una narcisista incorregible. No se nos pasa por la cabeza privar al mundo de nuestra presencia.

—Hablo en serio —repuso él.

—Yo también.

Archie trató de descubrir si había una amenaza real detrás de las bromas, pero hombres más listos que él habían intentado descifrar el enigma que era Janine Snow y habían fracasado. Era algo de lo que ella se enorgullecía.

—Te equivocas —le dijo Janine.

—¿En qué?

—Esto es el fin. En realidad es como la muerte. La gente desaparece y nosotros seguimos con nuestras vidas. Esto es lo que me va a pasar a mí. Me iré y la gente se olvidará de mí. La idea me resulta aborrecible.

—No es cierto. ¿Cuántas vidas has salvado? Esas personas y sus familias no van a olvidarse de ti. Me imagino que muchos de ellos todavía te dan las gracias en sus oraciones cada noche.

Ella negó con la cabeza.

—Ojalá no lo hagan; es una pérdida de tiempo. Los pacientes siempre me mandan regalos, me tejen jerséis y encienden velas por mí. Ojalá dejaran de hacerlo y aceptaran las cosas como son. Hay deudas que no hace falta devolver. Es mejor no intentarlo.

Él no tenía respuesta para ella. En lugar de eso, recogió sus papeles y se puso en pie.

—Me pondré en contacto contigo cuando sepa algo más —dijo.

—Claro.

Los ojos de Janine se desplazaron de una pared a otra. No le resultaba más sencillo aceptarlas. Cada vez que las miraba, parecían haberse vuelto más cercanas y gruesas, reduciendo el espacio que la rodeaba.

—¿Qué haría falta? —preguntó—. Para revocar la condena.

—El proceso de apelación...

—No hablo de la apelación —replicó ella—. Ni de resquicios legales. Me refiero a qué haría falta para demostrar que no maté a Jay. Algo que le bastara a un juez para ponerme en libertad.

Archie la miró mientras trataba de calibrar si hablaba en serio. Al fin y al cabo, él seguía creyendo que era ella quien había apretado el gatillo.

—¿Sinceramente? —dijo—. La pistola. Y las joyas. En posesión de otra persona.

Howard estaba sentado en el despacho del juez Edblad. Volvía a llevar a corbata, igual que había hecho durante el juicio. El cuello de la camisa estaba mojado allí donde había sudado. El despacho de los juzgados era formal, con un escritorio de roble y una bandera, pero también vio fotografías del juez con su familia y pósteres de Disney World en las paredes. Resultaba extraño pensar en el juez como un ser humano.

—Señor Marlowe —dijo el juez Edblad al entrar en el despacho desde el pasillo. Se sentó frente a él a la mesa de reuniones. Llevaba un traje, no la toga que utilizaba en la sala de juicios—. Mi secretaria me ha dicho que quería hablar conmigo.

—Sí.

Howard intentó proseguir. Había ensayado las palabras, pero ahora se le resistían.

No sabía qué decir.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—Es acerca del juicio a la doctora Snow. He cambiado de opinión.

—¿Cambiar de opinión? ¿En qué sentido?

—Voté con el resto del jurado para condenarla. Dije que era culpable, pero ahora no estoy seguro.

El juez juntó las yemas de los dedos. No puso los ojos en blanco ni le dijo a Howard que era tonto. Aquel hombre hacía gala de una paciencia que a Howard le gustaba.

—¿A qué se debe? —quiso saber.

—Es solo... es solo que me pregunto si de verdad lo hizo ella. Y ahora, con la noticia de ese asesino en el centro comercial...

—Ha sido un incidente espeluznante —convino el juez—. Si la policía descubre alguna prueba que sugiera que el señor Klayman pudo matar al señor Ferris, sin duda el abogado de la doctora Snow presentará una moción para revocar su condena. Sin embargo, no es algo de lo que usted deba preocuparse.

—Lo sé. Es solo que tengo dudas.

—Entiendo. Me gustaría que me contestara unas preguntas. ¿Alguno de los otros miembros del jurado lo presionó para que votara para condenarla? ¿Fue usted objeto de amenazas o intimidación?

—Oh, no. Bueno, al principio yo era el único que se mostraba reticente, pero no me presionaron. Eleanor lo hizo muy bien. Habló conmigo respecto a las pruebas. Al final, pensé que estaba haciendo lo correcto, pero ahora no lo sé.

—Entonces, cuando le pregunté en la sala que confirmara que compartía el veredicto unánime, ¿contestó usted con total sinceridad que votaba que era culpable?

—Sí...

El juez Edblad asintió.

—Tomó usted una decisión difícil, señor Marlowe. Y ahora se lo está replanteando. No es inhabitual. Nosotros lo llamamos «remordimiento del comprador». Por desgracia, en ausencia de cualquier comportamiento irregular en la sala del jurado, no es razón suficiente para anular el veredicto.

Howard se puso tenso.

—A menos... a menos que quiera cambiar mi voto.

—Es demasiado tarde. El juicio ha terminado.

—¿Y si hablo con el señor Gale? —preguntó Howard.

—Sin duda puede usted hacerlo. Yo también le informaré de nuestra conversación, a él y al señor Erickson. No obstante, el hecho de que un jurado cambie de opinión después de los hechos no basta para celebrar un nuevo juicio. Lo lamento.

Howard se puso en pie. Estaba hecho polvo.

—Ya veo. Siento haberle molestado, señoría.

—No hay ningún problema, señor Marlowe. Ser jurado supone una importante

responsabilidad. En este tribunal todo el mundo lo entiende y lo respeta. Usted cumplió con su deber cívico y ahora puede seguir con su vida.

El juez también se puso en pie y acompañó a Howard hasta la puerta del despacho. Le dio un golpecito en el hombro, le mostró la salida y cerró la puerta a su espalda. Howard vio frente a él la sala del jurado, donde habían tenido lugar las deliberaciones. Estaba vacía. Sintió deseos de entrar, volver a sentarse y cambiar el pasado.

Seguir con su vida.

Era lo mismo que había dicho Carol. «Podemos volver a vivir nuestras vidas».

Todos querían que se olvidara de Janine, pero Howard era incapaz de hacerlo.

Cindy estaba sentada en el banco verde del extremo de The Point, en el centro de una pequeña zona de arena junto a la bahía. Comprobó la hora, pero Jonny llegaba tarde. Casi siempre lo hacía. Con los años Cindy se había acostumbrado.

Aquel era el lugar de Jonny, donde acudía a contemplar las aguas en calma. De jóvenes, la primera vez que habían hablado de casarse había sido allí, de esa forma torpe en que los jóvenes amantes buscan a tientas su futuro. Al morir la madre de Jonny, habían ido allí a hablar de las cosas buenas y malas de su vida. Ahora parecía el lugar más adecuado para hablar de otras cosas.

Estaba anocheciendo. Los días de agosto se acortaban y robaban minutos a la luz. Largas sombras inundaban el parque a su espalda. A sus pies, las coronas de los alexanders de oro se mecían con la brisa, y las olas de la bahía borboteaban en la orilla. Cindy se estremeció pese a que hacía calor. A finales de cada verano había momentos en los que uno recibía el primer beso del otoño, un pequeño dedo que recorría la columna vertebral y te recordaba lo que se acercaba.

Esa tarde había ido a ver a la adolescente del centro comercial. Laura. La chica ya estaba en su casa; había salido del hospital y se recuperaba sin problemas de la herida de bala en la pierna. Los periodistas habían querido hablar con las dos y sacarles fotos, pero Cindy se había negado con firmeza. No deseaba publicidad. Había pasado media hora con Laura y sus padres, y todos se habían desvivido por darle las gracias, cosa que la incomodaba. No quería agradecimientos ni lágrimas. Su único deseo era que Laura saliera adelante y viviera su vida. Las partes buenas y las malas. La alegría. La tristeza. Al final había abrazado a la joven y le había susurrado:

—No dejes que esto sea lo que te defina.

Aunque sabía que era más fácil decirlo que hacerlo. El momento que había vivido en el centro comercial era el más trascendental de la vida de la chica. Tendría pesadillas con él. Haría terapia durante años. Se preguntaría por qué ella se había salvado mientras que otros habían muerto. Eso estaba bien. Era imposible hacerse esas preguntas y esforzarse por responderlas si uno no estaba vivo.

Jonny y ella no habían hablado del tema. Habían estado de acuerdo en que era mejor meterlo en una caja y dejarlo a un lado. Cindy sabía que él quería preguntarle por qué había arriesgado de aquella manera su futuro, pero era incapaz. Porque él habría hecho exactamente lo mismo en esa situación. Aunque para él era su trabajo. Ella lo había elegido, pero en ese momento le había parecido que no tenía otra elección.

Cindy oyó el motor del Bronco de Jonny y lo vio pararse en el aparcamiento de tierra, junto a su Outback. Bajó del coche, le sonrió y aplastó un cigarrillo en la arena. Luego se mesó su indómito pelo negro. Dios, qué guapo era. Era lo que había pensado años atrás, al conocerlo en la escuela, cuando él era un adolescente intenso y taciturno obsesionado con hacer lo correcto. Fuera lo que fuese. Ahora estaba en la

flor de la vida y a Cindy le parecía que nunca había tenido mejor aspecto que en ese momento. Petulante y seguro, herido y profundo. Era una mezcla tan extraña y maravillosa, ese hombre suyo.

Jonny se sentó a su lado en el banco y estiró sus largas piernas. Tenía las botas cubiertas de polvo. Sostenía una lata de Coca-Cola en la mano; le dio un sorbo y se la ofreció.

—¿Crees que quiero beberme tus babas, Jonny? —preguntó ella.

Él se rio y ella cogió la lata y se la acabó.

Contemplaron juntos la luz agonizante de la bahía. Estuvieron un rato en silencio. Él le cogió la mano; la piel de los dos estaba caliente y húmeda. Los ruidos del verano poblaban la tarde: insectos en los arbustos, el chirrido de un hidroavión en lo alto, los estallidos de petardos ilegales en la orilla del lago, al otro lado de las dunas.

—¿Sabes algo más? —preguntó ella al final.

Jonny asintió.

—¿Fue él...? —empezó a preguntar Cindy.

No había podido quitarse la pregunta de la cabeza desde que todo había ocurrido. «¿Fue Ross Klayman quien mató a Jay Ferris?». Le había dado muchas vueltas y había elaborado teorías en las que Ross era culpable. Jay lo había visto en alguna parte. Lo había encontrado. Lo había seguido. Ross había eliminado al único hombre que podía interponerse en el camino de su masacre planeada.

Lo cual significaba que su amiga, Janine, era inocente.

—No —contestó Jonny.

No le dejó espacio para la duda. Cindy experimentó una oleada de decepción, aunque no se sorprendió.

—¿Estás seguro? Pareces seguro.

—El departamento de balística ha analizado todas las armas que encontramos en el coche de Klayman y que podrían haberse utilizado en el asesinato. Ninguna coincide.

—Eso no tiene por qué significar nada, ¿no? Podría haberse deshecho de ella.

Jonny negó con la cabeza.

—Hay más. Hemos revisado las facturas de la tarjeta de crédito de Jessie. Había un cargo de una feria de armas en Arkansas el 28 de enero. La policía de Arkansas ha hablado con varios vendedores y todos conocían a Jessie y Ross. Han confirmado que Ross estaba con su madre en la feria. Se encontraba a mil quinientos kilómetros de Duluth cuando asesinaron a Jay, Cin. No fue él.

—Ah.

Eso era todo. No había sido Ross Klayman. Había sido Janine.

—Lo siento —dijo él.

—No, tenías razón desde el principio. Me equivoqué.

—No te equivocaste con Ross Klayman —señaló Jonny en tono inexpresivo—. Han muerto nueve personas y otras treinta han resultado heridas. Tal vez si lo hubiera

encontrado antes, podríamos haberlo evitado. Me siento responsable.

Ella le apretó la mano.

—Ni se te ocurra hacerte eso nunca, Jonathan Stride. ¿Me oyes? No es culpa tuya.

—¿No?

—No, no lo es.

—Me está costando mucho aceptarlo.

—La gente con problemas mentales no lleva un cartel —observó ella.

Él se encogió de hombros. Sabía que era cierto, pero ella también sabía que no podía evitar que se fustigara.

Volvieron a quedarse en silencio.

Entonces él la miró.

—No me has contado lo que te dijo. Justo antes de matarse.

—¿Quién, Klayman? Nada.

—¿Nada?

—No me acuerdo.

Él no insistió y ella se alegró. Estaba mintiendo y él lo sabía, pero quizá Jonny se daba cuenta de que había momentos que no podían compartirse con nadie. Si cerraba los ojos, Cindy podía ver su cara y oír su voz. «Yo soy Dios». Lo raro era que, cuando lo dijo, ella casi lo creyó. No es que pensara que Dios era cruel o insensible. Y sin embargo, en el mundo sucedían cosas crueles.

Cindy se dio cuenta de que no podía posponerlo más. Le había pedido a Jonny que se reuniera allí con ella por una razón. No en cualquier otra parte, sino allí.

—Oye —empezó, arrancándose las palabras del pecho—. Tengo que contarte algo.

Le había dado muchas vueltas a cómo contárselo, pero seguía sin saber qué decir. ¿Cómo se le daba una noticia así a tu marido? Había acudido a la consulta de Steve Garske. Y el resultado no era bueno.

—Hay algo... —empezó a decir—. Hay algo que no va bien. Conmigo. De hecho, hay algo que va muy pero que muy mal.

—Espera un momento —dijo Jonny. Su teléfono estaba sonando.

Al contestar reconoció la voz de Maggie, que reflejaba una extraña intimidad. Era curioso que Maggie siempre se interpusiera entre ellos. Cindy nunca se lo había planteado así, y no era justo hacerlo, porque Maggie representaba el trabajo. El trabajo era lo primero. Siempre había sido así.

Jonny colgó.

—Ha desaparecido una adolescente en Lakeside —explicó él—. Salió a correr y no ha vuelto a casa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Cindy.

Siempre quería saber los nombres. Para ella, todas las víctimas tenían un rostro y un nombre.

—Kerry McGrath.

—Muy bien. Pues ve.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza. Las disculpas eran del todo innecesarias. Cindy sabía cómo funcionaba su vida.

—¿Qué querías contarme? —preguntó él.

—Puede esperar.

Jonny se levantó del banco y avanzó por la arena hacia su Bronco. Ella lo contempló. Las manos hundidas en los bolsillos. Las botas dejando huellas. Ese cuerpo que ella conocía tan bien, con sus músculos, sus arrugas, sus cicatrices. Él alzó la cabeza para contemplar los atolondrados giros de un águila en la oscuridad del cielo de Duluth.

De pronto, ella echó a correr tras él con una sensación de urgencia. Él la oyó y se dio la vuelta, sorprendido, a tiempo de que ella le rodeara la cintura y se pusiera de puntillas para besarle. Le dio un largo, intenso y húmedo beso de Cindy que se alargó y se alargó. Los besos como aquel se experimentaban en todo el cuerpo, hasta las puntas de los pies, y era posible cerrar los ojos y recordarlos como si fueran un caramelo en los labios.

Eran de esos besos que nunca se olvidaban, pasara lo que pasara después.

AHORA

El presente

—Por fin hemos logrado identificar a la víctima del bar —explicó Maggie a Stride y Serena.

Se hallaba junto a la puerta de casa de Stride, en el número 3300 de The Point. Era julio y había anochecido; todas las ventanas estaban abiertas y la brisa del lago entraba a través de las mosquiteras. Stride estaba sentado en su sillón de cuero rojo cerca de la chimenea, bajo la repisa decorada con un cartel en el que se leía: «CREER». Serena se sentaba en la escalera de nogal que llevaba al desván sin acabar.

Él alargó la mano hacia la mesa baja que tenía al lado para coger un cigarrillo antes de darse cuenta de que ya no fumaba. Era extraño. Después de algunos vaivenes, llevaba ya tres años sin fumar, pero a veces se le olvidaba que ahora era un hombre distinto. Uno siempre está a un momento de distancia de ser quien es, así que el precio de la madurez es la vigilancia constante.

—¿Quién era? —preguntó Serena.

Llevaba una camiseta de tirantes lila y pantalones cortos, de forma que sus brazos y sus piernas quedaban al descubierto. La piel de sus largas piernas estaba salpicada de cicatrices de las quemaduras que había sufrido en un incendio dos años antes. Llevaba el pelo negro suelto y revuelto.

Habían pasado tres semanas desde que había visto cómo disparaban y mataban a una joven rubia delante del Grizzlie Bear, en West Duluth. Pese a que había perseguido al tirador, este había logrado huir; había dejado su pistola tras de sí, pero se había llevado la cartera y el móvil de la mujer. No habían avanzado en la búsqueda del hombre y, desde el asesinato, la mujer había permanecido sin identificar. Dentro de su maleta azul celeste no había nada que les ayudara a averiguar su nombre. Hasta aquel momento.

—Kelly Hauswirth —anunció Maggie—. Veintidós años. De Denver.

—Estaba muy lejos de casa.

—Sí.

Maggie se revolvió y cambió su peso de un pie a otro, incómoda.

—Puedes pasar —le dijo Serena—. No muerdo.

—Creo que eso fue lo que le dijo el lobo a Caperucita Roja —replicó Maggie, pero entró en la casa, les tendió a ambos copias de un carné de conducir de Colorado y se sentó en el sofá de Stride con los pies apoyados en la mesa de centro. Como en los viejos tiempos, aunque ya no lo eran.

Entre Serena y ella se respiraba una tensión gélida y palpable. Ambas habían mantenido una amistad incómoda desde que Stride y Serena habían comenzado una relación cuatro años atrás, pero el otoño anterior las grietas existentes entre ellas se

habían abierto en canal. Tras un accidente que estuvo a punto de acabar con la vida de Stride y que lo dejó luchando con *flashbacks* y pesadillas, este había cometido el único error que siempre había jurado que evitaría: se había acostado con Maggie. Al cabo de unos días Serena se había marchado de casa y Maggie y él habían mantenido un breve romance.

Pero las cosas cambiaron, y luego volvieron a cambiar. Así funcionaba el mundo. Serena y él volvían a estar juntos y compartían su casa con una adolescente embarazada llamada Cat Mateo, a quien habían rescatado de las calles de Duluth. Y ahora Maggie, que en muchos sentidos seguía siendo la mejor amiga de Stride, era una forastera.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Maggie mientras dirigía una mirada a la habitación vacía de Cat, en la parte delantera de la casa.

Serena puso los ojos en blanco.

—Ha salido. Otra vez.

—Creemos que tiene novio —añadió Stride—, pero no quiere decirnos quién es.

—Bienvenidos a la paternidad —se burló Maggie.

Stride sabía que Maggie no se fiaba de Cat. También seguía fingiendo que todo iba bien entre Stride y ella, aunque estaba claro que no era así.

—Kelly Hauswirth trabajaba en una empresa de *telemarketing* en Centennial —continuó Maggie—. Les dijo a sus compañeros de trabajo que se iba de vacaciones, aunque no les comentó adónde o con quién. Por lo visto era introvertida y no muy sociable. Pasaron casi dos semanas antes de que alguien denunciara su desaparición y la policía de Denver tardó lo suyo en relacionar la desaparición con nuestro aviso.

—¿Y la familia? —preguntó Serena.

—Sus padres viven en Montana y no hablan con ella más de una vez al mes. La policía de Denver envió una imagen del cuerpo a la policía de Missoula, que se la enseñó a papá y mamá. Ambos confirmaron que era su hija.

—¿Saben qué hacía Kelly aquí en Duluth?

Maggie negó con la cabeza.

—No.

Stride examinó la foto del permiso de conducir de Kelly Hauswirth. Serena la había descrito como la típica chica de barrio residencial, y no se equivocaba. Tenía el pelo rubio y liso, los ojos grandes y azules, y la cara redonda. Era bonita, aunque no despampanante. No coqueteaba con la cámara. No obstante, había dejado tangas de encaje y condones texturados en su maleta azul celeste. La animadora tímida había acudido a la ciudad por un hombre.

Un hombre que conducía un Grand Am robado.

Un hombre que le había disparado en la cabeza por la espalda.

—¿La policía de Denver ha logrado rastrear sus movimientos? —preguntó Stride.

—Cargó un billete de autobús de Denver a Minneapolis en su tarjeta de crédito. Son diecinueve horas, nada más y nada menos. La policía habló con los conductores

de la ruta, pero nadie recordaba a Kelly.

—¿Y en Minneapolis?

—Nada. No hay más cargos en su tarjeta de crédito. Si cogió otro autobús hasta Duluth, lo pagó en efectivo.

—Está claro que venía a encontrarse con alguien —señaló Serena.

Maggie asintió.

—Sí, uno de sus compañeros de trabajo cree que había quedado con un novio que había conocido por internet. La policía de Denver ha indagado en sus registros telefónicos y dice que se enviaba mensajes subidos de tono con alguien, pero todos los datos que él le dio son completamente ficticios. Nombre, dirección, trabajo: todo inventado. Van a mandarme una transcripción por *e-mail*. El número corresponde a un teléfono desechable, y no se ha usado desde el asesinato.

—El tipo le tendió una trampa —constató Stride.

—Eso parece. Y ella mordió el anzuelo.

—¿Cómo empezaron a ligar?

—No lo saben. Lo más probable es que en una sala de chat, aunque todavía no la han encontrado. La chica era una presa fácil. Muy ingenua. El tío le enviaba fotos de él, pero en realidad son de un modelo que puedes encontrar en internet.

Maggie sostuvo una fotografía de un chico de veintitantos años con el pelo castaño cortado en plan casco y una barba rala y bien cuidada. Llevaba una sencilla camiseta blanca y tenía ojos azules de mirada soñadora, típicos de una banda musical de chicos adolescentes. Era guapo pero no de una belleza intimidatoria.

—¿Y ella creía que iba a quedar con este? —preguntó Serena.

—Sí. Debió de ser toda una sorpresa. Crees que estás a punto de enrollarte con tu príncipe azul y en lugar de eso aparece un desconocido que te roba y te mata.

—Se trata de algo más que un robo —observó Stride—. Nadie se toma tantas molestias para llevarse una billetera.

Maggie asintió.

—Sí, es posible que haya algo más. Algo malo. Hoy me ha llamado Troy Grange. Se ha enterado de nuestro caso y cree que puede estar relacionado con una petición que recibió de Interpol sobre seguridad para los barcos que salen del puerto.

La expresión de Stride se ensombreció.

—¿Qué clase de petición?

—Homicidio. Troy dice que hay otra víctima.

—¿Por qué no hemos sabido nada?

—Porque el asesinato no se cometió aquí —explicó Maggie—. Encontraron a esta otra mujer en Ámsterdam. Tenía la garganta seccionada y la habían arrojado a uno de los canales. Y ¿a que no sabéis qué llevaba puesto? Una camiseta del Maratón de la Abuela de Duluth.

A medianoche, Cat aún no había vuelto a casa. Stride y Serena sabían que había apagado el móvil porque los mensajes que le enviaban no se entregaban, y la aplicación para seguirla no mostraba su ubicación. La chica estaba levantando barreras de manera deliberada.

—No lo entiendo —murmuró Stride—. No comprendo por qué se comporta así.

—Eso es porque nunca fuiste una chica adolescente —repuso Serena con una sonrisa.

Estaban sentados en sendas sillas Adirondack en el porche delantero de la casa. La calle estaba tranquila y las olas del lago Superior retumbaban a su espalda, fuera de su campo de visión. Stride espantó un mosquito hambriento.

—De repente es toda dulzura e inocencia —continuó—, y de pronto se convierte en la Chica con el Tatuaje del Dragón.

—Adolescente —insistió Serena.

—Lo sé, pero está tan decidida a tener el niño... Y no está preparada.

—No. En absoluto.

—No puedo evitar pensar... —empezó a quejarse pero se interrumpió.

No creía que nadie pudiera tomar decisiones en nombre de una mujer. Incluso si esa mujer era tan solo una cría. Seguía creyendo que Cat debía dar a su hijo en adopción, pero ella continuaba insistiendo en que quería ser madre.

—Puedes pasar una mala época de adolescente y acabar bien —señaló Serena—. A mí me pasó.

—Sí, pero muchas chicas no lo consiguen.

—Eso es cierto.

Stride se sentía como un padre con Cat y eso lo hacía sentirse viejo. Había muchas otras cosas que también le hacían ser consciente de su edad. En los ocho años transcurridos desde que había perdido a Cindy, las canas habían empezado a ganarle la batalla a su pelo negro. La pierna que se había roto el verano anterior se había curado, pero en pleno invierno a veces se descubría cojeando. Dentro de pocos meses cumpliría cincuenta años. Había algo en el hecho de cambiar de década que hacía que resultara más difícil fingir que uno era joven.

La vida le había recordado una y otra vez que no estaba hecho a prueba de balas. No era algo tan malo. Había comenzado a aceptar sus errores e imperfecciones. Ya no se daba de cabezazos contra todas las paredes. Serena y él, ambos heridos, ambos solos, habían encontrado un remanso de paz en el otro. Si eran capaces de conservarlo.

Y a Cat.

Stride no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba a alguien como Cat en su vida hasta que la había encontrado temblando en el armario de su dormitorio tres meses atrás, huyendo de un asesino. Ahora no podía imaginarse la vida sin ella. Y esa

era la razón de que su comportamiento le resultara tan frustrante. No podía protegerla de todo. Ni siquiera de sí misma.

Serena le cogió la mano.

—Debería haber confiado en mi instinto en el bar.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que Kelly Hauswirth estaba fuera de lugar allí. Debería haber hablado con ella.

—Era imposible que supieras que estaba en peligro y nada te dice que hablar con ella hubiera cambiado algo.

Serena se encogió de hombros. No siempre era capaz de seguir su propio consejo de vivir sin remordimientos.

—¿Qué hay del arma del crimen? —preguntó.

—El departamento de balística está buscando huellas y analizando la pistola. Aún no hemos recibido el informe.

—¿Y el Grand Am?

—Robado de un aparcamiento del centro de convenciones. Nadie vio nada. No hay huellas dactilares en el interior. Es un callejón sin salida.

—Ojalá le hubiera visto la cara.

—Bueno, tal vez no tengamos pistas sobre él, pero ahora sabemos quién era ella. Algo es algo.

—Kelly Hauswirth —repitió Serena—. Tenía cara de Kelly. La pequeña y dulce Kelly se enamora de un chico por internet y él consigue que venga a Minnesota para conocerse. Y entonces... ¿qué? ¿Ella se da cuenta de que el tipo del coche no es el hombre con el que se suponía que debía encontrarse y trata de escapar?

—Eso parece —convino Stride.

Serena movió negativamente la cabeza.

—No estoy segura. Hay algo en todo esto que no me cuadra. Creo que ese tío es un iceberg, Jonny.

Él sabía a qué se refería. La mayor parte de un iceberg flotaba bajo la superficie del agua y era precisamente la parte que no veías la que había que temer.

Aquel asesinato encerraba más cosas de las que eran capaces de entender en ese momento.

Howard Marlowe tecleó en un documento Word de su ordenador:

La acusación no pudo situar la pistola en las manos de la doctora Snow y sí en las de Jay. ¿Fue esa el arma del crimen? Así lo creyó la mayoría de los miembros del jurado.

Yo no. Yo creo que la conjetura de Archibald Gale en el juicio es correcta. Jay perdió su pistola cuando su furgoneta y su cabaña de pesca se hundieron bajo el hielo. La gente ha dado mucha importancia al hecho de que no se recuperase el arma durante el rescate, pero eso no quiere decir nada. Si tu casa flota, ¿crees que todo lo que contiene se mantendrá en su sitio? No. La pistola se alejó flotando. Está enterrada bajo el cieno de Superior Bay.

Repasó lo que había escrito y le gustó. A continuación, venían las pruebas que había descubierto durante su investigación.

Cuatro años atrás, había llevado un cortacésped al local del hermano de Jay, Clyde, para que se lo reparara. Para entonces, Clyde ya no recordaba que Howard había sido miembro del jurado. Howard acabó por conocerlo bien; salían juntos por ahí y, mientras bebían, lo cosía a preguntas. Después de media botella de Captain Morgan Clyde había admitido que estaba bastante seguro de que esa tarde, en la cabaña de pesca, Jay llevaba consigo su arma. Y admitió también que después de ese día nunca había vuelto a ver a su hermano con la pistola.

Howard le trasladó la información a Archibald Gale, que le dijo lo que decía siempre. Que no bastaba para solicitar la celebración de un nuevo juicio. Así que las apelaciones iban y venían, y no sucedía nada.

Janine Snow continuaba en la cárcel.

—¿En qué trabajas? —le preguntó Carol desde la puerta de su estudio. Se había ido a dormir pronto, pero la mayoría de las noches le costaba coger el sueño—. Como si no lo supiera.

—En el libro —contestó él.

Su mujer cruzó los brazos sobre la parte superior del pijama. Dos oscuras medias lunas bordeaban sus ojos.

—El libro. ¿Algún día lo acabarás? ¿Cuántas páginas llevas? ¿Mil quinientas? No lo va a leer nadie.

Él no apartó la vista del monitor.

—No me importa si lo publico o no. Es un *hobby*.

—¿Un *hobby*? Es la una de la madrugada, Howard. Dedicas todos los minutos que estás despierto a investigar y escribir ese libro.

—¿Y qué? Necesito algo para mantenerme ocupado en verano, cuando no hay clases.

—¿En serio? ¿Qué me dices de hacer algo con tu familia? ¿Qué me dices de hacer algo conmigo?

—Acabamos de estar en Door County —replicó él.

—Un fin de semana largo. Tres días. Llovió. Y la única razón por la que fuimos

es que querías seguirle la pista a otro Rav blanco de alguien de Sister Bay.

—Ya te lo he dicho; es mi *hobby*.

Carol movió la cabeza, frustrada. Al mirarla, Howard se percató de cuánto había envejecido en los últimos nueve años. Los habituales cinco kilos de más se habían convertido en diez. Su rostro, sin maquillaje, estaba pálido como la arena de la playa. No se equivocaba al decir que Howard la ignoraba: ya no tenían mucho en común. Su intermitente vida sexual se había reducido a nada; no recordaba la última vez que habían dormido juntos. Su hija Annie era una adolescente huraña, demasiado preocupada por su propia vida para preocuparse de ellos. Carol no tenía nada más. Seguía trabajando de cajera en el Super One. Hacía colchas de *patchwork*. Iba a la iglesia. Y le daba la lata con lo del libro como un loro graznando sobre su hombro.

No entendía que el caso era el trabajo más importante que él había llevado a cabo en toda su vida. *Era* su vida. Hacía que volviera a sentirse joven. Su estudio se había convertido en una biblioteca de pruebas, todas ellas meticulosamente organizadas y categorizadas por temas. Los testigos. Los documentos. El arma. El Rav. Dos años antes, había empezado a trasladar su labor investigadora a un libro.

Pero un libro requería un final y él aún no lo tenía. Terminaría cuando Janine fuera libre.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó Carol en un tono que sonó como una acusación.

—He ido a una casa de empeños en Grand Rapids.

—Cada semana vas a una casa de empeños diferente —le espetó ella—. Después de tanto tiempo no vas a encontrar nada. ¿Qué esperas conseguir?

—Las joyas desaparecidas siguen en alguna parte —replicó Howard—. Son piezas caras. Tarde o temprano, quien las tenga supondrá que ya es seguro intentar venderlas.

Carol abrió la boca para gritarle algo, como solía hacer, pero esta vez se mordió la lengua. Él ya lo había escuchado todo. Las joyas no habían desaparecido: estaban en el fondo del lago, donde Janine las había tirado, junto con la pistola. Howard nunca las encontraría. Estaba perdiendo el tiempo.

Su mujer cerró los ojos y, lentamente, respiró hondo. Él se dio cuenta de que estaba llorando.

—Dime por qué —le pidió ella.

—Ya te lo he explicado.

—Explícamelo otra vez —insistió Carol.

Él se levantó de la silla con un suspiro. En el estudio apenas quedaba espacio para andar. Había demasiadas cajas, aunque él sabía lo que contenía cada una. Se acercó a su mujer, que seguía en la puerta, aunque no se tocaron. Eran dos desconocidos que compartían casa e hija. Hacía tiempo que a Howard eso había dejado de preocuparle. Las parejas se hacían mayores, se distanciaban. Con suerte, seguían siendo amigos.

—La metí en la cárcel —explicó—. Yo.

—No, no fuiste tú.

—Es culpa mía. No fui lo bastante firme para mantener mi postura. Si puedo demostrar que es inocente...

—No es inocente, Howard. Es culpable. Es una inmoral. Es el demonio.

—Para —le espetó él.

—¡Te ha alejado de mí!

—No seas ridícula.

Carol se rio sin rastro de humor. Abrió los brazos para abarcar los montones de cajas y su voz se tiñó de furiosa desesperación:

—¿De verdad todo esto es más importante que tu matrimonio? Esta fantasía que te has montado sobre ella, ¿es más importante que yo?

—Oh, por el amor de Dios —repuso él.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo hacia ella, y él se dejó. Carol hundió la cabeza en su pecho. La sensación era la misma que muchos años atrás. Al cabo de un minuto, él apartó con gesto amable sus manos y luego regresó a su escritorio.

—¿Por qué no vienes a la cama? —murmuró Carol. Una invitación.

—Ahora iré. No tardo nada.

Ella se quedó callada, pero no se marchó.

—Sé que la ves, Howard —dijo finalmente su mujer.

Él alzó la vista, nervioso.

—¿Qué?

—Sé que vas a visitarla a la cárcel.

Howard quiso negarlo, pero no creía que ella estuviera dando palos de ciego. No se había sacado esa idea de la manga. Lo sabía. Además, la expresión de Howard era en sí misma una confesión y no tenía ganas de seguir ocultárselo. Ella lo miró y ninguno de los dos dijo una palabra. Luego dio media vuelta y lo dejó solo en el sótano.

Cat estaba tendida de espaldas, mirando las estrellas. Su novio estaba echado a su lado. No tenía ni idea de qué hora era, pero sabía que era tarde. Había apagado el móvil porque no quería que Stride y Serena la espieran. No hacía falta que supieran que estaba a tan solo cincuenta metros de su casita, estirada con Al en la playa mientras las olas del lago casi les lamían los pies descalzos.

Él le cubrió con una mano la piel desnuda de la hinchada barriga. El bebé dio una patada desde dentro y él sonrió y dijo:

—Qué guay.

Al no era el padre del niño. Cat no sabía cómo se llamaba el padre; era solo uno de los hombres que le había pagado por tener sexo con ella en los malos tiempos. Era curioso que aquel hombre no fuera a saber nunca que tendría un hijo. Cat no sabía

qué le contaría a este sobre su padre cuando llegara el momento. O sobre ella.

Cat sintió los dedos de Al acariciándole el lado del pecho, pero no fue más allá. Él no la había presionado para que se acostaran. Solo se besaban y se metían mano. Si él hubiera querido sexo, ella habría dicho que sí. A algunos chicos les daba pánico estar con chicas embarazadas, pero Al decía que no era eso. Él hablaba de respeto. Cat le había dicho que para ella el sexo no significaba nada, no después de pasarse años haciéndolo por dinero, así que él había dicho que quería esperar hasta que sí fuera significativo.

Ella se preguntó si eso significaba que iba a buscar lo que necesitaba en otra parte. No quería preguntárselo a él.

Al se sentó y la ayudó a hacer lo mismo. El lago Superior rugía con fuerza. En el cielo despejado titilaban las estrellas. Cat experimentó una extraña oleada de alegría, que quedó ensombrecida por la culpa que experimentaba al esconderles a Stride y Serena cosas sobre ella. Y también a Al. Guardar secretos era un hábito difícil de romper. En el pasado, sus secretos la habían mantenido con vida.

—Un colega me ha dado un par de porros —dijo él—. ¿Quieres una calada?

—No, gracias. Es mejor que no. Pero fuma tú.

Él encendió uno y retuvo el humo en la boca. Al exhalarlo, un aroma dulzón la envolvió. Él también tenía una lata de cerveza caliente en la arena y ella se había permitido dar un trago pero nada más.

—Anna no me habla —comentó Cat.

Anna era la camarera del Grizzly Bear.

Al no dijo nada. El porro había hecho su efecto. Parecía hallarse muy lejos de allí, en una de las estrellas, donde todos sus pequeños problemas no revestían importancia.

—Ni siquiera lee mis mensajes —continuó—. Está cabreada porque no le conté que vivía con dos polis.

Su novio suspiró mientras regresaba a la tierra, como si no quisiera mantener aquella conversación.

—Bueno, ¿y por qué no se lo contaste?

—No quería espantarla. —Cat frunció su bonita cara en una mueca de enfado—. No es justo. Serena no quiere que quede con ninguno de mis antiguos amigos. Le dijo a Fred que si me dejaba entrar otra vez en el bar, la policía le haría una redada.

—Lo siento —dijo Al, y añadió—: ¿Serena y Stride saben algo de mí?

—No.

—¿Crees que dirían que no deberías verme?

—No lo sé. Es probable.

—Bueno, no vas a poder ocultarlo para siempre —observó él.

—¿Se lo has contado a tu madre? —preguntó ella.

Él sonrió, porque ella le había hecho probar su propia medicina.

—Vale. No.

—Pues ahí lo tienes.

Al le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él. A Cat le gustaba mucho, aunque hacía tan solo un par de meses que se conocían. Él era dos años mayor que ella. Era alto y desgarbado, con piernas largas hechas para el baloncesto. El pelo negro le caía por la frente y su perilla dibujaba un cuadrado hirsuto sobre su piel oscura. Tenía la voz dulce y atiplada, que hacía pensar a Cat en truenos lejanos. Llevaba ropa barata y holgada de Goodwill, salvo por las deportivas Converse, que eran el único capricho que se permitía en navidades.

Cat lo había conocido a través de Anna, que trabajaba de voluntaria en las iglesias locales y cada dos meses convencía a Cat para que la acompañara a algún proyecto comunitario. En mayo, había pasado una semana pintando la casa de la madre de Al de arriba abajo. Cat y Anna habían proporcionado la mano de obra mientras que la iglesia donaba la pintura. Al les trajo hamburguesas gratis del bar Anchor cuando acabaron.

Pese a tener dos trabajos, Al nunca disponía de mucho dinero. La hipoteca devoraba la mayor parte de su sueldo y las cuentas pendientes de la tarjeta de crédito se llevaban el resto. Su padre había muerto de un derrame cerebral cinco años atrás, y fue entonces cuando empezaron a acumularse las deudas. Su madre padecía un enfisema y no podía trabajar. Sus hermanas pequeñas todavía iban a la escuela y él quería que siguieran yendo. Entre su trabajo de día en el mantenimiento del zoo de Duluth y las tardes y los fines de semana lavando platos en el Anchor, apenas le quedaba tiempo para pasar con Cat. Los momentos robados como aquel eran un tesoro para ella.

La playa estaba casi desierta. La brisa templada del lago agitaba su perfecto pelo castaño. En la oscuridad, cincuenta metros al norte, distinguió otra pareja enrollándose bajo la luz de las estrellas. Aunque sabía que Al tendría que irse enseguida, porque trabajaba por la mañana, deseó poder quedarse allí con él toda la noche.

—Me cayó bien tu madre cuando Anna y yo la conocimos —comentó—. ¿No crees que yo también le caería bien?

—Le encantaría, aunque dice que no tengo tiempo para una novia.

—Sobre todo si está embarazada, ¿verdad?

—Oh, no es eso. De verdad. Es solo que no quiere que me quede anclado en nuestra vida de clase baja, como papá y ella. Mamá siempre dice que Dios tiene grandes planes para mí y que si no trabajo duro, nunca descubriré cuáles son.

—¿Y tú te lo crees?

—Me han criado así, o sea que sí. Tengo que creérmelo. Si no, me daría una paliza. Claro que Dios debe de estar bastante decepcionado conmigo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Cat.

Él se encogió de hombros.

—A veces hago estupideces y luego me arrepiento mucho. No soy digno de

grandes planes.

—Bienvenido al club —dijo Cat.

—¿Tú? Anda ya.

—Es verdad. Dios no tiene planes para mí. Soy un cero a la izquierda.

—No hables así —la reprendió él—. Eres especial. Mucho más especial que yo.
¿Por qué hablas así?

—Son las hormonas. De repente estoy arriba y de pronto me da el bajón. Estoy embarazada, así que es lo que hay.

—Ah.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Me quieres? Porque creo que yo a ti sí.

Él abrió mucho los ojos.

—Cat, yo...

—No importa, no me contestes. Lo siento. Ya ves, menuda tontería te acabo de decir. Voy a apretar la tecla de borrar.

Si no fuera porque era imposible borrar cosas como esa después de decirlas.

Al parecía descontento con ella, y no lo culpaba. «Muy bien, Cat, otra vez cagándola», pensó. Se puso en pie con dificultad y se sacudió la arena de la piel. Al también se levantó. Tenía el mismo aspecto que si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Deberíamos irnos —decidió Cat.

—Cat, escucha, no es que...

—No, no digas nada. Por favor. Olvídalo, he sido una estúpida. Solo quiero largarme. Tú tienes que trabajar y estoy segura de que Stride me está esperando para cantarme las cuarenta.

—Te acompaño. Yo se lo explicaré.

—Eso solo empeoraría las cosas.

—Bueno, pues volvamos al coche —propuso él—. Te llevaré.

—No, vete. Iré andando.

—¿Sola? Ni hablar.

—Estoy a dos casas, Al. Si me pongo a gritar Stride me oirá.

Él parecía reacio, pero se dejó convencer. Le dio un beso de despedida, que por lo general eran mágicos, pero ella había echado a perder el momento. Estúpida estúpida estúpida. Él se marchó con los hombros hundidos y desapareció por la playa hacia el sur. Cat lo contempló hasta que él giró y se dirigió a la calle. Se preguntó si la llamaría al día siguiente o si lo había ahuyentado para siempre.

No era solo que hubiera hablado de amor antes de que él estuviera preparado para oírlo. Ese era un gran error, pero Cat guardaba más secretos.

Tenía que contarle lo que había hecho.

Stride le estrechó la mano a Troy Grange.

No le veía muy a menudo, pero entre ellos existía un vínculo que los unía. Ambos habían sufrido pérdidas personales que habían cambiado drásticamente sus vidas. Cindy, la mujer de Stride, había muerto de cáncer ocho años atrás. El verano anterior, la mujer de Troy, Trisha, había sido asesinada y le había dejado solo con dos hijas que criar.

Troy también saludó a Maggie y a Stride no le pasó por alto la expresión efusiva de su rostro. Se alegraba de verla. Troy volvía a abrirse por fin, algo que llevaba mucho tiempo tras la muerte de un cónyuge. Stride se preguntó si habría algo más entre ellos dos. Troy y Maggie habían trabajado juntos durante años, pero daba la sensación de que su amistad había derivado en atracción. Al menos por parte de él. Era imposible que Maggie no se hubiera dado cuenta de los sentimientos de Troy y Stride se preguntaba si el interés sería recíproco.

—Sentaos, chicos —les pidió Troy con su vozarrón.

Pese a ser el director de sanidad y seguridad del puerto de Duluth, su despacho era pequeño y él raramente se hallaba dentro del edificio. En lugar de eso solía estar fuera, en los muelles, donde miles de toneladas de bienes entraban y salían de la ciudad por barco y tren cada día. Madera. Carbón. Mineral de hierro. Cemento. Grano. Caliza. Las largas embarcaciones traían los cargamentos y los llevaban hasta las aguas del lago Superior, y de ahí a destinos de todo el mundo.

Junto con ese tráfico llegaban problemas de contrabando. Drogas. Armas. Personas.

—Maggie me ha contado lo de esa chica de Denver, Kelly Hauswirth —explicó Troy—. ¿Tenéis más pistas sobre el tipo que la mató?

—Hasta ahora no —contestó Stride—. Estamos a la espera de recibir los resultados de balística del arma del crimen.

—Suponemos que es el mismo tipo que atrajo a Kelly desde Colorado hasta Duluth —añadió Maggie—. Alguien creó una identidad falsa en internet y se curró una relación con ella. Al darse cuenta de que el tío no era quien ella pensaba, Kelly trató de escapar y él le disparó.

—Supongo que habréis interrogado a todos los que estaban en el bar esa noche —observó Troy.

—A tantos como hemos podido —explicó Maggie—. Muchos desaparecieron antes de que llegáramos.

—El Grizzly Bear es un abrevadero para las tripulaciones extranjeras de los cargueros transoceánicos —observó Troy.

—Sí, y son de los que mantienen la boca cerrada. Todos afirman no conocer a la mujer ni con quién iba a encontrarse.

—No me extraña.

—¿Por qué crees que tal vez haya una conexión con Ámsterdam? —interrumpió Stride—. Maggie dice que la Interpol se ha puesto en contacto contigo en relación con otro asesinato al otro lado del Atlántico.

Troy cogió una fotografía de la impresora de su despacho y la deslizó sobre el escritorio. El cadáver de la imagen apenas era reconocible; sus rasgos estaban abotargados y desteñidos después de haber pasado tanto tiempo en el canal. Un tajo cortaba en dos su garganta. Tenía el pelo color fresa pegado a la piel y su cuerpo hinchado había abierto las costuras de la camiseta, pero pese a ello Stride reconoció el logotipo del Maratón de la Abuela. O bien la mujer o bien la persona que le había dado la camiseta habían estado en Duluth antes de que la mataran.

—¿Cuándo la encontraron? —preguntó.

—La semana pasada.

—¿La han identificado?

—No. Los holandeses esperaban que pudiéramos ayudarles con eso. Las condiciones del cuerpo no facilitan la tarea. Dan por hecho que es estadounidense por la camiseta y la calidad de sus empastes, pero no lo saben con seguridad. Tampoco saben cuánto tiempo llevaba en el país. La camiseta es de la maratón del año pasado.

Maggie se inclinó sobre el escritorio.

—¿Puedes pasarnos el archivo jpeg?

—Por supuesto, sargento.

Stride sonrió. Troy se mostraba invariablemente formal con ellos cuando trataban temas oficiales. Stride era «teniente», Maggie era «sargento». Era el típico exmarinero rudo que solo llevaba camisas de cuadros, tejanos y botas, pero mostraba una seriedad que Stride respetaba. No era alto, pero tenía la constitución corpulenta de un levantador de pesas. Nadie se metía con Troy.

El director de seguridad pulsó unas cuantas teclas de su ordenador. Los móviles de Stride y Maggie sonaron al mismo tiempo al recibir un correo con la fotografía.

—¿La policía holandesa o la Interpol tienen más detalles sobre las circunstancias del asesinato de esta mujer? —preguntó Stride.

—Quizás. Encontraron un tatuaje en su muñeca relacionado con una organización mafiosa estonia. Muy brutal y sofisticada. El grupo empezó con exportaciones de drogas sintéticas y robos de alto nivel, pero la Interpol cree que se han expandido hasta convertirse en una red de contrabando internacional. Metales ilegales. Drogas. Armas.

—Y mujeres —supuso Maggie.

—Exacto. Su hipótesis es que esta mujer fue secuestrada y entregada a una red de prostitución forzada en el extranjero.

—¿Creen que la sacaron a través del puerto de Duluth? —preguntó Stride.

—Bueno, eso fue lo que me preguntaron ellos a mí. No pude descartarlo. —Troy entrelazó sus rollizas manos—. Mirad, los chicos que trabajan en la seguridad de los puertos hablan por todo el mundo. Tenemos expertos en tecnología que trolean la

internet profunda, ya sabéis, todas las páginas que no salen en Google. Es prácticamente una Lista de Craig^[4] de la esclavitud. Mujeres, chicas, chicos, niños, incluso mascotas. Si tienes dinero, puedes escribir tus requisitos sobre quién quieres, como si hicieras un pedido de cortinas a medida. Luego, mafias como este grupo estonio van y cogen a alguien que encaja con el perfil y lo sacan del país clandestinamente. Podría ser una chica en Sidney. O en Cape Town. O en Cancún.

—O en Denver, Colorado —señaló Stride.

—Exacto. Sencillamente desaparecen. Pedido solventado. Una nómina descomunal para los traficantes. Y una vez que dejan de serles útiles, estas chicas acaban como esta mujer en Ámsterdam.

Stride se puso en pie y se acercó a la ventana del despacho de Troy. Desde allí vio vagones de tren cubiertos de grafitis. Silos. Pirámides de taconita. El volumen de todo lo que transportaban los barcos hacía que un solo ser humano pareciera una aguja en un pajar. Fácil de ocultar.

—No digo que fuera eso lo que le pasó a Kelly Hauswirth —continuó Troy—, pero creo que debemos considerar esa posibilidad. La atrajeron hasta aquí y quienquiera que fuese lo hizo por una razón. Además, no me gusta el hecho de que el lugar de la cita fuera un bar donde se reúnen muchos de los marineros extranjeros.

Stride asintió.

—Necesitamos una lista de los cargueros transoceánicos que había en el puerto cuando se cometió el asesinato. Y de cuándo está previsto que regresen a Duluth.

—Hecho.

—También quiero hablar con tus contactos en la Interpol.

—Claro. —Troy se levantó y hundió las manos en los bolsillos—. Mirad, ojalá me equivoque, pero si alguien trafica con mujeres desde aquí no empezaron con Kelly y no van a parar. Es temporada alta de transporte marítimo. Por lo que sabemos, ya tienen otras chicas escondidas en la ciudad y solo están esperando para sacarlas en barco.

Se llamaba Erin. Era de Grand Forks.

Sabía quién era, pero al despertarse descubrió que la habían privado de sus otros sentidos. La cabeza le daba vueltas y se sentía mareada. Ya no le era posible asegurar cuándo estaba consciente y cuándo soñaba. Abrió los ojos, pero el mundo era negro. Tenía los ojos vendados. Trató de hablar, de gritar, de chillar, pero no pudo emitir ningún sonido. Algo en su boca ahogaba sus gritos. Tenía las muñecas atadas a la espalda y no podía moverlas. También tenía atados los tobillos.

El pánico la invadió, como una ola tan alta y potente que fuera a cubrirla y ahogarla. Se revolvió y forcejeó en un ataque de desesperación, pero estaba inmovilizada. Ciega. Muda. Atada.

Era una pesadilla.

No.

Erin sabía que estaba despierta. Se encontraba tendida de lado sobre un suelo de madera, con el pelo rubio desparramado sobre el rostro. La suciedad y las astillas se le clavaban en el cráneo como uñas afiladas. Tenía el cuello contracturado por el dolor. Aquello era real. Oía cosas. En algún lugar cercano reconoció el trino de un cardenal entre los árboles que atravesó las paredes que la rodeaban. Cantaba para ella, pero ella no podía cantar para él. Aun así, la ayudó a darse cuenta de que el mundo seguía ahí afuera.

Rodó hasta quedar de espaldas y se clavó los nudillos en la parte inferior de la columna. El peso de la mordaza que tenía metida en la boca la asfixió. Temió vomitar. Cogió impulso y volvió a rodar hasta quedar bocabajo; el polvo se le metía por la nariz. Respirar se volvió una ardua tarea y la contractura en la garganta la obligó a aspirar cada vez más rápido. Hiperventiló y su corazón se aceleró.

«Esto no puede ser real».

Pero lo era.

Erin volvió a colocarse de lado. No tenía ninguna noción del espacio que la rodeaba. Si era grande o pequeño. Estaba dentro de alguna parte, pero hacía calor en la habitación. Tenía la piel cubierta de un sudor húmedo. Al intentar acercar las rodillas al pecho, sus tobillos opusieron resistencia. Estaban atados con una cadena corta a algo pesado y sólido. Una mesa de acero, inamovible. Le dio una patada y se dio cuenta de iba descalza. Le habían quitado los zapatos. Se retorció y se incorporó hasta quedar sentada.

¿Qué le pasaba?

Sabía quién era pero no dónde estaba o cómo había llegado hasta allí o cuánto tiempo llevaba en aquel sitio. El tiempo no tenía ningún sentido.

«Me llamo Erin. Soy higienista dental en Grand Forks. Vivo sola. Estoy de vacaciones para ver a...».

Eso era. Matt. Mattie_1987. Matt el pasante de abogado. Divertido, cariñoso, deportista, con una cara tímida y atractiva. La mayoría de los hombres no entendía a Erin, pero él sí. Él parecía saber lo que significaba ser ella, las inseguridades, el miedo al mirarse en el espejo, todas las preguntas sobre qué iba a hacer con su vida. Nunca habría creído que pudiera enamorarse de alguien por internet, pero eso había sido antes de conocer a Matt en la sala de chat. Era más fácil hablar con él que con cualquier otra persona de su vida real. Algo en el anonimato de la oscuridad y la pantalla llevaba a Erin a contarle sus secretos. Compartía cosas con él que nunca había compartido con su familia ni con sus amigos. Tampoco era que tuviera muchos. Ni familiares, aparte de un hermano distante y unos padres que en realidad no la entendían.

«A mí también me pasa —había dicho él—. Sé cómo te sientes».

Era como su alma gemela.

Pero su alma gemela no se había presentado. Erin se sentía como si hubieran

desaparecido varias horas de su cerebro. Días perdidos que estaban en blanco en su memoria. Tenía un recuerdo borroso de un bar. Ella bebía. Esperaba. Se iba poniendo triste y ansiosa a medida que pasaba el tiempo y la tarde declinaba. Bebía más. ¿Dónde estaba Matt? Había ido en coche a Duluth solo para verse con él. Él había afirmado que la esperaría allí.

Le escribió mensajes y más mensajes. Sin respuesta. «Estoy aquí, Mattie. ¿Dónde estás?».

Entonces la negrura se abatió sobre ella. Y ahora el terror. Sin saber dónde se encontraba o cómo había llegado a aquel lugar o por qué la retenían. Entre el antes y el ahora solo se extendía el vacío.

En el exterior, oyó pasos sobre la tierra. El cardenal, asustado, dejó de cantar. El primer pensamiento de Erin fue «rescate», pero sabía que nadie iba a ir a liberarla. Aguzó el oído y oyó que los pasos se detenían. Se hizo el silencio y luego se oyó el repiqueteo metálico de un candado al abrirse.

Los goznes de una puerta chirriaron. La luz se clavó en la venda de los ojos, pero solo durante un momento, hasta que la puerta volvió a cerrarse. Erin se dio cuenta de que estaba temblando. Él estaba ahí dentro con ella, y se acercaba. Le pareció oír una respiración, pero su propia respiración le reverberaba en la cabeza como el jadeo de un animal atrapado. No podía huir. No podía gritar pidiendo ayuda.

Él estaba cerca. A escasos centímetros.

Unos dedos le tocaron el pelo, de manera casi seductora, y ella dio un respingo. La mordaza se soltó un poco, pero seguía teniéndola dentro de la boca. Algo frío y afilado le pinchó el cuello, y el aguijonazo la hizo ahogar un grito. Volvió a percibir su respiración, a su lado, cálida y acompasada en su oído.

Una voz incorpórea inundó su cabeza.

—Si gritas, te rajo el cuello.

—No ha estado nunca en mi bar —le dijo Fred Sissel a Serena.

El dueño del local dobló la fotografía de la mujer muerta en *Ámsterdam* y la deslizó hacia ella con un dedo, como si el papel tuviera una enfermedad contagiosa. Cogió el trapo que le colgaba de la manga y lo pasó por la barra barnizada. Era miércoles a media tarde. El bar estaba casi vacío.

—Parece bastante seguro —observó Serena—. La foto no es muy buena. Creo que yo no podría contestar ni que sí ni que no.

—Entonces ¿por qué me la enseña? —preguntó Sissel.

—A veces tenemos suerte. Conseguimos la foto hace un par de días y estamos recorriendo la zona para ver si alguien la recuerda.

—Bueno, pues yo no.

Sissel se atusó el bigote y se pasó la mano por el pelo cano engominado hacia atrás. No disimuló sus deseos de que Serena se marchara. El asesinato de Kelly Hauswirth había atraído a muchos policías y cámaras de televisión a su bar. A sus clientes no les gustaba, y habían puesto pies en polvorosa.

—¿Ha habido otras? —preguntó Serena.

—¿Qué quiere decir?

—Otras chicas que no encajaran con la clientela habitual. Mujeres como Kelly Hauswirth.

—Esto es un bar —repuso Sissel—. La gente entra y sale. Yo me dedico a mirar las tarjetas de crédito, no las caras.

—Pues la mía la miró bastante bien —señaló Serena.

La boca de Sissel se curvó en una breve sonrisa.

—Bueno, tiene una cara que vale la pena mirar.

—Vamos, Fred. Kelly Hauswirth llevaba una maleta. Cantaba entre sus clientes como una beata en una carrera de moteros. Solo le pregunto si ha visto alguna otra chica que responda al mismo perfil.

El dueño del bar se tiró de las mangas de la camisa.

—Lo siento.

Serena paseó la mirada por el puñado de hombres que ocupaban las mesas. Se inclinó por encima de la barra y bajó la voz.

—¿Sabe la mujer que ha aparecido en *Ámsterdam* con la garganta abierta? La policía de allí cree que era una esclava sexual. ¿Hace falta que le diga lo que es eso? Es posible que Kelly Hauswirth fuera directa a la misma clase de vida. Aquí hay marineros extranjeros que entran y salen cada día de su bar. Alguien tiene que saber algo. Quiero saber qué ha oído. Rumores. Cotilleos. Lo que sea.

—Si me entero de algo, no hablo de ello. No es bueno para el negocio. Ni para mi salud.

Serena soltó un suspiro de frustración. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una

tarjeta de visita.

—Si sus oídos vuelven a estar operativos, llámeme.

Serena se marchó con paso airado. Una ola de silbidos roncós la acompañó hasta la calle. Salió a la luz de la tarde y cerró la puerta con brusquedad a su espalda. Hacía calor bajo el cielo azul. Los tejanos azules se le ceñían a las piernas y se quedó allí plantada sobre sus sandalias de tacón alto con el talón descubierto. Llevaba una camiseta de tirantes blanca y el pelo moreno y ondulado suelto sobre los hombros. Se puso las gafas de sol y anduvo en diagonal por la calle hacia el camino que llevaba a Irving Park. Sobre su cabeza se extendía el tendido eléctrico.

Vio el muro de árboles. Metidos entre ellos, invisibles, estaban los escalones embarrados que llevaban al arroyo. Recordaba la persecución, pero ojalá hubiera recordado más. Su rostro. Su olor. Cualquier cosa. Solo había una cosa cierta: era implacable. Había matado sin vacilar y podía volver a hacerlo.

Serena sentía debilidad por las chicas perdidas. Como Kelly. Como Cat. Ella misma había estado perdida de adolescente y lo sabía todo sobre los depredadores. El camello que la había utilizado como puta había muerto hacía mucho, pero aún seguía presente en su vida de formas a las que Serena no podía escapar. Se mostraba muy distante con la gente. No confiaba en nadie con facilidad. Durante años había intentado superar cosas que era incapaz de superar, antes de darse cuenta de que sencillamente formaban parte de su propio ser.

Jonny vivía de la misma manera, aunque por razones distintas. Se mostraba receloso con el futuro, receloso de que algo pudiera durar. Su aventura con Maggie la había afectado, pero en cierto modo era inevitable. Maggie estaba enamorada de él. Tarde o temprano, esa atracción estaba destinada a transformarse en algo más cuando Jonny se mostrara vulnerable. En cierto modo, Serena se culpaba un poco por no haberlo evitado. Se había encerrado en sí misma cuando él más la necesitaba. Había sido incapaz de liberarlo de su coraza porque ella estaba encerrada en la suya.

Aquello había quedado atrás. En solo seis meses, había recorrido un largo camino. Había hecho las paces con un montón de cosas relacionadas con quién era ella y quién era Jonny. En realidad, solo quedaba un fantasma entre ellos.

Se llamaba Cindy.

—Eres policía, ¿verdad? —preguntó una voz a su espalda.

Al darse la vuelta, Serena vio a la camarera del bar que era amiga de Cat.

—Sí —contestó—. Tú te llamas Anna, ¿no?

La chica asintió.

—Anna Glick.

Anna era mayor que Cat. Tendría veinte o veintiún años. Era anoréxicamente delgada, un saco de huesos. Llevaba un maquillaje tan oscuro que parecía casi gótico y su aspecto se completaba con *piercings* en la nariz, las cejas y los labios. Por debajo de una gorra de lana salían disparados mechones naranjas en punta. Serena percibió en la mirada de la chica la expresión inteligente y cínica de alguien que sabía calar a

las personas y calcular las posibilidades de obtener lo que quería de ellas.

—¿Cómo está Cat? —preguntó Anna.

—Bien.

—Vive contigo, ¿no?

—Sí, así es —confirmó Serena, y añadió—: Cat dice que la ayudaste cuando vivía en la calle. Que le encontrabas sitios para pasar la noche.

—Hacía lo que podía. No solo por ella.

—Te lo agradezco. Me alegro de que alguien se preocupara por ella. Pero Cat ya no necesita esa clase de ayuda.

Los labios de Anna se curvaron en una sonrisa.

—En otras palabras, que me mantenga alejada de ella, ¿no?

—No te lo tomes a mal. Solo creo que es mejor que Cat rompa del todo con su pasado. Espero que lo entiendas.

—Sí, claro. Lo que tú digas. Solo para tu información, te diré que fue Cat la que vino a verme a mí, y no al revés. Y para que sepas algo más, tengo una casa y cuatro trabajos. De camarera. Introduciendo datos. Codificación médica. No pienso volver a ser la que era.

—Lo siento. No era nada personal.

Anna se encogió de hombros. No había duda de que estaba resentida.

—¿Has venido a hablar con Fred?

—Así es. ¿Cuánto hace que trabajas en el bar?

—Un año, más o menos.

Serena extrajo del bolsillo la fotografía de la mujer muerta en Ámsterdam y se la enseñó a Anna, que ni siquiera pestañeó. La chica tenía una buena coraza.

—¿Recuerdas haber visto a esta mujer por aquí? —preguntó Serena.

—¿Qué ha dicho Fred?

—¿Es que la memoria de Fred afecta a la tuya?

—No le gusta que hablemos de lo que pasa en el bar. Sobre todo con la poli.

—Bueno, Fred está dentro y tú estás aquí fuera conmigo —señaló Serena.

Anna volvió a examinar la foto.

—Creo que no, pero yo solo vengo tres días a la semana. Bienvenida a la economía a tiempo parcial. Si esa mujer estuvo aquí, fue un día que yo no trabajaba.

—¿Y la chica a la que mataron delante del bar? Kelly Hauswirth. La atendiste tú, ¿verdad?

—Sí, un vodka con limón. No tocó ni una gota. Ya he hablado con los polis de Duluth. Sí, le pedí el carné cuando entró en el bar y no, no me acordaba de cómo se llamaba ni de dónde era. Lo único que comprobé fue la fecha de nacimiento.

—¿Cuánto rato pasó en el bar?

—Un par de horas.

—¿Hablaste con ella?

—Sí, claro, nos hicimos mejores amigas. «¿Qué te pongo?». «Vodka con limón».

«¿Está bien la bebida?». «Sí, gracias».

Anna tenía una voz dúctil. Dura y bronca cuando era ella misma, como si pudiera asustar al mundo. Dulce y convincente cuando se dirigía a Kelly Hauswirth. Cuando uno vivía en la calle, aprendía a ser quien hiciera falta para conseguir un billete para la siguiente comida.

—¿Kelly dijo con quién había quedado?

—No.

—¿Alguien quiso ligar con ella? —quiso saber Serena.

—Ya viste cómo era. Muchos tíos le entraron y ella les dio calabazas a todos.

—¿En el bar hay tipos que no acepten un no por respuesta?

—Claro, un montón. Yo impedí que alguien se pasara de la raya. Los chicos no se atreven conmigo; si les digo que dejen de molestar, lo hacen.

—Entonces ¿tuviste que ayudar a Kelly con alguno?

Anna se caló aún más el gorro de lana.

—Le dije a algunos de los más borrachos que la dejaran en paz. Nada importante.

—¿Has visto a otras chicas como ella en el bar? ¿Que esperaran a alguien? ¿Tal vez una chica de fuera de la ciudad, con una maleta?

—No, pero ya te he dicho que trabajo a tiempo parcial.

Serena asintió. No creía que Anna le estuviera contando todo lo que sabía, pero hablar con la policía era un riesgo laboral.

—Dime una cosa, Anna. ¿Cat tiene novio?

—Tendrías que preguntárselo a ella —respondió Anna—, no a mí.

—Ella dice que no.

La chica se encogió de hombros.

—Entonces supongo que no lo tiene.

—Si Cat vuelve a venir aquí, te agradecería que me llamas.

—¿Para que puedas llevártela a rastras?

—Exacto.

—Eres una Madre Superiora total —comentó Anna.

—No, pero he estado en su situación —repuso Serena—. Y en la tuya.

Janine Snow esperaba a su visita.

Para su sorpresa, había descubierto que anhelaba las visitas de Howard Marlowe. En verano iba una vez al mes y durante el curso escolar, no tan a menudo. Le hablaba de su investigación, de su libro, de su determinación de encontrar pruebas para liberarla. Cuando se quedaba sin nada que decir sobre el asesinato de Jay, lo cual no ocurría a menudo, le hablaba de su vida, sus sueños, sus alumnos, su hija y su esposa.

En los años previos había considerado las visitas de Howard como un fino hilo que la vinculaba con el mundo real. Luego se había dado cuenta de que el mundo real se encontraba allí, entre las paredes de la cárcel de Shakopee. Howard habitaba en un mundo de fantasía. Un mundo que ya no existía. Un mundo en el que ella era libre.

Seguía siendo la misma mujer que había sido en Duluth y, sin embargo, era completamente distinta. Ahora la edad se reflejaba más en su rostro, porque no podía ocultarla. Su pelo rubio estaba en gran parte salpicado de gris. Su piel era natural, lo que significaba que cualquiera podía ver las arrugas alrededor de sus ojos y su boca. Seguía estando delgada y en forma porque hacía ejercicio con regularidad, pero tenía que pelearse con la dieta de la prisión, demasiado alta en hidratos de carbono. Sus uñas apenas sobresalían más allá de una media luna blanca. Leía con avidez. Una de las ventajas de Shakopee era que tenía una excelente biblioteca. Leía historia, novela negra, filosofía, ciencia. En el pasado nunca había dispuesto de mucho tiempo para leer y ahora todo lo que tenía era tiempo. Su antigua vida había girado en torno a la medicina y el sexo, y de repente tenía que contentarse con un mundo en el que ninguna de esas cosas desempeñaba papel alguno en su vida. Durante un año se mantuvo informada con revistas médicas y luego decidió que no quería volver a verlas nunca más. Incluso su apetito sexual había menguado.

Las relaciones con el resto de las presas no le resultaban fáciles. Era una mujer que solo se había sentido cómoda en compañía de hombres: personas a las que podía controlar, a las que podía manipular, y ahora vivía en una comunidad formada íntegramente por mujeres. Al principio se había mantenido apartada. Era incapaz de disimular el hecho de que se consideraba superior al resto, y ellas lo sabían. No le caían bien y ella no les caía bien. No obstante, el tiempo había pasado, y el tiempo es capaz de erosionar montañas. Se había unido al club de lectura de la cárcel y había descubierto que las perspectivas de las demás reclusas a menudo eran más profundas y complejas que la suya. Cuestionaban incluso las caricaturas que se había hecho de ellas. Cuando por fin se decidió a abrir la boca, trató de demostrarles que era algo más que la zorra que ellas creían que era.

Algunas mujeres se convirtieron en algo parecido a amigas. Algunas llegaban y se marchaban por delitos menores. Otras se quedaban. Como ella.

No dedicaba un solo pensamiento a la libertad. En la cárcel lo único que importaba era el día actual, no el siguiente ni el anterior. Pasarían diez años más antes

de que tuviera derecho a pedir la libertad vigilada y no podía permitirse pensar en una franja de tiempo semejante. Allí se vivía al día. Siete días hacían una semana. Cincuenta y dos semanas hacían un año. Los años transcurrían uno tras otro al mismo ritmo, sin importarles tu impaciencia o tus deseos. Janine ni siquiera sabía ya si deseaba ser libre. Cuando saliera, si es que llegaba a salir, no le quedaría dinero. No podría volver a ejercer la medicina. ¿Qué haría? Tendría que construirse otra vida ella sola y no podía hacer planes para algo que no era sino una posibilidad distante.

Al final, tal como esperaba, todo el mundo se había olvidado de ella. Nadie le escribía. Nadie iba a verla.

Excepto Howard.

Le resultaba extraño que él fuera la única persona que, después de todo aquel tiempo, siguiera dudando de su culpabilidad. Que aún creyera en ella. Él formaba parte del jurado que la había encerrado allí y sin embargo seguía acudiendo a verla, más decidido que nunca, más enamorado de ella que nunca. Janine podría haberle pedido que no volviera, pero la soledad la habría hecho enloquecer. Esperaba con ganas el momento de verlo. Incluso sentía cierto cariño por él. Lo más compasivo hubiera sido insistirle en que no malgastara su vida en una cruzada ridícula, pero ocho años no la habían cambiado por completo. Aún era egoísta.

—Janine —saludó Howard.

Ella había dejado volar su mente y él estaba de pie frente a ella. Janine le sonrió, se puso en pie y le estrechó la mano. La piel de Howard estaba húmeda y pegajosa, como casi siempre. Tenía la sensación de que estrecharle la mano era la experiencia más erótica de la vida de aquel hombre. Mientras que para ella no significaba nada.

—¿Cómo estás? —preguntó Howard al tiempo que se sentaban.

—Más o menos igual.

—Fuera hace calor. Pero es agradable.

—Me alegro.

—Tienes muy buen aspecto —observó él.

—Oh, bueno. Gracias.

Era su charla trivial habitual, seguida por el silencio habitual. A ella no le importaba. Años atrás, habría pensado que Howard Marlowe era la persona más aburrida sobre la faz de la Tierra. Aún seguía pensándolo, pero las cosas aburridas ya no resultaban completamente malas. Al cabo de un tiempo, uno ansiaba lo predecible. Era verano, así que Howard llevaba su ropa veraniega: una camisa de manga corta, tejanos negros y zapatillas de tenis blancas. Se había cortado el pelo rizado y castaño antes de ir a verla, como solía hacer. Hacía cinco años que, después de consultarlo con ella, se había operado la vista con láser y ya no necesitaba gafas. Tenía una barriga de clase media que se esforzaba por meter siempre que estaba con ella.

Janine sabía que él fantaseaba con ella. Lo había reconocido. A ella le resultaba un tanto patético, pero de vez en cuando le dedicaba un gesto coqueto que sabía que él recordaría. Una mirada elocuente o un mohín con los labios. O bien se estiraba la

camisa tejana de una forma que enfatizaba la turgencia de sus pechos. Inofensivo, pero tenía la sensación de que le debía algo.

—El libro va bien —comentó él.

—Bien.

—No te importa que lo escriba, ¿no?

—Claro que no.

—Le paso los capítulos al señor Gale. ¿Quieres que te los pase a ti también?

—No, no hace falta.

—Ya.

—No es que no te lo agradezca, Howard, es solo que no quiero revivirlo.

—Oh, lo entiendo.

—Eso no significa que te esté pidiendo que lo dejes.

—No, no, voy a seguir —le aseguró él—. Cuando lo publique, volverá a atraer un montón de atención sobre tu caso.

Janine le dedicó una sonrisa. No albergaba ninguna esperanza de que Howard terminara algún día su libro o, si lo hacía, de que lo publicara. Archie le había hablado de él una vez, durante una conversación telefónica, y se imaginaba perfectamente al viejo abogado poniendo los ojos en blanco ante la supuesta investigación de Howard. Se había ofrecido a disuadirlo con algo de jerga legal, pero Janine le había pedido que le dejara hacer. El libro era su obsesión y eso estaba bien, aunque nunca llegara a encontrar pruebas para liberarla.

—Quería comentarte... —continuó él—, que Carol sabe lo nuestro.

—¿El qué?

—Sabe que vengo a visitarte.

—Ah.

—No sé cómo se ha enterado.

—Ah —repitió Janine. No sabía qué más decir.

—Quiere lo deje, pero te prometo que seguiré viniendo. No te preocupes.

Janine se dio cuenta de que se había puesto indescriptiblemente triste. Por todo. Triste porque estaba arruinando la vida y el matrimonio de aquel hombre. Triste ante la mera posibilidad de que él pudiera dejar de visitarla y la dejara completamente sola. Triste por estar allí.

—Mira, Howard —dijo Janine mientras veía como él no perdía detalle de sus palabras—. Quiero que pienses en todo esto. A lo mejor no deberías venir más.

—¿Qué? No. Ni hablar.

—Haces daño a tu mujer.

—No me... —empezó a protestar él, y ella se dio cuenta de que había estado a punto de decir: «No me importa».

Se interrumpió y no continuó, pero Janine sabía que era así. Se había convertido en su Mona Lisa. Lo era todo para él, el comienzo y el fin.

Aquello estaba mal. Tenía que ponerle punto y final.

—De verdad, Howard —insistió en tono más severo—. Vete a casa con Carol. Olvídate de mí.

Él negó con la cabeza impetuosamente.

—No voy a hacerlo.

—Todo esto no es justo ni para ti ni para tu mujer. Tus visitas significan mucho para mí, pero he dejado que se alargaran demasiado.

—Janine...

—No, hablo en serio. Tienes que parar.

—No puedo —insistió él—. No voy a rendirme. No lo dejaré hasta que encuentre algo. No pararé hasta verte libre. —Hizo una pausa y añadió sin aliento—: Hasta que estemos juntos.

Janine trató que el pavor no se trasluciera en su rostro. Esa era la fantasía que subyacía por debajo de todo aquello. Él la sacaría de la cárcel, la salvaría. Y vivirían felices y comerían perdices, ellos dos solos. Tenía que acabar con ese sueño en ese mismo instante.

—No voy a salir nunca de aquí —dijo al fin.

—¡No hables así! No te rindas. Te prometo que encontraré pruebas de tu inocencia.

—Howard —lo cortó ella con brusquedad, con una voz que era apenas un suspiro—. ¿No lo entiendes? No soy inocente. Soy culpable.

Stride no alzó la vista cuando Maggie entró en su despacho el viernes por la noche. Era tarde y ya había anochecido. El bosque que había fuera del edificio resultaba invisible. En primavera, la policía de Duluth se había trasladado a una nueva ubicación en unos terrenos sin urbanizar al norte de la ciudad. Echaba de menos el ayuntamiento, pero no las ratas. Aunque habían pasado varios meses, el suelo de su oficina seguía cubierto de cajas de mudanza. Nunca encontraba el momento de vaciarlas, lo cual era una excusa para el hecho de que no le gustaba enfrentarse a los cambios.

Maggie se sentó sin decirle nada.

—Troy se ha puesto en contacto conmigo y me ha proporcionado las listas de la tripulación de los barcos atracados en el puerto cuando mataron a Kelly Hauswirth —explicó Stride—. Estoy colaborando con los federales y con la Interpol para cruzar las referencias de los registros criminales. La lista es larga, pero es un punto de partida.

Maggie seguía callada, aunque él no se percató de su silencio.

—Hablando de Troy —continuó—. Aún no me he metido contigo sobre él, ¿no? Creo que está colado por ti. He visto cómo te miraba cuando hemos ido a verlo.

Esperó a que ella le respondiera con su sarcasmo habitual y, al ver que no lo hacía, se preguntó si había cruzado alguna línea que no debía. Su propia ruptura y el

hecho de que hubiera vuelto con Serena aún estaban recientes.

Alzó la vista y dijo:

—¿Mags?

La cara aceitunada de ella era un remolino de confusión. El flequillo le caía sobre los ojos, pero no se lo apartó.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—He recibido el informe del departamento de balística sobre el arma del crimen. La que encontró Serena. Con la que mataron a Kelly Hauswirth.

—Muy bien.

—Hay dos coincidencias.

—¿En serio? Perfecto.

Maggie volvió a quedarse callada y luego dijo:

—La pistola coincide con una bala disparada durante un robo relámpago en una joyería de Chicago hace más de ocho años, en el que resultó herido un guardia de seguridad. Fue justo antes de Navidad.

—Interesante. ¿Cuál es la otra correspondencia?

Su compañera movió la cabeza.

—No tiene ningún sentido. No lo entiendo.

—¿Entender el qué? —quiso saber Stride.

—Pregunté a balística si podían repetir la prueba y me han dicho que el resultado está garantizado, sin ningún tipo de duda.

—Mags —repitió él—, ¿qué coño estás diciendo?

—La pistola que recuperó Serena en el caso de Kelly Hauswirth... —dijo Maggie — es la pistola que mató a Jay Ferris.

Serena sabía que Jonny estaba despierto. Su dormitorio estaba a oscuras y ambos yacían encima de la ropa de cama. Era una noche cálida. Las ventanas estaban abiertas. Serena oía cantar los grillos en los arbustos del exterior.

Él le había hablado del caso. Janine Snow. Jay Ferris. La investigación y el juicio. En otras ocasiones habían comentado casos antiguos, pero no aquel. Por lo general él solo le hablaba de casos sin resolver, pero el asesinato de Jay Ferris era un caso cerrado desde el principio. Él nunca había dudado de lo sucedido. Había tan solo un cabo suelto en toda la investigación: el arma desaparecida, pero ni siquiera ese detalle había impedido que el jurado condenara a Janine Snow.

Salvo que ahora habían encontrado el arma. Serena la había encontrado.

Ella deslizó la mano por encima de la cama y entrelazó sus dedos con los de él.

—Una pregunta —murmuró.

—Vale.

—Has dicho que encontraron dos correspondencias con el arma. ¿Cómo es que la base de datos de balística no lo detectó hace años, durante la investigación del caso?

Jonny se incorporó en la cama, alargó la mano y encendió la lámpara de la mesita de noche. Una polilla tamborileaba contra el cristal. Había sombras en el rostro de Jonny y en sus ojos.

—Es el típico exceso de burocracia. La bala del tiroteo de Chicago no se registró durante años y, cuando lo hicieron, no realizaron una búsqueda interregional. Solo en Illinois. Alguien no quería ocuparse de cribar falsas coincidencias.

—Chicago —dijo Serena—. ¿Cuál es la conexión?

—Hasta donde yo veo no hay ninguna conexión obvia. Se cometió un robo en una joyería cerca de Calumet Park, en el extremo sur de Chicago, el 20 de diciembre de hace casi nueve años. Fue más o menos un mes antes de que mataran a Jay Ferris. Un guardia de seguridad intentó intervenir y recibió un disparo en el muslo. El guardia identificó al tirador en unas fotos policiales y la policía de Chicago lo localizó una semana después viviendo con su tía no lejos de Wrigley Field. Llevaba un Rolex que había robado de la tienda. Un lumbreras.

—Pero no tenía la pistola.

—No. Tampoco la necesitaban para cerrar el caso. Tenían la identificación del guardia y joyas de la tienda. El tipo que disparó aceptó un trato. En su declaración, dijo que había vendido la pistola el día después de atracar la joyería y que le habían pagado en efectivo. No conocía al comprador y no fue capaz de describirlo. Tan solo era un arma más en las calles de Chicago. Nadie movió un dedo por encontrarla.

—Y sin embargo, un mes después la misma pistola estaba aquí en Duluth y la utilizaron para disparar a Jay Ferris —concluyó Serena.

—Exacto.

—¿Puedes encontrar al tipo de Chicago para conseguir más detalles sobre la

venta?

—Ha desaparecido del mapa —contestó Jonny—. Cumplió su condena hace tres años, salió de la cárcel y ni siquiera se molestó en ir a una sola reunión de la condicional. Hay una orden de búsqueda pendiente, pero la policía no cree que esté cerca de Chicago.

La puerta de su cuarto estaba cerrada, pero oyeron movimiento en el salón. Cat estaba levantada. Tenía un sueño inquieto y a menudo se la encontraban despierta en plena noche. Durante la mayor parte de su vida había tenido pesadillas. Cuando no podía dormir, encendía el televisor, o comía *pizza* fría de la nevera o se quedaba sentada en silencio en el porche de atrás. Al oír sus pasos, Jonny miró hacia la puerta, con ganas de ir a ver si se encontraba bien.

Serena salió de la cama, se sacó el camisón por la cabeza y luego se cubrió el pecho desnudo con una camiseta y se puso unos pantalones cortos. Entreabrió la puerta del dormitorio, vio a Cat tumbada en el suelo delante del televisor y volvió a cerrarla. Se estiró en un extremo de la cama, a los pies de Jonny.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

El rostro de Jonny reflejaba su frustración.

—La pistola ha torpedeado todo el caso contra Janine. Archie presentará una moción de urgencia para que la pongan en libertad. El fiscal del condado cree que es posible que se la concedan. Si la pistola no tuviera un historial, es probable que no bastara para convencer a un juez, pero el hecho de que la usaran en un delito violento antes de la muerte de Jay, y ahora en otro asesinato tantos años después, lo cambia todo.

—No me gusta admitirlo, pero estoy de acuerdo con Archie —dijo Serena—. Todo indica que Janine nunca estuvo en posesión de la pistola.

Jonny negó con la cabeza. Era testarudo.

—No necesariamente. El comprador de Chicago era un hombre, pero en la calle las armas cambian de manos continuamente. Es probable que Janine la comprara después. O bien Jay la compró para él y Janine la utilizó.

—¿Y luego qué? Una no asesina a su marido y después vende la pistola en la calle. Lo normal sería deshacerse de ella.

—Igual lo intentó, pero otra persona la encontró.

—U otra persona disparó a Jay —replicó Serena—. Sé que no te gusta, pero es la realidad.

Él se quedó callado.

—Iré a Shakopee —decidió al final—. Quiero hablar con Janine.

—No te contará nada. La pistola es su billete de salida y no lo pondrá en peligro.

—Lo sé, pero aunque no hable, quiero ver su cara cuando le pregunte sobre ello. Créeme, conozco a Cindy. Si oculta algo, me dará cuenta.

Serena le dedicó una sonrisa triste.

—¿Cindy?

Él cerró los ojos al darse cuenta de lo que había dicho.

—Perdón. Janine. Un *lapsus linguae*.

¿De verdad era un lapsus?, se preguntó ella.

El hallazgo de la pistola había despertado los fantasmas de Jonny. El asesinato de Jay Ferris y la condena de Janine Snow no existían en el vacío. Era fácil hacer los cálculos. A Jay Ferris lo habían matado en enero. En enero siguiente, Jonny había perdido a su mujer. En el tiempo transcurrido entre las dos fechas ambos habían vivido algunos de los días más duros de sus vidas.

—Supongo que todo esto te hace revivir algunos recuerdos —dijo.

—Sí —admitió él.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Esperó a ver si él seguía hablando. O si cerraba la puerta, como solía hacer.

—Ya sabes lo que pasó —dijo—. Fue un mal año.

—Lo sé.

Él vaciló, pero luego se lanzó de cabeza.

—En esa época Cindy estaba envuelta en una especie de sombra. De repente estaba bien y de repente, mal. Yo lo atribuía a que estaba enfadada porque creía que Janine era inocente y yo intentaba meterla en la cárcel. Pero no era solo eso. Me estaba ocultando la verdad. Yo estaba concentrado en el caso y mientras tanto...

Serena no dijo nada, porque conocía la historia. Mientras tanto, Cindy se estaba muriendo.

Lo miró a los ojos en busca de lágrimas, pero no vio ninguna.

—Te he hablado de Ross Klayman, ¿verdad? —continuó él contemplando el techo de su habitación—. ¿Del tiroteo en el centro comercial Miller Hill?

—Sí —murmuró ella mientras se preguntaba adónde quería llegar con esa historia—. Muy desagradable.

—Cindy estaba allí. En el sitio equivocado en el momento adecuado. Salvó la vida a una chica y probablemente a más gente al derribar a Klayman como lo hizo. Y ¿sabes qué? Yo me enfadé con ella. Me alegré de que la chica estuviera viva, pero estaba furioso. Sentía que había puesto en peligro nuestras vidas al arriesgar la suya. Fue una estupidez por mi parte. Una reacción muy egoísta.

—No lo creo —repuso Serena en voz baja, apenas capaz de contener las lágrimas.

—Desde entonces he pensado mucho en ese día.

—Me lo imagino.

—Creo que Cindy sabía lo que le pasaba. Y que por eso hizo lo que hizo. Por eso corrió el riesgo en el centro comercial. Más adelante, Steve Garske me contó que había habido señales. Señales de advertencia. Y que ella no hizo nada. Dejó que pasaran los meses hasta que fue demasiado tarde.

—No puedes responsabilizarla por eso, Jonny —dijo Serena—. No fue culpa suya. Ni tuya. No fue culpa de nadie.

Él no contestó.

Serena se dio cuenta de que durante todos esos años había pasado por alto algo importante. Para él no se trataba tan solo del dolor por la pérdida. También había ira. Estaba enfadado con Cindy por haber muerto. Por haberlo dejado solo. Con el cáncer que tenía su batalla estaba perdida y él lo sabía. El hecho de disponer de más tiempo no habría cambiado lo que le ocurrió y pese a ello, él seguía resentido.

Resultaba extraño. Por primera vez, Serena no vio a Cindy a través de los ojos de Jonny, sino de los suyos propios. Durante años había puesto a Cindy en un pedestal, pero eso no era justo para nadie. Cindy era una mujer como ella. Fuerte y con miedos. Llena de bondad y de errores. Si siguiera con vida, Serena no estaría en esa cama, pero Cindy había muerto.

La vida seguía su propio y retorcido camino.

—Nueve años es mucho tiempo para que una pistola permanezca fuera de circulación —señaló.

—Janine sabe dónde ha estado —insistió Jonny.

—¿Ah, sí? ¿O es que no quieres aceptar la posibilidad de haberte equivocado con ella?

—No me he equivocado.

Serena habló en voz baja.

—Si en realidad esto tiene que ver con Cindy y contigo...

—No —le espetó él—. Sé que crees que el hecho de que perdiera a Cindy me está nublando el juicio, pero no es así. No cometí ningún error. Me he equivocado con un montón de cosas en mi vida, pero no con Janine Snow.

Un póster de Guy Fieri contemplaba a Maggie desde la pared del Duluth Grill. El encargado punk de la página web Food Network había reseñado el restaurante en la sección «Cafeterías, autorrestaurantes y bares», y desde entonces los turistas habían colonizado el local y se adueñaban de casi todas las mesas. No obstante, el Grill seguía siendo el garito de la policía de Duluth, y todos los camareros conocían a Maggie, a la que siempre le encontraban un reservado junto a la ventana.

Hincó el tenedor en un rollo de canela que medía el doble que su puño. Para ayudar a bajar la dulzura, bebió un trago de café de una taza artística del Duluth Grill. Con la boca llena, miró la hora en su reloj.

Nathan Skinner llegaba tarde.

Se zampó la pasta mientras leía el *News-Tribune*. Cuando su plato quedó vacío Nathan seguía sin aparecer, y empezó a impacientarse. Pidió que le llenaran la taza de café por tercera vez. Unos huevos fritos con beicon sustituyeron el rollo de canela, y se dedicó a mordisquear el beicon mientras devoraba el editorial del periódico.

Al fin, cerca de la entrada del local, oyó una risa que le resultaba familiar.

Después de tantos años, Nathan seguía siendo una estrella para los habitantes de Duluth que eran lo bastante mayores para recordar la temporada en que ganó el campeonato. No podía cruzar un restaurante sin que lo cosieran a preguntas sobre partidos de *hockey* universitario de hacía décadas. Maggie se preguntaba si eso lo irritaba o si disfrutaba reviviendo sus días de gloria sobre el hielo.

Nathan se deslizó en el asiento del reservado frente a ella. Exhibía la misma sonrisa masculina de siempre.

—Maggie —la saludó.

—Hola, Nathan.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Así es.

Físicamente, el expolicía apenas había cambiado. Ahora se afeitaba la cabeza y Maggie lo atribuyó a que se le debía de estar cayendo el pelo rubio. La piel de su cara aplastada se veía suave como la de un bebé, lo bastante como para que Maggie se preguntara si se había sometido a una operación de cirugía plástica. Sus ojos azules seguían centelleando con un magnetismo viril, y se mantenía en forma. Estaba claro que sus perspectivas laborales habían mejorado, porque vestía mejor que en los viejos tiempos, con unos pantalones chinos y una camisa de seda amarilla. Tenía el aspecto de un republicano que acudiera a un curso de golf, no el de un guardia de seguridad en horas bajas.

—¿Qué has estado haciendo? —quiso saber Maggie.

—Ahora tengo un negocio.

—¿Qué? ¿Qué clase de negocio?

—Es una especie de servicio de citas empresarial. Ayudo a emprendedores del

norte para que encuentren empresarios capitalistas con dinero.

—Un interesante giro en tu carrera —observó Maggie—. ¿Cómo te metiste en eso?

—Me ayudó un colega de la universidad. Me dijo que no quería ver cómo se desperdiciaba un talento natural como el mío. Me gustaría poder decir que me paso el día entre hojas de cálculo y evaluando el rendimiento de las inversiones, pero en realidad mi función tiene más que ver con puros, palcos en los estadios y ligoteo. Se me da bien hacer contactos. Tengo mucha labia.

Nathan volvió a sonreír; a Maggie no le cabía ninguna duda de que había encontrado su lugar en el mundo. Era como si siguiera en una fraternidad y se dedicara a vender a otros compañeros de hermandad.

—Me alegro de que te vaya bien —dijo sin entusiasmo.

—Probablemente no tan bien como a ti. Tu marido te dejó un montón de dinero, ¿no? ¿Un apartamento enfrente del Sheraton, cerca de todos esos médicos del hospital? No está mal para una poli.

—Estás bien informado.

—Bueno, forma parte del negocio. Estoy al tanto de dónde se mueve el dinero en la ciudad. Si buscas inversiones, deberías llamarme. Puedo introducirte en primera línea de algunos proyectos emocionantes.

Nathan estaba de buen rollo. Había dejado atrás la rivalidad entre ambos. Por lo menos en la superficie.

—Tomo nota —dijo Maggie.

—Siento lo de Stride y tú, por cierto. Lo vuestro no salió bien, ¿no? —Ella no pudo disimular su irritación y él añadió—: Cotilleos de polis, Maggie. Ya sabes cómo es eso.

Ella no sabía por qué, pero detestaba ser objeto de chismes en el trabajo. Notó cómo se le encendía la cara.

—Eh, no era mi intención echar leña al fuego —continuó él—. En serio. Seguro que debió de ser duro para ti.

—¿Acaso ahora eres un fan del programa del doctor Phil, Nathan^[5]?

Él se rio.

—No llego a ese punto, pero he pasado suficiente tiempo en el lado oscuro de la vida para saber que es una putada.

—Vale, es una putada —convino Maggie—. Déjalo correr. No eres mi terapeuta.

—¿Sigues resentida conmigo? Vamos, los dos somos demasiado mayores para eso. A la gente le caigo bien de verdad, Maggie. Sé que te cuesta creerlo. De hecho, es posible que a ti también te cayera bien si me dieras una oportunidad. He cambiado.

—¿Qué dice ese viejo refrán de que los leopardos no pueden cambiar de manchas? —preguntó ella.

Él sonrió mientras meneaba la cabeza.

—No, de verdad. Soy el primero en admitir que durante mi desaprovechada

juventud fui un cerdo. Racista. Sexista. Cualquiera cosa que se te ocurra. Estaba cabreado con el mundo y echaba la culpa a todo quisque menos a mí mismo. Pero el tiempo mejora a la gente. Incluso a mí.

—Pues nada, fumemos un poco de hierba y cantemos canciones de Arlo Guthrie, Nathan. Ya que estamos tan mejorados.

—Venga ya, ¿crees que podría hacer negocios con la actitud que tenía entonces? Las cosas no van así. La economía se ha diversificado. El mundo se ha diversificado. Yo también. Mi mujer es hispana; la conocí en un viaje a Guatemala. Incluso hablo un español aceptable. Así que si quieres al viejo Nathan Skinner, *no más*^[6].

Maggie se planteó si podía creerlo. Según su propia experiencia, la gente no cambiaba. Solo intensificaban su verdadero carácter, para bien o para mal. Sabía que eso también se aplicaba a ella misma.

—De hecho, necesito al antiguo Nathan Skinner durante unos minutos —le pidió—. El tío que les soltó obscenidades racistas a los polis de Wisconsin y se lió con Janine Snow. Ese tío.

Nathan se inclinó sobre la mesa con expresión seria. Maggie tuvo que admitir que seguía sintiendo la misma vieja e indeseada atracción por él. Nathan sabía cómo prender el encanto físico. También mostraba más calma y contención que en los viejos tiempos. Ahora ya no era tan fácil sacarlo de quicio.

—Me he enterado de que habéis encontrado el arma del caso de Janine Snow —comentó él—. Sé lo que quieres preguntarme, pero la pistola no es mía. Nunca lo fue.

—Entonces ¿de dónde crees que ha salido? Y ¿dónde ha estado todos estos años?

Nathan se recostó en el asiento del reservado y le quitó un trozo de beicon a Maggie de su plato; eso la irritó, porque le encantaba el beicon del Grill.

—¿Sinceramente? No tengo ni idea.

—Era una pistola de la calle —explicó Maggie—. No una oferta especial de la tienda de bricolaje Gander Mountain para gente adinerada.

—¿Crees que Jay tenía conexiones con bandas de las que tú no sabías nada?

—Según su hermano Clyde, no. Y durante la investigación nunca encontramos ningún indicio al respecto.

—Bueno, por lo general las armas callejeras no aparecen en un caso de asesinato doméstico —observó Nathan—. Más bien en asuntos de bandas o robos a mano armada. O tal vez en asesinatos por encargo. ¿No había una mujer mayor que creía que Janine había matado a su marido en la mesa de operaciones? ¿Puede ser que pagara a alguien para que le diera una paliza a Jay?

Maggie asintió.

—Esther Rose. Murió el año pasado. No fue ella. Comprobamos sus cuentas hace nueve años y no había pruebas de que hubiera pagado a nadie para que se cargara a Jay.

—Entonces no sé qué decirte —observó Nathan—. La pistola desaparece durante años y de repente aparece en otro escenario del crimen. No me cuadra.

—Hay algo que debo preguntarte. Quedará entre nosotros. ¿De verdad quería Janine Snow saber cómo conseguir una pistola no registrada?

—Eso fue lo que testifiqué en el juicio —respondió él con cautela.

—Lo sé. ¿Era verdad?

—Aunque no lo fuera, ¿crees que admitiría que cometí perjurio? Lo siento.

—No intento trincarte, solo quiero saber si Janine podría haber encontrado un medio de comprar esa pistola.

—Hablas de una chica de Texas, Maggie. Debajo de esas caras bonitas, son todas medio animales. Si Janine quería una pistola, no se habría cortado en preguntar por ahí. Esa mujer sabía cómo conseguir lo que quería. Así que sí, es posible que la pistola fuera suya, aunque no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque hay algo en el asesinato de Jay que siempre me ha mortificado. Y no tiene nada que ver con el arma.

—¿Y qué es? —quiso saber Maggie.

Nathan movió la cabeza.

—No me cuesta nada creer que fue Janine quien disparó a Jay. Francamente, no la culpo. El tipo la trataba como a una mierda. Pero Janine es una mujer lista, lista hasta dar miedo. Es imposible, imposible, que permitiera que le cargarais el muerto. ¿Perder el control? ¿Disparar a Jay en la cabeza e inventarse una historia patética que nadie creería? Lo siento: esa no es Janine Snow. Ella habría concebido un plan y en este momento no estaría en la cárcel. Por mucho que me moleste admitirlo, es probable que dijera la verdad. La pistola no era suya.

—Hola, Cat —la saludó Anna Glick—. No deberías estar aquí, ¿sabes?

Anna estaba sentada en una silla de plástico en el jardín delantero de su casa de Morgan Park, cubierto de hierba. Era una vivienda de dos pisos apenas más ancha que un viejo Chevy, con un tejado puntiagudo y paredes de estuco marrón. La hiedra colgaba de la pared que daba a la calle.

—No me has devuelto la llamada —protestó Cat—. Y no has contestado ninguno de mis mensajes.

Anna tenía un Chromebook en el regazo y llevaba *shorts* y una camiseta de tirantes corta que dejaba al descubierto unos brazos pálidos y huesudos.

—Vaya, ¿es posible que los polis con los que vives me dijeran que me mantuviera alejada de ti?

—Mis amigos son asunto mío —insistió Cat tozuda.

—Tal vez, pero yo no quiero problemas.

—Eh, no les diré nada. No tienen por qué saber con quién quedo. Vamos, estoy aburrida. Solo quiero charlar un rato.

—Bueno, vale, puedes quedarte si quieres —accedió Anna con un suspiro—.

¿Cómo has venido?

—En autobús.

—¿Te parece una buena idea? —preguntó mirando el bombo de Cat.

—Solo estamos a tres manzanas de la parada. Y no es que esté discapacitada ni nada parecido.

Anna se encogió de hombros. Señaló con la cabeza una segunda silla que estaba apoyada en la pared de la casa y Cat la cogió. Hacía calor. A las dos les sudaba la frente. Anna tenía una lata de Budweiser en el suelo, a su lado, y Cat se metió en la pequeña casa para servirse un vaso de zumo de naranja de la nevera. Una vez fuera, se sentó junto a Anna y sorbió la bebida en silencio. Anna tecleaba en su ordenador, jugando a un juego de fantasía. Cat no la interrumpió.

—Y ¿dónde está Al? —preguntó Anna sin alzar la vista de su videojuego.

—No sé. Trabajando, seguramente.

—¿Seguís juntos?

—Supongo —contestó Cat.

Anna apartó la mirada del Chromebook.

—¿Supones?

—No he hablado con él. Está ocupado. —Y añadió—: Hice una tontería, le pregunté si estaba enamorado de mí. Se cagó. No hemos hablado desde entonces.

—A los tíos no les gustan los rollos serios. Solo les importa el aquí y ahora.

—Al es distinto. Ni siquiera nos hemos acostado. Estamos esperando el momento adecuado.

Los dedos de Anna quedaron suspendidos sobre el teclado y luego siguió pulsando teclas. Una sonrisa sobrevoló sus labios.

—¿Crees que se va a poner cada vez más cachondo mientras te crece ese balón? Olvídalo. A la mayoría de los tíos les da miedo que el bebé alargue la mano y les agarre la polla mientras empujan.

Cat frunció el ceño mientras Anna se reía de su propio chiste.

—Bueno, ¿y cómo le va a Fred por el bar? —preguntó.

—Fred es Fred. Está cabreado por los polis y los periodistas que rondan por allí. ¿Han avanzado en la investigación? ¿Van a encontrar al tipo que lo hizo?

—Stride y Serena no me cuentan nada sobre eso —contestó Cat.

—Son polis. Menuda sorpresa.

—ECHO de menos el bar.

—Bueno, pues Fred no te dejará volver. Lo siento.

Cat sabía que Anna tenía razón y eso la entristecía. Languidecía con las restricciones que le aplicaban a todo lo que hacía. Era verano. No había escuela. Era libre, pero se sentía como si la hubieran encerrado en la cárcel.

—No tengo mucha pasta —confesó Cat.

—¿En serio? ¿Otra vez?

—Sí.

—¿Los polis no te dan paga?

—No es mucho —explicó Cat—. Creo que no confían en mí para el dinero. Se imaginan que me compraré tabaco. O drogas.

—Ajá. —Anna se quitó el gorro de lana y se arregló el pelo de punta—. Bueno, este finde hay un proyecto de la iglesia, si quieres. Limpiar una casa llena de basura en West Duluth. Así podrías sacarte un par de pavos.

Cat vaciló.

—No me gusta hacer esas cosas.

—Oye, el último trabajo fue bastante bien, ¿no? Cuando pintamos ese sitio en Superior. Además, allí fue donde conociste a Al. ¿Te quejas de eso?

—No.

—Bueno, tú misma —dijo Anna—. Haz lo que quieras.

—Me lo pensaré.

Anna cerró la tapa del Chromebook.

—Tengo un par de horas libres antes de volver a trabajar. ¿Quieres que vayamos a alguna parte a tomarnos una hamburguesa y una Coca-Cola? Yo invito.

Cat sonrió.

—¡Genial!

—¿Adónde quieres ir?

—¿Qué te parece el Anchor?

Anna negó con la cabeza.

—Lo único que quieres es encontrarte con Al.

—Lo echo de menos.

—Cat, es un tío. Los tíos como él van y vienen como latas de cerveza vacías. Sobre todo cuando empiezas a hablarle de amor a alguien que ni siquiera te la ha metido.

—Ya te he dicho que estamos esperando —empezó a protestar Cat, pero Anna hizo un gesto con la mano frente a su cara para interrumpirla.

—Escucha, no quería contártelo, ¿vale? Sabía que te mosquearías.

—¿Contarme el qué?

Anna se subió un tirante caído de la camiseta.

—Hace un par de semanas, Al estuvo en el Grizzly Bear hablando con Fred. Creo que intentaba conseguir trabajo por horas. El caso es que yo tenía una rueda del coche pinchada, así que me llevó a casa. Era tarde y él entró conmigo, y nos tomamos unas copas y nos fumamos unos porros. Lo siguiente que recuerdo es que tenía su lengua metida en la garganta y sus manos dentro de mi camiseta.

Cat se puso en pie de un salto.

—¿Al ligó contigo? ¿Al?

—Lo siento, chica —se disculpó Anna—, pero sí, lo hizo. Ya te he dicho que estábamos los dos bastante borrachos. Seguro que llevaba tiempo con una empalmada monumental mientras esperaba a enrollarse contigo. El caso es que no voy a mentirte,

Cat. Haciendo un símil con el fútbol americano, digamos que no fue un pase que acabara con la pelota suelta en la zona de anotación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cat, aunque ya sabía la respuesta.

—Lo que digo es que Al completó el pase. Pasó la noche conmigo.

Al ver entrar a Janine en la sala de visitas, Stride fue consciente de los cambios físicos producidos en aquellos ocho años, lo mismo que le sucedía cuando se miraba al espejo. Ambos habían envejecido. Ella no llevaba maquillaje. Ni joyas. Como cualquier otra reclusa, vestía ropa informal. En el pasado, ver caminar a Janine era como seguir a una famosa que podía partir en dos una multitud con su sola presencia. Había algo distinto en ella, algo que la diferenciaba de la gente corriente. Ahora era una más entre muchas otras.

—Hola, Jonathan —lo saludó mientras se sentaba frente a él.

—Hola, Janine.

Percibió cómo ella lo escrutaba con la mirada, igual que había hecho él con ella. Probablemente pensara cosas parecidas. Stride era más viejo. Vapuleado por la vida y menos arrogante. Permanecieron un rato sentados en silencio y algunas personas de la sala de espera los miraron de reojo. Todo el mundo sabía quiénes eran. En aquel lugar no había secretos.

—No hay palabras para decirte cuánto sentí lo de Cindy cuando me enteré —dijo Janine al fin.

—Gracias.

—Probablemente era mi única amiga de verdad. No es que compare mi pérdida con la tuya, por supuesto. Sé muy bien cuánto os amabais. Sufrí mucho por ti al enterarme. De verdad. Te escribí una carta, aunque no esperaba respuesta. Solo quería que supieras que mi dolor era sincero. Lloré por ella y, para ser honesta, no lloro muy a menudo.

—Recibí tu carta —le confirmó Stride.

—Bien.

Un nuevo silencio incómodo se abrió entre ellos. Mucho tiempo atrás, habían compartido algo parecido a una amistad. Ahora, Stride no sabía qué compartían.

—¿Sales con alguien? —quiso saber ella.

Él no contestó y ella soltó un suspiro y apartó la mirada.

—Veo que sigo siendo el enemigo, ¿no? —continuó—. Creía que después de todo este tiempo las cosas podían ser diferentes. Bueno, tal vez no sea relevante viniendo de mí, pero sé que Cindy habría querido que te enamoraras. Yo os envidiaba mucho. La manera en que podíais ser dos personas distintas y al mismo tiempo ser la misma. Está claro que el arte de las relaciones no ha sido nunca mi especialidad.

Él volvió a quedarse callado y luego dijo:

—Salgo con alguien.

—Me alegro. ¿Va en serio?

—Sí.

—Mejor aún —dijo ella. Paseó la mirada por la estancia—. Supongo que no vas muy a menudo a ver a alguien a quien metiste en la cárcel.

—No, no mucho.

—Claro. ¿Por qué ibas a hacerlo? No tengo muchas visitas.

—¿Qué me dices de Howard Marlowe? —preguntó Stride.

Janine arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Sabes quién es? Vaya, claro que lo sabes. Se me olvidaba que aquí no tengo privacidad.

—Howard te ha convertido en su pasatiempo favorito —le explicó Stride—. Ha conseguido copias de la mayoría de los informes de nuestra investigación a través de Archie y no para de llamarnos. Quiere que abramos nuevas vías de investigación. Por lo que he oído, está escribiendo un libro.

—Así es.

—Y también viene aquí a visitarte.

—Sí. ¿Son habituales los hombres como él, que se aferran a las cosas?

—A veces pasa —confirmó Stride—. La gente se obsesiona.

—Por una parte estoy agradecida. Por la compañía. Por que alguien crea en mí. Por otra, me siento como si lo estuviera apartando de su verdadera vida.

—No tienes por qué verlo.

—Lo sé. Pero es que cuando me planteo borrarlo de la lista de visitas, soy incapaz de hacerlo. Una parte de mí se aferra a él. Tengo la esperanza de que decida él solo que no valgo la pena.

Stride se preguntó si era sincera. La antigua Janine siempre se habría puesto a sí misma en primer lugar.

—Supongo que Archie se mantiene en contacto contigo —observó.

—Sí, claro.

—Entonces sabes que hemos identificado la pistola que se utilizó para matar a Jay —continuó Stride.

—Después de tantos años. Menudo misterio.

Él esperaba vislumbrar una expresión de triunfo en su rostro. Janine sabía que aquel hallazgo, significara lo que significase, le abría nuevas puertas legales. Por primera vez tenía opciones reales de un nuevo juicio o incluso de un sobreseimiento completo. La idea de salir libre de la cárcel ya no era una quimera. Sin embargo, a Stride le sorprendió lo que vio: ansiedad, miedo incluso. La vida allí dentro era la vida que ella conocía. Se había convertido a todos los efectos en un gato de interior. El exterior era incierto. El exterior daba miedo. Para ella no era posible regresar a su antigua vida, y lo sabía.

—Esperaba que pudieras arrojar algo de luz sobre ese misterio —comentó Stride. Janine meneó la cabeza.

—Lo lamento. Sabes que no puedo.

Que precisamente era la respuesta que él esperaba.

—Supongo que Archie te recordó que no me contaras nada que pudiera poner en peligro tu liberación —dijo.

—Así es.

—Este rompecabezas tiene solución, y voy a encontrarla.

—Me pregunto si lo harás —contestó ella—. No es que dude de ti, pero nueve años es mucho tiempo.

Stride la miró a los ojos en busca de respuestas.

—¿Puedo ser sincero contigo, Janine?

—Estoy segura de que lo serás.

—Creo que eres culpable. Siempre lo he creído.

—Ya lo sé —repuso ella.

—Y si eres culpable, significa que tienes que saber qué pasó con la pistola que mató a Jay y dónde ha estado todos estos años.

—En otras palabras, ¿dónde la oculté? —preguntó ella—. O ¿a quién se la entregué?

—Exacto.

—Aunque lo supiera, me imagino que eres consciente de que sería una estupidez contártelo. Legalmente hablando.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué me lo preguntas? ¿Por qué has venido hasta aquí?

Él fue incapaz de disimular la frustración en su voz:

—Porque no estamos hablando tan solo de encontrar una pistola vieja en el bosque y hacerle unas pruebas de balística. Esta pistola se utilizó para matar a una mujer hace solo unas semanas. El hombre que lo hizo está en libertad y la vida de otras mujeres podría correr peligro. Tengo una sola pista: su pistola. Hace ocho años, esa pistola estaba en tu sala de estar. Es el arma con la que tu marido fue asesinado. Si supiera dónde acabó después de eso, tendría alguna posibilidad de averiguar quién la utilizó el mes pasado.

Esperaba que aquel discurso calara en ella. Janine ya estaba en la cárcel y él quería creer que su corazón albergaba suficiente arrepentimiento por lo que había hecho como para que decidiera salvar la vida de otra persona. La vio vacilar. Sabía —sabía— que ella tenía las respuestas que necesitaba.

Janine se inclinó por encima de la mesa e, infringiendo las normas de la cárcel, le cogió ambas manos con las suyas.

—Lo lamento, Jonathan —dijo—. Sé lo que piensas de mí, pero te estoy diciendo la verdad. También te la dije hace casi nueve años. Nunca tuve la pistola en mis manos. No fui yo quien disparó a mi marido.

Howard había memorizado mucho tiempo atrás las joyas que Janine Snow había perdido cuando asesinaron a su marido, pero seguía repasando las fotografías cada vez que entraba en una casa de empeños. Seis piezas. Todas caras. Un anillo de oro blanco con una perla negra. Unos pendientes y un collar a juego. Una pulsera con piezas de oro engarzadas y diamantes y zafiros azules intercalados. Un prendedor en forma de colibrí con el pecho elaborado con rubíes. Otro de esmeraldas en forma de J. Cada una de las piezas era un diseño personalizado.

Aparcó en la rampa del casino Fond Du Luth y salió a Superior Street. El casino quedaba a su lado y escupía humo de cigarrillos hacia el exterior cada vez que se abrían las puertas. Nunca había estado dentro; no le gustaba apostar. La tarde era sofocante y sopesó la idea de ir a un bar, pero la cerveza le nublabla la mente. Necesitaba tener todos los sentidos alerta mientras inspeccionaba detenidamente las joyas cerradas bajo llave tras el cristal de los mostradores de las casas de empeños.

Durante ocho años había visitado las mismas tiendas una y otra vez. En Duluth. En Cloquet. En Grand Rapids. En Hinckley. Incluso había ido a Twin Cities. Había visitado docenas de ellas, desde los exclusivos establecimientos de los centros comerciales que compraban oro y plata hasta los garitos ubicados en callejones que ofrecían dinero rápido en efectivo y préstamos con el salario como garantía. Todos los propietarios lo conocían, aunque nunca les había explicado qué era lo que buscaba. Tenía una fijación paranoica con la idea de que si los dueños se enteraban de que habían recibido mercancía robada en un caso de asesinato, harían desaparecer esos artículos con discreción antes de que él pudiera identificarlos.

Subió por la Segunda Avenida bajo el calor abrasador. Llevaba un polo Kohl rojo, pantalones chinos color canela y zapatillas deportivas con el puente reforzado para sus pies planos. El calzado era nuevo y las suelas rechinaban. La tienda de empeños Zenith estaba en la siguiente esquina, con sus estridentes luces de neón.

Anillo de oro con una perla negra engarzada.

Prendedor de colibrí.

Broche de esmeraldas en forma de J.

Tantos años, tantas horas infructuosas encorvado sobre vitrinas y más vitrinas, y nunca había perdido la fe.

Howard pensó en su última visita a Janine y la extraña confesión que ella le había hecho. Lo había sorprendido, hasta que se dio cuenta de que intentaba ahuyentarlo. Había sido demasiado sincero con ella sobre sus frustraciones respecto a Carol. Janine se echaba la culpa de que su matrimonio se estuviera desmoronando y tal vez tuviera razón. Aun así, Howard se negaba a dejar que lo apartara de ella.

—Puedes decir lo que quieras —le había dicho—. No voy a irme a ninguna parte.

Howard abrió la puerta de cristal de la tienda de empeños. Una vez dentro, el aire acondicionado enfrió su piel mojada. Era una sensación agradable. Había otra clienta

ante el mostrador, una mujer con el pelo canoso que regateaba con el dueño el precio de un penique antiguo. La tienda era una enciclopedia de artículos. Joyas. Armas. Videojuegos. Sellos y monedas. Prendas de cuero. Cuberterías y cuchillos. Productos electrónicos. Algunos objetos eran nuevos, pero la mayoría eran de segunda mano, los deshechos de la Gran Recesión. Tres bolas doradas constituían el símbolo universal de la bancarrota tras los tiempos del *boom*.

—Es un penique Lincoln de 1933 —insistió la anciana—. Lo he mirado. Vale veinte dólares. Además, lo he limpiado. Mírelo, precioso y reluciente.

El dueño era calvo y corpulento, y a Howard le recordaba a un luchador de lucha libre profesional como Jesse Ventura. Llevaba tejanos y una cazadora de cuero negro. Daba por hecho que en algún lugar dentro de la cazadora el tipo llevaba un pistolón.

—Beverly, cariño —contestó con acento australiano—, son veinte dólares si la moneda es Flor de Cuño. Este penique tiene pinta de haber pasado por la máquina de alargamiento del parque de atracciones Fun Land. Y limpiarla hace que valga menos, no más. Si me hubieras preguntado, te lo habría dicho.

—Veinte dólares —repitió ella.

—Cielo, puedo darte dos dólares y un café descafeinado, y eso porque estoy de buen humor.

La mujer mayor siguió discutiendo. Howard la ignoró y vio como el propietario le dedicaba un guiño y una sonrisa. Se puso unas gafas de lectura. Al encorvarse sobre el largo mostrador atestado de joyas únicas, las lentes le resbalaron hasta la punta de su nariz sudada. Trató de mantener la concentración. Al cabo de un rato, todas las joyas parecían iguales. Las mismas piezas semana tras semana, en su mayoría baratijas.

Comprobó la etiqueta de cada artículo. Anillo, cuatrocientos dólares. Collar, setenta y cinco dólares. Alfiler de corbata de Elvis: «Incalculable». El propietario del establecimiento tenía sentido del humor. Cada pieza estaba colocada en un estuche de ante, y una vez Howard hubo revisado el mostrador entero, pasó al siguiente.

Relojes. Pendientes. Dijes de cristal de Murano.

Pero una vez más... nada.

En las demás tiendas que había recorrido durante todo el día, el resultado había sido el mismo: nada. Nada. Nada cada mes desde que había empezado a buscar años atrás.

Había albergado esperanzas de que aquel día fuera distinto debido a la pistola. La policía había encontrado finalmente, años después del crimen, el arma con la que habían matado a Jay Ferris. La misma arma homicida se había utilizado en un asesinato en West Duluth el mes anterior y en un robo en Chicago poco antes de la muerte de Jay. Nadie le encontraba explicación.

Howard no sabía cómo ni por qué esa pistola en concreto se había abierto camino de un crimen al siguiente, pero se sentía en cierto modo justificado. Siempre había estado en lo cierto al creer que la pistola de Jay no había desempeñado ningún papel

en el asesinato. Se trataba de algo completamente distinto. No era lo que uno esperaría de un allanamiento de morada, tal y como había insistido Janine. Un desconocido se había acercado a su puerta. Había matado a Jay. Robado las joyas. Desaparecido, junto con la pistola.

Y ahora la pistola había regresado.

¿Dónde había estado esos años? Howard no lo sabía, pero estaba dispuesto a apostar que allí donde hubiera permanecido oculta se encontraban también las joyas desaparecidas. Si alguien había usado la pistola, entonces tenía sentido creer que las joyas aparecerían al mismo tiempo. La verdad estaba saliendo a la luz.

—¡Howie! —vociferó el propietario. Se llamaba Caffy, un diminutivo de su nombre real, Cafferty—. ¡Colega!

Caffy se erguía en toda su envergadura al otro lado del mostrador, como un oso pardo. La mujer del penique Lincoln se había marchado, con dos dólares agarrados en un puño y un vaso de cartón con café Green Mountain Nantucket Keurig en la otra mano.

—¿Quieres un penique antiguo? —preguntó el dueño, que lo lanzó al aire con el pulgar y lo recogió en su palma gigante—. Son solo veinte pavos.

Howard interrumpió su búsqueda y alzó la vista, con la boca abierta. Una sonrisa se extendió por el rostro del propietario.

—Es broma, colega. Este penique no vale ni un centavo. Si tienes una silla que cojea, puedes meterlo debajo de la pata.

—Y ¿por qué le has dado dos dólares? —quiso saber Howard.

—Oh, Beverly es una mujer legal. De vez en cuando le gusta apostar a la ruleta en el casino. Quién sabe, a lo mejor coge mi monedita y se compra un Cadillac o algo con lo que gane.

Howard sonrió. La verdad era que Caffy le caía bien. La mayoría de los propietarios de casas de empeño que había conocido eran de largo demasiado escurridizos, pero Caffy sabía tratar a la gente. Si bien no tenía un punto débil, sí que tenía una placa de metal más fina junto a su corazón. A lo largo de los años habían acabado por conocerse. Hablaban de deportes. De historia china. De poesía irlandesa. Sorprendentemente, Caffy era un hombre muy leído y muy viajado, cosa que a Howard le resultaba fascinante. Aquel hombre había vivido la clase de vida errante y sin ataduras que Howard envidiaba.

Aun así, Howard nunca le había enseñado a Caffy las fotografías de las joyas de Janine. A veces a uno le caían bien algunas personas cuando las tenía delante y no se fiaba de ellas en cuanto les daba la espalda.

—Ese reloj de ahí —atronó Caffy— te quedaría de lujo en la muñeca.

—¿Quién lleva reloj hoy en día? —preguntó Howard.

—Ah, se han vuelto a poner de moda. Los relojes inteligentes. Son lo último.

—No, gracias.

Caffy nunca se tomaba las negativas como algo personal.

—Muy bien, como quieras. Has venido antes de lo normal, ¿no? Creía que no volverías a aparecer hasta dentro de un par de semanas.

—Sí, he venido antes —admitió Howard.

Se hallaba en el extremo del mostrador. Había buscado entre cientos de piezas de joyería, que iban desde los cinco dólares hasta los miles. No había encontrado nada remotamente tan interesante como el penique Lincoln.

—Si me dieras una pista de lo que quieres podría ayudarte —observó Caffy—. Después de todos estos años, este juego de «lo sabré cuando lo vea» acaba por cansar, ¿no te parece?

—Una aguja, muchos pajares —repuso Howard.

—Vamos, colega, dame una pista. Barato, caro.

—Caro. Muy caro.

—Hombre, ¿y por qué no lo decías antes? —exclamó Caffy—. Esta semana tengo un pequeño lote privado. Solo para los mejores clientes. Lo cual no te incluye del todo, Howie, pero ¿quieres verlo igualmente?

—Sí. Gracias, Caffy.

El propietario se retiró a la parte de atrás. Al hacerlo, pulsó un botón que cerraba con llave la puerta del establecimiento y eso le dejó muy claro a Howard hasta dónde llegaba la confianza entre ellos. Vio desaparecer al enorme australiano dentro de una desproporcionada caja fuerte de acero, de donde salió un instante después con una caja del tamaño de una máquina de escribir. La depositó sobre el mostrador de cristal frente a Howard y abrió la tapa, dejando al descubierto varias hileras resplandecientes de fieltro cubiertas de joyas que seguramente valían más que todo lo que había en el escaparate junto.

—Buen material, ¿eh?

—Muy bonito.

—Se mira pero no se toca, colega.

—No lo haré.

Howard se inclinó hacia delante y se ajustó las gafas de lectura sobre la nariz. Aquella colección no eran los típicos anillos y pulseras que se veían por ahí. Eran piezas hermosas. Diamantes de varios quilates. Rubíes y esmeraldas que brillaban como si el interior de la piedra estuviera en llamas. Oro que habría encajado en el cuello desnudo de una actriz joven y perfecta.

—¿De verdad que la gente empeña estas cosas? —preguntó Howard—. ¿Por qué?

—Bienvenido al museo de los sueños rotos, Howie.

Sueños rotos o posesiones cotizadas, pensó Howard. Se tomó su tiempo para examinar las piezas, pues cada una era hermosa y única, con una historia detrás que desearía haber conocido. ¿Divorcio? ¿Herencia? ¿Una amante? Le entraron ganas de coger las piedras con las manos, pero se contuvo.

Pese a todo, era una vez más nada y nada y...

Howard se paró. Contempló la cuarta hilera de ante, donde los anillos de

compromiso se mezclaban con otros para el meñique con piedras incrustadas. Observó, se interrumpió y volvió a observar. Se le secó la boca. Su corazón se aceleró, un latido, otro, otro, otro.

Ahí estaba. Después de todos esos años, ahí estaba.

Un anillo con una perla negra. La base, dos gruesas bandas de oro blanco entrelazadas para formar una corona. La piedra era tan oscura y amenazadora como el mar, y absorbía toda la luz. Era una de las seis joyas desaparecidas una noche de invierno, el 28 de enero de hacía casi nueve años.

Era el anillo de Janine.

El camarero le indicó a Serena que fuera al sucio solar que había detrás del Grizzly Bear, donde encontró a Fred Sissel. El dueño del bar estaba sentado en un banco de pícnic con las largas piernas estiradas y sus zapatos de vestir cubiertos de polvo. De los labios le colgaba un cigarrillo y tenía la corbata por encima del hombro para que no le cayera la ceniza encima. Estaba inquietantemente cerca de Anna Glick, que tecleaba en su *smartphone*. La mano de Sissel descansaba sobre el muslo de la chica y en su cara se dibujaba la clase de sonrisa que lucen los hombres cuando están siendo petulantes y descarados. Anna no había apartado la mano de Fred, pero su postura corporal encogida tampoco lo animaba.

Serena había hecho sus averiguaciones sobre Sissel. Tenía cincuenta y tres años y había vivido toda su vida en Duluth. Había trabajado en el departamento comercial y de *marketing* de una pequeña empresa de publicidad hasta que perdió el empleo durante la crisis. Para entonces había reunido suficientes ahorros y préstamos para comprar el bar de Raleigh Street. Tenía más deudas que capital ahorrado y los ingresos habían empeorado, no mejorado, durante los seis años que hacía que era propietario del bar. No estaba casado. La sonrisa, el pelo engominado, las corbatas con lamparones eran muescas en la tarjeta de visita del eterno soltero. Sus colegas decían que se consideraba un mujeriego, aunque sobre todo en sus fantasías. Tenía un ego fino como el papel, capaz de volar por los aires al menor soplo de brisa.

—Ha dicho que tenía cierta información para mí —gritó Serena a Sissel.

Había recibido un mensaje de texto del dueño del bar hacía una hora.

Sissel le susurró algo a Anna, que se deslizó hacia el suelo. Serena vio cómo la mano del hombre rozaba el culo de Anna mientras ella se alejaba, todavía enfrascada en su móvil.

—Puedes aspirar a algo más —murmuró Serena cuando la chica pasó junto a ella. Anna se encogió de hombros, como si nada pudiera resultar más obvio.

—Lo hago.

Serena atravesó el solar y se sentó en el banco de enfrente. Sissel, que seguía chupando el cigarrillo, se alisó el pelo con la mano y frotó entre sí dos dedos grasientos. El olor a tabaco de su aliento se mezclaba con el de cerveza.

—Esta tarde ha venido un tío al bar —le explicó—. Ha hecho un montón de preguntas sobre la mujer asesinada. Kelly Hauswirth.

—¿Quién era? ¿Un marinero?

—No, no era de los barcos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era difícil no reparar en él. Gafas azules, pantalones azules, camisa blanca. Bajo, metro sesenta, y delgado.

—Y ¿qué ha hecho este tipo? —preguntó Serena.

—Ha venido a media tarde, cuando el local estaba bastante vacío. Ha pedido una

cerveza y luego me ha preguntado si sabía en qué mesa estaba sentada la chica, Kelly, antes de que le dispararan. Ha sido raro, pero en fin, cada loco con su tema. Al ir a tomarle nota, me ha acibillado con más preguntas. ¿Hablé yo con la chica? ¿Cuánto rato estuvo aquí? ¿Vi lo que le pasó? Me ha parecido que sobrepasaba con creces la curiosidad estándar así que he salido aquí atrás y le he mandado un mensaje. Cuando he vuelto a entrar, el tipo se había largado. Se ha acabado su cerveza y le ha dicho a Anna que le preparara la hamburguesa para llevársela. Ha pagado en efectivo.

Serena frunció el ceño. A menudo se topaban con pirados en los escenarios del crimen, pero aquel parecía extraño.

—¿Ha dicho adónde iba?

—No, pero he hablado con uno de los chicos que ha entrado justo después de que se marchara Don Pantalón Azul. Lo ha visto subirse a un coche pequeño rojo, que se ha alejado en dirección a Grassy Point.

Serena se puso en pie.

—Gracias por la información, Fred.

—De nada. A lo mejor algún día le gustaría ir a cenar.

—A lo mejor no —contestó Serena.

Dejó a Sissel en el banco y rodeó la esquina del bar en dirección a la calle. En la distancia, el Bong Bridge seccionaba en dos la bahía en dirección a Superior. Envió un aviso con la descripción del hombre y el coche, y luego se dirigió con su Mustang a la zona industrial cerca de Grassy Point. Allí era donde se llevaban a cabo los negocios de Duluth. Los barcos descargaban el mineral de hierro mediante rampas por gravedad. Los trenes y los camiones iban y venían. La madera se amontonaba como leones encorvados y la taconita se apilaba en pirámides negras. El aire olía siempre a madera recién cortada y los motores retumbaban como si fueran tormentas que nunca amainaban. Blancas columnas de vapor se elevaban de las fábricas y se fundían con las nubes blancas.

Serena tuvo suerte. Allí donde la carretera giraba hacia la bahía en la calle Cincuenta, a unos cien metros, vio un Corolla rojo. Había una salpicadura azul en el capó, donde el tipo de los pantalones turquesa contemplaba los bamboleantes vagones del tren. Serena aparcó el Mustang no muy lejos y bajó. Dejó pasar un camión y luego cruzó la calle para acercarse a él.

—Buenas tardes —lo saludó.

Debía de tener unos treinta años, aunque parecía más joven. Tenía cara de niño y ojos nerviosos detrás de las gafas de montura azul, a conjunto con sus pantalones. Daba la sensación de querer echar a correr como una liebre por las vías del tren hacia el agua.

—Ah, hola —dijo.

Serena le mostró la placa de identificación.

—¿Le importaría venir aquí un momento?

—Oh, vale. —Se deslizó por el capó mientras se le caían algunas patatas fritas de

una caja de porexpan blanca—. ¿Hay algún problema, agente? ¿Es una zona restringida y no puedo estar aquí?

—¿Puede mostrarme algún documento identificativo? —le pidió Serena.

—Claro. Supongo que sí.

Se sacó una cartera de los pantalones y le entregó el permiso de conducir. Se llamaba Mort Sanders y era de un barrio residencial de Twin Cities: Eden Prairie. Mort tenía pinta de empollón, uno de esos que nunca había dejado atrás sus clases de ciencias del instituto. Tenía el pelo castaño oscuro, corto y rizado.

—¿Cómo se gana la vida, señor Sanders? —preguntó ella.

—Soy técnico de servicio móvil en una gran empresa de videojuegos. Reviso y reparo las máquinas tragaperras de vídeo.

—¿Por eso está en Duluth?

—Oh, no. Solo he venido aquí a hacer un poco de turismo.

—Por lo que sé ha estado en el Grizzly Bear haciendo preguntas sobre el asesinato de Kelly Hauswirth —dijo Serena.

—¿Se ha enterado? —Su voz chillona sonaba como un violín mal tocado—. Mierda, sabía que era un error. ¡Le juro que yo no la maté!

—No he dicho que lo hiciera, pero me gustaría saber por qué siente tanta curiosidad por este crimen. ¿Conocía a Kelly?

—Más o menos. Bueno, nunca llegué a conocerla en persona, pero sí sabía quién era. Por internet. Paso mucho tiempo en la carretera por motivos de trabajo, así que las habitaciones de hotel son mi segunda casa. Me gusta entrar en las salas de chat. Es como si fuera una fiesta, ¿sabe? Todo el mundo borracho y ligando.

—Así pues, ¿conoció a Kelly en una sala de chat?

—Sí. Ella era Dream_on223 y yo...

Se interrumpió.

—¿Cuál era su *nick*? —preguntó Serena.

—Beccababe911.

—¿Se hacía pasar por una mujer?

—Sí, pero no es para tanto. La mayoría de la gente usa nombres falsos. Nadie es lo bastante estúpido para dar por ahí su verdadera identidad, ¿vale? Kelly no era Kelly en internet. Si hablabas con ella, decía que se llamaba Corinne y que era de Maryland. Y hacerse pasar por alguien del sexo opuesto tampoco es tan extraño. Las mujeres hablan con otras mujeres. Cuando les entra un hombre se ponen en guardia. Así que Beccababe puede conocer a mujeres, cosa que Mort Sanders no puede hacer. Me he hecho amigo de muchas mujeres increíbles de ese modo.

—Mintiéndoles —señaló Serena.

—Miento sobre mi yo externo, pero no sobre el interno.

Serena puso los ojos en blanco y esperó a que se desvaneciera el ruido de un tren que pasaba.

—Volvamos a Kelly. ¿Por qué ha venido aquí a hacer preguntas sobre su

asesinato?

—Estaba leyendo un ejemplar del *Star Tribune* y vi un artículo sobre la identificación de una víctima de asesinato en Duluth. Kelly Hauswirth, de Colorado. Vi la foto y era ella. Fue una conmoción. Me sentí fatal. Así que solo quería averiguar más cosas sobre lo que le sucedió.

—Ha dicho que Kelly tenía una identidad distinta en internet —le recordó Serena—. ¿Cómo supo que era ella? ¿En algún momento le dijo su verdadero nombre?

Mort se humedeció los labios con la lengua.

—No.

—¿Entonces?

—Es una especie de *hobby* que tengo.

—¿Y cuál es ese *hobby*? —quiso saber Serena.

—Colecciono personas.

—¿Las colecciona? ¿Qué quiere decir con eso?

—Va a pensar que es raro —le advirtió él.

—Oh, hace mucho rato que lo pienso.

—Mire, le juro que es algo totalmente inocente. Nunca les hago nada. Ya se lo he dicho, es solo un *hobby*.

Mort se sacó un *smartphone* del bolsillo y pulsó una tecla para acceder a su álbum de fotos. Se lo tendió a Serena para que pudiera ver la pantalla y ella fue pasando una serie de fotos con el pulgar. Se trataba de imágenes de gente corriente en sitios corrientes, gente que no era consciente de que estaba siendo fotografiada. Una mujer de mediana edad en un ultramarinos. Un adolescente saliendo de la escuela. Un hombre mayor con traje que subía a un autobús. Y entonces: Kelly Hauswirth. Serena la reconoció. Vio a Kelly corriendo en una cinta en el gimnasio de un barrio residencial.

—¿Dónde consiguió esta foto? —preguntó.

—La hice yo.

—¿Cómo?

—Ya se lo he dicho, soy un coleccionista. Me dedico a esto. El caso es que cuando conoces a gente por internet, la mayoría usa imágenes falsas. Nombres distintos. Ciudades de origen distintas. A veces edades y sexos distintos. Pero la mayoría de la gente que crea un perfil falso también utiliza algunos elementos reales. Es más fácil que inventárselo todo. A lo mejor te dicen cuál es su trabajo real, pero no dónde trabajan de verdad. O te cuentan historias reales sobre sus amigos y su familia. O el coche que conducen. ¿Sabe a qué me refiero? Para mí, lo más divertido es ver si puedo conocer a una persona en internet con un perfil falso y averiguar quién es en realidad a partir de las pistas que me da. Y si lo consigo, cuando paso por esa ciudad debido a mi trabajo en algún casino... bueno, los busco. Les hago una foto para mi colección. ¿Lo ve?

—Los acosa —concluyó Serena.

—Bueno, es una manera muy desagradable de describirlo.

—Eso es porque es la forma adecuada de describirlo.

—¡No! Ya se lo he dicho, es algo inocente. No tengo ningún contacto con ellos. No quiero formar parte de su vida real. Solo quiero saber quiénes son. Es algo inofensivo.

Serena sintió un deseo repentino de irse a casa y darse una ducha. Y no volver a encender un ordenador nunca más en su vida.

—Así que incluyó a Kelly Hauswirth en su colección.

—En efecto.

—Averiguó que no era Corinne de Maryland, ¿no? ¿Cómo?

—No me costó mucho. Los padres son siempre una buena manera de empezar. La gente miente sobre sí misma pero no sobre sus padres. Hablamos de que ya no vivía con ellos, y comentó que residían en Montana. En otra ocasión mencionó sus nombres de pila. Y en otra me contó a qué se dedicaba su padre antes de jubilarse. Yo tomo notas de todas estas cosas. Es como resolver un rompecabezas. Me dio suficiente información para encontrar a sus padres y cuando los llamé, ellos me ayudaron a encontrarla. A la gente mayor le gusta hablar de sus hijos.

—Así que cuando averiguó que Corinne era en realidad Kelly Hauswirth, fue a Colorado, la siguió y le hizo una foto.

—Em... sí. Ya le he dicho que es solo un juego.

—Luego leyó que la habían asesinado y decidió venir y preguntar por ahí sobre lo que había pasado. ¿Porque se sentía mal por ella?

—Sí, eso es.

Serena movió la cabeza.

—Lo siento, Mort. No cuela. ¿Qué es lo que no me está contando?

El hombre se balanceó atrás y adelante sobre sus pies.

—Vale, también estaba un poco asustado.

—¿Por qué?

—Quería asegurarme de que nadie iría a por mí —explicó él.

—¿Quién iba a hacer algo así? —preguntó Serena.

Mort se sacó las gafas azules y limpió los cristales. Volvió a colocárselas con ambas manos.

—Kelly me contó que había conocido a un chico por internet. Estaba colada por él. Hablaba de amor y todo eso. Me dijo quién era, las cosas que le decía, en plan romántico y tal. Yo sabía que era todo una trola.

—¿Cómo lo sabía?

—Porque el mismo tío también había ligado conmigo. Su Nick era Lakelover. Intenté añadirlo a mi colección, pero se mostró demasiado cauteloso. No pude verificar nada de lo que contaba sobre sí mismo. No obstante, podía entender por qué Kelly se había colado por él. Era sereno, sabía escuchar. Podía ser tanto una amiga como un novio. Nunca me presionó para tener sexo, lo cual es bastante extraño, pero

me hizo muchas preguntas sobre mí. Había algo en todo aquello que estaba, cómo se lo diría... mal. Me dio mala espina.

—¿Advirtió a Kelly?

—Lo intenté, pero se me escapó que sabía quién era ella. Le dio un ataque y me bloqueó. Al leer que la habían asesinado, pensé en el tal Lakelover. Empecé a darle vueltas... ¿y si él me había añadido a su colección igual que yo colecciono a otras personas? Desde entonces me paso la vida mirando por encima del hombro.

Lakelover. El amante del lago.

Era un buen apodo para alguien de Duluth.

Serena observó detenidamente al joven que tenía junto a ella y se dio cuenta de que estaba realmente asustado. Seguramente estaba al borde de la infracción de las leyes de privacidad y sin duda había sobrepasado con mucho las líneas de moralidad básicas, pero no percibió ninguna pulsión violenta en él.

—Déjeme que le dé un consejo gratis —le dijo—. Coja su colección y dele a la tecla de borrar. Y la próxima vez que le vengan ganas de entrar en una sala de chat, vaya a comprarse un libro. Tarde o temprano, con lo que hace, tendrá una sorpresa desagradable. Tómese la experiencia de Kelly como una lección, ¿de acuerdo?

Mort tragó saliva.

—Sí, de acuerdo.

Pero Serena sabía que no lo dejaría.

—Y ahora lárguese antes de que me entren ganas de detenerle por algún motivo que se me ocurra —le dijo.

—Oiga, hay otra cosa que debería saber —continuó Mort—. El mes pasado estuve en otra sala de chat, hablando con otra chica. Dulce, inocente, muy parecida a Kelly. Me habló del novio que había conocido por internet y de lo guay que era. Su *nick* era Mattie_1987. El caso es que sé que es el mismo tío. Sala distinta, diferente apodo, pero los detalles personales eran idénticos.

—¿Mattie_1987 era Lakelover? —preguntó Serena.

—Estoy seguro. Es imposible que dos chicos distintos usen el mismo pasado, la misma historia y que tengan la misma rutina romántica. Era él.

Otro apodo. Otra chica.

—¿Quién era ella? —quiso saber Serena.

Mort tamborileó con los dedos en sus tejanos azules, visiblemente nervioso.

—Vamos, no se haga el inocente conmigo —lo instó Serena—. Esta otra chica, ¿la añadió a su colección?

Él asintió.

—Vale, sí, lo hice. No conseguí su foto, pero averigüé algunos detalles sobre ella. Se llamaba Erin y era de Grand Forks.

El *Ingersstrom* flotaba en las negras aguas de Burns Harbor, en Indiana.

Como carguero destinado a alta mar, a diferencia de los barcos de agua dulce que permanecían en los Grandes Lagos, medía casi doscientos metros de largo. El acero verde y rojo de su casco estaba estropeado, con marcas de agua descoloridas y franjas naranjas de óxido. Tres grúas de diez metros de altura se erguían sobre la cubierta como mantis religiosas. La embarcación con bandera alemana había comenzado su travesía por el Atlántico en Rotterdam y había atravesado el canal Seaway, descargando cargamentos de bobinas de acero en Canadá y Nueva York. Al cabo de dos días cruzaría los lagos Michigan y Superior y pasaría por debajo del puente levadizo para entrar en el puerto de Duluth.

Uno de los miembros de la tripulación se apoyó en un inodoro portátil a unos doscientos metros del *Ingersstrom*. El lavabo olía mal y él también. Su ajustada camiseta blanca estaba cubierta de grasa y llevaba tres días sin ducharse. La noche había caído y, desde donde se encontraba, resultaba del todo invisible, pero el puerto estaba muy animado, lleno de focos y ruidos metálicos y siluetas de hombres que parecían hormigas afanosas. Sus ojos azules grisáceos se desplazaron lentamente, estudiando el movimiento que lo rodeaba. Cada hora que pasaban en el puerto lo ponía nervioso, pero esa noche no había sorpresas.

Cerca de él, unas pesadas botas hicieron crujir la grava. Un individuo caminaba hacia él desde el otro lado de las vías del tren, cerca de Boundary Road. Hundió las manos en los bolsillos de los tejanos y cerró los dedos de la mano izquierda sobre un picahielos. El hombre que se acercaba era achaparrado y fornido, con barba y pelo negro grasiento. Lo reconoció como uno de los ingenieros del *Ingersstrom*, pero no bajó la guardia. Se aseguró de que el tipo estaba solo antes de soltar el mango de madera del picahielos.

—Hola, Bernd —lo saludó el hombre.

Bernd le devolvió el saludo con un gruñido.

—¿Algún problema por aquí? —preguntó el hombre fornido—. ¿Todo bien?

—Todo bien —confirmó Bernd.

—¿Has comido?

—Sí.

—Yo me he tomado un bocadillo de salchichas en la ciudad —le explicó el otro—. Con patatas fritas con queso. Mucho mejor que la mierda que nos dan a bordo.

—Cualquier cosa es mejor que eso.

—El mar está tranquilo, ¿eh? ¿Hay algo que te preocupa?

—No —contestó Bernd. No le gustaba la charla insustancial. El hombre había ido a la ciudad de Gary por una razón, y Bernd estaba impaciente por conseguir aquello por lo que había pagado—. ¿Tienes algo para mí?

—Sí, lo tengo. Sin problemas.

El hombre robusto se metió la mano en el bolsillo del cortavientos y sacó un paquete envuelto con una bolsa de plástico azul. Bernd se lo arrebató de las manos de inmediato.

—¿Funciona? —preguntó.

—¿Qué crees, que lo he probado? ¿Que iba a disparar a alguien?

Bernd se encogió de hombros.

—¿Cartuchos?

—En la bolsa.

Examinó la automática que había dentro. Serviría. Él prefería los revólveres, pero el cargador de la pistola negra, que era más grande, resultaría más útil. Además, su último revólver le había traído mala suerte. Después de volarle los sesos a una mujer rubia que trataba de escapar, había perdido el arma en unos escalones mojados cuando aquella maldita zorra se le había echado encima.

Bernd se metió la pistola por dentro del cinturón y se echó la camiseta por encima. Luego introdujo la caja de cartuchos en el bolsillo trasero. Se sentía más seguro ahora que volvía a tener un arma. Había pasado mucho tiempo sin ninguna, pero esa clase de adquisiciones resultaba más sencilla en Estados Unidos que en Ámsterdam.

Los dos hombres permanecieron de pie y en silencio, uno junto al otro. En torno a ellos, la actividad del puerto seguía su curso.

—Bueno —dijo el otro hombre—, una vez más a Duluth, ¿eh?

—Sí.

—¿Otra entrega?

—Sí.

El hombre fornido pensó en ello.

—El capitán dice que ha leído cosas en internet. Hay más vigilancia y más preguntas.

—Un cuerpo apareció en Ámsterdam —explicó Bernd—. Uno de los nuestros.

—Entonces harán un registro. Estarán en guardia.

—Que registren.

—Eso es fácil decirlo, pero si las cosas salen mal pringamos todos. A lo mejor tendríamos que esperar.

—No funciona así —le espetó Bernd.

El tipo rollizo no parecía muy contento. No era el único: había otros miembros de la tripulación que murmuraban sobre las autoridades. A Bernd no le gustaba tener atención adicional por parte de la policía, pero saltarse la entrega no era una opción. Sus compradores se mostraban demasiado impacientes. Los saudíes pagaban jodidas fortunas por las chicas estadounidenses en sus listas de la compra, así que obtenían lo que deseaban. Mayores riesgos significaban mayores beneficios.

—Bueno, mantén los ojos bien abiertos, ¿vale? —dijo el tipo fornido, y tras despedirse con un gesto de la mano se dirigió al *Ingersstrom* cruzando el animado

puerto.

Bernd lo despidió con otro gruñido.

Su nombre completo era Bernd Frisch. Veintiséis años de edad. Tenía el rostro pálido y estrecho cubierto de pecas y la barbilla redondeada. Llevaba el pelo rubio rapado al cero por los lados, mientras que en lo alto lucía unos rizos cortos y densos. Sus labios eran finos, su nariz, una pequeña y leve protuberancia en la cara. A diferencia de la mayoría de sus compañeros de tripulación, no tenía tatuajes en ninguna parte de su piel, y apenas pelo. Era alto, con un cuerpo esbelto y fibroso.

Había pasado buena parte de su infancia en Alemania y hablaba alemán e inglés con fluidez, gracias también a una sucesión de novias estadounidenses que estaban de vacaciones en Europa. Había abandonado los estudios a los quince años, tras llegar a la conclusión de que se manejaba mucho mejor en el mundo real que la mayoría de sus profesores. Durante los cinco años siguientes había ido de un lado a otro. Berlín. Praga. Riga. Tallinn. Al verse necesitado de dinero, se había unido a una banda estonia como matón para ocuparse de los problemas callejeros. Cuando la banda expandió su campo de acción a operaciones de contrabando, él contribuyó a sobornar, chantajear y amenazar para hacerse un hueco en el *Ingersstrom*. Ahora la embarcación era la columna vertebral de sus operaciones en Norteamérica, que incluían chicas jóvenes cuyo valor en el mercado alcanzaba incluso los cincuenta mil dólares para algunos compradores árabes. Lo habían hecho seis veces en dos años.

Solo habían cometido un fallo: la chica que trató de escapar. La pérdida de un cargamento de primera clase no había sentado bien en Tallinn, y otros miembros de la banda habían pagado por errores menores con una bolsa de plástico pegada sobre su cabeza. Bernd tenía suerte. Era demasiado valioso para que pudieran permitirse prescindir de él, pero la capa de hielo bajo sus pies era muy fina.

Notó cómo le vibraba el móvil estadounidense en el bolsillo. Comprobó los alrededores y luego lo sacó. Había estado esperando que su contacto en Duluth se comunicara con él mediante un mensaje.

«¿Todo va según el horario previsto?».

Bernd tecleó la respuesta: «Dos días. Estate preparado».

«Siempre».

«¿Qué tal el paquete?».

«Ya está en el almacén».

«Espero que esta vez no haya problemas», tecleó Bernd.

Hubo una larga pausa antes de que llegara la respuesta.

«El último paquete llegó tarde. No fue culpa mía».

Bernd no quería excusas. La situación con la mujer de Colorado había sido un desastre y no podía permitirse que se repitiera. Ninguno de ellos podía permitírselo. A estas alturas, temía que la situación en Duluth se hubiera vuelto demasiado candente. Pensó en la investigación policial y se preguntó hasta dónde habrían llegado.

«¿Has recibido visitas?».

«Sí».

«¿Cuánto sabían?».

«Suficiente para causar problemas. Además, hay otra cosa».

«¿Cuál?».

«Hay un problema con la pistola que te di. Tenía historial. No lo sabía».

Bernd notó que la cólera lo embargaba. Más problemas. Más errores. Siempre que confiaba en otras personas, lo decepcionaban. Había invertido tiempo y dinero en la operación de Duluth y ahora ya era demasiado tarde para renunciar a ella. Lo único que podía hacer era llevarla a cabo.

Ceñirse al plan. Recoger a la chica. Y luego atar los cabos sueltos.

«Asegúrate de que el paquete esté listo —escribió—. Llegaré enseguida».

Cat escuchó el silbido de los trenes enfrente de casa de Al, al otro lado de la calle. Tenía los pies apoyados en el reposapiés roto de un viejo sillón reclinable y sudaba en el ambiente sofocante de la sala de estar. Cuencos y platos sucios se apilaban en una mesa plegable frente al sofá. La moqueta beis estaba cubierta de videojuegos y juguetes.

Las paredes eran blancas, sin marcas de dedos ni suciedad todavía. Vio fotos de familia enmarcadas que aún no habían colgado. Si inspiraba, aún podía percibir un leve aroma a pintura. Un par de meses atrás había estado allí, con los muebles agrupados en el centro de la estancia y cubiertos por una lona de plástico, y un rodillo en la mano. Había pintado la planta baja y Anna se había ocupado de los dormitorios del piso de arriba.

Fue entonces cuando conoció a Al. Él había llegado a casa tarde, agotado de su segundo empleo, en el Anchor. Cat recordaba la sonrisa en su rostro al ver las paredes blancas y limpias. Se trataba de algo nuevo en una casa donde no se veían muchas cosas nuevas. También recordaba la expresión de sus ojos al verla a ella. Por lo general, los hombres la miraban igual que los leones miran la comida. La mirada de Al era distinta. No había dado por hecho que ella estuviera a la venta. Ni siquiera se había percatado del pequeño bulto que anunciaba su embarazo. La había contemplado con una sensación de embeleso, como si ella fuera lo más bonito que había visto en su vida. Cat —cansada, llena de polvo, con manchas de pintura blanca en el pelo y en su piel dorada— había visto esa mirada y se había enamorado de él en ese mismo instante y lugar.

Menuda idiota estaba hecha.

La madre de Al entró en la sala procedente de la cocina y le tendió a Cat una lata de Mountain Dew caliente. La mujer se dejó caer en el extremo del sofá que quedaba más cerca del sillón.

—Qué silencio. ¿No te parece maravilloso? Por fin se ha dormido todo el mundo.

Cat dio un sorbo al refresco y esbozó una sonrisa nerviosa.

—No pasa muy a menudo, ¿no?

—No, casi nunca. Solo cuando se hace tarde, como hoy. Por lo general no hay más que bulla, bulla y bulla. —Apoyó con delicadeza una mano en la pared que tenía a su espalda—. Déjame que te diga otra vez lo amables que fuisteis al pintar la casa. Muy amables.

—No fue nada —contestó Cat.

No buscaba felicitaciones por haber pintado la casa. En ese momento, lo que quería era olvidarse de eso. La madre de Al era amable, pero en su mirada se veía que no era en absoluto ingenua. Había estudiado a Cat como un carnicero que no necesita una balanza para saber cuánta carne picada tiene entre las manos.

—¿Al es el padre? —preguntó señalando la barriga.

—Oh, no, no lo es.

—Me alegra saberlo.

La mujer respiraba a intervalos cortos y superficiales, pero a pesar de su enfisema, Cat percibió olor a humo de cigarrillo en su ropa. Resultaba difícil mantenerse alejada de las cosas que uno no debía tocar.

—¿Cuántos años tienes, Cat? —preguntó.

—Diecisiete.

—Yo tuve a Al más o menos a la misma edad. Créeme, sé de qué va. ¿El padre sigue en tu vida?

—No. Ya no estamos juntos —explicó Cat.

No iba a contarle la verdad sobre el padre de su hijo ni sobre la vida que llevaba antes. No era importante. De alguna manera tenía la sensación de que la madre de Al era lo bastante avispada para deducirlo ella sola.

—No te envidio lo que te queda por delante. Será duro; no tiene sentido fingir que no es así. Yo tuve suerte; mi hombre se quedó conmigo.

—Yo quiero quedarme el bebé —dijo Cat.

—Me alegro por ti, pero si crees que mi chico se va a convertir en tu vale de comida...

—¡No!

—Eh, no te culparía si ese fuera tu plan.

—No lo es.

Cat no sabía si la madre de Al la creía, ni siquiera si ella misma se creía. Pensaba que estaba enamorada de él, pero tenía miedo y la gente asustada puede convencerse de un montón de cosas. Al era guapo. Amable. Trabajador. Respetuoso.

Y se había acostado con Anna.

Mierda, mierda, mierda.

—Solo quiero hablar con él —explicó.

Su madre la miró con recelo.

—¿Qué ha hecho?

Cat contempló sus manos, que descansaban sobre su regazo.

—Nada.

—¿Una chica se presenta a estas horas en mi casa y quiere hablar con mi hijo? Vamos, será mejor que me lo cuentes. Si no, se lo sacaré yo.

—Será mejor que me vaya —decidió Cat—. Ha sido un error venir aquí.

—Haz lo que quieras, cielo.

Cat intentó levantarse sola y no pudo. Tomó impulso, pero su cuerpo volvió a hundirse en el sillón. El esfuerzo la hizo llorar. La emoción manó a chorros de ella como el agua a través de una manguera rota.

—¡Se acostó con mi mejor amiga! —gimió sintiéndose como una niña.

La madre de Al dejó escapar un suspiro. No parecía sorprendida, pero esperó a que Cat recuperara la compostura y se enjugara las lágrimas antes de decir nada.

—Lamento oír eso. Creía que lo había educado mejor. ¿Quieres que hable con él?

—No.

—Bueno, lo haré de todas formas. Esperaba más de ese chico.

Cat se sorbió los mocos.

—Lo siento. Tengo que irme. Ni siquiera sé por qué he venido.

—No, quédate ahí sentada y espera. Al suele llegar a casa a esta hora. Échale una buena bronca; se lo merece. Y cuando acabes con él, también tendrá que vérselas conmigo. Pero no me malinterpretes, ¿vale? No apruebo esto vuestro; no estoy a favor. Él no puede manteneros a ti y a tu hijo. Tiene otras cosas que hacer con su vida.

Cat no dijo nada. Se sentía miserable y lo único que quería era marcharse, pero en ese momento oyó el ruido de una furgoneta fuera de la casa. Al había llegado. De repente, Cat no sentía ningún deseo de verlo. Sería demasiado doloroso, porque lo odiaba y lo amaba. Entonces se abrió la puerta y allí estaba él, sorprendido de verla allí sentada con su madre. Se quedó de pie en el umbral de la puerta, sin moverse, y su madre se levantó del sofá, le chasqueó la lengua y luego le dio una bofetada.

Al se frotó la mejilla dolorida mientras su madre giraba sobre sus talones y los dejaba solos.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó él—. ¿Por qué lo ha hecho?

—Ya sabes por qué.

Al se sentó en el sofá, con aspecto de ciervo paralizado por los faros de un coche.

—¿Qué pasa? Siento no haberte llamado. He estado muy liado.

—Sí, ya, muy liado —repuso Cat—. Anna me ha explicado lo que pasó.

Al tragó saliva y cerró los ojos. Daba la sensación de haber empezado a sudar simultáneamente por todos los poros.

—Oh, mierda.

—Todo lo que me decías: «No pasa nada por esperar, Cat; quiero que te sientas a gusto. No hace falta que tengamos sexo». Mentiras.

—Cat, lo siento mucho —insistió él—. Fue solo una vez, y fue un error. Me pasé por el Grizzly Bear para hablar con Fred y el coche de Anna se estropeó y la llevé a casa.

—La llevaste a casa y te la follaste —le espetó Cat.

Al se agarró la cabeza con las dos manos.

—Mira, ¿qué quieres que te diga? ¡Pasó, sin más! Ella me dijo que si quería beber algo y yo pensé, qué demonios, solo una. Lo siguiente que recuerdo es que nos habíamos acabado un paquete de seis latas y habíamos empezado a enrollarnos. Fue una estupidez. Tienes que creerme, Anna no me importa nada. Me importas tú. Te quiero. ¿Querías que lo dijera? Pues ahí lo tienes, ya lo he dicho.

—Sí, claro, y no veas lo mucho que significa para mí ahora —replicó Cat con brusquedad.

—¿Cómo puedo arreglarlo? —preguntó Al.

—No puedes. Puedes llevarme a casa y mantener la boca cerrada durante todo el camino, y luego puedes largarte y dejarme en paz. No quiero volver a verte nunca más. Ojalá no te hubiera conocido nunca.

—Cat, por favor...

Ella se apoyó en los brazos del sillón para tomar impulso, pero aun así fue incapaz de ponerse en pie. Al se levantó de un salto, la cogió con delicadeza de las manos y la ayudó. En cuanto estuvo de pie, Cat lo apartó de un empujón; no quería que la tocara. Él dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, incómodo, como si no tuviera un lugar donde colocarlos.

—He cometido un error —repitió—. La gente comete errores.

—Llévame a casa —murmuró ella.

Al se sacó de un tirón las llaves del bolsillo. Ella se dirigió a la puerta y él la siguió en silencio. Tenía la cabeza agachada, avergonzado. Se sentía mal y ella se alegraba. En ese momento lo único que deseaba era herirlo. Castigarlo. Que Al la hubiera traicionado era peor que cualquier otra cosa, porque ella había empezado a confiar en que él iba a estar a su lado. Él había dejado que creyera que un chico podía estar con ella por lo que era y olvidarse de lo que había sido.

En lugar de eso, no había hecho más que demostrarle lo que siempre había sabido.

Que las cosas buenas nunca duraban.

Stride examinó la fotografía de la opaca perla negra engarzada en dos bandas idénticas de oro blanco. El anillo era inconfundible. Hacía mucho tiempo, Janine lo había llevado en el dedo anular de su mano derecha. Había visto una fotografía de ella en un baile de etiqueta del hospital diez años atrás en la que aparecía engalanada con un conjunto de joyas de perla negra y un sugerente vestido de cóctel de lentejuelas color burdeos. Según Janine, la noche del asesinato de Jay, el hombre que mató a su marido le robó aquel anillo del dormitorio.

Después se había esfumado y nadie había vuelto a verlo nunca. Y ahora, como la pistola, había resucitado. No era coincidencia que ambas cosas hubieran aparecido al mismo tiempo. La pistola. La joya. Había pasado algo que las había sacado a la luz.

—He hablado con Pat Burns —explicó Stride a Serena y Maggie en su despacho.

Hacía dos años que Pat Burns había sustituido a Dan Erickson como fiscal del condado de Saint Louis.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Maggie—. ¿Qué ha decidido el juez?

Se sentó con las piernas colgando en la silla que quedaba frente al escritorio de Stride. Serena se apoyó en el aparador, con la espalda contra la pared del despacho. Las dos mujeres de su vida evitaban mirarse la una a la otra.

—Ha refrendado la moción de Archie y ha ordenado la puesta en libertad de Janine —las informó Stride—. Seguramente saldrá mañana. El juez ha decretado que no hay duda de que una tercera persona ha estado en posesión del arma del crimen durante todos estos años y que el historial violento de la pistola antes y después de la muerte de Jay hace imposible mantener por más tiempo el veredicto del juicio original. Ha estado de acuerdo con Archie en que si el jurado hubiera podido acceder a la prueba de la pistola en ese momento, habrían absuelto a Janine.

—Así que es libre —concluyó Maggie.

—Es libre. Pat tendrá que decidir si hay base para la celebración de otro juicio. Y si quiere hacerlo, dadas las pruebas.

Serena habló desde el aparador.

—Sé que no queréis escucharlo, pero ¿no os parece que la explicación más lógica es que Janine dijera realmente la verdad? En el momento del asesinato alguien tenía la pistola, pero no era ella. Quienquiera que fuese mató a Jay Ferris y robó las joyas.

Dio la impresión de que Maggie iba a discutírselo por el mero placer de hacerlo, pero en cambio dijo:

—Sí, Nathan dijo lo mismo. Cree que nos equivocamos con Janine. No sé, jefe. Aborrezco decir que la cagamos, pero creo que la cagamos.

Stride sabía lo que hubiera dicho Cindy: «Te lo dije, Jonny».

—Olvidémonos de Janine por ahora —decidió Serena, interrumpiendo sus pensamientos—. Tenemos otros problemas.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que mi empollón raro, Mort Sanders, estaba metido en algo —les explicó Serena—. Mort chateaba por internet con una mujer de Grand Forks llamada Erin. Según él, la perseguía el mismo acosador con el que Kelly Hauswirth tenía una relación. Kelly se relacionaba con un tipo que se hacía llamar Lakelover y el novio de Erin era Mattie_1987, pero Mort asegura que son la misma persona.

Les mostró una ampliación de un permiso de conducir de Dakota del Norte en el que se veía a una atractiva rubia de poco más de veintitrés años, con la cara ovalada, ojos azules y una sonrisa inocente y sensual a un tiempo. Stride no pudo por más que fijarse en la similitud entre esa mujer y la fotografía de Colorado de Kelly Hauswirth. Podrían haber sido hermanas.

—Esta es Erin Tierney —informó Serena—. Higienista dental en Grand Forks. Lleva desaparecida por lo menos dos semanas. Su Nissan Versa no aparece por ningún lado. No creo que sea casualidad.

—¿Crees que Erin es la sustituta de Kelly? —preguntó Maggie.

—Podría ser.

—¿Le comentó a alguien de su entorno que tenía un nuevo novio? ¿O que pensaba viajar a Duluth?

Serena negó con la cabeza.

—No. Por lo que parece Erin es una persona solitaria, igual que Kelly. Tal vez eso forme parte de la clase de personalidad que busca ese tío. Estas chicas viven una vida de fantasía a través de internet. En la vida real, son tímidas. No tienen muchos amigos.

—Dos semanas es mucho tiempo —señaló Stride—. Si estaba en la ciudad, es posible que ya se la hayan llevado.

—Eso si no la tienen encerrada en alguna parte —observó Serena.

—¿Qué pasa con esas cuentas de usuario? —quiso saber Stride—. Lakelover y Mattie_1987. ¿Podemos rastrearlas?

—Son perfiles falsos —contestó Serena—. Sus biografías no cuadran en absoluto, pero los detalles encajan. Creo que Mort tiene razón: se trata del mismo tipo. Y sin duda hay una conexión con Duluth. Conseguí los datos del servidor de internet de ambas cuentas y todas las conexiones se realizaron desde la zona de Twin Ports. A ambos lados del puente. Sea quien sea este tipo, es listo. Busca sitios donde haya wifi gratis y nunca se conecta dos veces a la misma red; además, no hay nada en el patrón que indique dónde se encuentra en realidad. Podría estar en cualquier parte de Duluth o Superior.

—¿Hemos cerrados las dos cuentas? —preguntó Maggie.

—No, pero estamos monitorizando su actividad. Hasta ahora, Lakelover y Mattie mantienen un perfil bajo. Llevan días sin conectarse. De hecho, no se han conectado desde que Erin desapareció. Una vez más, no creo que sea casualidad.

—Troy sigue pensando que el asesinato en Ámsterdam indica la existencia de una conexión internacional —comentó Stride—. Hemos conseguido los datos de la noche

que mataron a Kelly. Entre los barcos del puerto había cuatro cargueros transatlánticos que zarpaban hacia Europa: el *Relko*, el *Venstaat*, el *Ingersstrom* y el *Pietra Ragazza*. Es posible que usen cargueros de los lagos en lugar de transatlánticos, y que trasladen a las chicas en otra parte del canal Seaway, pero cuantas más veces las desplacen, mayor es el riesgo.

—¿Hay algo sospechoso en los barcos? —preguntó Maggie.

—Sobre el papel no. Lo más probable es que los propietarios de las empresas no sepan nada de lo que pasa bajo las cubiertas.

—¿Qué hay de su actividad reciente? —quiso saber Serena.

—Ninguna de las embarcaciones ha regresado a Duluth desde el asesinato, aunque esta semana está prevista la llegada de dos de ellas: el *Venstaat* y el *Ingersstrom*. El *Relko* se encuentra en Asia y no se espera su regreso durante esta temporada. El *Pietra Ragazza* volverá en septiembre.

—Según eso, parece probable que Erin siga en Duluth —señaló Serena.

—Eso espero —dijo Stride—, aunque también podríamos equivocarnos con lo de la red de transporte. O podrían haber extendido sus tentáculos a varios barcos. En cualquier caso, tienes razón; vamos a pegar la foto de Erin por toda la ciudad. Y también la de su coche. Si vino aquí para encontrarse con el tal Mattie_1987, es posible que alguien la viera.

Maggie esperó a que Stride hubiera acabado y entonces dijo:

—Hay otra perspectiva que también nos ayuda. El anillo con la perla negra.

—¿Habéis podido rastrear su origen? —preguntó Stride.

—Sí, he hablado con Caffy, de la tienda de empeños Zenith. En cuanto se enteró de que la joya estaba relacionada con una investigación de asesinato, se le soltó la lengua. El anillo de la perla negra lo empeñó en mayo un contable de Minneapolis llamado Neal Fisher, que había venido a la ciudad para un rollo político de la Dflen el centro de convenciones. He hablado con Fisher. Por lo visto salía con una chica y le compró el anillo en Canal Park, pero antes de que finalizara la convención ella le envió un *e-mail* para cortar con él, así que lo empeñó antes de marcharse. Supuso que estaba haciendo un buen negocio, porque no creía que el tipo que se lo vendió a él supiera lo que valía.

—¿Dónde lo compró? —preguntó Stride—. ¿En un anticuario?

Maggie negó con la cabeza.

—No. Neal conoce a un colega nuestro.

Stride se inclinó hacia delante.

—¿Un colega?

—¿Te acuerdas de Curt Dickes?

Stride lo recordaba y Serena también. Curt era conserje en uno de los hoteles de Canal Park, pero también se dedicaba a una interminable serie de chanchullos de baja estofa para cubrir sus necesidades monetarias. Había hecho de chulo y enlace entre turistas y chicas de la UMD. De ladrón de poca monta para robar crías de raya en el

acuario. Había revendido entradas falsas para los conciertos de Yanni. No era violento, pero sí la clase de chico espabilado de la calle que nunca enderezaría su vida. Stride lo conocía desde que él tenía quince años.

—¿Curt le vendió el anillo a este tío? —preguntó—. ¿De dónde coño lo sacó?

—Eso es lo que intento averiguar —contestó Maggie—. Curt lleva varios días sin dar señales de vida, pero acabo de recibir una llamada. Tiene un nuevo negocio en marcha. Visitas guiadas de los fantasmas de Duluth. Ahora mismo voy a localizarlo.

—Bien.

Maggie se levantó y se dirigió a la puerta, pero de pronto se detuvo. Hundió las manos en los bolsillos de sus tejanos y se apartó con un resoplido el flequillo de los ojos.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó a Serena—. Podríamos ser como las detectives de esa serie, *Rizzoli & Isles*, o algo así.

Stride percibió la expresión de sorpresa de Serena. Él también estaba sorprendido. A lo mejor había una posibilidad de que se fundiera el hielo que había entre ellas. No sabía cuál sería la reacción de Serena, pero ella no se lo pensó dos veces antes de bajar del aparador. Ambas mujeres quedaron una junto a la otra, menuda una y alta la otra.

—Muy bien, vamos —le dijo Serena a Maggie en un tono inexpresivo—, pero me pido ser Angie Harmon.

Janine había tardado dos años enteros en dejar de soñar con su antigua vida cuando se dormía por las noches. Su mente inconsciente la llevaba de vuelta a su mansión de la colina, o la situaba ataviada con su ropa quirúrgica sobre el pecho abierto de sus pacientes en el quirófano del Saint Anne's. Incluso mientras estaba despierta, a veces se descubría dando falsos saltos mentales cada vez que leía un libro o una revista.

«Debería buscar esos zapatos la próxima vez que vaya a Macy's».

«Los Abruzos, en Italia: ese debería ser el destino de mis vacaciones de primavera».

«Tengo que probar los ravioli de langosta en el Bellisio's».

Entonces se despertaba o de repente tomaba conciencia: «Estas cosas nunca volverán a suceder. No sueñes, no fantasees, porque mortificarte con lo que no puedes tener te volverá loca».

Salvo que ahora la vida había regresado de nuevo a su cabeza. Estaba sucediendo tan rápido que se sentía desorientada. Nada parecía real. Apenas se atrevía a creerlo. En ese momento se encontraba en Shakopee y, a esa misma hora del día siguiente, estaría al otro lado de las puertas de seguridad. Se preguntaba cuánto tardaría su cerebro en dejar atrás las imágenes de la cárcel cuando soñara.

—¿Intentarán volver a procesarme? —le preguntó a Archie por teléfono.

—Si Dan Erickson aún fuera el fiscal del condado, te diría que sí —contestó él—. Ahora que el cargo lo ocupa la señora Burns, creo que es menos probable. Las pruebas juegan a tu favor. Suponiendo que en último término no puedan demostrar que adquiriste de alguna forma la pistola después de que esta saliera de Chicago.

—No lo hice.

—O que la escondiste después del asesinato. O la vendiste. O la regalaste.

—No lo hice.

—Entonces creo que estás a salvo, querida.

Janine no estaba tan segura.

Percibía las dudas en la voz de Archie. No sobre su situación legal, sino sobre su inocencia. Su propio abogado nunca había creído realmente en ella. Le había proporcionado una sólida defensa, pero pensaba que era culpable hasta la médula. Ella le había repetido una y otra vez que no había apretado el gatillo de aquella pistola. Que ni siquiera la había sujetado en la mano. Aun así, Archie seguía sospechando que, sencillamente, ella había sido más astuta que el resto. Como un mago, había matado a Jay y había hecho desaparecer la pistola y las joyas. Hasta ese momento.

Todo el mundo pensaría lo mismo. No se hacía ilusiones respecto a la opinión pública sobre Doña Perfecta. La gente seguiría mirándola por la calle y se preguntaría cómo había logrado librarse.

—Bienvenida al siguiente capítulo de tu vida —le dijo Archie—. ¿Qué vas a

hacer con él?

Era una buena pregunta. Janine no conocía la respuesta.

Estaba acostumbrada a pensar en el día a día e ignorar el futuro. La idea de adentrarse en el mundo exterior sin ningún plan la aterrorizaba, porque a lo largo de su vida siempre había tenido un plan para todo.

Los medios la estarían esperando. La hostigarían. La puesta en libertad de Janine sería una noticia bomba. La cirujana asesina, liberada. No estaba preparada para las preguntas con que la acosarían: «¿Qué cree que le ocurrió en realidad a su marido? ¿Presentará una demanda por encarcelamiento improcedente?», y no tenía respuestas que ofrecerles.

Le había preguntado a Archie si podía conseguirle algo de tiempo. Ayudarla a atravesar la horda de medios y esconderla en alguna parte. Tan solo unos días para hacerse a la idea de volver a vivir fuera de los muros de la cárcel, y luego ya podría hablar con los reporteros. No podía evitar el mundo para siempre, pero necesitaba tiempo. Tenía que acostumbrarse a unos muros distintos.

Regresaría a Duluth, que seguía siendo su hogar. Por ahora.

Archie la llevaría a un hotel. Le había pagado lo suficiente para ganarse ese trato por parte de él, al menos durante un tiempo. Podría contemplar las aguas del lago Superior y llamar al servicio de habitaciones y beber vino. Un día, y el siguiente, y el siguiente, hasta que descubriera si todavía había algo por lo que valiera la pena vivir.

No obstante, tenía un problema inmediato que no iba a esfumarse. Howard Marlowe.

Howard, insulso y aburrido. Howard, obsesionado y empujado por el deseo. Aquella era su fantasía hecha realidad: Janine libre y ellos dos, juntos. En realidad, ella nunca le había dicho que no tenían un futuro juntos, porque durante todo el tiempo que había pasado en prisión no había tenido ningún futuro que ofrecerle. Él era su pequeño vicio, alguien que alimentaba su ego.

Howard, Howard, Howard. El amable y anodino Howard, que escribía un libro que nunca terminaría para salvar a una mujer que nunca se enamoraría de él. Howard renunciaría a todo por estar con ella. A su mujer, a su hija. Cuando uno es adicto, no le importa nada excepto su adicción.

No podría esconderse de Howard; él la encontraría. La primera noche estaría ya en la puerta de la habitación de su hotel. Probablemente con un ramo de flores, el pobre. Y champán. Como si ella hubiera imaginado aquel momento de la misma forma que él.

Janine se dio cuenta de que Howard se merecía que pasaran una noche juntos. No lo despacharía sin dársela. Había jugado y se había entretenido con aquel hombre durante ocho años, así que dejarle disfrutar de su fantasía con ella no era un sacrificio tan grande. No era nada más que sexo. Años atrás, cuando él se presentó en la puerta de su casa durante el juicio, ella había pensado en llevárselo dentro y acostarse con él. Si lo hubiera hecho, ¿estaría ahora en la cárcel?

«Vale, Howard. Esto es lo que has soñado durante tanto tiempo. Esto es lo que se siente al estar en la cama conmigo». Podría soportarlo por una noche. Y por la mañana, cuando le rompiera el corazón, se preguntaba si él seguiría pensando que valía la pena pagar ese precio.

Howard estaba sentado en el estudio de su sótano, esperando que Archibald Gale cogiera el teléfono. Mientras se mantenía a la espera sonaba una sinfonía de música clásica. Ya había escuchado diez minutos de Beethoven, aunque el ayudante de Gale le había asegurado que el abogado tenía muchas ganas de hablar con él. Eso suponía un gran cambio desde la época en que Howard efectuaba cinco o seis llamadas al día al despacho de Gale sin que se las devolvieran.

Encontrar el anillo había cambiado su estatus. Siempre recordaría la expresión de reticente admiración en la cara de Gale cuando se lo enseñó.

Howard no era tonto. Sabía que el abogado de Janine lo trataba con condescendencia y que los ánimos que le daba para que continuara con su investigación eran vacuos. Sí, sigue indagando, Howard. Sí, tengo fe en ti. Y luego se reía a sus espaldas. La verdad era que Gale nunca había creído que Howard descubriera algo que resultara remotamente útil para la apelación de Janine.

Así que este había experimentado una sensación de triunfo en el momento de dejar el anillo de la casa de empeños en la mano de Gale y decir:

—Lo he conseguido. Lo he encontrado.

Ese momento lo había cambiado todo entre ellos. De repente, Howard ya no era un chiflado que operaba al margen del caso. De repente, Gale había llamado a un socio y había tomado declaración a Howard. Le había dado golpecitos en la espalda. Le había contado chistes de abogados y jueces. Le había servido una copa de *whisky* caro y se había sentado y charlado con él como si los dos fueran miembros del Kitchi Gammi Club.

—¿Cree que por fin la pondrán en libertad? —preguntó Howard.

—Sí —contestó Gale rebosando efervescencia—. Sí, esta vez lo creo de verdad. Entre la pistola y el anillo, no hay duda.

—Siempre he sabido que era inocente.

Y entonces Archie Gale, con una sonrisa de lo más extraña y un poco entonado tras su tercer trago de Laphroaig, dijo:

—Sí, sí, inocente. O extremadamente lista.

A Howard le pareció un comentario muy raro.

Pero no importaba. Estaba ocurriendo de verdad. Al día siguiente, Janine sería libre. El deseo lo embargaba y lo hacía sentirse mareado. Era como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo estuvieran en llamas ante la perspectiva. Dio vueltas en la silla de su estudio, levantó los pies y los apoyó en la pared del sótano, y tarareó por lo bajo la melodía de Beethoven.

—Howard —saludó Gale cuando por fin se puso al teléfono—. El hombre del momento. ¿Has oído las noticias?

—¡Claro!

—Bueno, no cabe duda de que has desempeñado un papel importante en lograr que esto sucediera. Janine y yo te estamos muy agradecidos.

—¿Sabe a qué hora la pondrán en libertad? —preguntó Howard.

—Sí, pero no puedo darle esa información a nadie. Estoy intentando mantener a los medios a raya. Seguro que lo entenderás.

—Bueno, yo no soy cualquiera —repuso Howard—. Quiero estar ahí para recogerla.

Se hizo un largo silencio en la línea y, cuando Gale volvió a hablar, el entusiasmo del abogado se había atenuado y convertido en algo más frío.

—Es muy amable de tu parte, Howard, pero no es necesario. Yo me he encargado de todos los detalles.

—Quiero verla —insistió él.

—Y la verás, por supuesto. Muy pronto. Hablaré con Janine y estoy seguro de que podremos organizar una cita para que ella te dé las gracias en persona.

Howard aferró con fuerza el teléfono.

—¿Para darme las gracias en persona?

—Exacto.

—Tengo que verla mañana. ¿Sabe cuánto tiempo llevo esperando esto?

La cortesía se esfumó de la voz de Gale, que volvió a convertirse en un abogado.

—Le transmitiré tus deseos, pero si vas a verla y cuándo depende totalmente de ella. Sé que te está agradecida, igual que yo, por todo el duro trabajo que has hecho para que esto sea posible. Pero no por eso deberías presumir una relación personal que no existe.

—Sí que existe —le espetó Howard.

—Bueno, hablaré con Janine y volveré a ponerme en contacto contigo. Te lo prometo. —Y luego añadió, en un tono levemente más cordial—: Escucha, Howard. Acepta mi consejo: la gente es distinta en la cárcel que en el mundo real. Ambos tienen muy poco en común. Debes tenerlo en cuenta.

—¡Usted vuelva a llamarme!

—Claro, lo haré.

Howard giró en su silla y colgó el teléfono con un golpe. Estaba indignado. Después de todo lo que había hecho para el caso, el abogado de Janine había vuelto a humillarlo. Como si solo se tratase de un seguidor fanático. Bueno, Gale no iba a tardar en descubrir la verdad. Hablaría con Janine, y Janine le pondría los puntos sobre las íes.

—Cabrón. Cabrón despreciable.

Howard alzó la vista y dio un respingo. Carol estaba allí.

—No te había visto... —empezó a disculparse, pero sus palabras se

desvanecieron en el aire. Una película de sudor le cubría el cuerpo—. Lo siento.

—Vas a dejarme —dijo ella—. Por ella.

No lo planteó como una pregunta. No le suplicó que cambiara de idea.

Él apenas era capaz de mirar a su mujer a la cara, pero al hacerlo, vio que sus conocidos ojos habían adoptado una expresión inerte. No había lágrimas. Habían vivido el número de las lágrimas muchas veces: ella lloraba por la noche y él fingía consolarla. Ni siquiera quedaba ya cólera. Carol no le gritó. No le insultó. También habían pasado por eso. Se limitó a mirarlo con ojos inexpresivos. Los brazos le colgaban a ambos lados. Cualquier emoción, cualquier sentimiento, había ardido hasta convertirse en ceniza gris.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —murmuró.

—Esto nunca ha tenido nada que ver contigo. Tiene que ver conmigo.

—Recuérdalo cuando la veas mañana —repuso su mujer.

—Bueno —dijo Maggie.

—Bueno —contestó Serena.

Ambas estaban sentadas a una mesa del piso superior del Dunn Bross, en London Road. La cafetería estaba decorada como si fuera una cabaña de madera moderna. Serena dio un sorbo de café descafeinado en una taza de cerámica. Maggie bebía un café *frappé* con caramelo y se limpió la espuma del labio superior con la lengua. También había pedido un bollo de arándanos.

Serena no entendía cómo Maggie podía comer así y seguir estando delgada como un palo. Si ella se hubiera parado cada día a desayunar en el McDonald's o el Duluth Grill, tendría que encargarse de tejanos de tallas grandes.

Ya habían explorado varios de los lugares emblemáticos de Duluth tras la pista de Curt Dickes, el timador de baja estofa que se había hecho con el anillo de perla negra de Janine. Hasta el momento no habían localizado su visita guiada por los fantasmas de Duluth para turistas incautos. Tras comprobar el aparcamiento vacío de la urbanización Gleensheen —sin rastro de Curt—, se habían parado a tomar un café en el camino de vuelta al centro.

Maggie mordisqueó el bollo mientras jugueteaba con su teléfono Android. Serena fue pasando las apps de su iPhone. Estaban las dos solas en la planta superior de la cafetería. La relación con Maggie hacía que Serena volviera a sentirse como una adolescente, lo cual era una estupidez. Dejó el móvil en la mesa y observó detenidamente a la compañera de Jonny, que tenía la misma edad que ella y cuya vida amorosa había sido un completo desastre desde que la conocía. No creía que Maggie hubiera estado nunca realmente enamorada de Jonny. Él era solo una muleta para no tener que enfrentarse a lo mal que se le daba enamorarse de cualquier otra persona.

—¿Sales con alguien? —preguntó Serena, rompiendo el incómodo silencio.

—¿Por qué quieres saberlo? —repuso Maggie sin soltar el teléfono.

—Simple curiosidad.

—Bueno, ya me conoces, Serena. Un día sin sexo es como un día sin sol.

—Muy graciosa.

—Me he acostado con casi todos los hombres de Duluth. Estoy pensando en ampliar mi campo de acción a Cloquet.

—De acuerdo. Perdona por preguntar.

Maggie suspiró y se metió el teléfono en el bolsillo.

—Vale, tú ganas. Creo que últimamente me pongo en modo bruja de forma automática. No, no salgo con nadie. Y no es por quién ya sabes. Me he tomado un respiro.

—Jonny cree que Troy Grange está interesado en ti —comentó Serena.

—Sí, Troy deja caer indirectas. Debe de ser masoquista.

—Es un tipo agradable.

—Lo sé. Y también me gustan sus hijas. Comentó que podíamos ir los cuatro a la feria estatal este año.

—¿Y? —preguntó Serena.

—Y ya te lo he dicho. Me estoy tomando un respiro. Si hago algo, lo hago poco a poco. Besitos en las mejillas, las rodillas apretadas, ese plan. Por ahora, llámame sor Maggie.

A Serena le costaba mucho imaginarse a Maggie como una monja en el sentido más literal del término.

—¿Y vosotros qué? —preguntó Maggie sorbiendo su *frappé*. Preguntarle por ellos suponía pisar terreno delicado. Al ver que Serena no contestaba enseguida, añadió—: Me refiero a qué tal van las cosas con Cat. El rollo de la familia instantánea y tal.

—Es una prueba —admitió Serena—. No creo que Jonny fuera consciente de lo difícil que sería. Tenía la idea de que si la ayudábamos, ella daría un vuelco a su vida. Pero no es tan sencillo.

—No, no lo es —convino Maggie.

—Sé que crees que nos equivocamos al llevarla a casa —señaló Serena.

—Sí, y lo sigo pensando. Lo siento.

—Hay días en los que estoy de acuerdo contigo —reconoció Serena—. Aun así, la queremos y ella nos quiere a nosotros. Por desgracia, eso no siempre basta.

Maggie no dijo nada más. Se acabaron sus bebidas en medio de otro silencio. Luego Serena continuó:

—Este caso ha despertado muchos recuerdos en Jonny. Recuerdos de Cindy.

—Seguro que sí.

—No me gusta competir con un fantasma. Aunque claro, tampoco me gustaba competir contigo.

Maggie se rio, aunque no fue una risa alegre.

—Tú nunca competiste conmigo, Serena. En ningún momento hubo partido. Incluso mientras Stride y yo estuvimos juntos, no hubo un solo día en que no siguiera enamorado de ti.

Serena no percibió resentimiento en la voz de Maggie. Solo sinceridad. Maggie cogió de la mesa las tazas vacías y se puso en pie.

—Ah, y si te sirve de algo —continuó—, tampoco compites con Cindy.

—Yo creo que sí.

—Solo en tu cabeza, no en la de él. ¿Stride amaba a Cindy? Sí, claro que sí. ¿Perderla fue una pesadilla? Sí. Pero eso no cambia lo que siente por ti. Lo vi durante todo el verano, cuando tú no estabas. Te aseguro que era extremadamente irritante.

Serena se permitió esbozar una leve sonrisa.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. En cualquier caso, no es Cindy lo que se interpone entre vosotros dos, es el hecho de que Cindy muriera. Ese es el problema de Stride.

Serena miró a Maggie y, solo por un momento, fue como si volvieran a ser amigas. Cosa que no eran. Aunque al menos habían dejado de ser enemigas.

—No lo entiendo.

—Stride creía tenerlo todo y entonces, de repente, se lo arrebataron —explicó Maggie—. Ya no tiene muy claro que crea en el futuro; le preocupa que vuelvan a robárselo.

—Ese riesgo siempre existe.

—Lo sé, y a Stride no le gustan los riesgos.

—Le pidió a Cat que viniera a vivir con nosotros —replicó Serena—. Eso fue correr un gran riesgo. Cuando tomó esa decisión estaba pensando en el futuro.

Maggie ladeó la cabeza, como si Serena fuera la mujer más obtusa del mundo. Quizá lo era.

—Tienes razón. ¿Eso no te dice nada?

Serena tardó unos instantes en asimilar sus palabras. Cuando lo hizo, estas recorrieron su cuerpo de arriba abajo y le provocaron un leve escalofrío. Casi como el aliento de un fantasma que, invisible, tocara las terminaciones nerviosas de su piel. Maggie había dicho cosas que no le hacía ninguna falta decir y Serena tan solo podía imaginar cuánto le había costado hacerlo. Si ella hubiera estado en su piel, no estaba segura de haber sido tan altruista.

—¿Sabes? En serio, llama a Troy —le dijo Serena—. Ve a la feria estatal con él y las niñas.

—¿Tú crees?

—Sí.

Maggie se encogió de hombros.

—Qué demonios, igual lo hago. Aunque solo sea por la cuajada frita. Dios, ¡es deliciosa!

Encontraron a Curt Dickes después de anochecer, cerca del puente levadizo que separaba Canal Park de The Point.

Era una noche ventosa. En el angosto canal navegable, las olas embestían las paredes de cemento y levantaban nubes de espuma que formaban charcos en la acera. En lo alto, una luz de color marfil iluminaba el armazón de metal entrecruzado del arco de la superestructura del puente. Hebras de niebla se desplazaban entre las equis de acero, haciendo que ellos resultaran invisibles.

Un grupo de veinte turistas se apiñaba cerca del canal. Algunos llevaban paraguas. Curt Dickes estaba en el centro del círculo, o al menos Serena supuso que era él. Iba vestido con un disfraz de esqueleto que incluía una máscara de calavera que le cubría la cara y un sombrero de copa ladeado en un ángulo desenfadado sobre su cabeza. En la mano derecha sujetaba una guadaña de plástico más alta que él.

—¿Oyen eso? —gritó Curt.

Llevaba un micrófono por debajo de la máscara porque su voz sonó amplificadas, y producía un efecto de eco que repetía la última palabra. «¿Oyen eso eso eso eso?».

—No es el viento. Oh, no. Es el grito de Lars Olson. Su fantasma nunca abandona el puente y en noches como esta se le puede oír suplicando piedad. ¿Quién es Lars Olson?, se preguntarán. Era el exrector de la Universidad de Minnesota y sufrió una muerte horrible justo en este lugar. Alguien le rodeó el cuello con una cuerda y lo colgó del arco, de manera que cuando el puente se levantó...

Curt se llevó un puño cubierto de huesos al cuello y dio un tirón brusco, dejando que la cabeza le colgara hacia un lado.

—Él quedo colgando *colgando colgando colgando*.

Uno de los niños del grupo de turistas soltó un grito ahogado.

—¿De verdad pasó eso?

—¡Todas mis historias son ciertas! —declaró Curt—. Uno puede correr, pero no es posible escapar de la muerte *muerte muerte muerte*.

Maggie irrumpió en el grupo.

—Vamos, Curt, corta el rollo.

Curt vio a Maggie y Serena, y el esqueleto se quedó petrificado. Con una floritura, se descubrió el sombrero de copa y les dedicó una profunda inclinación.

—Damas y caballeros, permítanme presentarles a las encantadoras Maggie Bei y Serena Dial, dos de las mejores policías de Duluth, consagradas a su tarea de mantener a los turistas como ustedes a salvo del submundo criminal. Señorita Bei, señorita Dial, ¿han decidido unirse a nuestro alegre grupo para oír más historias absolutamente reales de fantasmas de Zenith City? Los billetes solo cuestan veinticinco dólares, en efectivo, sin devoluciones.

—Lars Olson es un personaje de una novela de Ellen Hart —anunció Maggie—. La autora lo mató colgándolo del puente levadizo al comienzo de su libro *Este cerdito fue asesinado*.

Curt se rascó la parte superior de la cabeza con la guadaña y soltó una risita nerviosa.

—Bueno, a veces la ficción supera la realidad, ya se sabe. Vaya, que de vez en cuando las historias me llegan de segunda mano.

Un murmullo inquieto recorrió el grupo.

—¿Qué pasa con el fantasma del corredor de la maratón? —preguntó una mujer—. ¿Esa historia era cierta?

—¡Totalmente! —le aseguró Curt—. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Corredor de la maratón? —preguntó Serena.

—Barnabas *Batty* Burns —contestó Curt con seguridad—. De ochenta y siete años. Trató de correr los cuarenta y dos kilómetros de la Maratón de la Abuela. Consiguió llegar a diez metros, ¡diez metros!, de la meta, y cayó fulminado víctima de un ataque al corazón. Una tragedia. Desde entonces no ha dejado de correr la última manzana de la maratón una y otra vez, intentando llegar a la meta, y

desaparece entre volutas de humo antes de conseguirlo. Lo he visto docenas de veces.

—No dices más que chorradas, Curt —le espetó Maggie, que agarró al esqueleto de su brazo lleno de huesos mientras Serena cogía la guadaña y le daba un golpecito en la espalda.

—Señores, si son tan amables de esperar aquí unos segundos... tenemos que robarles un momento a su guía.

Con Maggie a la izquierda y Serena a la derecha, llevaron a paso ligero a Curt junto al muro del canal. Las olas golpeaban con estruendo los pilares y los empapaban mientras se alejaban del puente. Al llegar lo bastante lejos para que los turistas no pudieran oírlos, Maggie cogió el sombrero de copa y le quitó a Curt la máscara de calavera de la cara. Curt, un chico de veinticinco años flaco como un espárrago, intentó atusarse el pelo moreno y engominado. Un aroma a colonia almizclada rezumaba de su piel.

—Dios, chicas —se quejó—. Estoy intentando dar un buen espectáculo.

—Duluth tiene una historia maravillosa —repuso Maggie—. La próxima vez trata de ceñirte a ella, ¿vale? Nada de Batty Burns el Corredor de Larga Distancia.

—Eh, se me da bien contar historias; eso no tiene nada de malo. Stride me dijo que tenía que ganarme la vida de manera honesta.

—Bueno, te vas acercando —convino Serena—. No te preocupes, no estamos aquí para cerrarte el *tour* de los fantasmas. De lo que queremos hablar es de tu otro trabajo.

—Ya no me dedico a hacer de chulo, se lo juro.

—Ese no —dijo Serena.

—Encontré las cajas de equipamiento para *cámping* detrás del Duluth Pack. Les juro que creía que las habían tirado.

—Ese tampoco —dijo Maggie, que sostuvo en alto una foto ampliada del anillo de Janine impresa en una hoja de papel que enseguida quedó empapada con la espuma que salía disparada del canal—. Tu otro trabajo, Curt. Colocar mercancía robada.

Curt se llevó dos manos de esqueleto al pecho en un gesto de fingida consternación.

—¿Cómo? ¿Qué? Se han equivocado de chico. —Su micrófono añadió el eco: *Chico chico chico chico*.

—Puedes ahorrarte el numerito —le espetó Maggie—. Vendiste este anillo a un contable llamado Neal Fisher. Ha identificado tu foto, Curt, así que deja de hacerte el inocente. Ah, y por cierto, te timó. Te dio doscientos pavos y esto vale por lo menos unos cuantos miles.

—¡Menudo cabrón! —exclamó Curt—. Ya sé que no se puede confiar en los abogados, pero me imaginaba que los contables eran legales.

—¿De dónde sacaste el anillo? —preguntó Serena.

—Esto, déjeme pensar... Creo que lo encontré en la calle.

—¿Lo encontraste? —repitió Maggie—. ¿Qué, estaba tirado por ahí?

—Así es. Cerca de Depot. Me imaginé que a alguien se le había resbalado del dedo. Su pérdida fue mi ganancia.

—Este anillo formaba parte de un alijo de joyas robadas hace nueve años —le informó Maggie—. Al marido de la mujer a la que pertenecían le volaron la tapa de los sesos durante el robo. Desde entonces se han estado buscando esas joyas, Curt. ¿Y ahora aparecen en tus manos? No tiene muy buena pinta. Todo me lleva a pensar que en esa época necesitabas dinero, así que cogiste el coche y fuiste allí con una pistola...

—¡Ni de coña! —replicó Curt—. Ya sabe que ese no es mi estilo, sargento. Nada de violencia. Ni hablar.

—Entonces ¿de dónde sacaste el anillo? —insistió Serena.

—Vale, alguien me lo vendió. Le di cincuenta pavos y luego se lo vendí al contable por doscientos. Así funciona el comercio; no tiene nada de malo. Aunque ahora pienso que ojalá le hubiera pedido mucho más.

—¿Quién te lo vendió? —quiso saber Maggie.

—Nadie, alguien que conozco.

—¿Quién?

Curt hizo una mueca. El pelo mojado le brillaba.

—Oye, ¿están seguras de que quieren que se lo diga? Porque no creo que Stride se ponga muy contento cuando se entere. Y usted tampoco, Serena. Si se lo cuento luego no me echen la culpa, ¿vale?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Serena.

—La chica que me lo vendió... —explicó Curt— fue su chica. Cat. Era ella quien tenía el anillo.

Curt repitió su nombre, que resonó en el aire.

Cat Cat Cat Cat Cat.

—Hablaré con ella —decidió Stride.

Observó la puerta cerrada de la habitación de Cat, en la parte delantera de la casa. Stride estaba sentado en su sillón de cuero rojo junto a la chimenea, mientras Serena permanecía de pie apoyada en una de las columnas de madera oscura que enmarcaban el rincón donde se ubicaba la chimenea.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó.

Stride se puso en pie.

—No. Prefiero encargarme yo.

Al llegar a la puerta de Cat llamó con los nudillos y oyó su voz juvenil contestarle desde el interior. Abrió la puerta. El dormitorio de Cat era pequeño, con ventanas inglesas que daban a la calle y dos camas gemelas a derecha e izquierda. Cat estaba tendida de espaldas en una de las camas, trabajando en un libro: *Sudokus de Nivel Súper Avanzado para Estimular el Cerebro*. Siempre los hacía directamente con boli.

Para Stride supuso un recordatorio: aquella chica era lista. Tenía un don, en caso de que quisiera utilizarlo.

—Hola, Stride —lo saludó en un tono alegre.

Cat rodó sobre la cama, bajó y le dio un abrazo. Lo hacía la mayoría de las noches cuando lo veía. A él le sabía mal dudar a veces de su sinceridad. No dudaba que Cat los quisiera a Serena y a él, pero el amor era algo complejo para una chica como ella, que durante años había vivido atrapada en sentimientos de culpa, vergüenza y miedo. Stride no sabía si algún día sería capaz de querer a alguien sin intentar manipularlo.

Cat se sentó en el borde de la cama y apagó la música.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Porque sabía que algo pasaba. Se lo había visto en la cara. Y él vio en la mirada nerviosa de sus ojos marrones la incertidumbre de una adolescente que guardaba muchos secretos y se preguntaba cuál de ellos había descubierto.

Stride se sentó en la otra cama.

—Hoy pensaba en tu madre —comentó—. Le tenía mucho cariño a Michaela.

—Lo sé.

—No pasa un día sin que me arrepienta de lo que le pasó.

Cat cerró los ojos.

—A mí también me pasa.

—Michaela te pidió que me buscaras si alguna vez tenías problemas —recordó Stride—, y tú lo hiciste. Me alegro de que así fuera, Cat. No siempre creo que las cosas sucedan por alguna razón, pero a medida que pasan los años, cada vez lo creo más. Incluso cuando las cosas que suceden son las peores. Me he dado cuenta de que los giros de la vida nos llevan a donde se supone que tenemos que ir.

Cat permaneció en silencio. No entendía de qué hablaba Stride y cuando no entendía algo, se asustaba.

—¿Te gusta vivir aquí con nosotros? —preguntó él—. ¿Te sientes segura?

Ella se apresuró a asentir.

—Claro. Ya sabes que sí.

—Entonces ¿qué es lo que pasa contigo, Cat? —preguntó Stride en voz baja—. Tengo que poder confiar en ti y no puedo. Y Serena tampoco. Te has pasado todo el verano volviendo a las tantas y sin contarnos dónde estabas. Quedas con gente con la que no deberías quedar. Tomas malas decisiones. ¿Por qué? Te dimos una segunda oportunidad, Cat. Yo te di una segunda oportunidad.

—Ya lo sé, pero no me la merezco. No vale la pena preocuparse por mí.

Stride vio cómo sus ojos se anegaban en lágrimas y levantó la mano.

—Ya vale. Escúchame: no quiero oírte hablar así. No te estoy echando en cara tu pasado y nunca lo haré. No me importa quién fueras el día antes de venir aquí, pero sí me importa lo que haces ahora.

—Ya te lo he dicho: ¡no me lo merezco!

—Bueno, yo estoy aquí para decirte que sí te lo mereces —repuso Stride—, pero eso no quiere decir que no haya consecuencias o que te dé carta blanca. Vas a tener que encontrar la manera de dejar atrás tu pasado. Vas a tener que decidir que tu vida, y la vida de tu hijo, significan algo. Y vas a tener que mirarme a los ojos y darte cuenta de que no voy a irme a ninguna parte. Otras personas te han dado la espalda. Yo no. Y Serena tampoco.

La miró. Cat tenía la cabeza agachada y no lo miraba. Todavía no. Tal vez un día sería capaz de mirarlo a los ojos y ser ella misma, pero aún no estaba preparada. Stride soltó un suspiro de decepción.

—Serena ha hablado con Curt Dickes esta noche —continuó—. Ya sabes lo que le ha explicado, ¿verdad?

Cat se mordisqueó el labio inferior.

—Curt me compró algunas cosas cuando yo necesitaba dinero. Fue solo un par de veces.

Si Cat decía que había sido un par de veces, era que habían sido muchas más. Y eso quería decir que había robado.

—¿Para qué necesitabas dinero? —preguntó.

—Para chorradas sin importancia. El autobús. Música. Joyas, a veces. Me gustan las joyas.

—Si necesitas dinero, puedes pedirnoslo a nosotros —observó Stride.

—Lo sé, pero no me gusta.

—¿Has comprado drogas?

—No. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Porque me has mentido y no confío en ti.

—No estoy consumiendo drogas. De verdad.

Stride trató de mostrarse paciente. En aquel momento no podía ocuparse de aquello. Solo importaba una cosa.

—Muy bien, escúchame. Hace un par de meses le vendiste a Curt un anillo con una perla negra. ¿De dónde lo sacaste?

—No me acuerdo.

Lo cual era mentira. Tenía la cara roja y era incapaz de mirarlo.

—¿Fue solo el anillo, Cat? ¿O había más joyas? Puedo describírtelas todas. Un collar de perlas negras y unos pendientes a juego. Una pulsera de diamantes y zafiros. Un alfiler en forma de colibrí. Un broche de esmeraldas. ¿Te resulta familiar?

—Solo tenía el anillo —insistió ella—. ¿Cómo te has enterado?

—Porque ese anillo está relacionado con una pistola, Cat. La pistola y todas las joyas que te he dicho desaparecieron durante un asesinato hace nueve años. Ahora hemos encontrado la pistola. Se utilizó en otro asesinato el mes pasado.

Cat abrió los ojos de par en par.

—Quieres decir en el bar... cuando Serena...

—Eso es.

—¡No! No puede ser; es imposible.

Se retorció las manos; se la veía aterrorizada.

—Esa pistola apareció fuera del Grizzly Bear, Cat. Y ahora el rastro de algunas de las joyas que desaparecieron con la pistola lleva hasta ti. Hasta ti. ¿Te das cuenta de en qué situación te pone eso? —Se levantó y se sentó a su lado en la otra cama—. ¿Sabes algo de esa pistola? ¿O del hombre que la utilizó?

Ella negó con la cabeza repetidas veces.

—¡No! ¡No sé nada de una pistola! ¡Nada!

—Entonces ¿de dónde sacaste el anillo?

Cat parecía aturdida. Y luego su expresión cambió por otra de enfado.

—Habla con Al.

—¿Al?

—Es mi novio. Por lo menos lo era. Me engañó. El anillo salió de su casa.

—¿Te lo dio él? —preguntó Stride.

—No, yo... lo cogí.

—¿Lo robaste? ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, quería dinero. Y me gustan las joyas. ¿Te acuerdas de que siempre llevaba encima el anillo de mi padre? Lo hice durante años, pero tuve que devolverlo. Así que quería... quería tener otro anillo. Y lo cogí. Claro que luego me di cuenta de que no podía ponérmelo, no si estaba con Al. Así que se lo vendí a Curt para poder comprarme otra cosa.

—Oh, Cat —murmuró Stride. Se sentía decepcionado, y ella lo sabía.

—¡Lo siento!

Él colocó con delicadeza las manos en los hombros de la chica.

—¿Me estás contando la verdad? Porque ya sabes lo que viene ahora, ¿no? Mañana pediré una orden de registro y vamos a poner la casa de Al patas arriba.

—El anillo estaba en su casa —insistió ella—. Lo cogí de allí.

—¿Qué me dices de las demás joyas de las que te he hablado? Los pendientes, el collar, el broche.

Ella negó con la cabeza.

—Solo tenía el anillo.

—¿Y la pistola?

—¡Nunca vi una pistola! ¡Nunca!

Stride la creía. Seguía habiendo secretos en los ojos de Cat, pero no creía que mintiera respecto a la pistola.

—Esto es importante, Cat. ¿Te dijo Al alguna vez algo sobre la mujer a la que mataron? ¿Kelly Hauswirth?

—¡No!

—¿Alguna vez has tenido razones para sospechar que Al estaba implicado en una actividad delictiva?

—No, no, ¡Al no es así! No es una mala persona.

—Cat, escucha —le dijo Stride—. Creemos que alguien intentaba secuestrar a Kelly Hauswirth el día que la mataron. Posiblemente para venderla como esclava. Es tan aterrador y cruel como suena. Alguien de Duluth estaba implicado y quienquiera que fuese tenía acceso a esa pistola.

—Él nunca haría algo así.

—En este momento hay otra chica desaparecida, Cat —continuó Stride—. Se llama Erin y tenemos que encontrarla. Así que piensa, por favor. ¿Hay algo que haya dicho o tal vez hecho Al que pueda ayudarnos a encontrar a esta chica? ¿Sabes dónde puede estar?

Cat le rodeó la cintura con las manos y lo abrazó.

—No, te lo juro, Stride, no hay nada. No sé nada de una chica desaparecida.

Aunque era por la mañana, Erin no tenía manera de saber la mañana de qué día era. Su mundo estaba a oscuras.

Ahora cada movimiento de su cuerpo le provocaba dolor. Tenía ampollas en la piel allí donde había luchado inútilmente con sus ataduras. En los cortes de la cara se le habían formado costras que le habían vuelto a caer. Sus músculos, que en su momento habían sido fuertes y flexibles gracias a las visitas periódicas al gimnasio, se habían convertido en nudos, como cordones de zapato tan apretados que era imposible deshacer. Sabía que tenía una infección urinaria: orinar le producía unos agujonazos cortantes.

Dos veces al día, la voz regresaba. La puerta se abría y volvía a cerrarse con llave, pero la oscuridad era constante. Le daban comida y la oportunidad de aliviarse, con un cuchillo en la garganta y las extremidades atadas. La mayoría de los días era incapaz de aguantar hasta entonces, así que acababa empapada con un cubo de agua fría que le lanzaban para combatir el olor. Incluso con el calor que hacía, temblaba con tanta fuerza que creía que se le romperían los huesos.

En una ocasión había gritado cuando le quitaron la mordaza. Al hacerlo, alguien la estranguló y la privó de hasta el último átomo de aire hasta que empezó a sufrir convulsiones en las extremidades, mientras la voz le siseaba tacos al oído. No había vuelto a gritar. Se había vuelto dócil; había aprendido la rutina y se amoldaba a ella.

Al final, los animales del zoo entienden que no hay escapatoria.

—¿Por qué? —había murmurado en una ocasión.

No había obtenido respuesta.

En otra ocasión —tal vez había sido el día anterior, fuera el día que fuera—, había dicho:

—¿Cuándo?

Porque sabía que aquello era el comienzo, no el final.

Esta vez, la voz le había contestado:

—Pronto.

Por encima de su cabeza comenzó a caer un chubasco veraniego. Seguía siendo verano: el calor y la pingüe humedad así se lo indicaban. Le llegó el olor de la lluvia fresca del exterior y oyó su redoble atacar el tejado. Ráfagas de lluvia atronadoras y persistentes. Su ceguera le impedía ver los rayos, pero el rugido de un trueno hizo temblar su cárcel. Sonaba como la risa gutural de un demonio.

Las gotas martilleantes se escurrían por el techo y le caían en la cara. Sacó la lengua seca e hinchada para intentar atraparlas. Oyó también un cling-clang monótono: el agua interpretando música sobre el metal. Los cambios en el tono del agua que caía le indicaron que había algo grande dentro de la habitación, y supo instintivamente de qué se trataba. Su coche estaba allí oculto. Su Nissan Versa de color lila, como el dinosaurio Barney de la serie de dibujos. Nadie lo encontraría.

Nadie la encontraría a ella.

Al principio había rezado para que Matt la encontrara. Mattie_187. Su confidente, su amigo, su amante. Al llegar al bar y darse cuenta de que ella no estaba, seguro que había dado la alarma en Duluth y había llamado a la policía. Habría hecho correr su foto de mano en mano. Resultaba extraño lo mucho que había tardado la verdad en abrirse camino en su mente. Pese a lo obvio que resultaba, se había negado a creerlo. No había ningún Matt; era un producto de su imaginación. Una fantasía creada por internet. La voz le había lanzado el anzuelo y ella había acabado atrapada allí.

Lo que más la preocupaba era lo fácil que resultaba que te engañaran. Se sentía como una perfecta idiota. De pequeña siempre había pensado que las chicas eran unas ingenuas porque siempre se dejaban timar. No podía entender cómo las mujeres se creían las frases manidas que les soltaban los tíos en los bares. Y ahora ella se había permitido enamorarse de una mentira. Verse arrastrada a algo muchísimo peor que un ligue de una noche.

Más truenos. El diablo se rio, como si fuera una broma. «Nadie va a venir a buscarte, Erin».

Había intentado escapar, pero el acero de las esposas y las cadenas era insalvable. Había gritado y se había peleado con sus ataduras, pero todo había sido en vano. Había llorado. Sollozado. Rezado. Dios no había respondido a sus oraciones y la había dejado en el infierno. Cuando le quitaban la mordaza dos veces al día, suplicaba piedad y trataba de negociar con la voz. «Déjeme marchar. Por favor. Haré lo que sea. ¿Qué quiere?».

Todo aquello estaba enterrado en algún lugar del pasado. Hacía mucho tiempo que se le habían secado las lágrimas. Se había dado cuenta de que la oscuridad era como un duelo: luchar, protestar, desafiar... y finalmente aceptar la realidad. Su vida había terminado. Lo que le quedaba ya no era vida. Había notado cómo iba muriendo por dentro a medida que la oscuridad persistía, hasta que dejó de sentir cualquier cosa.

Erin tenía una oportunidad. Enseguida se había dado cuenta de que se le ofrecía una oportunidad. La última oportunidad. Al explorar el pequeño universo que le permitía su cadena, descubrió que estaba sujeta a una pesada mesa de acero que resultaba inamovible. Encima de ella habían colocado bolsas de cemento en polvo. El peso la mantenía fija en el suelo, tan pesada como su coche, y la dejaba a ella inmovilizada.

Sin embargo, la esquina metálica de la mesa que quedaba sobre su cabeza estaba muy afilada. Era dentada, como el pequeño extremo del pico de un dentista. El pincho metálico resultaba inútil con el acero que la mantenía aprisionada, pero no era para eso para lo que lo necesitaba. Dios le había mostrado un camino para salir de aquel infierno, si tenía el coraje suficiente para usarlo.

La lluvia continuaba cayendo con más fuerza que nunca, pero los truenos se calmaron. Era como si el demonio supiera lo que iba a hacer.

Erin retorció el cuerpo y tomó impulso para arrodillarse sobre el suelo y apoyar la barbilla sobre la superficie lisa y fría del tablero de la mesa. Notó el olor del cemento en polvo pero aspiró igualmente, saboreándolo. Era curioso cómo uno daba por descontada su vida. Inspirar, espirar. Deslizó la cara hacia la izquierda en busca de la esquina afilada como la espina de un cactus. Esta le pinchó el cuello. Su salvación. El metal no podía penetrar el metal, pero sí la piel.

Los recuerdos de su hogar le cruzaron la mente. Su apartamento en Grand Forks. Los buenos tiempos. Baños en el río. Vino tinto los sábados por la noche. No podía dejar que esos pensamientos se apoderaran de ella. Su hogar no existía. Esa vida, su vida, ya no existía. Presionó contra la esquina de la mesa, que se le clavó aún más. Todo su cuerpo deseaba alejarse de un tirón, pero ella no se lo permitió.

El pequeño garfio se agarró a su cuello. Erin giró la cabeza con un solo movimiento brusco. La púa se clavó, rasgó, desgarró. El dolor la despertó, pero el dolor era su amigo. La lluvia le caía por el cuerpo, le calentaba la piel, pero con una violenta sensación de libertad supo que ya no llovía.

Era sangre.

Era su vía de escape.

Bernd Frisch no sonrió al agente de la Guardia Costera. Sonreír era lo que hacía la gente culpable. No le preocupaba el registro del barco ni la seguridad adicional. Su pasaporte holandés falso saldría de las bases de datos computarizados tan limpio como la lluvia primaveral. La tripulación entera había pasado inspecciones aduaneras una y otra vez, y aquel día no sería distinto.

Contestó preguntas. Con educación. Sin proporcionar nada más que datos. Dónde había estado el barco. Dónde habían atracado. Qué habían cargado y descargado. El viaje del *Ingersstrom* era rutinario.

Lo que le sorprendió fueron las fotografías que le mostraron. El agente le enseñó imágenes de varias mujeres. ¿Las había visto? ¿Había visto a alguien de la tripulación interactuar con esas mujeres? ¿Las había visto en Duluth o en algún lugar de Europa?

No. No. No.

¿Tenía conocimiento de actividades de trata de seres humanos en ese o en otros barcos que operaran en el canal marítimo de Saint Lawrence?

No.

Bernd reconoció la fotografía de la mujer que había transportado desde Duluth el año anterior, la misma que habían encontrado asesinada en Ámsterdam. Reconoció a Kelly Hauswirth, a quien había disparado en la cabeza. Reconoció a la mujer a la que iban a subir a bordo clandestinamente esa misma noche, antes de que el barco zarpase hacia las aguas del lago Superior a las dos de la madrugada.

—Estas mujeres no me suenan de nada —dijo.

Y eso fue todo.

Bernd había superado el control. Cogió su mochila y bajó del barco. No lo registraron, así que no encontraron la pistola en el fondo de su mochila, ahora cargada. Si la hubieran visto, habría tenido que contarles que Estados Unidos no era un lugar seguro. ¿Acaso no miraban la televisión?

Bajó por la pasarela de desembarco hacia el bullicioso puerto. El vapor se elevaba del suelo en nubes húmedas. Encima del lago el cielo estaba negro allí donde una tormenta se alejaba de la ciudad hacia el este. Había llovido, pero ahora ya no lo hacía.

Bienvenido a Duluth.

Bernd se sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje: «Estoy aquí».

En cuanto bajaron del Expedition de Stride frente a la casa de Superior, Maggie supo que había cometido un terrible error nueve años atrás.

Allí era donde vivía el novio de Cat, pero enseguida reconoció el lugar donde se encontraba. Recordaba el verde turquesa, la casa de dos pisos de la esquina. Los trenes que iban y venían al otro lado de la calle. El paso elevado sobre la autovía 2. La tuya que se erguía por encima del tejado y que ahora era incluso más alta.

—Yo he estado antes en esta casa —dijo.

Stride y Serena la miraron.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Después de que mataran a Jay Ferris.

La memoria de Maggie le dibujó la escena. Por aquel entonces era invierno. En la esquina de la calle se apilaban montañas de nieve. El ingeniero que la había saludado desde un tren que pasaba llevaba un abrigo de plumón naranja y guantes. Sobre su cabeza el cielo era de un gris pizarra, igual que hoy. Y al otro lado de la calle, aparcado junto a la casa de dos pisos, había un Toyota Rav4 blanco.

El Rav ya no estaba allí. No había ningún coche en la calle ni en el camino de entrada a la casa. Aun así, recordaba haber estado allí, interrogando a un hombre en el porche delantero. Guppo y ella habían hablado con docenas de propietarios de Ravens en Duluth y Superior, intentando localizar a uno que pudiera haber estado aparcado en la calle cerca de casa de Janine Snow el 28 de enero.

—El propietario se llamaba Seymour Pugh —recordó—. Su nombre estaba en el listado que teníamos que comprobar. Era dueño de un Rav blanco y tenía antecedentes por robo. Hablé con él del asesinato de Jay.

—El novio de Cat es Al Pugh —observó Serena.

Maggie asintió en un gesto de frustración.

—Debe de ser su hijo. Esa es la conexión.

Había interpretado mal a Seymour Pugh nueve años atrás. Él la había engañado.

Estaba enfadada consigo misma, aunque por aquel entonces no había forma de que hubiera encajado las piezas. Pugh era tan solo uno más entre numerosos interrogatorios, una sola carta de toda una baraja. Recordaba que le había caído bien. Era un tipo familiar. Un hombre que se quedaba con su mujer y sus hijos en lugar de salir por piernas. Un hombre que había conseguido un trabajo estable después de sus escauceos con la policía y la cárcel.

Un trabajo. Maggie recordaba cuál era el empleo de Seymour Pugh y en ese momento su significado era importante.

—Pugh me explicó que conducía un camión —explicó—. Recorría todo el Medio Oeste repartiendo piezas de maquinaria. Incluido Illinois.

—Así pues, crees que fue él quien compró la pistola en las calles de Chicago —concluyó Serena—. Así fue cómo el arma llegó a Duluth.

Maggie se golpeó con el puño la palma de la otra mano. Qué estúpida había sido. Pugh le había soltado su rollo sobre los valores, lo mucho que apoyaba a su familia, que había encontrado a Dios. Ella le había creído. Y ahora estaba convencida de que él le había mentado. Las piezas encajaban y todas apuntaban en la misma dirección. El Rav blanco. La conexión con Chicago, donde se había vendido el arma del crimen. Las joyas robadas que provenían de casa de Pugh.

Había hablado con el hombre que había asesinado a Jay Ferris.

—Venga —dijo Stride—. Vamos dentro.

Las dos calles que llevaban a la casa estaban bloqueadas a una manzana de distancia. Una docena de agentes los acompañaban, todos con ropa militar y chalecos antibalas. No iban a arriesgarse con lo que podía esperarles detrás de esas puertas. El equipo se desplegó a su alrededor y tomó posiciones en todos los flancos de la casa. El patio estaba rodeado por una verja de madera y media docena de agentes se abrieron paso por la puerta.

Capas de nubes grises cubrían el cielo. La calle estaba cubierta de charcos. Stride, Serena, Maggie y Guppo se acercaron a la entrada principal, protegida con barrotes, igual que las ventanas. Maggie sacó su Glock y apuntó con ella a la puerta, y Guppo hizo lo mismo. Stride golpeó la pared con el puño y llamó a gritos a quienquiera que estuviera dentro.

Esos eran los momentos más tensos. El silencio. La espera. Las cosas podían salir bien o acabar fatal.

Al cabo de diez segundos, oyeron el sonido del pestillo al descorrerse. La puerta se entreabrió un palmo y un joven negro los contempló con los ojos muy abiertos. Solo una franja de su cuerpo resultaba visible. El chico vio las pistolas y sus rostros pétreos.

—¿Al Pugh? —preguntó Stride.

—Sí... sí, ¿qué demonios...?

—Levanta las manos, abre la puerta poco a poco y sal afuera.

El joven hizo lo que le ordenaban, aunque se lo veía asustado. Maggie pensó que no podía tener más de diecinueve años. Era alto pero estaba desnutrido, todo brazos y piernas escuálidos. Era guapo, con una perilla cuidada y pelo moreno sobre una tersa piel de chocolate. Resultaba sencillo entender por qué una chica como Cat se había colado por él. Llevaba una camiseta y pantalones cargo anchos, y así vestido se parecía mucho al hombre al que Maggie había interrogado años atrás. Pero ese chico tenía que haber sido un niño cuando Jay Ferris murió.

Al salió lentamente al porche y Stride lo agarró del cuello de la camiseta y lo arrastró escaleras abajo. Luego le dio la vuelta, le separó las piernas con la bota y lo cacheó de la cabeza a los pies. No llevaba armas. Puso con firmeza la mano sobre el hombro de Al y lo tumbó sobre los escalones de la entrada.

—¿Quién más hay dentro? —preguntó Stride.

—Mi madre y mis hermanas. ¿Qué es lo que pasa?

—Tenemos una orden para registrar la propiedad.

—¿Registrar? ¿Para qué?

Stride lo ignoró y le gritó a Guppo:

—Reúnelas a todas en una habitación y asegúrate de que alguien se queda con ellas. Registradlo todo, por dentro y por fuera. El altillo, el sótano, el garaje. Estate atento por si hay paredes falsas y suelos falsos.

—¿Paredes falsas? —preguntó Al—. ¿De qué está hablando? ¿Qué es lo que buscan? No tenemos nada parecido.

Guppo condujo al equipo al interior de la casa. Maggie oyó una voz de mujer que protestaba a gritos. La madre de Al.

Stride se agachó frente a Al.

—¿Eres el novio de Cat?

—¿Cat? ¿De eso va toda esta movida? ¿Qué le ha contado? Oiga, siento haberla engañado. No sé qué le ha dicho, pero yo no he hecho nada. ¡Ni la he tocado!

—¿Cómo la conociste?

—Aquí, en casa de mi madre. Vinieron a pintar la casa como parte de un proyecto de la iglesia. Me pareció guapa y empezamos a salir. ¡Dígame lo que le ha contado, colega! ¡Yo no he hecho nada!

Maggie le enseñó una fotografía de Kelly Hauswirth.

—¿Conoces a esta mujer?

—¿Qué? ¡No! No, yo... eh, espere, ¿no es la chavala a la que dispararon? Salió en las noticias, ¿verdad? Reconozco esa cara, pero no la conozco.

Serena le mostró una fotografía de Erin Tierney.

—¿Y a ella?

Al negó con la cabeza.

—No. No la he visto nunca.

—Ha desaparecido.

—¡Le digo que no sé quién es! Es la verdad.

—Vamos a llevarnos tu portátil, Al. Averiguaremos lo de las salas de chat. Será mejor que nos lo cuentes tú. Y también con quién trabajas.

—Colega, ¡no puedo contarle lo que no sé! Ni siquiera tengo portátil.

—Cat dice que cogió un anillo de tu casa —continuó Stride—. Un anillo con una perla negra. ¿De dónde lo sacaste?

Al los miró.

—¿Un anillo? No tengo ningún anillo. Joder, colega, portátiles y anillos de perlas. ¿Le parece que tenemos dinero para esa clase de cosas? Me puedo dar con un canto en los dientes si hay macarrones con queso para cenar.

—El anillo fue robado durante un asesinato que se cometió en Duluth hace casi nueve años —le explicó Stride—. La pistola que se utilizó entonces es la misma con la que asesinaron a una mujer delante del Grizzly Bear el mes pasado. El anillo y la pistola están relacionados, Al. Y Cat dice que el anillo salió de esta casa.

Al intentó ponerse en pie, pero Stride lo empujó hacia abajo.

—Eh, tío, ¿está de broma? No sé nada de ningún anillo, ¡y por mis muertos que no sé nada de ninguna pistola! ¡Están todos locos!

Maggie alzó la vista al oír un griterío dentro de la casa. La puerta principal se abrió con brusquedad y una mujer negra de poco menos de cuarenta años salió al porche hecha un basilisco, con la larga melena ondeando al viento. Guppo salió tras ella y la agarró por las muñecas que ella agitaba con violencia, pero al ver que eso no la detenía rodeó a la mujer con los brazos y la levantó del suelo. Ella pataleó con las piernas y un zapato de tacón salió disparado como un misil. Luego elevó el tono de voz y se puso a chillar como una posesa.

—¡Soltadme ahora mismo y salid de mi casa!

Al se levantó e intentó calmarla.

—Mamá, mamá, vale ya, no pasa nada.

—¡Déjame en el suelo! —le gritó ella a Guppo.

Guppo lo hizo, pero no la soltó. Al subió los escalones antes de que Stride pudiera impedirlo y rodeó a su madre con los brazos. Ella no dejaba de gritar. Agentes de policía acudieron corriendo desde diversos lugares del vecindario. Al final, Stride gritó elevando su voz por encima del caos y todo el mundo se quedó quieto allí donde estaba.

Se hizo el silencio. La madre de Al jadeaba. Una expresión furiosa le cubría el rostro. Su voz ronca se disolvió en un acceso de tos.

—Escuchen —dijo Al, que ahora sonaba más adulto y calmado, como un chico dispuesto a proteger a su madre—, no sé qué les ha contado Cat, pero siguen una pista equivocada. Se lo juro. No sé nada de ese anillo que tiene y desde luego no sé nada de ninguna pistola.

Maggie contempló a la madre de Al. Era joven pero parecía mayor. La mujer se secó la saliva de los labios y le devolvió la mirada a Maggie. Sus ojos se lo dijeron todo.

—Usted sabe de qué pistola hablamos —le dijo Maggie en voz baja—. ¿Verdad que sí, señora Pugh?

Al se dispuso a intervenir, pero al ver la cara de su madre la dejó hablar. Ella irguió la espalda y se alisó el sencillo vestido que llevaba. Era alta, como Al. El chico no podía disimular su confusión. Todo aquello era nuevo para él, pero no para su madre.

Ella sabía exactamente de qué iba todo aquello.

—Sí —le dijo a Maggie—. Vale, sí, lo sé. Lo sé todo sobre esa pistola.

Se sentaron en el interior de la casa. Una de las hijas de la señora Pugh preparó té. El registro había terminado, pero no habían encontrado nada relevante para ninguna de las investigaciones de asesinato. En la vivienda no había escondrijos ni zulos donde

hubieran encerrado a las mujeres secuestradas. Erin Tierney no estaba allí. Nunca lo había estado. No había joyas de nueve años atrás.

Todo el mundo miraba expectante a la madre de Al y esperaba a que ella contara la historia. En una pared recién pintada había una foto ampliada y enmarcada de Seymour Pugh con su familia. Maggie reconoció al hombre: era el mismo al que había visitado años atrás. Seguía teniendo la misma sonrisa, pero la vida lo había consumido a buen ritmo. No se sorprendió al enterarse de que había muerto de un derrame cerebral tres años después de su encuentro.

La señora Pugh también miró la fotografía y Maggie percibió cierto orgullo en la pequeña e intensa sonrisa que le dedicó a Seymour. Estaba frente a una mujer que amaba a su marido, sin importar le lo que hubiera hecho.

—Lo que están pensando es verdad —dijo finalmente la señora Pugh—. Fue Seymour quien lo hizo. Él disparó a ese hombre y se llevó las joyas. Supongo que ahora ya no importa, aunque no quería que Al y las niñas se enterasen de lo que su padre había hecho. Seymour murió hace mucho tiempo, que en paz descansa. Sé que Jesús lo ha perdonado. Jesús entiende lo que hizo.

La señora Pugh se quedó callada y se secó los ojos.

—¿Y la pistola? —preguntó Stride—. ¿De dónde la sacó?

—La compró en uno de sus viajes por carretera. Nunca me habló de ello. Lo habría obligado a desprenderse de ella.

Estaba sentada en una postura remilgada, con las piernas apretadas. En otra época su cuerpo rollizo debía de haber estado tonificado y su rostro ajado con el pelo negro y ralo debía de haber sido bonito. Maggie podía imaginárselos a ella y a Seymour, saliendo, teniendo hijos, dándose de bruces con los baches de la vida. No había sido fácil entonces y no lo era ahora. La mujer respiraba con dificultad. Inspiraba el aire que la rodeaba pero no parecía aspirar nunca el suficiente.

—¿Sabía usted lo que planeaba hacer? —preguntó Maggie.

—No, no, claro que no. No se habría atrevido a decírmelo. Sabía que le habría pateado el culo si me hubiera enterado.

—Entonces ¿por qué lo hizo?

La señora Pugh les dedicó un suspiro resollante y contempló su regazo.

—Por su familia, ¿por qué iba a ser? Por mí, por Al, por las niñas.

—¿Necesitaban dinero?

—Pues claro que sí. Un hombre hace lo que haga falta cuando se trata de su familia. Jesús lo entiende.

—¿Cuándo se enteró usted? —quiso saber Stride.

Ella encogió levemente los hombros.

—No me acuerdo. Al cabo de unas semanas, supongo. Una poli vino a casa haciendo preguntas. Seymour dijo que no había nada de lo que preocuparse, pero una mujer sabe cuándo su marido miente. Esa noche, después de meter a los niños en la cama, se lo saqué todo. Me contó lo que había hecho. Me enseñó la pistola, las joyas.

Estaba demasiado asustado para deshacerse de nada. Yo le dije que lo enterrara en alguna parte, que lo sacara de casa, que lo lanzara al lago, lo que fuera. No lo quería aquí. Creía que se había desprendido de todo, pero me equivoqué. Lo guardó. Después de que Seymour muriera, mientras revisaba sus cosas en el altillo encontré una caja de zapatos escondida entre las vigas. Dentro estaba la pistola. Las joyas que había robado. ¡Les juro que maldije a ese hombre!

Serena se inclinó hacia delante.

—¿Qué hizo usted con la caja?

—La metí en un estante del armario de mi cuarto. No me parecía seguro deshacerme de ella y no tenía ninguna intención de contarles a ustedes lo que había encontrado. Me imaginaba que me encerrarían si lo hacía.

—¿Qué pasó con la pistola y las joyas? —preguntó Stride.

—Por lo que yo sé, siguen en la caja.

—No es así. Hemos encontrado la caja y está vacía. —Stride volvió la cabeza hacia su hijo—. Al, si sabes algo sobre esa caja... sobre lo que contenía...

El chico negó con la cabeza.

—No sé nada. No la he visto nunca; ni siquiera sabía que estaba ahí.

Maggie vio que Stride y Serena intercambiaban una mirada grave y supo lo que significaba. Cat. Si no era Al, era Cat. Cat había encontrado la caja. Cat había encontrado el anillo. Y junto al anillo estaba la pistola con la que habían asesinado a Jay Ferris y Kelly Hauswirth.

—¿Cuándo estuvo Cat aquí pintando la casa? —preguntó Stride con el ceño fruncido, como si el mundo fuera a acabarse.

—En mayo —contestó Al.

—¿Pintó Cat su dormitorio mientras estuvo aquí, señora Pugh? —preguntó Serena a la mujer en voz muy baja—. ¿Es posible que entrara en su armario y encontrara la caja en el estante?

La madre de Al se rascó la barbilla y pensó en ello.

—No —contestó al final—. La chica guapa estuvo pintando abajo. Una joven muy dulce. Me gustaba su risa. Fue la otra chica la que pintó las habitaciones del primer piso. La pálida con el peinado de Halloween. La verdad es que daba un poco de grima.

—¿La otra? —preguntó Serena.

—Anna —intervino Al con rapidez—. La camarera del bar. Anna Glick.

Cat llamó con los nudillos a la puerta de Anna y esperó con impaciencia a que su amiga abriera. El tranquilo barrio de Morgan Park donde vivía Anna estaba desierto. Ni un coche. Ni un niño jugando. Las nubes negras surcaban el cielo vespertino y el intenso viento mecía los árboles viejos y los hacía hablar. Caía una leve llovizna.

—Vamos, vamos —murmuró Cat.

Temía que Anna no estuviera en casa, pero al final oyó el clic del pestillo y vio a su amiga mirándola desde el interior. Anna no abrió la puerta enseguida y, cuando lo hizo, solo la entreabrió un palmo.

—Cat —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

Cat empujó la puerta hasta abrirla y pasó junto a Anna; la pequeña casa olía a humo de cigarrillo y a humedad de muebles viejos. Anna llevaba una bata de algodón que apenas le llegaba a las caderas. Estaba atada con un nudo suelto y su piel desnuda dibujaba una estrecha V desde sus pequeños pechos hasta su ombligo. Llevaba el pelo naranja de punta y despeinado, como si acabara de levantarse de la cama.

—¡Lo saben! —le dijo Cat mientras caminaba arriba y abajo por la gastada moqueta y se mordía las uñas—. Sabía que pasaría. Sabía que se enterarían. ¡Qué estúpida soy!

—¿De qué hablas? —preguntó Anna.

—Stride y Serena saben lo de las joyas que encontraste en casa de Al. Vendí el anillo que me diste y le han seguido el rastro hasta mí a través de Curt. Soy una idiota. Te lo dije, ¡odio estos chanchullos!

—No te preocupaba tanto cuando te sacaste un dinero extra —señaló Anna, que cogió un paquete medio vacío de cigarrillos de una mesa auxiliar y se encendió uno—. Te dije que los proyectos de la iglesia son la tapadera perfecta. Pintas las casas de la gente y ves todas las cosas que tienen escondidas. La mayoría de las veces no se dan cuenta de que ha desaparecido algo hasta que pasan meses. Eso si se dan cuenta.

Cat negó con la cabeza. La culpa la consumía. Le gustaba el dinero que conseguía con Anna: casi quinientos dólares en tan solo unos meses. Aun así, desde el principio había sabido que tarde o temprano el hecho de robar se volvería en su contra. Deseaba no haber accedido nunca a formar parte de eso.

—Tenemos que confesar a la policía —dijo.

Anna se rio y exhaló una bocanada de humo.

—Sí, claro. Ni lo sueñes. ¿Qué les has explicado exactamente?

—Les he dicho que cogí el anillo de casa de Al. Que lo vendí.

—¿Les has dicho algo de mí?

—¡No! —contestó Cat—. Ni hablar. Nunca me chivaría de ti, pero ya sabes que acabarán por averiguar que tú también estabas allí. ¡Y me preguntaron por una pistola! ¿Encontraste una pistola en la casa? Dijeron que era la misma que usaron para asesinar a aquella mujer en el Grizzly Bear.

Anna se la quedó mirando. Ya ni siquiera parecía Anna.

—Ojalá hubieras mantenido la boca cerrada, de verdad, Cat.

—Lo siento, pero ¿qué podía hacer?

—¿Qué están haciendo ahora los polis? —preguntó Anna—. ¿Dónde están?

—Registrando la casa de Al. Han conseguido la orden esta mañana.

A Anna se le agrió la expresión y habló en voz baja, como para sí misma.

—No tardarán mucho en establecer la conexión conmigo. Y vendrán aquí. —
Entonces anunció subiendo el tono—: Bernd, sal, tenemos que irnos. Hay problemas.

Cat oyó cómo se hundían las tablas de madera del suelo de la casa. En la puerta que llevaba a los dormitorios, vio a un hombre. Un desconocido. Solo llevaba puestos unos calzoncillos y no hizo ningún esfuerzo por cubrirse. Tenía marcas recientes de arañazos de uñas en la piel del pecho. De Anna. Era guapo, con un cuerpo terso arrugado por los músculos, pero Cat jamás había visto a alguien que transmitiera una sensación de amenaza como la de aquel hombre. Su cara pálida como el marfil y pecosa estaba desprovista de expresión, y sus ojos grises azulados la observaron con la ferocidad concentrada de un tigre.

—¿Quién es...? —empezó a preguntar Cat, pero se le rompió la voz.

—Es mi novio. Bernd, tenemos un problema.

—¿Otro problema? —preguntó el hombre escupiendo las palabras—. ¿Qué has hecho esta vez?

Cat contempló cómo Anna se encogía como una flor. Nunca había visto a su amiga intimidada por un hombre.

—No es culpa mía, pero la policía está en camino. Será mejor que nos larguemos ahora mismo. Los dos. Para siempre.

Bernd se acercó a ellas. Cat experimentó tanto miedo que le entraron náuseas. Vio la ropa del hombre apilada en un montón en el suelo y Bernd se agachó y buscó en los bolsillos. Cat empezó a retroceder hacia la puerta, pero Anna se colocó a su espalda con un movimiento rápido, le rodeó la cabeza con el brazo y enterró su cuello en la curva de su codo. Cat no podía moverse ni respirar. Bernd se puso en pie con una pistola en la mano, con la que apuntó a la cabeza de Cat.

Cat gimoteó e intentó hablar, pero no pudo.

—De rodillas —le ordenó Anna con rudeza.

Cat se dejó hacer en el suelo y se rodeó el estómago con los brazos en un gesto protector. Su pelo castaño le cayó por encima de la cara y el sudor le perló la frente. No dejaba de mirar la pistola.

—Átale las manos —indicó Bernd al tiempo que chasqueaba los dedos en dirección a Anna—. Rápido. Por ahora déjale los tobillos sueltos. Va a tener que venir con nosotros. ¿Dónde está la otra chica?

—En mi almacén alquilado, al otro lado de la calle.

Bernd aguardó en un silencio impávido mientras Anna corría a la cocina y volvía con un rollo de cinta americana. Anna sujetó con fuerza las muñecas de Cat con la

cinta, pegajosa y áspera sobre su piel.

—Te lo advertí —le espetó Bernd a Anna—. Has arriesgado toda la operación por tu estupidez. Te dije que no hicieras trabajitos por tu cuenta.

Anna se encogió.

—Mira, lo siento, ¿vale? Ya sé que vosotros pagáis bien, pero no es suficiente para vivir. Te he encontrado las otras chicas...

Bernd simuló el gesto de cortarle el cuello a alguien con la mano. Anna dejó de hablar. El hombre cogió sus tejanos del suelo y se los puso. Tras subirse la cremallera, se agachó frente a Cat y le sostuvo la barbilla entre los dedos, apretando tanto que ella hizo una mueca de dolor. Él le giró la cara a izquierda y derecha, luego le puso la mano en la barriga y ella se retorció para apartarse.

—Usaremos a esta para compensar —decidió Bernd—. Es guapa. Que esté embarazada es un plus, además. A algunos compradores les gusta. Y el bebé también servirá de algo.

—¡Deja a mi bebé en paz, maldito hijo de puta! —le gritó Cat en la cara.

Bernd la abofeteó con fuerza, dejándole un verdugón en la piel y ahogando las palabras en su garganta.

—Tiene energía, además. Eso es bueno. Les gustan las que oponen resistencia. A lo mejor podrá suplir a la que nos hiciste perder.

—¡Fuiste tú quien disparó a la otra chica! —chilló Anna—. Si hubieras controlado a Kelly, no habría habido ningún problema. Te escribí un mensaje para advertirte de que había una poli en el bar. Tenías que llevártela de allí y, en lugar de eso, acabamos metidos en este lío.

—El lío empezó con la pistola que me diste —repuso Bernd.

A continuación alargó el brazo, cogió el cuello de Anna con una mano e hizo pinza con los dedos, como un tornillo, hasta que ella empezó a retorcerse, incapaz de respirar. Cuando por fin la soltó, Anna se apartó de un salto, tosiendo y llorando.

—¡Cabrón! —gimió.

Por primera vez, Bernd se rio.

—Anna, ¿por qué me haces esto? —le preguntó Cat—. ¿De qué va todo este rollo?

Anna se frotó el cuello; se la veía furiosa tras su humillación.

—Dios, ¿por qué sois tan ingenuas las chicas como tú? Vas a hacer un viaje, Cat. Irás a un reino desierto. No te preocupes, no estarás sola. Erin te hará compañía.

Erin.

Cat conocía ese nombre. Serena lo había mencionado. Stride le había enseñado la fotografía de Erin.

—Es la chica que ha desaparecido. Serena dijo que tenía un novio que había conocido por internet y que la había secuestrado...

—¿Novio? —contestó Anna—. Yo soy su novio.

—¿Tú?

—Sí, yo. Todas estas chicas son tan rematadamente tontas. ¿Sabes cuántas solteras patéticas me han dicho que me quieren? ¿Que durante toda su vida han buscado un hombre como yo? Se tragarían cualquier cosa que les dijera.

—¡Basta! —le espetó Bernd—. No tenemos tiempo para memeces. Amordázala. Me aseguraré de que la calle esté vacía. La meteremos en la furgoneta, cogeremos a la otra chica y nos iremos al barco.

El hombre se metió la pistola en el cinturón y salió de la casa. Cat y Anna se quedaron solas. Anna despegó otro trozo de cinta americana y la cortó con los dientes. La tira le quedó colgando de los dedos. Cogió un calcetín sucio del suelo e hizo una bola con él.

—Abre —le ordenó a Cat.

—¿Cómo puedes hacerme esto?

—Abre la boca.

—Soy tu amiga.

—Hay algo que deberías haber aprendido hace mucho tiempo, Cat. En la calle no hay amigos.

Le apretó la mandíbula hasta que Cat abrió la boca y metió el calcetín hasta el fondo, haciendo que se atragantara. Luego pegó con brusquedad la cinta sobre los labios de Cat y tiró de ella con rudeza para que se pusiera en pie. A continuación la empujó a través de la puerta trasera.

—Hora de marcharse.

Las dos horas y media que separaban Shakopee de Duluth marcaban la diferencia entre el viejo y el nuevo mundo de Janine.

Archie había ido a la cárcel para ofrecer una declaración a los medios y ocuparse del papeleo para su puesta en libertad. Había organizado su partida en una camioneta sin distintivos de los muelles de carga. Pasaron junto a los incautos reporteros y se dirigieron al aparcamiento de un hotel Best Western cercano, donde él había dejado ropa nueva para ella y había alquilado una habitación donde pudiera cambiarse. Janine se duchó y se puso una blusa con mangas de tres cuartos y un vivo estampado rojo y gris. Se la dejó sin meter por encima de unos pantalones de vestir negros y unos zapatos de tacón. Hizo un ovillo con la ropa que había llevado para salir de Shakopee y la metió en una papelera de plástico, donde si fuera por ella podían quemarla.

Archie la estaba esperando con una limusina con chófer. Había abierto una botella de champán y tenía una bandeja con entremeses. Ella salió del hotel con unas gafas de sol y se metió en el asiento de atrás del coche con él. Se dirigieron hacia el norte, a Duluth, pero no hablaron durante muchos kilómetros. Janine quería disfrutar del silencio, cosa que él pareció entender.

Al acercarse a Forest Lake, en el extremo septentrional de Twin Cities, Archie recibió un mensaje de texto. Se recostó en el asiento de cuero, con una copa de champán en la mano, y observó a Janine por encima de sus gafas de media montura. Su pelo canoso y rizado casi rozaba el techo del coche.

—Mis fuentes policiales me informan de que están ejecutando una orden de registro en Superior —dijo—. Tiene algo que ver con la pistola y las joyas que han encontrado.

—¿Ah, sí? —Janine contempló la naturaleza que se extendía al otro lado de la ventanilla, más allá de la autovía. Los lagos. Los pinos y los abedules—. ¿Eso nos afecta en algo?

—En realidad no. Ya te he dicho que lo más probable es que en cualquier caso estés a salvo. Sin embargo, si encuentran a la persona que de verdad apretó el gatillo, eso acabaría de manera taxativa con cualquier aspecto legal que pudiera colgar sobre tu cabeza. Una exoneración completa podría resultar útil para cualquier cosa que decidas hacer ahora.

—Ah —dijo ella sin entusiasmo.

—¿Tienes planes? —le preguntó él.

—Bueno, ser libre no me convierte de nuevo en cirujana. No pretendo ser grosera, pero a la junta médica nunca le importó realmente si yo había asesinado a mi marido. Lo único que les preocupaba era que tomara calmantes mientras operaba.

—Pero ahora estás limpia.

—Así es, pero llevo casi ocho años alejada de mi campo.

—Puedes ponerte al día.

—Sin ánimo de ofender, Archie, pero en este momento solo quiero encontrar la manera de superar el día de hoy.

Él le sonrió como haría un abuelo.

—Claro, por supuesto. Mis disculpas.

No hablaron durante el resto del trayecto. Al cabo de doscientos cincuenta kilómetros estaba en Duluth. Janine se entristeció cuando se adentraron en el corazón de la ciudad, porque desde la autovía podía ver su finca en la colina. La casa que ella había diseñado. La casa que se suponía que iba a ser su santuario para toda la vida. Ahora era propiedad de otra persona. La habían obligado a venderla años atrás para cumplir el acuerdo del caso contra ella por mala praxis. Nunca volvería a ser suya. Aunque ya no la quería.

La limusina la llevó al complejo de hotel y centro comercial llamado Fitger's. Aquel sería su hogar mientras decidía su futuro. Archie había organizado una rueda de prensa en su despacho para el día siguiente, pero ella necesitaba por lo menos un día y una noche de intimidad. Anonimato. Él ya había reservado la *suite* August Fitger en la planta superior del hotel, con una cama *king size*, una bañera de hidromasaje y vistas a la extensión del lago, y la había llenado de ropa y artículos de baño. Cuando llegaron, él le tendió una llave de las de toda la vida.

—Hablares mañana —le dijo—, pero llámame antes si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré. Gracias.

—Tal vez te haga falta dinero, así que aquí tienes.

Le dio quinientos dólares. Y seguía habiendo una expresión de duda en sus ojos.

Janine no se dirigió a su habitación. Llevaba demasiado tiempo encerrada para recluirse otra vez. Con las gafas de sol que ocultaban su rostro, se fue de compras por los dos pisos del complejo. Adquirió una botella cara de vino blanco y una copa de cristal soplado húngaro. Abajo, en la librería, escogió una novela larga para pasar la tarde. La encargada rubia se mostró amable, aunque Janine estaba bastante segura de que la había reconocido. Sin embargo, se comportó con discreción.

Al cabo de una hora, subió a su *suite*, abrió el vino y bebió. Arrastró un sillón junto a los ventanales y contempló las majestuosas aguas azules. Cinco pisos por debajo de ella, la gente paseaba por el paseo marítimo entablado, y los niños gritaban y reían. Era verano, la estación perfecta. Un barco cruzó por debajo del puente levadizo. Otro salió.

Ella siguió bebiendo. El alcohol no tardó en subírsele a la cabeza, pero le liberó de parte del peso de los hombros.

No sabía cuánto rato llevaba bebiendo sola cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de la *suite*. No tenía ninguna duda de quién era. Le había dicho a Archie que no había problema en que lo supiera. Se puso en pie, un poco mareada, se dirigió a la puerta y la abrió.

—Hola, Howard —saludó.

—Janine —contestó él a media voz, como alguien que estuviera frente a una escultura de Miguel Ángel.

Tenía unas flores en la mano, un soleado ramo de rosas amarillas, margaritas blancas y lirios lilas. Llevaba un traje viejo pero que había sido lavado y planchado hacía poco. Una leve mancha de grasa ensuciaba su corbata azul. Había lustrado sus mocasines. El pelo, peinado con raya en medio, le nacía en lo alto de la frente y crecía en rizos castaños.

Le tendió las flores y ella dijo:

—Qué detalle. Gracias.

Se dio cuenta de que casi se alegraba de verlo. Todo había cambiado en su vida, pero Howard era la constante y había algo en él que siempre resultaba reconfortante. Janine sentía una estima que no llegaba a ser afecto pero podía ser gratitud. Lo invitó a entrar en la *suite* cogiéndolo del codo y cerró la puerta.

—¿Nadie te ha visto? —preguntó.

—No.

—¿Quieres una copa de vino?

—Claro.

Le sirvió una copa y otra para ella, y la botella quedó vacía. Regresó junto a las ventanas, y él la siguió y se quedó de pie a su lado. La cama *king size* con su edredón de brocado verde quedaba cerca de ellos, en la pared adyacente. Bebieron el vino en silencio. Él terminó su copa y le cogió la mano. Tenía la piel caliente. Nunca antes la había tocado, pero ella supo lo que aquello significaba.

Dejó en la mesa su copa de vino y se volvió hacia él. Alzó la mano para tocarle la cara. Le acarició el hombro con las yemas de los dedos. Ladeó levemente la cabeza, la inclinó hacia delante y lo besó con suavidad, labio contra labio. Él tenía los ojos cerrados. Ella percibió el olor a menta en su aliento.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres? —susurró Janine.

—Llevo años soñando con esto.

El poder de su fantasía la hizo sonrojar. Ella no sentía ningún deseo, pero disfrutaba de la sensación, largamente olvidada, de controlar a un hombre. Tomó la iniciativa, que era lo que siempre hacía en la cama. Ella llevaba la voz cantante. Ella dominaba. Tan solo un hombre había sido distinto, tras una vida de maridos y amantes sumisos. Había sido su igual.

Jay.

Había dado tanto como había recibido. A ella la había excitado su fuerza en los primeros años, pero al cabo de un tiempo se había cansado del juego. Solo podía haber un alfa en un matrimonio, y ella no tenía ningún interés en renunciar a la corona. Fue entonces cuando las cosas empezaron a ir cuesta abajo.

Era extraño compartirse con Howard. Ahora ella era mayor que antes y se limitaba a ejecutar los movimientos. Pese a todo, resultaba estimulante ver la

adoración en los ojos de él. Le aflojó el cuello de la corbata manchada, se la sacó de la camisa y tiró de ella como si fuera una cuerda entre sus manos. Para provocarlo, se la pasó alrededor de las muñecas y la dejó tirante. Luego lo besó de nuevo, esta vez con más intensidad. Con lengua. Luego le cogió las manos y le fue succionando los dedos uno por uno. Él se estremeció.

Janine soltó la corbata y dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos en el momento en que él quiso abrazarla.

—Quítate la ropa para mí —le ordenó con brusquedad.

Howard se apresuró a obedecer.

Los pensamientos de Janine se alejaron de allí. No le prestó ninguna atención mientras él se desvestía, peleándose con sus zapatos y su cinturón. Varios futuros distintos pasaron por su mente. Doctora. Cirujana. Profesora. Consultora. Archie tenía razón. Tenía cosas que ofrecer al mundo. Seguía teniendo poder, conocimientos, determinación y energía. La cárcel no había cambiado su naturaleza. El tiempo no la había consumido.

Era Janine Snow. Doña Perfecta.

Howard estaba frente a ella, desnudo.

—Tumbate en la cama —le indicó ella, y él obedeció.

Sí. Ahora lo sabía. Podía hacer cualquier cosa. Jay era un recuerdo. Jay, que había minado su confianza, que la había degradado. Jay estaba muerto y ella era libre. Podía ser lo que quisiera ser, y lo que quería era volver a ser una doctora, sostener la vida entre sus manos, ser Dios. Nadie podía negárselo. La junta le devolvería su licencia. Los pacientes acudirían a ella, porque deseaban vivir y ella podía responder a sus plegarias.

«Para eso es para lo que vivo».

Lo dijo en voz alta. Howard creyó que hablaba con él. Que hablaba de sexo. A lo mejor era así.

Se irguió sobre aquel hombre desnudo que estaba tendido en la cama, completamente sometido a su embrujo. Le dedicó una sonrisa pícaro. Lo tocó con sus manos calientes, los dedos separados, como si fuera un piano. El pecho. La barriga. Las piernas. Los muslos. Él tenía los ojos muy abiertos, absorbiendo lo que ella hacía con él. Totalmente vestida, Janine se inclinó sobre él y lo envolvió en su boca. Solo un beso, por el momento.

«Les daré una lección a todos. Recuperaré mi vida». Jay le había costado ocho años, pero ocho años eran suficiente castigo. Ya no tenía que pagar por nada. Por ningún otro pecado.

Janine se desnudó tomándose su tiempo. Howard siguió con la mirada cada botón que desabrochaba, como si fuera una revelación. Los tirantes sueltos de su sujetador y luego las copas al caer. La cremallera de los pantalones. Sus bragas de encaje, que ella se quitó centímetro a centímetro, hasta quedar desnuda frente a él. Luego se subió a la cama, lo aprisionó entre sus muslos y se encorvó con sus pechos colgando

y la V de entre sus piernas unos centímetros encima de él, provocándolo. Haciéndolo esperar.

Aquello no duraría mucho.

Copularían y Janine dejaría que la abrazara un poco. Luego le diría la verdad: que aquello era una fantasía, pero que la fantasía había terminado. Rompería su mundo en pedazos, pero era mejor hacerlo rápido y dejarlo con el brillo de la plenitud aún presente. Le daría las gracias, lo besaría y lo enviaría de vuelta a su vida mísera y gris.

Adiós, Howard Marlowe.

Janine se deslizó hacia abajo y notó cómo él se hundía en ella. Él soltó un gemido, casi como si le doliera, y pronunció su nombre en voz alta. Como si rezara. Aquello era recompensa más que suficiente para su devoción.

Ella lo montó lentamente, luego más rápido, y mientras lo hacía dejó vagar sus pensamientos hacia otras cosas. Se dijo que esa noche podía pedir el pollo con higos y queso brie del restaurante del hotel. Y tal vez también un entrante de atún claro. Y otra botella de Chardonnay.

Luego podría poner música no muy alta y disfrutar de la soledad mientras la noche caía, y hacer planes para el día siguiente.

La pequeña fila de seis almacenes de alquiler quedaba justo enfrente de casa de Anna, al otro lado de la calle. Las instalaciones estaban construidas con bloques de cemento y puertas dobles de madera verde, en un solar descuidado e infestado de malas hierbas. Espesos árboles rodeaban las unidades como un enjambre, dejando caer hojas y ramas sobre el tejado cubierto de musgo. Más allá del límite del solar, el terreno descendía en un escarpado barranco.

Anna dio marcha atrás con su monovolumen hasta la última unidad de la fila. Bajó del coche y se aseguró de que no había nadie. Bernd estaba en el asiento trasero, con Cat, y la arrastró fuera del vehículo agarrándola por el cuello de la camiseta. Llevaba la pistola en la mano. Fuera, la tierra estaba mojada y mullida bajo los pies de Cat. La lluvia le salpicó la cara mientras el viento azotaba las copas de los árboles que crecían en la hondonada haciendo un ruido ensordecedor.

—Erin está dentro —le indicó Anna a Bernd al tiempo que abría el maletero del monovolumen.

—Vamos a cogerla y larguémonos de aquí cagando leches.

La parte trasera del monovolumen estaba ocupada por una caja de embalaje. En la madera sin tratar estaba estampado el nombre de una empresa de fabricación extranjera y una etiqueta que indicaba que dentro había cuñas de acero. Un cordón elástico rodeaba la caja cuadrada y Anna tiró con fuerza de él para arrastrarla y sacarla del maletero. Después de que cayera sobre el barro, utilizó una palanca para abrir la tapa. La caja estaba vacía.

Cat vio su futuro y supo que estaba dentro de esa caja. Cat y Erin, las dos, recluidas allí juntas. La idea de estar metida dentro de aquel ataúd de madera cerrado con clavos mientras las olas del mar la zarandeaban disparó una sensación de pánico en su pecho. Quería gritar, pero no podía. Quería correr, pero no tenía a donde ir. Las piernas le cedieron y empezó a caer. Bernd la agarró del codo y tiró de ella para mantenerla en pie.

—Abre la puerta —ordenó a Anna con impaciencia.

La puerta doble del almacén estaba cerrada con un candado, que Anna abrió con una llave. Luego abrió una de las dos puertas de madera verde. Cat vio el parachoques trasero de un Nissan Versa con matrícula de Dakota del Norte. Por lo demás, el interior estaba negro como la boca del lobo.

Anna entró y enchufó una extensión de cable naranja en una toma, y un foco se encendió en el techo. El viento se coló dentro del almacén, haciendo bambolear el foco. Anna se dirigió a la parte de atrás del almacén de alquiler y Bernd empujó a Cat adentro y cerró la puerta tras ellos. El lugar olía a moho y metal. Extrañas sombras bailaban sobre las paredes a través de ríos de polvo. A sus pies, un ejército de bichos negros avanzaba por la tierra y se daba un festín de trozos de carne y pan.

Anna se dirigió a la parte delantera del Versa y se detuvo en seco. Un gemido

ahogado salió de su boca al tiempo que apretaba los puños.

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

Anna miró hacia el suelo y meneó la cabeza.

Bernd empujó a Cat por el cuello y ella trastabilló hacia delante, tratando de mantener el equilibrio. Al llegar junto a Anna, gritó dentro de su mordaza. A sus pies estaba una mujer tendida, encadenada a una mesa metálica sujeta al suelo por el peso de unas bolsas de cemento que tenía encima. Estaba de espaldas, con los brazos y las piernas en cruz y la piel cenicienta. Un tajo de cinco centímetros se abría en su cuello y la sangre manaba de la herida y se acumulaba bajo su cabeza, manchándole la larga melena.

—Zorra estúpida —le espetó Bernd a Anna en un murmullo.

Soltó a Cat y blandió el brazo con fuerza para descargar un golpe directo en el cráneo de Anna. El golpe la lanzó sobre el capó del Versa y su gorro de lana salió volando por los aires. Grogui, resbaló hasta el suelo. Trató de incorporarse y se arrastró a gatas hacia la mujer del suelo. Le puso los dedos en el cuello y los retiró con las uñas cubiertas de sangre.

—Aún está viva —anunció—. Todavía respira.

—¿Y se supone que vamos a trasladarla así? —preguntó Bernd.

—Bueno, no sé... podríamos...

—Cállate —le ordenó Bernd—. Deja de hablar.

—Bernd...

—Cierra la puta boca.

Anna se puso en pie con dificultad. Se agarró al capó del coche para no perder el equilibrio. Ahora tenía sangre por todas partes. En la piel, en las rodillas, los brazos, la ropa. Se había mordido la lengua cuando Bernd la había pegado y dos hilos de sangre le caían por la comisura de la boca.

—Lo siento —dijo en un tono de súplica.

El rostro rígido de Bernd era una máscara de cólera.

—No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? —continuó Anna—. Aún tenemos a Cat. Tú mismo has dicho que vale mucho dinero. Vamos, salgamos de aquí.

—Tú no.

—¡No puedes dejarme aquí! —Anna cogió la camisa de Bernd con sus puños cubiertos de sangre y le espetó a la cara—: ¿Crees que voy a pasarme el resto de mi vida en la cárcel por ti? ¡Y una mierda! Os entregaré a todos a la policía. A todos y cada uno de vosotros, cabrones. ¡Se lo contaré todo!

—Lo sé —contestó Bernd.

Levantó la pistola y disparó a Anna al estómago. El ruido reverberó en el espacio cerrado. Anna soltó un grito agónico y se llevó las manos a la barriga mientras retrocedía tambaleándose. Chorros de sangre se escurrían entre sus dedos. Bajó la vista con una expresión de incredulidad.

—Hijo de la gran puta...

Bernd extendió el brazo y volvió a disparar, directamente a su cabeza. El tiro fue como una bomba. Cat vio la cara de Anna explotar en una lluvia de huesos y materia gris. Las rodillas de su amiga se doblaron y Anna se desplomó sobre el suelo como un ovillo inerte. Cat apretó con fuerza los ojos y giró la cara. El estallido de la pistola la había dejado sorda y tenía la piel herida con quemaduras punzantes y dolorosas.

La mano del asesino se cerró con firmeza sobre su muñeca.

—Vamos.

Bernd tiró de Cat por las manos atadas y los zapatos de ella se arrastraron sobre el suelo. Él llegó a la puerta del almacén y le dio una patada con el tacón para abrirla. Cat parpadeó bajo la luz gris de la tarde. La lluvia había arreciado y caía oblicua por el viento.

Allí estaba el monovolumen, con el maletero abierto. La caja de embalaje descansaba en el suelo con la tapa de madera al lado. Cat sabía lo que venía a continuación. Bernd dobló el brazo y volteó la pistola sin soltarla, dispuesto a golpearle la cabeza con la culata. Cat se lanzó hacia él con los brazos, pero fue como arremeter contra un roble. El cuerpo del hombre apenas se movió. Ella perdió apoyo en el suelo embarrado al chocar con él y cayó de rodillas. Protegiéndose la barriga, intentó escabullirse, pero el tipo la cogió por debajo de los hombros y la levantó por los aires. Ella pateó y empezó a lanzar patadas, pero ninguna lo alcanzó. Él volvió a dejarla caer y rodeándole el cuello con su mano ensangrentada, le apuntó con la pistola a la cara.

Ella notó como el cañón ardiente la quemaba.

Y entonces lo oyó. Ambos lo oyeron. Sirenas. Estridentes, chillonas, rugiendo cada vez más cerca, a menos de una manzana. Cat miró más allá del solar de tierra hacia la calle, apenas capaz de albergar esperanzas de que la rescataran, pero ahí estaban. Las luces estroboscópicas de los coches patrulla destellaron entre los altos árboles, una tras otra, y los frenos chirriaron mientras los coches realizaban un amplio giro. En medio de todos ellos, vio una furgoneta que reconoció al instante.

El Expedition de Stride.

—¡Allí! —gritó Al señalando una casa cubierta de hiedra en la esquina del cruce en T con Edward Street—. Allí es donde vive Anna.

Stride frenó con brusquedad y se subió al bordillo del bulevar. Con la ventanilla bajada, hizo señas a los coches que pasaban a su lado para que se colocaran en posición y bloquearan ambas calles. Abrió la puerta del conductor. Serena y Maggie bajaron del asiento trasero detrás de él.

—Quédate aquí —le indicó a Al—. No te muevas.

Toda la atención de Stride estaba centrada en la casa de Anna, que se erguía sobre un terreno levemente empinado y tenía unos escalones que llevaban del camino de

acceso a la puerta principal. La pared que quedaba más cerca de la calle estaba completamente cubierta de densas enredaderas que ocultaban las ventanas. Abrió el camino hacia la puerta, con Serena y Maggie pisándole los talones. La lluvia le azotaba el rostro. Casi había llegado a la puerta cuando oyó a Al gritando desde dentro del coche. La voz aguda del chico quedaba ahogada por la ventana, pero chillaba un nombre una y otra vez y al final Stride entendió lo que decía.

—¡Cat! ¡Cat!

Stride giró sobre sus talones hasta quedar de cara a la calle, y lo mismo hizo el resto. Vio una hilera de almacenes de alquiler desvencijados, un camino de acceso embarrado y cubierto de hierba, un bosque de altos árboles sacudidos por el viento y un monovolumen aparcado junto al último almacén, con la puerta del maletero abierta. Al lado del vehículo, un hombre retrocedía hacia el borde de una escarpada hondonada.

El hombre sostenía una pistola en la mano.

Y tenía a Cat.

La puerta del acompañante del coche de Stride se abrió de golpe. Al gritó el nombre de Cat y se lanzó corriendo a cruzar la calle, con los brazos y piernas revoloteando. Stride le chilló pero el chico no se detuvo. Entonces todos echaron a correr: Stride, Serena, Maggie, los policías. Stride patinó por el terreno en pendiente de la casa de Anna y aterrizó en el pavimento sin dejar de correr. Delante de él, Al seguía gritando.

—¡Cat! ¡Cat!

Al avanzó a través del barro, salpicando con las zapatillas deportivas. Casi había llegado al monovolumen cuando el hombre que sujetaba a Cat alzó la pistola y disparó. El primer tiro falló por mucho. Al se lanzó tras el maletero del coche, pero un momento después volvió a la carga y el hombre disparó de nuevo. Esta vez la bala se incrustó en el hombro de Al. El chico se sacudió con el impacto, su cara se torció en un gesto de dolor y las rodillas le fallaron. Se agarró el hombro con la mano y cayó sobre la puerta del vehículo.

Stride no se atrevió a disparar. Mantuvo el monovolumen entre el hombre armado y él mientras evaluaba la situación de Cat, que tenía las manos atadas por delante, pero aparte de eso no parecía estar herida. Se retorció frenéticamente bajo las garras del individuo, pero él la tenía cogida por el cuello y tiraba de ella hacia el borde del barranco. Al ver a Stride, clavó el cañón de la pistola automática en la mejilla de Cat.

Ambos seguían retrocediendo hacia la hondonada. Los árboles se alzaban desde el fondo del valle y se erguían sobre sus cabezas. A su alrededor, los arbustos frondosos y densos se inclinaban hacia ellos. Los restos orgánicos y las ramas caídas en el borde de la loma hacían que el suelo pareciera de arenas movedizas.

—¡Alto! —le gritó Stride—. ¡Quédate donde estás!

El hombre miró hacia atrás, al lugar donde el suelo descendía. El barro le llegaba a los tobillos. Apartó la pistola de la cabeza de Cat y disparó otro tiro, que impactó

con un sonido metálico en el lateral del monovolumen. Un disparó más y el parabrisas del coche se hizo añicos y lanzó una lluvia cristales sobre Stride.

Stride se agachó detrás del vehículo y esperó cinco segundos interminables. El hombre no volvió a disparar. Al ponerse en pie, Stride vio que no había nadie en el borde del barranco. El profundo sumidero se los había tragado a los dos.

Stride bajó y bajó y bajó.

A ratos se dejaba caer y a ratos medio trepaba por la escarpada pendiente. La tierra blanda cedía bajo sus pies y él se frenaba agarrándose a los matojos mojados. Las hojas se le escurrían de entre los dedos. Cuanto más bajaba, más oscuro se volvía todo; el cielo de carbón quedaba oculto a la vista. Al mirar hacia atrás, vio a Serena y a media docena de policías mirando hacia abajo desde lo alto de la loma, pero no tardaron en desaparecer detrás de las copas de los árboles. Estaba solo.

Allí donde el terreno por fin se allanaba, el agua le barboteaba por encima de los pies. Se encontraba a no más de cien metros de la costa abierta, donde el río Saint Louis se ensanchaba hasta convertirse en el lago Spirit, pero en aquel momento bien podría haber estado en una selva tropical, atrapado entre árboles tan espesos que le impedían ver nada diez metros más allá. Aguzó el oído, pero el ruido de la lluvia y el viento ahogaba cualquier otro sonido.

Vio pisadas recientes en el barro de la corriente que se dirigían al este, hacia el lago. Era su rastro.

Stride sacó el móvil y llamó a Maggie.

—Se dirigen al este. Hay unas vías de tren abandonadas junto al lago; deberíamos hacer llegar fuerzas desde el norte.

—Ahora mismo —contestó ella.

Stride avanzó por el barranco, apartando ramas y sacándose el agua de los ojos. Se sentía ciego y sordo. La lluvia arreció y martilleó como si fuera un trueno los millones de hojas que había sobre su cabeza. El agua del arroyo subió de nivel y se le metió dentro de las botas. Cada pocos pasos tenía que detenerse y entornar los ojos para mirar entre los árboles. No había señal de ellos.

Y entonces...

A medio metro de su cabeza la corteza del tronco desconchado de un abedul saltó por los aires convertida en astillas. El chasquido de una pistola resonó por encima del ruido de la tormenta. Stride se agachó y vislumbró las piernas de un hombre ancladas en el suelo de cara a él. Cat seguía con él, luchando por huir. Estaban a quince metros. Un segundo después el hombre dio media vuelta y desapareció, arrastrando a Cat consigo.

Stride se lanzó en su persecución, pero la naturaleza se interpuso en su camino. Las alargadas ramas le arañaban la cara y le hicieron sangrar. El agua y el barro succionaban sus botas y las pegaban al suelo a cada paso que daba. Se abrió paso con los brazos a través del follaje. No podía llevar más de cinco minutos en el bosque, pero le parecían una eternidad. Ya no veía a nadie delante de él, aunque se mantuvo agachado mientras avanzaba por si el hombre disparaba a ciegas para detener a sus perseguidores. Se alegró de haberlo hecho, porque cuatro disparos más resonaron con violencia a su alrededor, absorbidos por los árboles. No sabía si las balas le habían

pasado muy cerca.

Al final, vio agua y el cielo más allá de los árboles. Salió disparado del bosque y se encontró en el lindero cubierto de grava de la zona de las viejas vías del tren, a unos pasos de la superficie punteada por la lluvia del lago Spirit. La masa boscosa que cubría el territorio de Wisconsin resultaba visible a un kilómetro y medio, al otro lado del agua. Cortinas de lluvia caían de las nubes bajas. Casi de inmediato, mientras llegaba al claro, los disparos le rodearon. Se agachó y se puso a cubierto.

El hombre de la pistola tiró de Cat hacia el norte, hacia las vías del tren. A su izquierda quedaba el bosque impenetrable y, a su derecha, la extensión del lago. No podía ir a ninguna parte, pero echó a correr de todos modos.

—¡Alto! —gritó Stride—. ¡Ríndete!

Como respuesta, el hombre volvió a dispararle y continuó corriendo.

Stride los siguió. Las vías del tren estaban cubiertas de hierbajos. El lago golpeaba contra la tierra y la lluvia le azotaba el cuerpo. Aceleró el ritmo y se lanzó al suelo al ver que el hombre se volvía y disparaba de nuevo.

A su espalda, Stride vio a Serena aparecer de entre los árboles, junto con otros seis agentes, encorvados y listos. Se dispersaron entre el bosque y el lago, todos en dirección norte. Stride se puso otra vez en marcha y fue recortando distancias al hombre armado. Más adelante, a unos cuatrocientos metros, vio a Maggie y un grupo de agentes que llegaban desde la dirección opuesta.

El hombre estaba atrapado; la policía lo estaba cercando. Él también se dio cuenta y se detuvo en seco sobre las vías. Miró hacia delante. Miró hacia atrás. No había escapatoria en ninguna dirección.

Apoyó la pistola en la cabeza de Cat.

—¡Quieto todo el mundo!

Stride levantó las manos para que los que venían detrás de él se detuvieran. En el otro extremo de las vías, Maggie hizo lo mismo. Nadie se movió. Una docena de pistolas apuntaban al hombre, pero este sabía que no dispararían mientras Cat estuviera en peligro. Giró la cara hacia delante y hacia atrás, hacia el norte y luego hacia el sur. Apretó con más fuerza a Cat contra su pecho y le hincó el cañón en el pelo, por encima de la oreja. Ella se revolvió intentando liberarse.

Su mirada se cruzó con la de Stride. Estaba a tan solo quince metros, lo bastante cerca para disparar si disponía de un tiro claro. Pero no era así. Trató de introducirse en la mente de Cat. De decirle que estuviera tranquila. Que no le iba a pasar nada. Que todo aquello acabaría con ella a salvo entre sus brazos.

Eso era lo que quería creer.

La confrontación se prolongó. La lluvia caía sobre ellos como una ola de izquierda a derecha, transportando un olor dulzón a pino. El bosque era una exuberante pared de verde, oscura sobre un cielo oscuro, y prácticamente hundía sus raíces en el lago. Las vías del tren dibujaban dos líneas paralelas que parecían converger en el horizonte. Stride enterró los pies en la gravilla de las vías para

afianzar su postura. Apuntó con el cañón de su pistola directamente a la cabeza del hombre, pero lo único que vio fue la cara de Cat. Demasiado cerca.

Desvió la mirada hacia atrás. Serena estaba a seis metros a su espalda, apoyada sobre una rodilla y apuntando también al cuerpo del hombre.

—¡Suelta a la chica! —gritó Stride—. Deja la pistola en el suelo y levanta las manos.

El hombre no dio muestras de rendirse. Atrapada entre sus brazos, Cat utilizó el tacón de su zapato para golpearle la espinilla, pero sus patadas no le inmutaron. El hombre le susurró al oído y luego desplazó la pistola desde el costado de su cabeza hasta la suave piel de su cara, y ella dejó de luchar.

—Puedes salir vivo de esta —gritó Stride—. Si dejas la pistola en el suelo, nadie te disparará.

Stride contempló el rostro impenetrable del hombre mientras este sopesaba sus opciones. Estaba atrapado, acorralado, sin escapatoria posible.

—Quieres a la chica viva —le gritó a Stride.

—Quiero a todo el mundo vivo.

—Haz que se retiren —pidió el hombre—. Dame una salida.

—Tienes una salida. Deja la pistola en el suelo. Suelta a la chica.

—¿Estás preparado para dejar que ella muera? ¿Y su bebé?

Cat volvió a revolversse en un estallido de furia, pero él la mantuvo sujeta. Mientras ella luchaba, Stride se dio cuenta de una cosa que el hombre de la pistola había pasado por alto: las manos de Cat estaban casi libres. Su carrera a través de los árboles había despedazado la cinta que ataba sus muñecas y, si las giraba con fuerza, se separarían.

Ella también lo sabía. Stride lo vio en la negrura de su mirada. Había algo en su rostro que nunca antes había visto, una expresión decidida y violenta. Aquel hombre había amenazado a su hijo y Cat estaba dispuesta a presentar batalla.

El tiempo se acababa.

—¡Quiero que se larguen todos estos polis! —gritó el hombre.

—Puedes contratar a un abogado y llegar a un acuerdo con los federales. Pero solo si no le haces daño a la chica.

—En cuanto suelte la pistola, estoy muerto. ¿Crees que no lo sé?

Sonaba como un animal acorralado contra una pared y a Stride no le gustaba.

—Si te rindes, estarás a salvo. Tienes mi palabra. Nadie te disparará.

Pero la situación se estaba saliendo de madre y Stride no podía impedirlo.

Cat se había liberado de sus ataduras. Había roto la cinta y estaba flexionando los dedos. Bajo la sujeción del hombre se le había dormido el cuerpo, pero su laxitud era una estratagema. Su intención era cogerle la pistola. Y no iba a conseguirlo.

Serena también lo vio y murmuró en un tono de advertencia:

—Jonny.

—Cat, no te muevas —le gritó Stride—. Vamos a sacarte de esta. Mantén la

calma.

Un error.

Se arrepintió en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca, y al hombre no le pasó por alto. «Cat». Stride había admitido que conocía a la chica. No era un desconocido. Ella era algo más que una rehén.

—¿Quieres salvar a Cat? —chilló el hombre—. ¡Entonces haz que se vayan todos estos polis! Tienes diez segundos antes de que apriete el gatillo. Mátame si quieres, pero ella caerá conmigo. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Detente! ¡No lo hagas! Cat, no te muevas, no va a pasar nada.

—Diez.

Los dedos de Cat se curvaron como si fueran garras. Trozos de cinta rasgada le colgaban de las finas muñecas. Su respiración se aceleró.

—Nueve.

—¡Baja la pistola! —le gritó Stride al hombre.

—Ocho.

Cat miró a Stride y él le devolvió la mirada. «No lo hagas», intentó decirle, pero ella no escuchaba; el miedo y la furia la habían llevado demasiado lejos.

—Siete.

—Jonny, va a hacerlo —susurró Serena.

—Seis.

Y así era; Stride lo sabía. Aquel tipo estaba loco. Cuando llegara a cero apretaría el gatillo, sin pensar en las consecuencias. Y antes de eso, Cat forcejearía con él para quitarle la pistola y él la aplastaría en cuestión de segundos. En cualquiera de los casos, todo acababa igual. Con ambos muertos.

—Cinco.

Todo se precipitaba hacia un final u otro.

—Cuatro.

Stride se agachó y dejó su pistola junto a él, sobre las vías del tren. Luego se incorporó y puso las manos en alto con los dedos separados.

—¡Mírame! —gritó—. ¡Mira! ¡No tengo pistola!

La cuenta atrás se detuvo. El hombre contempló a Stride.

—Ahora los demás —reclamó—. Todos. Diles que suelten las armas.

—Primero hablaremos tú y yo —dijo Stride, y dio un paso hacia el hombre.

—¡Quédate donde estás! —chilló este sin dejar de apuntar con la pistola a la cabeza de Cat—. Ella y yo vamos a largarnos de aquí. Solo ella y yo. Y tú vas a dejar que lo hagamos.

Stride negó con la cabeza y dio otro paso hacia ellos.

—No puedo dejar que lo hagas. Solo quería demostrarte que no voy a dispararte.

—¡Quieto!

Stride dio otro paso.

—¡He dicho que quieto!

Y otro paso más.

Entonces el hombre hizo por fin lo que Stride quería que hiciera. Apartó la pistola de la cabeza de Cat y la apuntó directamente al pecho de Stride.

—¡He dicho quieto!

Stride se detuvo. Nadie tenía todavía una línea de tiro clara. Cat le dirigió una mirada interrogativa. «¿Ahora?».

—Déjame hablar con ella —pidió Stride—. Tengo que hablar con Cat y asegurarme de que está bien. Quítale la mordaza.

No se atrevió a mirar a Serena, pero esperaba que ella no dejara de apuntar al hombre esperando el momento en que Cat se liberara.

—Tengo que hablar con Cat —repitió Stride—. Si no, no hay trato. ¡Quítale la mordaza!

El hombre transigió. Despegó la cinta de la boca de Cat y le quitó la mordaza. Para ello, tuvo que aflojar la llave con la que sujetaba a la chica por el cuello. Stride quería que Cat se dejara caer al suelo, pero en lugar de eso, con las manos libres, ella agarró las muñecas del hombre y le clavó los dientes en el pulgar y el nudillo, hasta que topó con el hueso.

El hombre soltó un aullido y la pistola se disparó hacia el aire. Su mano, que chorreaba sangre, se aflojó y la pistola cayó a sus pies.

Stride echó a correr. Cat hizo lo mismo. La chica se lanzó a sus brazos y Stride la hizo girar, la dejó en el suelo y la protegió con su cuerpo. No vio lo que sucedía a su espalda. No vio al hombre tirarse sobre las vías mientras las balas le pasaban por encima, no lo vio agarrar la pistola con su mano sana y volverse para apuntar a la espalda de Stride.

Un disparo fácil. Un disparo paralizante. Un disparo mortal.

Ráfagas de tiros espoleaban la playa. Se superponían produciendo un ruido ensordecedor.

El hombre apuntó pero no volvió a disparar. Una docena de balas lo alcanzaron al mismo tiempo. En el pecho. En la cabeza. La pistola cayó de nuevo, y él también.

Stride esperó, protegiendo a Cat, hasta que el eco se desvaneció y solo quedó el silencio.

Cat se removía inquieta en la cama del hospital.

—Estoy bien —aseguró—. No quiero quedarme aquí. ¿Cuándo podré irme?

Stride le cogió la mano.

—No vas a ir a ninguna parte hasta que los médicos te hagan un chequeo. A ti y al bebé. Queremos asegurarnos de que estáis los dos bien.

—Quiero irme a casa... —empezó a replicar ella, pero se interrumpió con un gesto de nerviosismo y apartó la mirada para no cruzarla con la de Stride.

No estaba segura de seguir teniendo una casa a la que ir. No sabía si, después de todo lo que había hecho, Stride la dejaría quedarse.

—No te preocupes, enseguida te irás a casa —la tranquilizó él—. Tal vez esta misma noche, y si no mañana seguro. —Y añadió—: Tenemos mucho de que hablar.

El bonito rostro de Cat estaba inusualmente pálido y su larga melena, sucia y apelmazada.

—¿Qué me va a pasar?

—No lo sé —contestó él con sinceridad—, pero puedo confirmarte algunas cosas. Vas a hacer una lista de todas las casas en las que has estado y de todo lo que Anna y tú habéis robado. Vas a ir en persona a cada una de esas casas y vas a pedir disculpas. Vas a devolver todo lo que aún conserves y vas a restituir todo lo que ya no tengas. Vas a hacer trabajo comunitario cada fin de semana desde ahora hasta que te gradúes en el instituto. Y este es solo mi castigo. Un juez tendrá mucho más que decir.

Ella asintió.

—Vale, Stride.

—Y yo soy el blando —añadió él—. Serena será mucho más dura.

Cat le dedicó una levísima sonrisa y fue agradable ver cómo esa sonrisa volvía a iluminar su cara. Cuando la había conocido, Stride pensó que tenía una sonrisa mágica. Luego los rabillos de sus labios se curvaron hacia abajo en una expresión de confusión genuina.

—¿Por qué demonios no me echáis de casa?

«Quizá porque no paras de decirme que lo haga», pensó Stride.

—Vamos a establecer una nueva norma —propuso él—. No me lo vuelvas a preguntar nunca más, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—De acuerdo.

Serena se reunió con ellos en la habitación del hospital. Se sentó junto a Stride y él le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia él. Percibía su cansancio, emocional y físico. Estaba seguro de que algunas de las balas que habían matado a Bernd Frisch eran suyas, y ella también lo sabía. No importaba quién fuera el que las recibía ni lo justificado que estuviera o lo mucho que las mereciera. Disparar con un arma a otro ser humano te robaba una parte de tu alma que nunca se

te devolvía. No era el primer hombre al que ella mataba, pero no era algo que se volviera más fácil con la experiencia.

—¿Erin Tierney? —preguntó Stride.

—Los médicos aseguran que saldrá de esta —explicó Serena. El alivio era palpable en su voz—. Ha estado un rato consciente, pero ahora duerme. No recuerda mucho, lo cual está bien. He hablado con sus padres y mañana cogerán un avión hasta aquí. También solicitaremos la ayuda de un psicólogo.

—Me alegro de que esté viva —dijo Cat desde la cama.

No preguntó por Anna Glick; sabía que estaba muerta. Stride cayó en la cuenta de que Cat había visto demasiadas muertes ese año, más de las que cualquiera debería soportar en toda una vida. Sin embargo, el destino tenía extraños giros. Si Cat no hubiera cometido errores, era muy probable que las cosas hubieran acabado de forma muy distinta para Erin. Otras mujeres seguirían estando en peligro. Por accidente, Cat los había llevado hacia un mal que era mucho peor que robar joyas o dinero con el pretexto de pintar casas. Aunque eso no excusaba lo que había hecho.

Habían relacionado a Bernd Frisch con el *Ingersstrom* a través de su pasaporte. El barco estaba precintado en el puerto. Los federales y la Interpol harían preguntas y, si todo iba bien, las respuestas harían volar por los aires un grupo mafioso europeo y salvarían más vidas al otro lado del Atlántico.

Qué destino tan extraño.

Cat contempló a Stride y a Serena.

—¿Puedo haceros una pregunta?

—Claro —contestaron al unísono.

Ella jugueteó con sus dedos y luego apoyó ambas manos sobre su barriga.

—¿De verdad estoy preparada para ser madre?

Stride miró a Serena; no estaba muy seguro de quién de los dos debía responder.

—La decisión es tuya, no nuestra —dijo al final.

—Quiero saber vuestra opinión —repuso ella—. Y quiero que seáis sinceros conmigo.

Serena se inclinó hacia delante y cubrió con su mano las de Cat.

—¿Sinceramente? No, no lo estás.

—Sabía que dirías eso. Tienes razón.

—No porque seas una mala persona —continuó Serena—, y sin duda no porque crea que serías una mala madre. Es solo que eres demasiado joven para asumir esa responsabilidad. Te engañarías a ti y engañarías a tu hijo.

De repente Cat parecía tener más años de los que en realidad tenía.

—Estoy pensando que quizá la adopción sea una solución mejor para mí. ¿Hay alguna forma de adoptar que le permita saber quién soy?

—Sí, la adopción abierta es cada vez más habitual —explicó Serena.

—¿Y vosotros? ¿Os plantearíais adoptar a mi hijo?

Stride y Serena la miraron, preguntándose qué contestar.

—Cat, es una propuesta atractiva —empezó él—, pero no podemos...

—Bueno, vosotros os vais a casar, ¿no? —continuó Cat, como si no hubiera destapado ya suficientes escondites emocionales.

Serena esperó. Y miró a Stride. Como si estuviera muy interesada en su respuesta. Podría haber dejado que se fuera de rositas. Podría haber sonreído o hecho una broma. Pero no. Habían evitado hablar del tema del matrimonio desde que habían retomado su relación, pero antes o después tendrían que tomar una decisión acerca de qué clase de relación era esa.

Al final, Cat les proporcionó una escapatoria.

—Lo siento —dijo—. No es asunto mío.

Él no había dicho una palabra y notó la leve y fría brisa de decepción que soplaba hacia él desde Serena. Se levantó y se dirigió a la ventana del hospital. A su espalda, oyó a Cat susurrar:

—¿He dicho algo malo?

Y luego oyó la respuesta de Serena:

—No, es que todavía no está preparado.

Stride dejó que su conversación en susurros quedara sin respuesta, aunque lo que deseaba era darse la vuelta y acogerlas a las dos entre sus brazos. En aquellos momentos, en lo único que podía pensar era en lo mucho que odiaba los hospitales.

—¿Puedo ver a Al? —preguntó Cat de repente.

—Tal vez más tarde —contestó Serena—. Tienes que descansar un poco.

—No, no, estoy bien. Quiero verlo. Él también me ha salvado la vida, en cierta manera. No quiero que piense que lo odio.

Stride se volvió junto a la ventana.

—Al ha tenido suerte. La bala le ha atravesado los músculos del hombro pero no ha alcanzado ningún punto vital. Se pondrá bien.

—Por favor, ¿puedo verlo? Cinco minutos.

Stride y Serena accedieron.

—Cinco minutos.

Cat no perdió un segundo. Bajó de la cama, se calzó las zapatillas y los tres salieron al pasillo del hospital. En el mostrador de las enfermeras, Stride consultó cuál era la habitación de Al. Al llegar a la puerta del chico, Cat vio a Al en la cama y corrió a su lado.

—¡Al! —exclamó. Se agachó y lo abrazó, y luego lo soltó al ver que él se encogía por el dolor—. ¡Oh, lo siento! ¡Lo siento!

Él se rio y otra mueca de dolor le cruzó el rostro.

—No pasa nada, no te preocupes. Vaya, tienes buen aspecto. Me alegro mucho de que estés bien.

—¡Yo también!

Al estaba apoyado en el cabecero de la cama. El nudo de la bata del hospital estaba flojo en el cuello y las vendas del costado izquierdo le iban del cuello al codo.

Por lo demás, le brillaban los ojos. Stride lo vio por primera vez como un joven atractivo, con su pelo y su barba cuidados. La sonrisa amistosa. El cuerpo larguirucho de un jugador de baloncesto. Stride comprendió por qué Cat se sentía atraída por él.

Cat se balanceaba de puntillas mientras miraba hacia el suelo.

—Oye, Al, me arrepiento de muchas cosas y lo siento. Por mentirte. Por las cosas que robamos Anna y yo. He sido una idiota.

—Eh, yo también he sido un idiota. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

Cat asintió.

—¿Qué tal tu hombro? ¿Estás bien?

—Duele —admitió él.

—¿Te has enterado de lo de Anna?

—Sí.

Una enfermera entró en la habitación y Serena tocó delicadamente a Cat en el hombro.

—Vamos, deberíamos dejar descansar a Al. Hazme caso, sé qué significa que alguien te dispare. Te quedas hecho polvo.

—Sí, vale.

Cat se inclinó y besó suavemente a Al en los labios. Stride vio cómo el rostro del chico se iluminaba de felicidad. Al cogió la mano de Cat; no quería dejarla ir. Aquel pequeño gesto bastó para que Stride se diera cuenta de que en realidad Cat había elegido bien su primer novio de verdad. Al era de fiar. Trabajador. No era perfecto, pero ningún chico podía tener diecinueve años y no cometer alguna estupidez. Había algo en ellos dos que hizo sonreír a Stride y pensar en cuando él tenía diecinueve años. Con Cindy. Cuando aún creía en el futuro.

Seguía observándolos cuando sucedió.

La enfermera deshizo el nudo del cuello de Al para comprobar el vendaje y el tejido de la bata del hospital se deslizó hacia abajo, dejando al descubierto su torso desnudo. Dejando al descubierto algo que no tendría que haber estado en el pecho de un adolescente sano. Stride tardó un momento de incredulidad en entender exactamente lo que veía. Entonces, con la rapidez de una bala procedente de una pistola de más de diez años de edad, las piezas del pasado y el presente encajaron.

Aquel joven inocente. Él era la clave. Él era lo que habían pasado por alto entonces.

—¿Jonny? —preguntó Serena al ver su expresión.

La enfermera volvió a atar la bata de Al, pero Stride ya había visto la cicatriz.

La cicatriz de alguien que se había sometido a una operación de cirugía cardíaca.

Encontraron a la madre de Al en la cafetería del hospital.

Estaba con sus tres hijas, que tenían entre diez y dieciséis años. Al ver a Stride, Serena y Maggie dirigirse a su mesa, sus labios se fruncieron en una mueca. Habló por lo bajo con sus hijas, que recogieron sus bandejas y cambiaron de sitio.

Ella siguió comiendo tranquilamente mientras los detectives se reunían con ella. Ni siquiera alzó la mirada cuando Stride dijo:

—Janine Snow operó a Al, ¿verdad? Le salvó la vida.

Toiana Pugh dejó el cuchillo y el tenedor en la bandeja y entrelazó las manos en el regazo. Respiró hondo y una lágrima le cayó de un ojo.

—Sí, así es. Esa mujer fue un ángel que nos mandó el cielo. Mi pequeño Sherman Aloysious iba a morir; íbamos a perderlo. Y esa hermosa mujer nos lo devolvió.

—¿Por qué no nos lo contó antes? —quiso saber Stride.

Una expresión de enfado cruzó el rostro de la madre de Al.

—¿Para que pudieran causarle más problemas? ¿No han hecho ya suficiente? El sitio de esa mujer no es una celda en la cárcel. Debería estar ayudando a otras familias. A otros niños.

Stride se echó hacia atrás y se pasó las manos por el pelo. Las patas delanteras de la silla se levantaron del suelo. Echó un vistazo a la cafetería. La mayoría de las personas que comían allí eran enfermeras con uniforme, pero también había familias. Sabía lo que era pasarse horas en un sitio como aquel. Esperar. Rezar. Llorar.

—Lo entiendo —dijo—. De verdad, lo entiendo. Pero tenemos que saber exactamente qué pasó.

Toiana lo señaló con un dedo coronado por una larga uña pintada de lila.

—¿Sabe con cuántos médicos hablamos? No puedo ni contarlos. «¿No tienen seguro? Lo siento, no podemos ayudarlos». Les habría importado exactamente lo mismo que mi niño se pusiera azul delante de ellos. Pero la doctora Janine no era así. Dijo que se ocuparía de Al. No teníamos dinero ni seguro, y ella dijo que no nos preocupáramos. No me avergüenza decir que me puse de rodillas y lloré. Y Seymour también. La doctora Janine cumplió su palabra. Lo operó. Lo salvó. Nunca nos pidió ni un céntimo.

—Apenas puedo imaginar lo agradecidos que debían de estar —comentó Stride.

—¿Agradecidos? Eso es quedarse muy corto. Estábamos en deuda con ella. Se lo debíamos todo. Seymour y yo le preguntamos qué podíamos hacer por ella. Cómo podíamos devolvérselo. Y ella dijo: «Solo tenéis que aseguraros de que Al vive una buena vida. Eso es todo». Pero nosotros insistimos: si había algo, cualquier cosa que necesitara, solo tenía que llamarnos.

Se hizo un largo silencio en la mesa.

—¿Y los llamó? —preguntó Maggie al final.

Toiana cogió el tenedor y picoteó la lasaña, pero había perdido el apetito.

—Después de la operación tuvimos muchas visitas de seguimiento. La doctora Janine nos habló de ese marido suyo, de que era un bestia y ella se sentía atrapada. La gente lista puede ser un caso perdido en las relaciones. Ahí estaba una doctora increíble cuya vida personal no era en nada diferente a la de las mujeres y las novias que acaban en los refugios para mujeres maltratadas.

«O eso era lo que ella deseaba que creyeráis», pensó Stride.

—Nosotros sabíamos que las cosas estaban mal —continuó Toiana—, pero lo que ocurrió después...

Se interrumpió.

—¿Señora Pugh? —murmuró Maggie.

—No estoy segura de que deba contarles nada más.

—¿Quiere hablar con un abogado?

—No confío en los abogados. Además, yo no sabía ni una palabra de lo que sucedió entonces. No culpo a la doctora Janine por lo que hizo. Supongo que tampoco culpo a Seymour. Él sentía que debía compensarla; estábamos en deuda con ella más allá de lo que nadie pueda imaginar.

No la presionaron, pero esperaron a que prosiguiera.

—La doctora Janine se pasó por nuestra casa —les explicó—. Un par de semanas antes de Navidad. Fue una sorpresa; nunca había venido. Dijo que quería ver cómo se encontraba Al. Yo me sentí como si nos hubiera visitado la reina, ¿entiende? Todo el mundo estaba muy emocionado. Y entonces Seymour y ella... salieron de casa y se sentaron en su coche. Hablaron. Debieron de estar ahí una hora o más. Después ella se marchó y Seymour volvió dentro, y no había duda de que lo hizo cargando un gran peso sobre los hombros. Le pregunté de qué habían hablado, pero él guardó silencio y dijo que no era nada. El caso es que después de eso no volvió a ser el mismo. Nunca. Estaba claro que guardaba secretos.

No resultaba difícil imaginar cómo se había desarrollado la conversación. Janine le habría pedido ayuda para deshacerse de su marido. Seymour Pugh habría sentido que no tenía otra opción que hacer lo que ella quería. Aquella doctora que había salvado la vida de su hijo quería cobrárselo con sangre. Una muerte. Un asesinato. Y la siguiente vez que Seymour fue a Chicago, compró una pistola en las calles.

—Después de que mataran a Jay, ¿le explicó su marido lo que había ocurrido? —preguntó Stride.

—Al final sí. Como le he dicho, fue después de que viniera esa agente. Entonces todo cobró sentido, la forma en que se había comportado Seymour. Yo le grité hasta que me contó la verdad. Se me heló la sangre, así es. Pero ¿le habría dicho que no lo hiciera si me lo hubiera explicado antes? No lo sé. Al estaba vivo gracias a esa mujer.

—¿Le explicó exactamente cuál era el plan?

Toiana asintió.

—Se suponía que tenía que parecer un robo que había salido mal. Matar al marido y robar algunas joyas. La doctora Janine no quería que se quedara mucho rato, así que

dijo que metería algunas joyas en una bolsa y las dejaría en el buzón para él. Tenía que acudir a una fiesta y debía ser entonces cuando él tenía que actuar. Ella no tenía que estar en casa, pero las cosas salieron mal. En fin, no se puede engañar a Dios, ¿verdad? Ella no apretó el gatillo, pero fue a la cárcel de todos modos. Seymour quiso ayudar cuando la detuvieron. Empeñar las joyas o algo así, o asegurarse de que encontrarán la pistola. Yo le dije que ni hablar. Me sabía mal por la doctora Janine, pero no iba a permitir que Seymour arruinara nuestras vidas. Yo sabía que lo cogerían. Y ustedes la habrían metido a ella en la cárcel de todos modos. ¿Cómo iba eso a ayudar a nadie?

—Así pues, ¿qué fue lo que salió mal? —quiso saber Stride—. Janine ya había vuelto cuando su marido llegó a la casa.

—Seymour no lo sabía. La verdad es que llegó muy tarde y se planteó mandarlo todo al garete, pero supuso que sería mejor intentarlo. No creía que tuviera fuerzas para volver otro día. El coche de ella no estaba en el garaje, así que pensó que seguía en la fiesta. Se imaginó que era seguro.

—¿Por qué llegó tarde? —preguntó Maggie, y entonces dio un golpe en la mesa—. El puente.

Stride la miró.

—¿Qué?

—¡El puente! Esa noche lo cerraron. Un semirremolque volcado. Nosotros estuvimos allí un par de horas, ¿te acuerdas? Seymour Pugh debía de estar atrapado en el atasco con su Rav blanco. Seguro que si revisamos las fotos de las noticias, localizaremos su coche. Tenía que llegar a casa de Janine horas antes, mientras ella estaba en la fiesta, pero no pudo por culpa del puente. Así que cuando por fin lo abrieron, condujo hasta su casa. No sabía que Cindy ya había llevado a Janine a casa.

Stride se dio cuenta de que Maggie tenía razón. También sintió una nueva oleada de resentimiento hacia Janine Snow, al percatarse de que su plan había descansado desde el principio en manipular a Cindy. Su propia mujer estaba destinada a ser la coartada de Janine esa noche. La mujer del detective jefe de la ciudad: ¿quién iba a poner en duda su palabra? Janine le pediría a Cindy que la llevara a casa y ambas encontrarían juntas el cuerpo de Jay. En lugar de eso, Jay abrió la puerta, vivo, y todo el plan se fue al traste.

Janine debió de pensar que Seymour se había acobardado. Salvo que cuando fue a darse una ducha, Seymour apareció pese a todo, cogió las joyas del buzón, disparó a Jay y desapareció. Exactamente tal como habían planeado semanas antes. Stride podía imaginar el horror de Janine al descubrir el cuerpo y darse cuenta de que su plan para el crimen perfecto había acabado por convertirla en la principal sospechosa.

—¿Dónde está? —preguntó Stride a Maggie—. ¿Dónde está Janine?

—Archie le ha reservado una *suite* en el Fitger's.

Stride se levantó.

—Creo que deberíamos darle la bienvenida a Duluth.

—Creía que iba a tener que pedirle disculpas —dijo Stride mientras aparcaba en Superior Street, frente al Fitger's—. Por haberme equivocado respecto al asesinato de Jay. Por robarle ocho años de su vida.

Los tres bajaron del coche y Stride subió las escaleras hacia el vestíbulo del hotel con Maggie y Serena a su lado. Un botones les abrió la puerta. La rica moqueta color borgoña, el enorme piano y las lámparas de mesa antiguas le dieron la sensación de estar entrando en el recibidor de la finca de uno de esos ladrones capitalistas de guante blanco. El mostrador de admisiones, ubicado tras una reja de hierro, era como la ventanilla de un banco del salvaje Oeste.

Vio unas escaleras enmoquetadas que llevaban al siguiente piso. Sabía dónde estaría Janine: en una de las *suites* del ático con vistas al lago.

Serena le tocó el codo.

—¿Estás bien?

Stride negó con la cabeza.

—Esa mujer utilizó a Cindy. Cindy era su amiga y Janine trató deliberadamente de convertirla en parte de su plan para salirse con la suya en lo del asesinato. Y lo peor es que lo más probable es que acabe saliéndose con la suya. Dios sabe lo que supondrá esto para un doble enjuiciamiento. La condenamos por disparar a Jay, pero nos equivocamos. Ella nunca tuvo la pistola. Y aun así, sí era culpable de asesinato. No sé si alguna vez podremos volver a encarcelarla por ello.

Miró hacia arriba desde el pie de las escaleras.

—Pese a todo, ha cumplido ocho años —señaló Serena.

—Ocho años de lo que debería haber sido una cadena perpetua sin derecho a libertad condicional —repuso Stride—. Se trata de un asesinato en primer grado. Con premeditación.

Llegaron al silencioso pasillo del primer piso. La encargada del Fitger's, Tami, bajó del segundo y se reunió allí con él. El rostro habitualmente vivaz de la menuda rubia estaba serio.

—Ah, Stride —lo saludó—. Qué rápido has venido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Acabo de llamar a tu despacho.

—No hemos venido a causa de una llamada —repuso Stride—. ¿Qué sucede?

—Tenemos un altercado arriba. Hay gritos.

—¿Es la habitación de Janine Snow? —preguntó él de inmediato.

Ella asintió.

—¿Quién hay arriba?

Tami movió la cabeza.

—No lo sé. Archie vino con Janine esta tarde. Ella pasó un rato de compras pero durante las dos últimas horas creía que estaba sola en su habitación.

—Quédate aquí. Lo comprobaremos.

Los tres subieron las escaleras. Estaban en el tercer piso cuando oyeron el disparo.

Stride echó a correr y subió el último tramo de escalones de dos en dos. Al llegar al descansillo, oyó un segundo disparo. Llegó a la cuarta planta con Serena y Maggie pisándole los talones. La *suite* de Janine se hallaba a dos metros de lo alto de las escaleras. La puerta estaba entreabierta. Stride detectó el olor a pólvora en el interior y sacó su propia pistola. Aguzó el oído, pero la habitación se había quedado en silencio.

Empujó la puerta con la bota. Era pesada. A través de la rendija que quedó abierta, vio a alguien de pie en el extremo más alejado del cuarto. Se abrió paso con la pistola en alto y anunció:

—Policía. Vamos a entrar.

La persona que había dentro no se movió ni reaccionó. Stride abrió la puerta del todo. Dentro de la *suite* había una amplia zona de estar con un sofá y una mesita de centro adornada con flores frescas. La luz sombría del atardecer se colaba por una claraboya. Una botella de vino abierta y vacía descansaba sobre la mesa, con una copa a cada lado.

Pensó en la botella de vino de casa de Janine la noche que mataron a Jay.

Justo pasada la puerta había un cuerpo tendido en la moqueta, casi en el lugar exacto donde habría estado el cuerpo de Jay tras el vestíbulo de la finca de Janine. El paralelismo resultaba escalofriante. La posición del cuerpo era la misma. El agujero en la frente del hombre era el mismo.

Stride reconoció el cadáver que había en el suelo.

Era Howard Marlowe, el exmiembro del jurado en el juicio por asesinato que nunca había desistido de su obsesión por el caso.

Más allá de la zona de estar donde estaba tendido el cuerpo de Howard, la moqueta llevaba a una cama *king size* con dosel y una chimenea. Los ventanales iban del suelo al techo y entre unos pesados cortinajes se veía el lago Superior. Solo vislumbraba el borde inferior de la cama; el resto quedaba oculto por una cómoda alta de nogal. A los pies de la cama había una mujer de pie. Stride no la reconoció. Tenía los hombros hundidos. Parecía tener casi cincuenta años y llevaba una camiseta ancha por fuera encima de unos tejanos azules, y el pelo castaño entrecano recogido tras las orejas. Contemplaba la cama con los brazos lánguidos a ambos costados del cuerpo.

Sobre la moqueta había una pistola, que le había caído de la mano.

—Aléjese del arma, señora —le indicó Stride, pero ella no se movió.

No dio muestras de haberle oído. Mientras Stride se acercaba, parecía aturdida.

—¿Quién es usted? —preguntó él.

—Me llamo Carol Marlowe —contestó ella.

Stride se acercó lo suficiente para ver el resto de la cama y entendió lo que había sucedido. Janine estaba tendida sobre las sábanas revueltas. Desnuda. Muerta.

Ambos, Janine y Howard, habían recibido sendos disparos en la cabeza. La mujer de Howard los había matado después de que ellos hicieran el amor.

—Esa zorra nos arruinó la vida —murmuró Carol—. Me lo quitó todo.

No había nada que Stride pudiera decir. Alejó la pistola de ella con una patada y Maggie se acercó por detrás a la mujer de Howard, que no opuso resistencia cuando le esposó las muñecas. Carol mantuvo su postura lánguida mientras Maggie la alejaba de la cama, pero al llegar junto al cuerpo de Howard regresó a la vida y empezó a gimotear y llorar. Maggie tuvo que sujetarla mientras ella trataba de quedarse junto a su marido muerto.

—¡Howard! ¡Oh, Dios, Howard! ¡Lo siento!

La puerta se cerró. Los gritos continuaron en el pasillo.

Stride y Serena se quedaron solos con los cuerpos. La habitación olía a pólvora y sexo. La puerta de la terraza estaba parcialmente abierta y dejaba entrar la dulce brisa procedente del lago y el recordatorio húmedo de la lluvia.

Stride comprobó el pulso de Janine para confirmarlo, pero estaba muerta. Sus ojos estaban cerrados en una improbable expresión de paz. Su desnudez seguía siendo hermosa y su piel era tan cálida como la vida. Stride sintió la necesidad de cubrirla, pero en la muerte no había pudor. Janine era culpable. Era inocente. Era una heroína. Era el demonio. Era todas esas cosas.

Su enfado con ella se diluyó y se convirtió en arrepentimiento. Stride nunca permitía que las emociones le afectaran en un escenario del crimen, pero en ese momento experimentó una inesperada sensación de pérdida. Como si el universo le dijera que no existían los nuevos comienzos. Se negaba a creerlo. Tal vez la lección fuera tan solo que uno no podía escapar de los pecados de su pasado. Tarde o temprano, acababan por atraparte.

—Supongo que al final sí que ha sido una condena a cadena perpetua —comentó Serena.

Stride asintió, aunque no contestó. No podía apartar la mirada de la mujer de la cama. Lo extraño era que no podría ver la cara de Janine sin ver también a Cindy en su cabeza. Veintiocho de enero. Casi una década atrás, cuando todo era distinto. Podía ver a su mujer en las sombras de su dormitorio esa noche. La luz de la luna brillaba sobre la piel desnuda de su hombro. Podía aspirar el olor del humo de su cigarrillo mientras le contaba lo de Janine y Jay.

Los dos eran tan jóvenes entonces. No sabían lo que les esperaba. Que todo estaba a punto de cambiar.

Eso había sido entonces. Esto era ahora.

Stride estaba sentado en el banco verde del extremo de The Point. Tenía las piernas estiradas y las aguas encrespadas de Superior Bay le lamían las botas. La playa estaba salpicada de flores silvestres amarillas. El sol de finales de verano se había puesto tras las colinas del oeste, dejando un brillo anaranjado en las nubes. Stride estaba solo, pero si observaba fijamente la semioscuridad, casi podía imaginar a Cindy a su lado, tal y como había estado durante muchos años. Sus piernas dobladas en la postura del loto sobre el banco. Las manos sobre las rodillas, la barbilla alzada hacia el cielo. Su larga melena negra cayéndole en cascada hasta las caderas.

«Estoy aquí, Jonny —diría—. ¿No me ves?».

No era real, por supuesto. Era tan solo otro anochecer de martes. Serena había ido al cine. Cat estaba en su dormitorio, haciendo sus sudokus. La vida no había cambiado en absoluto.

Y aun así, podía cerrar los ojos y hacer que Cindy reviviera. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si el verdadero sueño fueran todos los años transcurridos desde entonces. En todas las demás partes de su vida ella se había convertido en un fantasma que cada vez lo acechaba menos, pero allí, junto al agua, Cindy siempre le esperaba. Allí nunca había necesidad de despedirse.

Stride contempló la bahía tratando de memorizar cada ola. Habían estado allí juntos tantas veces. Habían vivido una parte tan grande de su vida en aquel sitio. Habían hablado y llorado y reído. Habían recordado.

«¿Cuántos años teníamos la primera vez que vinimos aquí?».

Diecisiete. La edad de Cat.

«Aquí me pediste que me casara contigo».

Sí, así es.

«¿Qué dije yo?».

Dijiste que todavía no.

«Hacía solo una semana que te conocía».

Es verdad.

Stride sabía lo que era el amor a primera vista. A finales de verano se lo había vuelto a preguntar a Cindy y esa vez ella había aceptado, aunque no le contaron a nadie que se habían prometido. Ni al padre de ella ni a la madre de Stride. Durante un tiempo, fue su secreto.

«Han pasado cosas buenas en este banco».

Y también malas.

«Sí, también malas. Así es la vida».

Stride acudía allí en los momentos cruciales de su vida. Los buenos, los malos, los altos, los bajos. En muchos aspectos, aquella era su zona cero. Si se clavara una chincheta en un mapa, aquel sería el lugar donde se encontraría el alma de Jonathan Stride. En Duluth. En The Point. Junto al agua. No mirando hacia el lago sino hacia

la bahía, hacia la industria de los barcos y los muelles. La vida en las tierras del Norte.

Se preguntó qué habría dicho Cindy sobre Janine, ahora que sabían la verdad. Después de todo, su amiga era culpable; la había utilizado y engañado. Y sin embargo, Stride sabía qué clase de persona era Cindy. Estaría triste pese a todo. Lloraría la muerte de Janine. Él mismo sentía esa tristeza, pero en realidad no era por la muerte de Janine. Ella había sido tan solo una última puerta abierta a otra época de su vida. Una puerta que por fin se había cerrado.

«Dime que no sigues aferrado a mí».

Eso era lo que diría Cindy. Y la respuesta era no. Ya no. Durante mucho tiempo, se había negado a dejarla marchar, pero ya no.

—Tengo que contarte algo —dijo en voz alta, como si ella pudiera oírlo.

Pero no hacía falta decirlo. Dondequiera que ella se encontrara, estaba en paz con ella misma y con él. Entendería lo que él quería hacer. Diría que ya había esperado demasiado.

«Tienes a alguien en tu vida a quien temes perder de nuevo. Y eso es algo bueno».

Sí, era algo bueno.

Deseó poder volver a tocar a Cindy, o sonreír con ella, o tenerla a su lado unos segundos más, pero cuando miró hacia la playa vacía, ella había desaparecido. Hacía años que había desaparecido. Alrededor de Stride no había nada más que la bahía y la arena. Esa era la historia de su relación. Ella estaba ahí, y estaba ahí, y estaba ahí, y de repente se había ido.

Stride estaba solo.

Salvo que no lo estaba. Ya no. No si él no quería. No si creía en el futuro.

Serena encontró a Maggie en el bar del sótano del Tycoon's, en Superior Street, enfrente del casino. La compañera de Stride estaba sentada sola a una mesa iluminada por una vela, cerca de una de las ásperas columnas de arenisca, con una cerveza Starfire. El *pub* estaba construido en el antiguo ayuntamiento de Duluth y el bar del sótano, con sus techos bajos, había sido en otra época la cárcel de la ciudad. Aún podían verse nombres grabados en la piedra de personas que habían vivido allí un siglo atrás, entre el agua que goteaba del techo y las ratas.

Maggie levantó el vaso de la pinta para brindar.

—Vaya, vaya, Serena Dial. De todos los tугurios del mundo, vas y eliges este. ¿Cómo me has encontrado?

Serena se sentó frente a ella. No bebía alcohol, pero el camarero la conocía y le trajo una Coca-Cola *light* grande con hielo machacado.

—No estabas en tu apartamento, así que el Tycoon's parecía una apuesta segura.

—Pensaba ir al Black Water, pero esta noche estoy más de humor para una

cerveza que para un Martini.

Serena no creía que la Starfire que Maggie tenía delante fuera la primera.

—¿Puedo decirte algo? Hablando como una alcohólica con experiencia en estos temas.

—Dispara.

—Bebes demasiado.

—¿Y te crees que no lo sé? —replicó Maggie.

—No, estoy segura de que sí, pero si eres como yo, no empiezas a darle importancia hasta que tus amigos te lo comentan.

Maggie se terminó la cerveza e hizo girar el dedo índice en el aire en dirección al camarero para pedir otra.

—Bueno, cuando uno de mis amigos me lo comente, bajaré el ritmo.

Serena asintió.

—*Touché.*

—No soportaría pensar que estoy siendo sutil cuando voy así de borracha —dijo Maggie.

—Es una pena, porque me iría muy bien una amiga en este momento. Y me parece que a ti también.

Maggie se apartó el flequillo de los ojos con un resoplido.

—Yo no necesito a nadie.

—Me alegro por ti, pero a mí no me funciona. Las cosas han estado raras entre nosotras, pero no es todo culpa tuya. Aunque en fin, si quieres que me vaya, me voy.

—No, quédate. Si este mausoleo de piedra se derrumba, podré esconderme debajo de tus pechos.

Maggie soltó una risita. Serena, que en un primer momento se sintió irritada, también rio. Y eso desencadenó un ataque de risa que las dejó a las dos sin aliento. Cuando pudo hablar otra vez, Maggie se rio entre dientes y se echó peligrosamente hacia atrás con su silla.

—¿Puedo decir algo? Este último par de años han sido una mierda para mí.

—Lo sé —contestó Serena.

—Lo digo en serio. Dos años de mierda. Creía que la gente rica tenía que ser feliz. A lo mejor debería donarlo todo.

—¿Para poder ser pobre e infeliz? No me parece buena idea.

—Tienes razón.

—La feria estatal empieza la semana que viene —le recordó Serena.

—Ya, ¿y? Puedo beber cerveza sin moverme de aquí.

Serena dio unos golpecitos al móvil de Maggie, que estaba sobre la mesa.

—Llama a Troy.

—Se merece a alguien mejor que yo.

—Le gustas.

—Pues va a estar muy solo.

—¿Quieres que lo llame de tu parte? Lo llamaré.

Serena cogió el teléfono de la mesa y Maggie se lo arrancó de la mano.

—No estoy preparada —insistió.

—Lo que creo es que eres una gallina.

—Coc coc —dijo Maggie.

El camarero le trajo otra Starfire y ella la miró con el ceño fruncido. Sabía que Serena tenía razón. Se había dedicado a ahogar sus penas en alcohol, en mucho alcohol.

—Bueno, y ¿qué haces aquí? —preguntó Maggie.

—Echo de menos nuestras charlas —contestó Serena.

—¿Stride sabe que has venido a verme?

—No. No quería darle esperanzas, por si acabábamos teniendo una pelea de chicas.

—Antes tendrías que llamar a Guppo. Pagaría mucha pasta por verlo.

Serena sonrió.

—¿Jonny te ha explicado lo de Cat y el niño?

Maggie negó con la cabeza.

—No tocamos el tema de Cat. ¿Va todo bien?

—Sí, pero Cat se está planeando darlo. En adopción.

—Me parece que es un plan mejor.

—Nos preguntó a Jonny y a mí si queríamos adoptarlo.

—¿En plan para poder disfrutar de lo bueno mientras vosotros os hacéis cargo del trabajo duro?

—Vaya, qué cínica eres —replicó Serena—, pero no importa. Vamos a decirle que no.

—¿Los dos estáis de acuerdo?

—Sí. Yo no puedo tener hijos, así que nunca me lo había planteado. Jonny dice que es algo para hombres más jóvenes. Así que en esto estamos sincronizados.

—Y sin embargo, aquí estás, hablando conmigo —observó Maggie con una expresión mordaz en los ojos—. ¿Qué ocurre?

A Maggie no se le pasaba casi nada por alto. Pese a todos los problemas que había ahora entre ellas, se conocían como si fueran hermanas. Y ninguna mostraba reparos a la hora de decirle a la otra que se estaba poniendo en evidencia.

—Sinceramente, me preocupa que el hecho de que Jonny rechace tener hijos sea en realidad su manera de rechazarme a mí —confesó Serena—. Como si lo nuestro no fuera a ninguna parte.

Maggie meneó con la cabeza. Se dio por vencida y bebió un trago saludable de Starfire.

—Para estar tan buena, eres demasiado insegura.

—Mira quién habla.

—¿Insegura? ¿Yo? No, solo realista.

Serena volvió a dar unos golpecitos al móvil de Maggie.

—Troy.

—Muy bien, vale, tú ganas. Lo llamaré. —Maggie marcó un número en el teléfono con el dedo índice y por el altavoz se oyó el buzón de voz de Troy Grange —. Troy, soy Maggie. Me apunto. Tú, yo y las niñas. A comer fritangas ensartadas la semana que viene.

Y colgó.

—¿Satisfecha? —le preguntó a Serena.

—Me lo agradecerás.

—Quizás. Ahora deja de interpretar la negativa de Stride a Cat. No tiene nada que ver con lo que él siente por ti.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Querías adoptar un niño. Estabas decidida e ibas a hacer lo que hiciera falta para encontrar uno.

—Sí, y me rechazaron en todas las agencias del estado. Es extraño, pero no les gustaba la idea de entregar un niño a una mujer soltera con un trabajo peligroso y una historia pública de malas decisiones amorosas. Al final decidí que tenían razón. Fin de la historia.

—No si tú no quieres —replicó Serena.

Maggie se inclinó hacia delante.

—¿Que yo adopte al bebé de Cat? ¿Eso es lo que estás sugiriendo?

—Eso es lo que estoy sugiriendo.

Maggie bebió más cerveza.

—No.

—¿Y ya está?

—Y ya está. —Dejó la jarra sobre la mesa y bajó la voz al tiempo que cubría las manos de Serena con la suya—. Mira, mañana negaré que en algún momento me haya puesto sentimental, ¿vale? El caso es que Cat vive con vosotros y si el bebé viviera conmigo no sería muy saludable para nadie. Cosa que creo que sabes perfectamente. Pero ha sido muy amable y noble por tu parte sugerirlo.

—Lo he dicho en serio —insistió Serena, aunque sabía que Maggie tenía razón.

—Estoy segura, pero no. Me parece estupendo que Cat esté dispuesta a plantearse la adopción. Podría escoger una pareja joven, agradable y estable de la ciudad que pueda dar mucho amor a ese niño.

Serena sonrió.

—Te estás ablandando.

—Muérdete la lengua.

Serena se puso en pie.

—Vale, tengo que irme. Te dejaré que te acabes la cerveza en paz.

—De hecho, ya he acabado —dijo Maggie—. Una amiga me ha dicho que bebo

demasiado.

Maggie lanzó unos billetes sobre la mesa y las dos subieron las escaleras hacia el piso superior del *pub*. No hablaron. Salieron a Superior Street, donde había un zumbido nocturno de voces y neón. La gente entraba y salía del casino y cruzaba la calle entre los vehículos parados ante el semáforo en rojo. Un coche de la policía giró desde la colina y las dos saludaron con la mano.

El hotel Sheraton, donde Maggie tenía su apartamento, estaba a dos manzanas de allí. La policía china hundió las manos en los bolsillos de sus tejanos. La noche era fría y adelantaba el otoño inminente.

—Buenas noches, Serena. Y gracias, por cierto. Sé que no ha sido fácil para ti.

—Ha sido más fácil de lo que crees —contestó Serena.

Maggie dio media vuelta y se alejó taconeando con sus zapatos de tacón de bloque hacia el Sheraton. Serena la contempló y luego fue a buscar su Mustang al aparcamiento del casino. Escuchó la Zac Brown Band cantar en la radio del coche y tarareó mientras conducía de vuelta a The Point, y por poco no le pasó por encima un carguero que llegaba del lago y cruzaba bajo del puente. Al llegar a la casa, aparcó y entró por la puerta trasera. Le sorprendió que el Expedition de Jonny no estuviera.

Una vez dentro, fue a ver cómo estaba Cat, que seguía haciendo sudokus de una revista apoyada en su imponente barriga de embarazada.

—¿Sabes dónde está Jonny? —preguntó Serena.

—Ha salido —le contestó Cat con una sonrisa de lo más extraña.

—¿Ha salido? ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No lo sé —respondió Cat, pero su voz dejaba traslucir lo contrario, como si dijera: «Sé un secreto».

—¿Adónde ha ido?

—Ha dicho que te dejaba una nota.

—Vale —dijo Serena, aunque estaba confundida. Señaló la lámpara que había junto a la cama de Cat y añadió—: Apaga la luz, cielo; el sudoku tendrá que esperar. Son más de las doce.

Cat le guiñó un ojo.

—Sí, mamá.

Serena cerró la puerta del cuarto de la chica. Se dio cuenta de que sentía una rara liviandad en su corazón. Empezó a desabotonarse la blusa, pero al entrar en su habitación vio una hoja de papel doblada sobre su almohada. La abrió y vio la caligrafía de Jonny.

«Estoy en el banco verde. ¿Te vienes conmigo?».

En tan solo un instante, la liviandad que sentía se transformó en el peso de todas las cosas inciertas de su vida. Maggie tenía razón: era insegura. El banco verde era un lugar para puntos de inflexión. Jonny iba allí en los momentos buenos y los malos, y no pudo evitar preguntarse de cuál de los dos se trataría esta vez.

Bueno o malo.

«Sé un secreto», reveló de nuevo la expresión de Cat. El secreto esperaba a Serena en el extremo de The Point.

Se dio cuenta de que su primer instinto era huir. Incluso de las buenas noticias. Incluso de las cosas que deseaba. Casi se metió en su Mustang para alejarse de Duluth sin averiguar qué era lo que Jonny quería decirle.

En lugar de eso, fue a encontrarse con él en medio de la quietud de la noche.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por leer la nueva novela de Jonathan Stride.

Puedes escribirme para darme tu opinión a brian@bfreemanbooks.com. Me encanta recibir cartas de los lectores y sí, siempre las contesto personalmente. También puedes visitar mi página web www.bfreemanbooks.com y unirte a mi lista de contactos, consultar los comentarios de los clubes de lectura, leer contenidos adicionales y descubrir más cosas sobre mí y sobre mis libros.

Puedes pulsar «Me gusta» en mi página oficial de fans en Facebook, www.facebook.com/bfreemanfans, o seguirme en Twitter o Instagram con el nombre de usuario bfreemanbooks. Si quieres echar un vistazo al lado divertido de la vida del autor, también puedes pulsar «Me gusta» en la página de Facebook de mi mujer Marcia, www.facebook.com/theauthorswife.

Por último, si te gustan mis libros, por favor cuelga tus críticas en internet, en Goodreads, Amazon, BN y otras páginas para amantes de los libros... y no olvides comentárselo a tus amigos lectores. ¡Gracias!

AGRADECIMIENTOS

Tengo la suerte de trabajar con muchas personas de talento de la industria editorial, incluidos editores, agentes, publicistas, bibliotecarios y libreros de todo el mundo. Sin ellos, mis libros no llegarían a tus manos, y les estoy agradecido por toda su ayuda y apoyo.

Jeff Edblad, fiscal del condado de Isanti (¡y juez en la ficción!), fue muy amable de ofrecerme información técnica sobre los temas legales y de tribunales de este libro. En Duluth, estoy muy agradecido al honorable David Johnson, a Tony Mancuso y Dana Kazel, de los juzgados del condado de Saint Louis; a Machelle Kendrick y Colin Bates, del centro comercial Miller Hill; al exjefe de policía de Duluth Scott Lyons; a Chuck Frederick y al personal del *News-Tribune* de Duluth; a Sally Anderson y todo el personal de la librería del Fitger's; a Ann Hoak y su equipo del Barnes & Noble del centro comercial Miller Hill; a Tami y todo el personal del Fitger's (www.fitgers.com), y a Pat y Bill Burns por su hospitalidad en el «Cottage de Stride» (www.cottageonthepoint.com).

Mis lectores previos siempre me proporcionan brillantes opiniones sobre el primer borrador antes de que entregue el libro a la editorial. Muchísimas gracias a Mike O'Neil, Alton Koren, Ann Sullivan y Matt y Paula Davis, y, por encima de todo, a mi mejor y primer lector previo, Marcia.

Marcia y yo estamos muy agradecidos a la gente de Duluth por su apoyo durante los diez años que han pasado desde que se publicó mi primera novela de Stride, *Inmoral*. Pese a que he proyectado algunas sombras oscuras sobre una ciudad verdaderamente mágica, ¡seguís acogiéndonos! Gracias por hacernos sentir como en casa.

Notas

[1] Modalidad de descenso en trineo. (*N. de la T.*) <<

[2] Juego de palabras con el apellido del personaje, Snow, «nieve» en inglés. (*N. de la T.*) <<

[3] Propuesta de reforma en el sistema de justicia civil estadounidense para limitar que las víctimas puedan exigir responsabilidades por el daño que se les ha causado. (*N. de la T.*) <<

[4] Página web de anuncios por palabras muy popular en Estados Unidos, en la que se puede encontrar toda clase de artículos de segunda mano, además de ofrecer la posibilidad de compartir información y todo tipo de servicios. (*N. de la T.*) <<

[5] Programa estadounidense conducido por el psicólogo clínico Phil McGraw en el que ofrece asesoramiento a los televidentes sobre «estrategias de vida». (*N. de la T.*)

<<

[6] En español en el original. (*N. de la T.*) <<